

polar



**LONE
THEILS**

**LAS CHICAS
DEL FERRY**

LAS CHICAS DEL FERRY

LONE THEILS



Título original: *Pigerne Fra Englandibåden*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Diseño de la sobrecubierta: Pepe Far

Primera edición: octubre de 2017

Primera edición en e-book: diciembre de 2018

© Lone Theils, 2015

© de la traducción: Rodrigo Crespo, 2017

Firts published by Lindhardt & Ringhof, Denmark.

Published by arrangement with Nordin Agency AB, Sweden

© de la presente edición: Edhasa, 2017

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4714-1

Producido en España

LAS CHICAS DEL FERRY

Capítulo 1

Aquel hombre medio calvo se parecía a un maestro de escuela africano cualquiera de mediana edad. Llevaba un pantalón de color gris claro y una camisa blanca recién planchada. En silencio y sistemáticamente, vertía Earl Grey en tazas de porcelana decoradas con flores. Cuando se inclinó sobre la mesa de pequeños y desgastados azulejos para servirle leche, Nora percibió un ligero aroma a aceite de almendra y detergente. El hombre puso dos azucarillos en su té y lo revolvió una sola vez. A continuación, comenzó con su informe sobre ejecuciones, violaciones, mutilaciones y asesinatos.

La narración de los horribles ataques en los que había participado fue calando en la mente de Nora. Cada atrocidad superaba a la anterior. Escolares que asistían a la violación múltiple de su profesora, antes de ser asesinados a machetazos; pueblos enteros masacrados hasta que el agotamiento impedía a los asesinos levantar el brazo; supervivientes que eran obligados a permanecer entre los cadáveres, para continuar al día siguiente con los asesinatos...

El hombre, que por su propia seguridad sólo aparecería en su relato como Mr. Benn, continuó hablando con una voz monótona.

Nora aferró su taza. Sentía un irrefrenable impulso de bañar la cara de ese hombre con aquel té hirviendo, para ver una reacción, un atisbo de humanidad en ese rostro inexpresivo, algún sentimiento, una leve señal de arrepentimiento.

Se contuvo. Nora Sand, corresponsal del semanario *Globalt*, no trabaja así. Escucha, recoge información y escribe. Es una profesional.

—Sólo tengo una pregunta más —dijo con voz neutra.

Él la observó con una mirada que hacía mucho tiempo que había dejado de ser humana.

—¿Sí?

—¿Por qué? ¿Por qué lo hizo?

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No se merecían otra cosa. Eran simples cucarachas, y había que

hacer limpieza en la cocina.

Nora tembló ligeramente. Buscó a tientas el botón de la grabadora, la apagó y se puso de pie con cierta brusquedad.

Pete, que había permanecido sentado en una mesa apartada, se levantó también, cambió el objetivo de su cámara y comenzó su trabajo.

Fotos en sombra del hombre que se hacía llamar Mr. Benn: de su rostro desenfocado, primeros planos de sus manos oscuras... Aunque las manos de ese hombre estaban limpias y las uñas aseadas, Nora se convenció de que aún podía ver manchas de sangre reseca en ellas.

Eran fotografías de una persona que ahora estaba en libertad porque había decidido delatar a los que estaban más arriba en la cadena de mando. Mr. Benn se había colado en el sistema de asilo británico, y ahora esperaba vivir una pacífica vida en una ciudad costera del sur de Inglaterra, en la que el mayor acontecimiento probablemente era el carnaval anual. Nora sintió náuseas y salió de allí a grandes zancadas.

Pete salió tras ella, y Nora sacó las llaves del coche y se las arrojó. Él las cogió al vuelo.

—Conduces tú. Estoy destrozada —dijo hundiéndose en el asiento delantero del viejo Ford Mondeo de Pete.

Pete levantó las cejas.

—Bastante fuerte, ¿no?

Era un hombre de pocas palabras, pero que caían con fuerza y con un inconfundible acento australiano.

Nora quería decir muchas cosas, pero las palabras parecían atascarse en su garganta.

—Hay límites que uno no puede...

Pete guardó la bolsa con su equipo fotográfico en el maletero, y arrancó sin decir nada. En lugar de volver a Londres por la autopista, se decidió por la carretera de la costa.

Nora no necesitaba decir nada más. Habían trabajado juntos desde su llegada a Londres como periodista totalmente novata, hacía ya cinco años. Después de múltiples trabajos y viajes juntos, desde África hasta Europa del Este, no necesitaban de muchas palabras para entenderse.

El sol arrojaba sus últimos restos de pálida luz sobre el campo, cuando se desviaron hacia el pequeño pueblo de pescadores de Brine y aparcaron detrás del *pub* local.

Nora se estremeció y se subió el cuello del abrigo hasta las orejas.

Bajaron hasta la playa, donde la superficie gris del agua se fundía con un cielo perlado. La brisa marina les helaba las mejillas, y después de media hora de paseo Nora empezó a sentir que la rabia iba saliendo lentamente de su cuerpo. O mejor dicho, que había sido aislada, transformada a un tamaño manejable y almacenada en un lugar oscuro en su interior, en un estante junto a otras historias del mismo contenido y calibre.

–Ven, volvamos al pueblo –propuso Pete–. El pescado es bueno por esta zona, una vez estuve por aquí con Caroline.

Nora distinguió en su tono un leve rastro de tristeza, como siempre que hablaba del amor de su vida. Caroline hacía ya mucho tiempo que había vuelto a Melbourne, y se había casado con un cirujano.

Deambularon por las estrechas callejuelas, que estaban inquietantemente vacías. Se acercaba ya la temporada turística, pero entre semana aquel pueblo no solía tener muchos visitantes.

–¡Eh, espera un momento! –exclamó Nora.

Se había detenido frente a una tienda que destacaba entre el revoltijo de colores de los talleres de cerámica y las tiendas de delicatessen con pescado ahumado. La fachada estaba desconchada y las ventanas sucias, pero en el escaparate Nora había visto una maleta de cuero desgastado marrón oscuro que encajaría perfectamente en la colección que tenía en casa.

Empujó la puerta y, para su sorpresa, estaba abierta.

Al entrar, percibió enseguida el olor del polvo enmohecido de los libros y demás objetos que había allí. La estancia estaba tan repleta que uno tenía la sensación de que las paredes acabarían agrietándose si se intentara meter en ella un simple pisapapeles más. En un rincón, había altas pilas de libros encuadernados en piel, y a su lado estanterías repletas de cristalerías y vajillas incompletas.

Los escasos huecos entre los estantes estaban llenos de pequeños cuadros y pinturas de diferente calidad, casi todos ellos de motivos marinos.

En la trastienda, un ronco Glenn Miller se disponía lentamente a dejar de estar *In the Mood*. Detrás del mostrador, había un hombre con una enorme barba roja tarareando la canción, mientras pulía un candelabro de bronce.

–Bienvenida –dijo sonriendo.

Nora le devolvió la sonrisa y dio una vuelta rápida por la tienda. Cogió un pequeño plato para la mantequilla con forma de almeja plateada, pero se dirigió

rápidamente a la maleta que había visto en el escaparate.

–¿Puedo verla? –preguntó señalándola.

El hombre salió de su puesto detrás del mostrador. Era corpulento, pero se movía con sorprendente agilidad mientras zigzagueaba entre viejos muebles y pertenencias desvencijadas.

Desplazó una cajita de latón y una pila de discos de vinilo, y sacó la maleta del escaparate.

–Prácticamente acaba de llegar, creo que la conseguí la semana pasada. Y está en excelente estado –dijo el comerciante.

Nora la cogió y la examinó. Piel genuina, marrón oscura, rayada. Brillo de un desgaste correcto.

–¿Cuánto pide por ella? –preguntó distraídamente.

–¡Hum! Bueno... –masculló el hombre, entrecerrando los ojos–. ¿Digamos cincuenta libras?

Nora torció el gesto.

–Yo había pensado más bien en algo así como veinte.

–Es de cuero –respondió él.

Nora intentó abrirla, pero el pestillo metálico no se movió y ella frunció el ceño.

–Parece que está atascado...

El hombre se encogió de hombros.

–Bueno, no es nada que no se pueda resolver con una horquilla y un poco de maña –argumentó.

–Sí, pero dentro puede haber cualquier cosa. Incluso puede estar podrida.

El hombre tomó la maleta y la agitó. Se oyó un sonido apagado.

–Como mucho hay algunos papeles. Mire, si se la queda ahora por cuarenta libras, le regalo el contenido. ¡Y sin verlo! Quién sabe, tal vez haya un billete de lotería premiado... ¡Menuda oportunidad!

Tres minutos más tarde, Nora salía de la tienda con treinta libras menos y una maleta en la mano.

–No tienes remedio –dijo Pete entrecerrando los ojos.

–Sí, sí. Pero, admítelo, es perfecta para el hueco que tengo debajo de la mesa del salón, al lado del cofre.

Pete movió la cabeza y tiró de ella colina arriba.

Cenaron platija fresca a la brasa con puré de guisantes y patatas fritas cortadas a mano. Cuando por fin volvieron al coche, Pete puso a los Eagles en el

reproductor y tecleó «a casa» en la pantalla del GPS. Nora ya se había recuperado lo suficiente como para comenzar a esbozar en su cabeza el artículo sobre el maestro de escuela de Ruanda.

Cuando Pete la dejó frente a su apartamento, en Belsize Park, estaba muerta de cansancio y apenas pudo cruzar la puerta, cepillarse los dientes y dejarse caer en la cama.

Capítulo 2

Las campanadas del Big Ben resonaron en el apartamento. Era el tono especial que Nora le había asignado en el móvil a su jefe, Óscar Krebs, que la llamaba desde Dinamarca. Lo apodaban coloquialmente El Cangrejo, porque era capaz de encontrar el punto débil de cualquier historia y agarrarse a él con sus pinzas hasta que el relato se partía por la mitad, o hasta que el periodista se presentaba con una investigación más elaborada. Al menos ésa era su propia versión. Otros en la redacción afirmaban que el nombre era especialmente adecuado por el color rojizo que adquiría su rostro cuando estaba estresado.

Nora respetaba su manía de comprobar dos y hasta tres veces todos los artículos antes de que llegaran a las páginas del Globalt. Sin embargo, no soportaba la recalcitrante incapacidad de El Cangrejo para comprender el concepto de «Greenwich mean time». Una cosa era olvidar que ella, al vivir en Londres, iba una hora por detrás, y otra muy distinta insistir en que iba una hora por delante. Después de haber tratado de explicárselo en varias ocasiones, Nora comprendió que hay cosas en este mundo que no se pueden enseñar a los jefes.

–¡Bueno, llevarás ya de pie varias horas! –soltó El Cangrejo con fresca mañanera.

Nora miró el despertador de la mesilla. Eran las seis y media en el Reino Unido. Sacó las piernas por el borde de la cama.

–¡Humfrhum!

–Estupendo, ¿cuándo puedes entregar lo de Ruanda? Te esperamos para la página siete y la necesitamos a primera hora de la tarde.

Murmuró que hacia las dos, «hora danesa», colgó y se tambaleó hasta la única habitación auténtica del apartamento, en la que había conseguido instalar una especie de sala de estar, oficina, biblioteca y zona para cocinar. Aún medio dormida, llevó a cabo sus habituales rutinas de la mañana: encendió el ordenador y el televisor, puso las noticias de la BBC News 24, preparó agua para el café, se dirigió arrastrando los pies hacia el diminuto cuarto de baño...

Y aquí se interrumpió de golpe la rutina, porque de pronto tropezó con algo y se encontró en el suelo de la entrada, cuan larga era. Se incorporó de inmediato, un tanto desconcertada, y vio que el objeto que la había hecho caer era la vieja maleta que acababa de comprar. Sólo entonces recordó que la había dejado junto a la puerta cuando llegó a altas horas de la noche anterior. El cierre se había abierto, y de la boca abierta de la maleta salían un montón de fotos Polaroid. Nora se sentó en el suelo y abrió la maleta del todo.

Tomó algunas de las fotos, y vio que todas eran de chicas jóvenes, adolescentes. Chicas solas apoyadas contra una pared o un muro, en una posición que variaba muy poco. Todas miraban directamente al fotógrafo.

Algunas de ellas coqueteaban abiertamente con la cámara y sonreían. Otras miraban hacia el objetivo con timidez, un tanto incómodas con la situación. Al observar con más atención los peinados y la ropa, concluyó que algunas de aquellas instantáneas habían sido tomadas en algún momento de la década de 1980, por los pantalones Hammer, la gomina y las camisetas Ball, y otras en la de los noventa, con U2 en una de las camisetas.

Aquellas imágenes eran probablemente de un fotógrafo aficionado. Por lo que había aprendido yendo arriba y abajo con Pete, no se trataba de sesiones llevadas a cabo por un profesional, sino de una graciosa muestra de los primeros intentos por aprender el difícil arte de la fotografía. Sin duda el autor era un hombre fascinado por las mujeres jóvenes, aunque obviamente nunca había estudiado nada sobre elección de temas o iluminación, y por supuesto tampoco mostraba ningún indicio de talento artístico. Nora se encogió de hombros, y ya estaba a punto de devolverlas a la maleta cuando una imagen, diferente de las otras, captó su atención.

Dos chicas de pie en la misma foto. Una rubia sonriente, un poco gordita, pero guapa, y junto a ella una chica delgada de pelo oscuro, que miraba de soslayo hacia el fotógrafo. Era verano y llevaban pantalones cortos. Ambas estaban sobre un fondo blanco, al parecer de metal. Por la camiseta de una de las chicas, desgastada tras muchos lavados y con la leyenda «Feed the World», la imagen debió de ser tomada uno o dos años después del concierto Live Aid, de 1984.

Sin embargo, no era la camiseta lo que había llamado su atención, sino lo que había detrás de las dos chicas: una gran flecha roja y un texto en danés, «cubierta para vehículos 2». Por lo visto, había sido tomada en un ferri.

Apartó la foto y fue al baño, se cepilló los dientes, se lavó la cara y se echó un poco de agua en el pelo. Se preparó una taza de Nescafé bien cargada, le dio un

toque de color con un chorrito de leche, se sentó al ordenador y encendió la grabadora.

La voz impasible de Mr. Benn resonó en la habitación, y en las siguientes horas sólo existieron en la vida de Nora él y sus horrores. Sus dedos bailaban sobre el teclado.

* * *

Nora había entregado ya el artículo y esperaba la respuesta mientras ordenaba con aire ausente los papeles de su escritorio. Comprobó la nevera, y se preguntó si no debería hacer una excursión al Whole Foods de Kensington para hacerse con algo comestible. Le encantaba pasarse las horas en las tres plantas de comida exquisita, y siempre llegaba a casa con la cartera vacía y cargando con un par de bolsas llenas de queso de cabra italiano, galletas de espelta, grosellas ecológicas o pastel de queso de la panadería.

Sin embargo, no parecía que hoy fuera a ser así.

Había algo en aquella imagen de las dos chicas en el ferri que le molestaba, igual que cuando se miran viejas fotos de soldados en las que aparecen jóvenes de amplias sonrisas que se creen inmortales, y que en realidad ya sólo existen en forma de letras grabadas en un monumento de granito cubierto de musgo en Normandía.

Trató de desechar la sensación de tragedia. Las dos chicas de la foto estarían sin duda bien casadas y divorciadas, y se habrían olvidado de aquel viaje en ferri que probablemente había tenido lugar varias décadas atrás.

Aun así, volvió a coger la foto de las dos chicas. Una morena y una rubia. A pesar de la sonrisa, la mirada de esta última era dura y desafiante, como si estuviera retando a quien fuera que estuviese detrás del objetivo: ¿qué demonios quieres? La de la chica del pelo oscuro era avergonzada. La cabeza inclinada y los ojos ligeramente vueltos hacia abajo, como si sólo se atreviera a mirar indirectamente al fotógrafo.

Le dio la vuelta a la foto. Nada en la parte posterior... De pronto, el silbido ronco del interfono interrumpió sus pensamientos.

—¿Sí? —dijo vacilante.

—Sí, buenos días..., somos de la policía. Nos han informado de una riña doméstica en este domicilio...

La voz de la persona al otro lado de la línea tenía un marcado acento del norte

de Jutlandia.

¡Vaya, había olvidado por completo que había quedado con Andreas para ir a comer!

Se conocían desde hacía mucho tiempo, y habían sido muy amigos ya en el instituto. Sin embargo, en una de las últimas fiestas a las que habían asistido, Andreas se pasó con la bebida y le declaró su gran e insatisfecho amor. Cuando Nora le dijo que no le correspondía y le pidió que mantuviesen su amistad, él no reaccionó muy bien, y durante las últimas semanas del curso, antes de graduarse, la evitó por completo. Poco después de eso, Nora viajó a Inglaterra para disfrutar de un año sabático, y Andreas fue admitido en la Academia de Policía. Desde entonces, él había ido ascendiendo hasta conseguir ser admitido en la brigada criminal. Nora le había seguido la pista desde la distancia. Ahora, el tiempo había sanado el orgullo herido de Andreas, al menos aparentemente. La había localizado en Facebook, y le envió un mensaje en el que le decía que iba a estar en Londres durante unas semanas, para asistir a un curso especial sobre células terroristas en Scotland Yard.

Nora consultó su agenda, que estaba enterrada bajo un ejemplar de hacía varios días del The Guardian, un informe de la Organización Mundial de la Salud sobre la pobreza infantil y un artículo sobre la inmigración recortado del The Economist, que por cierto había estado buscando sin éxito.

Allí estaba, en efecto: «Andreas, almuerzo a las 13:30».

—¿Qué hay de lo mío? —insistió la voz a través del interfono.

Nora se dio cuenta de que aún no había contestado:

—Sí, claro..., perdona, Andreas. Sube. Estoy lista en un minuto.

Los hombros marcados y el pelo de color amarillo maíz sobre aquellos ojos castaños eran exactamente como los recordaba. Y, sin embargo, pudo observar con claridad que los años habían dejado huellas en el rostro de Andreas. Había madurado.

Al verla, el joven policía abrió los brazos sin decir una palabra, y su enormidad engulló a Nora.

—Sigues estando tan guapa como una sirena —dijo con su habitual media sonrisa.

Nora parpadeó ligeramente.

—Al menos no te has dejado el prescriptivo bigote policial. Hubiera sido demasiado para mí. —Hizo un gesto con la mano invitándolo a entrar en el apartamento, que parecía más microscópico aún con un policía musculoso y de

casi dos metros en su interior—. Llevo trabajando toda la mañana. Me doy una ducha y salimos enseguida. ¿Te apetece un café mientras esperas?

—¿Qué quieres decir? ¿Entonces no vas a venir a comer vestida con un quimono oriental? ¿No te estarás volviendo aburrida en tu vejez? —replicó Andreas con una sonrisa y mirando a su alrededor con curiosidad.

Nora se hizo la ofendida, señaló el calentador de agua para el café y levantó la cabeza.

—Agua, café y leche en la nevera. Me voy.

Dejó que el agua caliente de la ducha cayera sobre su cuerpo, mientras se preguntaba adónde llevaría a Andreas. Estaba el Honey Bee de la esquina, un café ecológico, aunque también podrían ir al pequeño bar de tapas junto al metro... Descartó enseguida ambas opciones. Demasiado alternativo para un jutlandés del norte como él. Finalmente, se decidió por el pequeño turco que había detrás del supermercado.

Se secó el pelo y se puso rápidamente una camiseta blanca casi sin usar, unos vaqueros negros y sandalias. Con una línea en torno a sus ojos verdeazulados y un poco de brillo de labios, estaba casi lista para salir a comer con estilo.

Cuando entró en la habitación, Andreas estaba sentado con un café en una mano y la foto de las chicas en la otra.

—¿Alguna historia sobre la que estás escribiendo?

Nora negó con la cabeza.

—Ayer compré una vieja maleta, y esa foto estaba en un sobre que apareció en el forro. —Señaló la maleta, que todavía estaba en el suelo de la entrada—. Aún no sé muy bien por qué, pero hay algo en esa fotografía que me intriga. Y me fastidia no saber qué pasa. Tengo la sensación de que debería saber de qué se trata...

Andreas entrecerró los ojos.

—Parece como si una de las chicas tuviera un brazalete. ¿Tienes una lupa?

Nora revolvió unos cajones y encontró una lente de aumento entre un montón de clips, lápices de colores y cargadores viejos de móvil que no había llegado a tirar.

Le quitó la foto de las manos. Efectivamente, se podía ver un brazalete de esos hechos con cuentas de letras en la muñeca de una de las chicas. Estaba desenfocado, pero Nora creyó leer una «L»... ¿Y tal vez un «E» o una «I»?

¿Lene? ¿Line? ¿Lisette? ¿Lea? Ninguno de aquellos posibles nombres la ayudaba a entender lo que le intrigaba de aquella imagen. Tal vez había algo en

aquel ferri que le resultaba familiar...

Andreas interrumpió sus pensamientos.

–Yo no sé tú, pero en mi caso ni siquiera he llegado a desayunar, así que ¿qué hay de lo mío? ¿Podré comer algo hoy o qué?

Poco después, se sentaban en casa de Abdul, y Andreas sorprendió a Nora pidiendo, con total familiaridad, la comida del menú: *Köfte*, *cacik* y *pide*... Incluso le dijo «tesekkur» a Abdul, que mostró su mejor sonrisa para la ocasión.

Nora enarcó las cejas.

–¿Qué? –comentó Andreas secamente al ver su expresión–. ¿Acaso crees que no hay vuelos internacionales desde Aalborg?

–Lo siento. Simplemente, te recordaba más como un hombre de patatas fritas con mayonesa. Sólo para la lasaña tuve que insistir horas y horas... –explicó ella con una tímida sonrisa.

–Bueno, la gente cambia, ¿no? –respondió encogiéndose de hombros.

Abdul trajo una jarra de agua helada, y los pensamientos de Nora volvieron a revolotear en torno a la imagen de las dos chicas.

–Hay algo en esa foto que sigue inquietándome. Incluso creo que conozco a esas chicas... –comenzó.

Andreas asintió.

–Yo tengo la misma sensación.

–Vale. Dos chicas. El nombre de una de ellas empieza con «L». O tal vez tenía un novio cuyo nombre comenzaba con «L». ¿En un ferri? ¿Lise en el barco? ¿Line? ¿Lis...?

Y de pronto, justo cuando Abdul puso en la mesa una cesta de plástico rojo con pan turco caliente, las piezas encajaron.

–¡Lisbeth! –exclamó Nora dándose una palmada en la frente–. ¡Maldita sea, Andreas, es Lisbeth! «L» de Lisbeth. ¿No recuerdas el caso? Las chicas del ferri de Inglaterra.

Era uno de esos casos que aparecían de forma recurrente en los documentales, y Nora podía recordar que la última primavera, cuando estuvo en Dinamarca en la casa de campo de Trine, después de la comida de Pascua, había visto, sin prestar mucha atención, los últimos cinco minutos de un programa que, una vez más, hablaba del misterioso paradero de Lisbeth y de la otra chica, de la que Nora no podía recordar el nombre.

Andreas asintió mientras cogía una rebanada de pan y se la metía en la boca.

–Sí, algo recuerdo.

Nora estrujó su cerebro para acordarse de los pormenores del caso.

–Era algo así como que desaparecieron del ferri y nunca se volvió a saber de ellas.

Andreas se encogió de hombros.

–Es un caso antiguo. Probablemente esas chicas estarán ahora en el fondo del mar, y no creo que las encuentren nunca... De hecho, si no recuerdo mal, creo que mi tío Svend trabaja con uno que en su día estuvo investigando el caso.

Llegó la comida y no dijeron nada más mientras se llenaban los platos. Después de estar un rato comiendo, Nora no pudo aguantar más.

–¿No podrías llamar a tu tío? Tengo que saberlo ya.

Andreas se echó hacia atrás y la miró con los ojos entrecerrados.

–Supongo que puedes esperar a que haya terminado de comer, ¿no?

–¡Venga! Voy pidiendo el café –dijo con entusiasmo, con la intención de animarlo.

Con un leve resoplido, Andreas sacó su móvil.

Nora le hizo un gesto a Abdul y le señaló el café, mientras Andreas localizaba a su tío.

Cuando llegó el café en una pequeña olla de cobre, con vasitos a su lado y dos pedacitos de dulce turco cuidadosamente colocados en una servilleta blanca de encaje, Andreas terminaba ya de hablar con su tío. Nora sirvió café en los dos vasos. Tomó un sorbo del suyo y puso un terrón de azúcar para quitar algo de amargura: era un café muy cargado. Andreas cerró la conversación con su tío Svend:

–Bueno, recuerdos para Annika.

Al colgar, sin embargo, se tomó su tiempo. Primero bebió un sorbo de café, hizo una mueca y se puso azúcar. Nora lo miraba ansiosa.

–Venga. Suéltalo.

–Bueno, no está mal. Mi tío trabaja con Karl Stark, que era un joven agente en Esbjerg cuando las chicas desaparecieron. Al parecer, nunca ha dejado el caso del todo.

–Perfecto. ¿Qué es lo que pasó?

–Mi tío se ha acordado enseguida: dos chicas que desaparecieron de una residencia para jóvenes con problemas a las afueras de Ringkøbing. Por lo visto, el grupo estaba formado por ocho jóvenes y tres adultos. Iban a pasar tres días en Londres, pero en el viaje en ferri Lisbeth y Lulú desaparecieron sin dejar rastro. Como si se las hubiera tragado la tierra. O el mar, en este caso. Nunca dieron con

ellas. La mochila negra de Lisbeth que encontraron en cubierta es la única pista...

–¡Es verdad! La segunda se llamaba Lulú –lo interrumpió Nora.

–El año pasado sacaron la historia en el programa *Sin resolver*, seguramente haya sido ése el documental del que viste los últimos minutos –dijo Andreas.

Nora se quedó pensativa unos instantes.

–Ya... ¿Sigue viviendo en Esbjerg tu tío?

–No, ha encontrado el amor de su vida, Annika, y se ha ido a vivir con ella a una casita, en Dragør. Ahora trabaja en la Brigada Criminal en Copenhague, igual que Karl Stark. ¿Quieres que le pida su número a mi tío?

Nora asintió.

–Sí, por favor.

Sin que se lo pidiesen, Abdul vino con más café, y le hizo un guiño a Nora cuando ella le lanzó una mirada interrogante.

–Día especial hoy, señorita Nora. Es estupendo verla sin el estrés del teléfono móvil, y no para pedir comida para llevársela a su escritorio –se rio.

Andreas movió la cabeza sonriendo.

–Algunas cosas nunca cambian. ¿O sí? –dijo.

Entonces se lanzaron a la inevitable conversación sobre quién había hecho qué. ¿Qué había sido de Ole, Klaus y Rita La Roja, quién se había casado y quiénes se habían hecho amas y amos de casa o quiénes habían hecho carrera?

–¿Y tú qué? –preguntó Nora con tiento, una vez que Andreas terminó con el informe de divorcios y empleados públicos, y que le explicara que una pareja de antiguos compañeros de clase habían tenido gemelos.

Evidentemente, ya había comprobado su perfil en Facebook en cuanto se había puesto en contacto con ella, pero la información era escasa. No indicaba su condición de casado o soltero. Lo único que había podido constatar, a partir de los grupos de los que era miembro, era que probablemente todavía practicaba triatlón y que no había perdido su entusiasmo por los Monty Python y el Chelsea.

–Eso, ¿y yo? –repitió Andreas.

En ese momento, sonó el teléfono. Era El Cangrejo.

–Oye, es un artículo condenadamente bueno. Pero me gustaría que le dieras algunas vueltas. Creo que va a ser demasiado fácil reconocer a ese tipo con la información geográfica que ofreces, así que difumínala un poco. Y además hay que recortar el tercer párrafo. Se repite. Te lo reenvío ahora. Tienes media hora.

Hasta luego.

Antes de que pudiera responder, ya había colgado.

Nora sacó un billete de veinte libras del monedero y lo puso sobre la mesa.

–Lo siento, más trabajo –explicó.

Andreas no dijo nada, y Nora trató de ablandarlo:

–¿Cuánto tiempo te quedas?

Al menos recibió la recompensa de una de sus sonrisas a medias:

–¡Anda, lárgate ya! Nos llamamos.

Capítulo 3

Nora se despertó con la fanfarria de trompeta que indicaba que el avión de la compañía de bajo coste estaba a punto de felicitarle por haber llegado a tiempo al aeropuerto de Copenhague.

Era uno de esos habituales viajes terroríficos que suponían tener que levantarse antes de las cuatro de la mañana para llegar al aeropuerto a tiempo, por lo que se había vuelto a dormir antes incluso de que el avión se hubiese puesto a la cola para el despegue en la pista de Stansted.

El libro que había pensado leer durante el trayecto (un ambicioso caso sobre los conflictos de petróleo en África) estaba sin abrir en su regazo; lo guardó de nuevo en el bolso, antes de levantarse para desembarcar.

Allí estaba él, en la puerta de llegadas, agitando un vaso de papel de Starbucks con toda su fuerza y vigor, como si ella no hubiese localizado inmediatamente su traje verde oscuro. Nadie más, que ella supiese, llevaba chaleco, y desde luego no en junio. Una sonrisa le cubrió el rostro, que mostraba en parte una barba gris. Christian Sand, destacado historiador especializado en el siglo XVII danés, y el motivo por el cual el nombre completo de Nora en el pasaporte fuera nada menos que Leonora Christine Sand.

—Papá. No tenías por qué venir a buscarme.

—No me importa. De todas formas, tengo unos días libres antes de asistir a una conferencia en Estocolmo la próxima semana. Estoy trabajando en un nuevo estudio sobre la fuga de Hammershus —explicó animado, mientras cogía la maleta de Nora.

Se dirigieron a su casa en Bagsvaerd, en el pequeño Fiat Punto verde guisante que había llevado a su padre de acá para allá durante al menos una década. En realidad, había sido de su madre, pero después de que ella los abandonara Christian conservó el coche como recuerdo sentimental de casi veinte años de matrimonio esencialmente feliz.

Sin duda la casa olía a su padre. A libros polvorientos, tabaco de pipa, cuero y

pan de centeno fermentado en frío en una gran vasija de barro en la despensa. Christian se dirigió a la cocina a preparar un café mientras Nora arrojaba la maleta en la habitación del primer piso. Su vieja cama de madera decapada estaba exactamente donde solía, incluso los carteles de Tintín seguían allí colgados. Tal vez algún día algo podría hacer que Christian Sand se interesara por la decoración de interiores y la modernización, pero a bote pronto Nora era incapaz de imaginarse qué podría hacerlo cambiar hasta ese punto.

Sacó el vestido de lunares, y lo colgó en una percha para que tuviese tiempo a alisarse antes del día siguiente por la noche.

–La fiesta empieza a las cinco en punto. Pasaremos por casa de tía Ellen un poco antes, y los llevaremos a ella y al tío Jens al restaurante –explicó su padre–. David no vendrá. Se ha ido a la parcela. No le apetece estar con toda esa gente –añadió con un leve suspiro.

No era ninguna sorpresa. Su superdotado hermano mayor nunca había sido diagnosticado oficialmente como autista, pero, por lo que Nora había podido leer, padecía algún tipo de trastorno de ese tipo.

Su trabajo como analista para una importante compañía de seguros hacía pleno uso de su inmenso talento para las matemáticas, y al mismo tiempo le daba la oportunidad de poder trabajar a menudo desde casa y evitar en lo posible el contacto con todas esas personas molestas y frustrantes de las que el mundo estaba inmensamente poblado.

Cuando tenía un buen día, no era más que un poco introvertido y tímido. En los malos estaba totalmente ausente. A David se lo veía según las condiciones del propio David, o no se lo veía.

–Bueno, va a ser una gran fiesta, papá. ¿Tienes preparado el discurso?

Su padre asintió.

Nora se había alegrado ante la posibilidad de ver de nuevo a su tía favorita de Kalundborg, y había hecho todo lo posible para disponer de unos días y poder estar en la fiesta de su septuagésimo cumpleaños.

–Está bien, pero pásate por la redacción cuando estés por la ciudad –le había dicho El Cangrejo.

Y eso era lo que tenía pensado hacer antes de encontrarse con Louise en el complejo de la cadena pública DR de Ørestad, para ir a comer con ella a última hora de la mañana.

Tomó el tren en la estación de Bagsvaerd, se bajó en Nørreport e hizo andando el resto del camino hasta la redacción, que ocupaba dos pisos de un edificio en el

que había una tienda de antigüedades en la planta baja.

–Eh, *miss Sand* –la saludó Anette con desenvoltura desde la recepción.

Entre los muchos articulistas, editores, fotógrafos, correctores y periodistas de investigación que se quemaban trabajando en una revista tan ambiciosa como *Globalt*, Anette era posiblemente la única presencia constante en la redacción.

Llevaba allí desde que *Globalt* sacó su primer número, y asumió el papel de supermadre para periodistas y redactores. Concertaba sus citas con el dentista, enviaba flores a sus mujeres cuando tenían que dedicar mucho tiempo a algún proyecto, y prestaba sus oídos a preocupaciones grandes y pequeñas sin comadrear.

El Cangrejo no era el único redactor jefe que había propuesto poner su nombre en la mancheta. Sin ella, la revista sencillamente no se publicaría puntualmente cada semana, según afirmaba.

Nora sacó del bolso una cajita de caramelos de regaliz ingleses comprada en el aeropuerto, y la puso sobre el mostrador.

Anette la amenazó con el índice.

–¡Uf! Ya sabes que no los puedo tolerar –dijo con entusiasmo mal disimulado.

La cajita desapareció rápidamente en el cajón superior, donde esperaría la llegada de cualquier emergencia que requiriese algo dulce para el paladar.

–El Cangrejo está en la sala de reuniones, acaba de terminar la reunión del mediodía. Hoy está de buen humor –añadió.

La sala de reuniones estaba oculta detrás de una pequeña cocina, y uno sólo podía llegar hasta ella maniobrando entre dos archivadores y un montón de colecciones de periódicos encuadernados que ya nadie recordaba haber leído.

–¡Vaya, vaya! ¡Pero si está aquí nuestra corresponsal! –dijo El Cangrejo sonriendo, antes de meterse un chicle de nicotina en la boca.

Aquél era un motivo recurrente de broma en la redacción: cierto era que El Cangrejo había dejado de fumar hacía dos años, pero desde entonces cada día había mascado al menos un paquete de chicles de nicotina. Hasta la fecha, el récord estaba en tres chicles a la vez. Sobre la mesa de reuniones, había toda una colección de tazas de café vacías. Una de ellas era la pretenciosa taza de Penguin de la redactora de cultura, Viola Ponte, con una cita de Virginia Woolf, una taza que el redactor de deportes le birlaba a diario, por lo que Viola Ponte se veía obligada a utilizar una y otra vez una taza desportillada del Brøndby Fútbol Club, que nadie quería reconocer haber llevado a la redacción.

La pizarra detrás de El Cangrejo estaba llena de hojas Din A4 en todas las

etapas del proceso de publicación, que más tarde se convertirían en las páginas de la revista. Algunas ya tenían texto y fotografías. Otras mostraban un enorme vacío, con sólo unas pocas palabras clave garabateadas a toda prisa.

–Y bien, cuéntame: ¿en qué andas trasteando? –dijo El Cangrejo echándose hacia atrás en su silla, mientras cruzaba las manos detrás de la cabeza.

–Bueno... Tengo algunas ideas. Pete y yo hemos hablado de ir a África durante un mes y recopilar historias. Por ejemplo, podríamos...

–Vale. Pero acabamos de sacar lo de Ruanda –la interrumpió El Cangrejo–. ¿No tienes nada más... cercano?

–¿Oriente Medio? –preguntó Nora, titubeante.

–Hum... –El Cangrejo no parecía muy convencido.

Nora respiró profundamente.

–Está bien. Tengo una historia que podría convertirse en algo bueno. No sé todavía en qué acabará al final, pero... ¿recuerdas las dos chicas que desaparecieron en el ferri de Inglaterra?

El Cangrejo negó con un gesto mientras trataba de encontrar un pequeño resquicio de información en un cerebro acostumbrado a absorber los puntos más delicados de la política exterior de Estados Unidos en el *New York Times* y las sutilezas de la Bolsa de Frankfurt.

–No del todo. Ilústrame.

–No sé si sacaré algo, pero me he encontrado con una foto que podría tener alguna conexión con el caso. En su día fue un bombazo. Dos adolescentes que desaparecieron en el ferri a Inglaterra en la década de los ochenta.

–Entiendo. Y no es un poco... ¿histórico? No sé, me suena más para una revista femenina. Justo antes de los crucigramas –dijo con cierto tono de escepticismo.

En ese momento, entró Anette en la sala con una pila de papeles.

–Para firmar. Y si puede ser, un poco más rápido que la última vez –advirtió girando sobre sus talones.

–Anette, tú que estás cerca de la gente... –dijo El Cangrejo con suficiencia.

Anette movió los ojos.

–¿Recuerdas un caso de dos chicas desaparecidas en un ferri en... ¿cuándo dices que fue, Sand?

Antes de que Nora pudiera responder, Anette lo hizo por ella:

–Sí, recuerdo muy bien el caso. Yo era una adolescente, y leía todo lo que caía en mis manos relacionado con el tema. La verdad es que estuve varios años sin atreverme a montar en un ferri.

–Ya veo... ¿Así que te gustaría volver a leer algo sobre el caso?

–Por supuesto –dijo Anette simplemente, y regresó a la recepción, donde ya sonaba el teléfono.

–Bueno...

El Cangrejo se quedó ensimismado, mirando por la ventana.

Nora tosió discretamente.

–Está bien, Sand, vamos a intentarlo. Se sale un poco de nuestro programa, pero vamos a ver qué dirección toma el asunto. Dos semanas. Y no vas a verte relevada del trabajo habitual durante el tiempo que te lleve resolver el misterio. ¿De acuerdo?

–Sí. Gracias. Pero no puedo garantizar que... –comenzó a decir antes de que el móvil de El Cangrejo empezara a zumbear como un marcapasos en el bolsillo de su camisa. Lo cogió y miró la pantalla, sorprendido.

–Vaya... Un número de Rusia. Me parece que tengo que cogerlo –dijo agitando la mano para indicar que la audiencia había terminado.

Hizo una ronda por la redacción. Muchos de sus compañeros ya estaban de vacaciones de verano, pero en el departamento de fotografía encontró a Magnus, enfrascado en la edición de fotos de su reciente viaje a Afganistán. Las fotos de soldados no solían parecerle especialmente atractivas, pero Magnus, que con sólo veinticinco años de edad tenía ya tres premios internacionales a sus espaldas, había vuelto a superarse. Había conseguido captar el miedo en los ojos, el polvo, la desesperanza, el aburrimiento y la ebriedad de la victoria, y lo había congelado en un instante.

Se volvió cuando sintió que alguien miraba por encima de su hombro.

–Ah, hola, Nora –dijo rápidamente, y se volvió de nuevo hacia la pantalla.

–¿Cómo está nuestro archivo de imágenes, Magnus? ¿Se puede acceder a él como periodista?

–Claro. Basta con entrar en la base de datos. ¿Qué necesitas?

–Es un caso de mediados de los años ochenta.

–Pues entonces no lo tenemos en nuestro archivo, cielo. *Globalt* no salió hasta 1998.

Después de una pausa valorativa, que aprovechó para ajustar el contraste de color en un paisaje desértico, dijo:

–Pero puedes probar en ServiceMedia. Han recogido la mayor parte de las fotos de prensa publicadas a lo largo de la historia en medios de comunicación daneses. Puedes usar mi contraseña, si no la vas contando por ahí.

–Gracias –dijo sentándose en el ordenador más cercano.

Primero buscó en Google «desaparición en el ferri de Inglaterra», y rápidamente encontró una serie de artículos en los que se explicaba cómo Lulú Brandt y Lisbeth Mogensen habían desaparecido sin dejar rastro.

Con unos pocos clics aquí y allá, encontró el caso tanto en *Ekstra Bladet* como en *BT*, así como una pequeña serie de artículos en el *Diario de Ringkøbing*, en los que el periodista había hecho un esfuerzo extra poniendo el foco en la institución en la que vivían las niñas: Vestergården, a quince kilómetros de la ciudad. Imprimió las páginas para poder leerlas más tarde con calma.

En primer lugar, anotó de la fecha de su desaparición: el 4 de agosto de 1985, y después entró en la página web de ServiceMedia con la contraseña de Magnus, que resultó ser Hendrix78. No le preguntó, pero él mismo se lo explicó.

–Mi perro –dijo con una sonrisa y señalando una foto de un bóxer baboso que colgaba sobre su escritorio.

Había ocho imágenes del caso. El *Diario de Ringkøbing* tenía tres, que fueron las que primero revisó: una mostraba Vestergården, la segunda un hombretón sonriente con una gran barba al que se describía como «el líder de Vestergården, Kurt Damtoft», y la tercera recordaba vagamente haberla visto antes. Las dos chicas estaban de pie entre un grupo de jóvenes sonrientes en el puerto de Esbjerg, esperando iniciar el viaje de su vida. A Lisbeth parecía molestarle el sol, y sólo entreabría un poco los ojos; junto a un enorme radiocasete estaba la morena Lulú, sonriendo tímidamente hacia la cámara.

Volvió a hacer unos clics para ir a *Ekstra Bladet* y *BT*. Ambos tenían fotos del juicio contra Kurt Damtoft y sus dos colegas. «¡Negligencia grave!», exclamaba el *Ekstra Bladet*. Ambos periódicos traían también fotos de las dos chicas en el puerto, con el ferri de fondo.

«La última imagen tomada de las chicas con vida», era uno de los pies, que también se permitía llegar a la conclusión de que «las bellezas jutlandesas fueron asesinadas y arrojadas al mar».

Nora rebuscó en su bolso y sacó la agenda, entre cuyas páginas había puesto la foto de las dos chicas. La sacó y la estudió de nuevo.

Era evidente que la foto del *Ekstra Bladet* no era la última imagen de las chicas con vida. Alguien había tomado una foto de Lisbeth y Lulú a bordo del ferri, cuando ya no estaban junto a los otros jóvenes de Vestergården. La pregunta era: ¿quién había hecho aquella foto? ¿Y por qué nadie se la había entregado a la prensa cuando la búsqueda de las chicas estaba en todo su esplendor? Y sobre

todo, ¿qué hacía en una vieja maleta olvidada en Brine?

A cambio de una taza de café, consiguió que Magnus le escaneara la fotografía en el ordenador. Se la envió a sí misma por correo, e imprimió un par de copias en papel fotográfico. Luego imprimió algunas más de las fotos de grupo, y todo el lote lo puso en el bolso junto con los artículos, antes de volver a la calle para tomar el tren a Ørestad.

Capítulo 4

Ya en el examen de ingreso de la Facultad de Periodismo había entablado conversación con Louise. Algo en aquella chica delgada, con el pelo cortado a máquina y sonoros pendientes, había llamado la atención de Nora durante el descanso. En cuanto empezaron a hablar, las dos se dieron cuenta de que tenían muchos puntos en común y de que compartían el mismo sentido del humor, mordaz y corrosivo. Cuando Nora le propuso que comieran juntas y Louise le confesó que se había olvidado por completo de llevar algo de comida o dinero para todo un día de exámenes, ambas se rieron mucho.

Después de graduarse, y tras hacer algunos trabajos para un par de revistas *underground*, Louise, para sorpresa de muchos, había terminado en la Radio Televisión Danesa, en cuya redacción era una temida y respetada coordinadora. Algunas fuentes que se negaban notoriamente a presentarse en televisión, por alguna razón nunca se atrevían a decir que no a Louise. Si alguien podía solucionar algún entuerto, ésa era ella.

Nora se bajó del tren, se dirigió a la recepción principal y se presentó. Tres minutos más tarde, una Louise sonriente bajaba a saltos las escaleras con una pila de papeles bajo el brazo.

–¡Hola, preciosa, me alegro de verte! –exclamó mirando a la vez su reloj de pulsera–. Tenemos veinticinco minutos antes de que tenga que volver. Estoy esperando una llamada de la gente de Bertil Brasks –añadió, refiriéndose al últimamente desacreditado hombre de negocios que había adquirido una empresa en quiebra.

–¿De verdad va a salir en la televisión? –preguntó Nora, sorprendida.

–Bueno, al menos se lo están pensando, y con eso ya me conformo –contestó Louise muy contenta.

Se dirigieron a la cafetería.

–¿Cómo está Tobías? –le preguntó Nora una vez sentadas, cada una ya con su plato.

Louise hizo una mueca.

–Ya ha empezado a hablar de su fiesta de confirmación del próximo año. No sé exactamente cómo ha pasado. Tienes un precioso niño con hoyuelos, y de repente aparece por casa un adolescente enfurruñado, con un par de auriculares blancos de iPod implantados en las orejas. ¡Y eso cuando está en casa!

A los diecisiete años, Louise se quedó embarazada de un bajista de una banda británica. Al bajista no volvió a verlo, pero, a los nueve meses del concierto triunfal de despedida del grupo en Dinamarca, llegó Tobías. De algún modo, Louise consiguió apañárselas con su beca y sin mucha ayuda de sus padres, procedentes de Thy, que lo desaprobaban.

Hablaron de hombres, de jefes y de cómo una ola aparentemente interminable de recortes se había llevado por delante a varios de sus antiguos colegas de redacción, tanto de prensa escrita como de radio y televisión. Cuando Louise bebió el último sorbo de agua e hizo ademán de ponerse en pie, Nora recordó la foto que le quemaba en el bolso.

–Por cierto, ¿puedes ayudarme con una cosita? Me gustaría ver un programa del año pasado. Uno de *Sin resolver*.

Louise se levantó, tomó la bandeja y se fue hacia el carrito, y Nora la siguió.

–No hay problema. Me deben un favor en el archivo. Ahora mismo llamo.

Sacó el teléfono móvil y concertó una cita.

–Pregunta por Susanne, que es quien está a cargo de los archivos. Ella te lo facilitará –dijo.

Cuando se estaban despidiendo, volvió a sonar el teléfono.

–Sí. Soy yo –dijo Louise, cambiando su tono y poniendo su voz de negocios. Le hizo gestos a Nora, y con los labios susurró–: Bertil Brask.

Se despidieron, y Nora siguió las indicaciones que le había dado. Finalmente, localizó el archivo, donde se encontró con una mujer sonriente de pelo gris, un poco regordeta y con una camisa amarillo canario, detrás de un mostrador.

–¿Eres Susanne?

La mujer asintió.

–Y a ti te ha enviado mi buena amiga Louise, ¿no? ¿En qué puedo ayudarte?

Nora explicó lo que estaba buscando, y Susanne tecleó en el ordenador.

No tardó más de diez segundos en pulsar intro.

–Aquí lo tenemos. *Sin Resolver*, del 5 de abril del año pasado –dijo, al tiempo que escribía un largo número en un trozo de papel.

–Espera aquí, por favor –le pidió Susanne.

Se levantó, pasó por delante de Nora y desapareció por una puerta, en la que tuvo que colocar bajo un lector una tarjeta de identificación que llevaba colgada al cuello con un cordel.

Nora se sentó en una silla y observó la moderna sala, que parecía aspirada a conciencia para eliminar cualquier rastro no sólo de polvo o suciedad, sino también de seres humanos. Todo era ángulos agudos y paneles de vidrio.

Se sobresaltó cuando la puerta se abrió de nuevo y entró Susanne con un gran casete de color gris en la mano.

—Aquí tienes. No te lo puedes llevar, pero puedes verlo allí —le indicó, señalando una puerta con un letrero que decía: «sala de reuniones 2».

Nora cogió la cinta, entró en la habitación, puso el reproductor y se sentó en una de las sillas de la vacía mesa de conferencias.

El logotipo rojo de *Sin resolver* se deslizó por la pantalla siguiendo el ritmo de la inquietante música que había acompañado al programa en la última década.

El conductor del programa, Jens Blindkilde, apareció en la pantalla vestido con una gabardina frente a lo que parecía ser la terminal de ferris de Esbjerg. Su rostro estaba, como siempre, surcado por profundas arrugas.

—Lo que veremos esta noche es un caso que, durante años, ha preocupado a la policía tanto danesa como británica. La historia de cómo dos jóvenes desaparecieron sin dejar rastro cuando realizaban el trayecto entre Dinamarca e Inglaterra. El caso de las chicas del ferri de Inglaterra —dijo en un tono dramático.

Nora rebuscó en el bolso y sacó un bolígrafo y un bloc de notas en el que quedaban todavía un par de hojas en blanco. Media hora más tarde, pasaban por la pantalla los títulos de crédito, y Nora revisaba sus notas.

Lulú y Lisbeth fueron vistas por última vez alrededor de media hora después de la salida del ferri del puerto de Esbjerg. Una pasajera, que Blindkilde y sus investigadores habían conseguido localizar, creía haberlas visto en compañía de un hombre, pero después de tantos años no podía recordar si tenía el pelo moreno o rubio, si era alto o bajo.

A pesar de que Jens Blindkilde utilizase durante el programa hasta tres veces la palabra «sensacional» para referirse a la fuente, Nora no había quedado muy convencida. El testimonio de esa mujer no aclaraba nada, y todo parecía llevar a un callejón sin salida. Al parecer, también habían logrado encontrar al padre biológico de Lulú, aunque no había querido aparecer en pantalla. De hecho, no había vuelto a ver a su hija desde que, cuando ella tenía diez años, le retiraron la

custodia.

En una declaración escrita había declarado que «no había un día en que no pensara en lo que podía haberle sucedido a su pequeña Lulú.

Luego seguía una corta entrevista a Karl Stark, que tras su período en Esbjerg se había convertido en inspector de la Brigada Criminal en Copenhague. Sólo eran unos pocos minutos, en los que se mostraba a un oficial atormentado, de cabellos grises, que no parecía tener mucho que añadir.

Al final de la entrevista, miraba directamente a la cámara. «Esas chicas tienen derecho a que se haga justicia. Tiene que haber alguien por ahí que sepa qué pasó con ellas», dijo en tono suplicante.

Nora sacó la cinta de la máquina, la puso de nuevo en la caja, volvió a salir y se la devolvió a Susanne dándole las gracias.

Cuando salió a la calle, vio que hacía sol. Sacó el móvil de su bolsillo, localizó un número en el buscador y llamó al tío de Andreas, Svend Jansson, en Dragør. Quería preguntarle si Karl Stark podría dedicarle un poco de tiempo para hablar sobre el caso. Dos minutos después de haber colgado, llegó un mensaje de texto con una invitación a tomar el café a media mañana y una dirección en Dragør.

* * *

Cuando se levantó, en la cocina había pan de centeno recién horneado. Cortó un trozo, le puso queso y salió a la terraza para que le diera un poco el tibio sol de la mañana.

Su padre estaba buceando en un artículo del periódico del fin de semana, y gruñó amigable bajo la sombrilla cuando la vio.

—¿Puedo llevarme el coche hoy? —preguntó ella con un trozo de pan negro aún en la boca.

—Vale. Pero vuelve pronto, recuerda que vamos a Kalundborg —respondió, y sin más preámbulos añadió—: ¿Cómo está tu madre?

—Creo que bien. La última vez que hablé con ella, iba camino de un curso de mosaicos en la Toscana. Por lo visto, Patrick todavía sigue insistiéndole en que se mude a Devon, pero ella se resiste —explicó Nora.

—Cosas más raras se han visto. ¿Qué puñetas iba a hacer ella en Devon? —preguntó el padre, asombrado.

—No creo que eso pase nunca. Mamá tiene que vivir a tiro de piedra de la British Library, del British Museum y de sus queridos papeles. Estoy convencida

de que si se alejara de ellos moriría –contestó Nora–. La pregunta es si Patrick aguantará mucho tiempo más.

–En estos momentos es, de hecho, la mayor investigadora sobre Cromwell del país. En mi opinión, es ese Patrick quien tendría que levantar el campamento. ¡Devon! –resopló–, ese hombre está loco.

Nora entró en el baño y lo dejó con su periódico. En el fondo, odiaba hablar de Patrick y de todo lo que había sucedido entonces, porque despertaba cosas en ella que prefería mantener en el olvido. Odiaba tener que recordar aquel día en que volvió temprano de su baño matutino con Andreas y había encontrado a su madre a la entrada de casa con una maletita rosa.

–Mamá, ¿a dónde vas? ¿Has estado llorando?

Sin responder, su madre le preguntó:

–Vaya, Nora. ¿Cómo es que estás de vuelta tan pronto?

Antes de que Nora pudiera decir nada, un taxi se detuvo tras ella, y Elizabeth, su madre, se limitó a darle un beso y desapareció.

Nora entró lentamente en casa, y allí se encontró con los restos del hombre al que llamaba papá. Un hombre que acababa de perder al amor de su vida, y que nunca llegaría a comprender lo que había sucedido.

Y lo que había sucedido era un productor de manzanas llamado Patrick, de Devon. En los siguientes cinco años, Nora se negó siquiera a intercambiar una palabra con ninguno de ellos.

Se sacudió de encima aquellos recuerdos mientras se secaba el pelo.

Media hora más tarde, estaba lista para poner rumbo a Dragør.

* * *

Tuvo que dar unas cuantas vueltas por el antiguo pueblo de pescadores, antes de localizar la pequeña casa de color amarillo en la calle Skippervænget.

Jansson estaba sentado en el patio delantero, con el torso desnudo y bebiendo agua fría en un vaso de mostaza de fondo grueso. Era evidente que acababa de terminar de cortar el césped. En la mesa frente a él, había un pequeño termo azul turquesa, dos tazas de café y un periódico dominical abierto en una de las páginas de crucigramas. Encima de él, un par de gafas rojas de mujer.

La miró con curiosidad cuando se detuvo al otro lado de la cerca blanca.

–¿Eres Nora?

Ella asintió.

–Adelante –dijo observándola de arriba abajo–. Te recuerdo. Tú eres la chica con la que Andreas siempre iba a nadar por las mañanas, ¿verdad?

Nora se lo confirmó, y el tío Svend entró para buscar un par de tazas de café. Cuando salió, señaló con la cabeza hacia el periódico y las gafas.

–Annika acaba de irse a casa de la vecina. Algo sobre una nueva receta de pescado que quiere probar esta noche... –explicó–. Bueno, sea como sea, está claro que no has venido para eso. Karl está al caer. No dispondrá de mucho tiempo. Al parecer, tiene que ir a ver a su nieto, que juega al voleibol.

–Lo vi en *Sin resolver*.

–Sí, lo recuerdo... –dijo con cierta tristeza–. Creo que pensaba que, de alguna forma, les debíamos algo a esas chicas. Tal vez haya alguien por ahí que, después de todos estos años, recuerde algo. Cualquier mínimo detalle que pudiera proporcionar alguna pista sobre lo que realmente sucedió.

El ese momento se abrió la cancela del jardín, y el hombre de cabello gris que Nora había visto en el programa de televisión se dirigió resueltamente hacia la mesa.

Su mirada era tan firme como su apretón de manos.

–Nora Sand –indicó él mirando de reojo su reloj–. Tengo apenas veinte minutos, y he de decirte que esto lo hago como un favor a Svend.

Nora agradecía su franqueza.

–De acuerdo, vamos a ello. Le he visto en el programa de televisión. ¿Sacó algo de ello?

Karl Stark negó con la cabeza.

–Yo, personalmente, estaba allí todas las tardes ante los teléfonos a los que la gente podía llamar. Recibimos catorce llamadas. Todas bromas telefónicas o testimonios más que dudosos. Un hombre de Greve afirmó haber visto a Lisbeth con vida en el gimnasio local, donde al parecer era monitora de *spinning* todos los miércoles por la tarde. Una especie de médium de Herning aseguró que los restos mortales de Lulú estaban cerca del agua, lo que por supuesto, dadas las circunstancias, no sería una sorpresa para nadie.

–¿Qué cree que pasó? –preguntó Nora.

Karl Stark se tomó su tiempo antes de responder. Se sirvió café, echó una cucharadita de azúcar y lo removió.

–Para ser sinceros, no lo sé. Me lo he preguntado durante años. Fue uno de mis primeros casos, cuando acababa de llegar a Esbjerg. Soy incapaz de recordar cuántas veces volví al caso, preguntándome qué podríamos haber hecho de otra

forma o intentando dar con algún detalle que se nos hubiera escapado. No tiene ningún sentido que dos personas desaparezcan sin dejar rastro. ¿Podrían haber saltado por la borda en un pacto suicida? No lo creo... –dijo bajando la voz–. Esto nunca ha salido en la prensa, pero encontramos un pequeño artículo en la mochila que Lisbeth dejó atrás. Era de una revista juvenil, y explicaba cómo hacer carrera como modelo en Londres. ¿Por qué iba a saltar por la borda alguien que tuviera el sueño de un futuro como ése?

Se peinó el cabello con los dedos y movió la cabeza como para sí mismo.

–Soy un viejo sensiblero. Cuando me mudé a Copenhague, me traje una copia del expediente. Durante el primer año, lo saqué en más de una ocasión cuando tenía un minuto libre. Lo revisaba y revisaba hasta quedarme ciego buscando relaciones que no existían. Acabó convirtiéndose en una especie de obsesión compulsiva, como cuando a uno le sacan una muela y la lengua no deja de buscarla... –añadió con una sonrisa conpungida–. Pero ahora..., después del nulo éxito del programa de televisión, creo que ya me doy por vencido. En realidad, tampoco ha habido ningún familiar que haya llamado para preguntar por los progresos de la investigación. Han pasado ya tantos años, tantos otros casos...

Nora sacó los artículos del *Ekstra Bladet* y los puso sobre la mesa.

–¿Es cierto que ésta es la última foto de las chicas?

Karl Stark le echó un vistazo, repasó el artículo y miró la imagen del grupo en el muelle, antes de que los chicos subieran a bordo, y asintió.

–¿No hay ninguna otra fotografía en el expediente o testigos que hayan acudido con más imágenes?

Stark se la quedó mirando.

–Por lo que sabemos, no. Ésta es la última foto que les hicieron.

Nora sacó la agenda de su bolso, la abrió y cogió la fotografía que había encontrado en la maleta. La colocó sobre las hojas impresas.

–He venido hasta aquí porque espero que usted pueda explicarme quién hizo esta fotografía –dijo.

Stark cogió la fotografía y entrecerró los ojos para estudiarla con más detalle. Un momento después, la dejó caer como si se hubiera quemado.

–¡Maldita sea, chiquilla! ¿De dónde la has sacado? No la había visto nunca.

Arrancó sin preguntar una página del periódico de Annika, y la dobló en torno a la imagen.

–¿Quién la ha tocado?

–Bueno... Yo, mi amigo Andreas, que también es policía, y probablemente

nadie más. En todo caso, no desde que la encontré –explicó Nora.

Stark tomó aire profundamente.

–Ésta es la primera pista desde que nos obligaron a cerrar la investigación –dijo–. Tienes que contarme exactamente dónde has encontrado esta foto. Todo es importante, cualquier detalle. Quiero saberlo todo.

Nora se sirvió más café, y le contó la historia de la pequeña aldea de pescadores de Brine y de la vieja maleta que había comprado allí, en la que encontró las fotos de las jóvenes.

Mientras se lo contaba, Svend entró en la casa, rebuscó en varios cajones y sacó unas pinzas y un sobre blanco, en el que depositó la foto. Después le entregó el sobre a su viejo colega.

–Espero que no haya problema en que me quede con ella... –dijo Stark. Estaba claro que era una mera fórmula de cortesía, y que daba por hecho que la foto pasaba a disposición policial–. Veremos si la tecnología puede sacar algo de esto. Lo dudo mucho, pero de todos modos no tenemos nada mejor...

Nora se limitó a asentir.

–Voy a insistir en que la analicen de inmediato. Tal vez no haya nada, pero tengo que saberlo, necesito saberlo. Espero que puedas entenderlo.

Antes de que Nora pudiera contestar, oyeron una alegre voz femenina:

–Yuhuuu... –Era Annika, que llegaba caminando por el sendero del jardín con los brazos llenos de tallos de ruibarbo–. ¡Mira lo que tenemos, Flemming! –exclamó con entusiasmo, antes de volverse hacia los invitados–. ¿Ya les ha ofrecido un poco de café?

Karl Stark asintió, se acabó su bebida y le dio un formal apretón de manos a Nora y a Annika, antes de desaparecer por el sendero de camino al partido de voleibol de su nieto.

Nora se quedó una media hora más, y sólo pudo marcharse cuando finalmente aceptó un bote de mermelada casera de fresa.

Cuando se sentó en el coche, sintió el impulso de llamar a su hermano David. El teléfono sonó sólo cuatro veces antes de que saltara el contestador, que la animaba a dejar un mensaje.

–Hola, soy tu hermanita. Estoy en la ciudad. –No era necesario decir más.

Si él quería dejarse ver, aparecería tarde o temprano.

Manióbró para dar la vuelta y regresó hacia Bagsvaerd.

Capítulo 5

La fiesta de cumpleaños superó todas las expectativas. La tía Ellen podía alegrar cualquier reunión con su vestido de flores y su risa fácil, más aún si estaba rodeada por su amada familia y amigos. Había habido brindis, canciones y un largo paseo junto al mar, con la puesta de sol como telón de fondo.

Por la mañana, Nora se vio honrada con una llamada de su hermano David, y fue con el coche a la parcela de Amager con una bolsa de rosquillas y uno de los gigantescos bollos de canela que tanto le gustaban a él.

Pasaron un par de horas juntos, y David parecía estar de muy buen humor mientras le mostraba su colección de peonías, una de las pocas aficiones que podían competir con su pasión por los logaritmos.

Nunca le preguntaba por su vida en Londres. Aun así, Nora le habló de Andreas y de cómo el «fotomóvil» de Pete había estado a punto de quemarse en plena carretera cuando la semana anterior había estado de viaje con el reportero. Nora apenas podía dejar de reír al recordar el considerable arsenal de maldiciones australianas de que disponía Pete, pero David, en lugar de reírse por lo cómico de la situación, declaró, muy serio, que era de vital importancia comprobar siempre el aceite del motor antes de iniciar viajes largos.

–Creo que ya ha aprendido la lección –aseguró Nora con ironía antes de despedirse y volver a Bagsvaerd.

Su padre no estaba en casa, por lo que saboreó sola una comida rápida en la cocina, antes de hacer la maleta y tomar el tren de cercanías y el metro hasta el aeropuerto.

Capítulo 6

Una hora más tarde, Nora estaba comprobando el panel en la zona de tránsito. Todavía era muy pronto para ir a la puerta de embarque. Se dejó caer por la librería y, sin muchas esperanzas, recorrió de arriba abajo las estanterías de *best sellers*. No merecía la pena comprar algo en inglés. Los libros eran mucho más baratos en Londres, pero de vez en cuando sentía la necesidad de lanzarse a por una buena novela danesa.

Nada la tentó en la sección de literatura, y paseó la vista por las guías de viajes hasta llegar a un pequeño apartado con libros especializados: el mejor método para tener éxito en los negocios, cómo los rusos aguantaron el asedio de Leningrado... Entre los policíacos, encontró un sangriento *best seller* inglés que prometía un repaso a los casos de asesinato más macabros ocurridos en el Reino Unido en los últimos tiempos. Se titulaba *Los asesinatos del siglo*.

La tristemente famosa infanticida británica Yvonne Loft miraba con maldad desde la portada con una sonrisa en los labios, como si las diez pequeñas vidas que había arrebatado y por las que había sido condenada fueran una broma macabra que sólo ella y su novio y cómplice entendían.

Nora lo cogió distraída y lo hojeó hasta la sección central, con fotos en blanco y negro. Como ilustración adicional del «caso Yvonne Loft», el autor había localizado una imagen de la pareja asesina paseando de la mano por un muelle, mientras se comían un helado con una gran sonrisa. A Nora casi le produjo náuseas el pie de foto:

«Yvonne Loft y Harry George disfrutando de un día en Brighton. Al parecer, la imagen fue tomada unas horas antes de que la pareja secuestrara y asesinara al niño de siete años Timothy Kent.»

«¿Puede uno comer helado y al mismo tiempo planear el asesinato de un niño?», se preguntó Nora. Lo más terrible no era la crueldad, sino el modo en que, de forma imperceptible, se introducía en la normalidad, en la vida cotidiana, enseñándonos así que nunca podemos estar seguros, que una cara amable puede

ocultar la más profunda maldad.

Los sonrientes amantes que, mientras comen un cucurucho de fresa, planean violar y estrangular al hijo de alguien... El amable maestro de escuela de Ruanda que, machete en mano, se lanza a una orgía de sangre desenfadada... El elegante marido trajeado que ahoga a su mujer en la bañera para hacerse con el seguro de vida... Le recorrió un escalofrío, y estaba ya a punto de devolver el libro a su lugar, cuando su mirada recorrió por casualidad la página opuesta, en la que una foto de la esquina inferior izquierda le llamó la atención.

Aquella pequeña foto hizo que se le erizara el vello de la nuca.

Tomó resueltamente el libro bajo el brazo, y se acercó al mostrador para pagar antes de dirigirse a la puerta de embarque.

Tan pronto como se sentó en el asiento del avión, volvió a la página en la que estaba aquella imagen y la estudió con detalle.

Una joven con el pelo recogido en un moño miraba a la cámara. Estaba de pie delante de una pared blanca, con los brazos inertes a los costados. Nora no podía recordar si había visto esa cara antes, pero aquélla bien podría ser una foto más de la pila de fotos de la maleta.

El pie de foto no aportaba mucha información: «Jean Eastman, de 19 años, cuya muerte condujo a la detención de William Hickley».

Nora fue al capítulo sobre William Hickley, o Bill Hix, como él insistía en llamarse a sí mismo.

El autor del libro escribía como si intentara batir un récord mundial de lugares comunes. William Hickley había tenido una infancia desgraciada y sin amor, con una madre dominante. Nunca había conocido a su padre. Siempre había tenido grandes dificultades para hacer amigos en la escuela, y en su lugar se había lanzado a la fotografía, que se convirtió en una absorbente afición.

Vivía en casa con su madre, cuando, con treinta y dos años de edad, fue descubierto por algo tan trivial como un pinchazo. Un viernes por la tarde, en octubre de 1992, se había detenido en un camino para cambiar la rueda. Un amable agente de policía que pasaba por allí se detuvo para ofrecerle ayuda, y, antes de que William Hickley pudiera rechazar su ofrecimiento, el solícito policía ya había abierto el maletero para buscar el gato y la rueda de repuesto.

Lo que vio el agente Ross Carr en aquel maletero le dejó una huella tan profunda que, poco después, tuvo que abandonar el servicio activo. Sufrió ansiedad e insomnio, y se vio obligado a jubilarse dos años antes de lo previsto.

Jean Eastman había sido, según todas las fuentes, una belleza local que

trabajaba en una tienda de flores de Dorchester, pero no quedaba nada bello en ella cuando yacía desnuda y sin vida, envuelta en un trozo de lona verde oscuro con las rodillas dobladas debajo de su cuerpo. Donde en su día habían coqueteado unos hermosos ojos, sólo quedaban dos agujeros, y en su boca abierta el agente Carr vio una oscuridad que lo atormentaría el resto de su vida: le habían cortado la lengua.

William Hickley huyó a pie, mientras el policía vomitaba en la cuneta. Sin embargo, después de una semana de salvaje huida y búsqueda por todo el país, el criminal fue descubierto por un ornitólogo junto a una casa en el Distrito de los Lagos.

La casa fue rodeada, y cuando Hickley se dio cuenta de que el juego había terminado, se rindió. La investigación llevó a la policía al caserón de la madre de Hickley, y descubrieron el sótano cerrado con llave al que, por lo visto, sólo tenía acceso su hijo. Vanessa Hickley luchó con uñas y dientes contra la investigación de la policía, y afirmó finalmente que su hijo era víctima de un error judicial.

En el sótano, transformado en un cuarto oscuro, la policía encontró un contrato de arrendamiento de un almacén en las afueras de Dorchester. El local estaba a tres kilómetros del lugar donde pinchó Hickley. En el edificio, prácticamente en ruinas, la policía encontró tres coches destrozados, cinco bolsos de mujer, un juego de escalpelos, ocho sujetadores, dos sofás y un armario cerrado con llave. Cuando lo forzaron, vieron que contenía permisos de conducir y otros documentos personales pertenecientes a cinco mujeres, todas ellas denunciadas como desaparecidas, y entre las que se incluía la joven de 19 años, Jean Eastman.

En el doble fondo, la policía encontró también un sobre con veintitrés fotografías de mujeres, todas de pie en la misma posición: contra una pared, mirando directamente a la cámara. Sin embargo, eso no fue lo que impresionó más al equipo de investigación ni lo que provocó los mayores titulares en los periódicos. Fue el macabro descubrimiento de quince lenguas, cuidadosamente guardadas en un gran frasco con cierre hermético, colocado en el fondo de aquel armario, que la prensa denominó «El gabinete de los horrores».

La esperanza del inspector de la Brigada Criminal James McCormey de conseguir cerrar el caso con una confesión, quedó frustrada ya durante el primer intento de interrogatorio de William Hickley.

Pronto se hizo evidente que planeaba ser declarado enfermo mental, y evitar

así una pena de prisión. Explicó que había recibido órdenes de Dios de asesinar a Jean Eastman para comérsela.

—¿Por qué les cortó la lengua?

—Dios me dijo que tenía que comerme sus palabras. Sus vacías palabras de muchacha. Comérmelas directamente de su boca, con amor —explicó Hickley con rostro grave.

James McCormey trató una y otra vez de apelar a William Hickley y a su alter ego, Bill Hix, para intentar que pusiese nombre a aquellas quince lenguas y sacar de su incertidumbre y temor a los familiares de las mujeres desaparecidas en el Reino Unido.

Lo único que consiguió fue sacarle más galimatías como aquéllos, o más silencio e indiferencia. William Hickley fue sometido a una evaluación psiquiátrica.

Un panel de cinco expertos acordó por estrecha mayoría que Hickley era capaz de comprender el alcance y las consecuencias de sus crímenes, y que por tanto podía ser juzgado por la ley.

A partir de las veintitrés fotografías que Hickley había dejado, la policía de Dorchester logró identificar a nueve de las chicas. Las fotos restantes se enviaron a la prensa británica, y cinco de ellas llamaron para notificar que estaban vivas. Algunas ni siquiera se enteraron de que William Hickley las había fotografiado. Muchas contaron que un hombre joven de cabello moreno les había ofrecido trabajar como modelos.

Mary Johnson, de 16 años, dijo que había sido abordada mientras esperaba a su padre a la puerta de la National Gallery de Londres. Cuando su padre salió, y ella se volvió para presentarle al fotógrafo, el joven se había esfumado. No volvió a verlo nunca más, hasta que la policía le pidió que lo identificara entre ocho fotografías. Sin vacilar, señaló a William Hickley.

James McCormey y su equipo se empeñaron en intentar localizar los restos mortales de las quince mujeres sin lengua. En primer lugar, decidieron realizar una minuciosa prospección en el jardín de Vanessa Hickleys. Una operación en la que los únicos resultados que se obtuvieron fueron algunos huesos de un perro fallecido hacía mucho tiempo, que fue identificado como un Collie, y la demanda de la señora Hickley por acoso policial.

Después, los técnicos forenses se concentraron en el terreno en que se encontraba el almacén. Se movían lenta y cautelosamente, en círculos concéntricos que partían del edificio. Cuando un técnico encontró evidencias de

que en el último año se había excavado el suelo a una distancia de cuatrocientos metros del almacén, se felicitaron por el hallazgo. Con cuidado, los expertos trabajaron en una fina capa de tierra, y aparecieron restos de huesos... que resultaron proceder de ganado vacuno.

Finalmente, el fiscal renunció y se centró en el caso cuyas pruebas eran irrefutables, en lugar de presentar cargos de asesinato sin cadáveres. William Hickley fue condenado a cadena perpétua por el asesinato de Jean Eastman, sin posibilidad de libertad condicional.

En ese punto, el autor indicaba que el asesino fue trasladado a la prisión de Wolfhall, donde sigue hoy en día. También informaba de que, hasta el momento, cuatro ministros británicos del Interior habían rechazado rotundamente que Hickley pudiera conseguir audiencia en una comisión de libertad condicional.

Pero para James McCormey el caso no terminó ahí. Cada año visitaba a William Hickley, en un intento de conseguir que revelara dónde estaban los restos de las quince mujeres. Durante los dos primeros años, Hickley se presentaba, se sentaba frente al cristal blindado, levantaba el auricular y escuchaba a McCormey con una sonrisa burlona en los labios. En aquellos encuentros nunca pronunció palabra alguna, y dejaba que McCormey se humillara con sus fervientes peticiones mientras él lo miraba con desprecio.

El tercer año dio a entender que había encontrado a Dios y estaba dispuesto a expiar sus pecados.

—Las familias necesitan encontrar la paz —le confió piadosamente a McCormey, mientras señalaba en un mapa una zona boscosa a aproximadamente media hora desde su casa de la infancia, en Dorchester.

McCormey tuvo que utilizar toda su influencia y pedir más de un par de favores para conseguir los recursos necesarios y poder investigar la zona. El fiscal trató de apelar a su sentido común: el asesino estaba en prisión, y había suficientes nuevos casos de asesinato sin resolver como para ocupar a policías y técnicos judiciales excavando en el pasado.

—En realidad, ¿qué es lo que quiere conseguir? Ese hombre está en prisión. De por vida.

—La verdad. Se lo debemos a todas las familias que viven en la incertidumbre — fue la breve respuesta de McCormey.

«Al cierre de esta edición —escribía el autor—, todavía no se ha encontrado ningún cuerpo en Underwood.»

El avión empezó a dar vueltas en torno a Stansted, y Nora bostezó para aliviar

la presión en los oídos.

Comprobó los créditos de su edición de bolsillo. Era la quinta reimpresión. Podría haber sucedido cualquier cosa desde que se publicó por primera vez. ¿Quién podía saber lo que McCormey tendría que decir a día de hoy sobre el asunto?

¿Habían sido Lisbeth y Lulú víctimas de William Hickley, el hombre que se hacía llamar Bill Hix? Nora no estaba dispuesta a considerar aquella posibilidad como algo más que una absurda suposición. El hombre operaba, después de todo, a más de trescientos kilómetros de Harwich, y nadie sabía ni siquiera si las dos chicas habían llegado a Gran Bretaña. Por otro lado, las fechas coincidían bastante. También la foto encajaba, si no fuera porque había dos mujeres en lugar de una. Sin embargo, también podría tratarse de un psicópata que copiara aquellos crímenes siguiendo hasta el más mínimo detalle, lo que se conocía como un imitador.

Nora repasaba mentalmente las posibilidades mientras esperaba en la cola para el control de pasaportes, que parecía ser mayor cada vez que volvía al país.

Cuando estaba ya esperando a que su maleta apareciera en la cinta de los equipajes, sacó el teléfono, buscó cobertura y llamó a Pete.

–Alarma aeropuerto –dijo simplemente.

Era el código que usaban desde hacía varios años, una especie de llamada de auxilio para hacerse compañía cuando cualquiera de los dos llegaba a uno de los aeropuertos de Londres. A veces estaba muy bien viajar en solitario, pero también había días en los que resultaba deprimente moverse entre parejas que se besaban, familias encandiladas y taxistas con carteles que nunca mostraban tu nombre, más aún sabiendo que nadie te vendría a recoger y que tendrías que volver a un apartamento vacío. El código «alarma aeropuerto» posponía un poco lo inevitable, y lo hacía en todo caso más soportable.

–*Daaaarling* –exclamó Pete con lo que se suponía que era su voz de ama de casa–. Pensé que no me ibas a llamar nunca. Y justo me pillas solo, con un barreño de verduras al chile exageradamente grande. ¡No voy a poder tragarme toda esa verdura yo solo!

–Estoy allí en media hora –prometió ella antes de colgar.

En el quiosco compró uno de los últimos ejemplares del *Sunday Times*, desechó los suplementos sobre casas, deportes y coches, que no le interesaban, y se llevó el resto al autobús que la llevaría a la ciudad.

Pete le sirvió un plato de sus verduras al chile con una Corona fría, guacamole

casero y una larga explicación sobre por qué pronto iban a tener que ir a Ghana en viaje de trabajo. Pasaron unas pocas horas antes de que Nora llamara a un minitaxi para que la llevara hasta Belsize Park.

Recogió el correo en el buzón de la escalera, y encendió el ordenador para que fuera conectándose mientras ella se liberaba de la ropa con la que había viajado. El chile de Pete seguía quemándole la garganta, por lo que sacó una botella de agua de la nevera y se la bebió a grandes tragos.

Comprobó su bandeja de entrada: dos mensajes eran de El Cangrejo. En realidad, no le apetecía mucho, pero en el fondo sabía que los tenía que abrir ya. De lo contrario, estaría dando vueltas en la cama y terminaría levantándose para leerlos y ver qué decían.

El primero era breve y conciso: «Llámame».

Miró el reloj. Era poco más de la una de la madrugada en Dinamarca, pero tenía alguna sospecha de que la falta de sentido del tiempo de El Cangrejo no suponía la comprensión del fenómeno a la inversa.

Hizo clic en el siguiente.

«Reunión de Planificación mañana. ¿Qué pasa con la historia del ferri?»

—¡Vale, vale, relájate, tío! —exclamó en voz alta. Típico de El Cangrejo pensar que, ¡abracadabra!, y uno sacaba del sombrero la mejor historia del mundo en un fin de semana.

Un pensamiento que la había estado rondando ya en el avión volvió a aparecer.

Revolvió en el cajón inferior de la cómoda, y poco después encontró lo que quería: un par de guantes de invierno de punto gris. Había aprendido la lección de las advertencias de Karl Stark con respecto a las huellas dactilares.

Luego sacó la maleta de Brine de debajo de la mesa del salón y la abrió.

En primer lugar, tomó el sobre con las fotos. Las estudiaría más adelante. Se acercó al flexo de su escritorio para utilizarlo como una especie de proyector, y empezó a registrar a fondo la vieja maleta de cuero marrón desgastado.

Palpó el forro, y encontró un agujero en la costura que probablemente explicaba por qué aquel sobre con las fotografías había terminado siendo vendido junto con la maleta. Luego examinó el resto. No había nada más digno de mención. Unas briznas de tabaco, un botón rojo y un recibo de una estación de servicio de BP fechado en 1983.

Decepcionada, le dio la vuelta a la maleta para ver si descubría algo más, y entonces lo vio. En un lateral, había unas letras escritas con tinta de plata y caligrafía delgada y temblorosa: «B. Hix».

–¡Joder! –exclamó.

Permaneció un buen rato sentada, dejando que su mirada fuera de la maleta a la ventana que daba a la calle, donde un grupo de barrenderos había comenzado con el trabajo nocturno y manipulaban tintineantes botellas vacías.

Luego se sentó al ordenador, y contestó al correo electrónico de El Cangrejo.

Capítulo 7

El Cangrejo la llamó en cuanto leyó el correo electrónico al día siguiente.

–Sigue con la historia. Dos chicas desaparecidas y una maleta que ha pertenecido a un asesino en serie británico suena a verdadero bombazo. ¿Cuándo podrás tener algo? –le soltó antes de que Nora hubiera tenido tiempo siquiera de saludarlo.

Las malas lenguas decían que El Cangrejo era tan adicto al trabajo que no tenía ningún escrúpulo en abrir su portátil en la mesa del desayuno, donde su sufrida esposa y sus dos hijos tenían que competir por su atención con las páginas web del *New York Times*, el *Frankfurter Allgemeine* y el *Financial Times* antes de la primera taza de café, y, por supuesto, con los correos electrónicos y con el desayuno.

Nora oía un sonido crepitante, que supuso que era el de la boca de El Cangrejo engullendo un tazón de copos de maíz.

–No va a ser en esta semana –se apresuró a decir Nora mientras El Cangrejo se servía el café.

–Hum. ¿Por qué no? –Sonaba casi ofendido.

–Aquí las cosas llevan más tiempo... –le explicó Nora por decimoquinta vez.

El problema con los editores en Dinamarca era que estaban acostumbrados a trabajar para medios de comunicación importantes. Revistas y periódicos a los que la gente se tomaba tan en serio que, por regla general, incluso los ministros se tomaban la molestia de devolverles la llamada cuando los periodistas solicitaban su opinión.

En Londres, sin embargo, la *Globalt* era un pez pequeño. Puede que no más grande que una pulga de agua en un enorme estanque. Pocas personas habían oído hablar de la revista, y cuando Nora había tratado de conseguir una entrevista a nivel ministerial en alguna ocasión, normalmente el becario del ayudante del secretario de prensa se reía abiertamente en su cara, y eso si conseguía llegar hasta niveles tan altos del organigrama.

Al oír el nombre de *Globalt*, muchos pensaban que era un medio alemán u holandés, lo que no era necesariamente una ventaja ni suponía en realidad ninguna diferencia. En el sistema político, estaba la prensa británica y luego todos los demás. Tal vez con la excepción de los pesos pesados estadounidenses, como la revista *Time* y el *New York Times*, cuyos corresponsales gozaban de mayor acceso que la mayoría. Nora había aprendido a esquivar los obstáculos, a encontrar fuentes alternativas y otros contactos que podían ayudarla con información detallada, pero eso suponía bastante más tiempo que el mero hecho de coger el móvil, llamar y obtener la respuesta en el primer intento.

–Dame un par de semanas. Mejor tres –le pidió.

El Cangrejo refunfuñó y protestó, pero finalmente acabó aceptando, a condición de que Nora llegase a tiempo con un artículo de fondo sobre la crisis en la diplomacia británica antes de que la revista fuera a imprenta.

–Y por cierto, Bo Helmersen me pregunta continuamente qué pasa con esa necrológica del primer ministro. Un día de éstos nos va a hacer falta, y seguro que tú estarás haciendo un reportaje en Tombuctú –bromeó.

–Está bien. Me pondré con ello en cuanto pueda –prometió Nora.

–¿Cuáles van a ser tus próximos pasos? –quiso saber El Cangrejo.

Nora lo pensó un poco.

–Supongo que tarde o temprano tendré que contactar con Bill Hix, así se hace llamar, para mostrarle las fotos. Quiero averiguar si tiene algo que decir sobre lo que les sucedió a Lulú y Lisbeth... Pero conseguir un permiso para visitarlo en la cárcel me puede llevar semanas. Y eso en caso de que acepte verme –advirtió.

De fondo, se oía ruido de tazas de café y la voz de una niña que le gritaba a su padre que, si no salían ya, iban a llegar tarde al colegio.

–Vale, vale, seguro que encuentras la forma... –contestó con voz distraída-. Envíame un correo electrónico cuando tengas algo más. Y... Bueno, creo que... Será mejor que contactes con la policía y les hables de esa maleta. Nosotros hacemos las cosas como es debido, ¿verdad? –dijo, y colgó antes de que Nora pudiera responder.

Se dio una ducha rápida y, con una toalla de mano envolviendo su pelo largo y oscuro, fue en busca de ropa limpia. Le habría gustado tener, como la mayoría de sus colegas varones, a alguien dulce y servicial viviendo con ella. Una persona que se ocupase de que todo funcionase bien, de que hubiese leche fresca en la nevera y camisetas limpias y recién planchadas en el armario, y de que las facturas se pagasen a tiempo.

Nora lanzó una mirada de odio a su abultado cesto de la ropa sucia, antes de localizar, en el armario, detrás del montón de suéteres, un vestido veraniego de florecitas sólo ligeramente arrugado. Se lo puso y se enfundó sus queridas sandalias de Clarks. Metió el portátil en el bolso, y arrojó *Los asesinatos del siglo* en el bolsillo delantero, junto con el cuaderno, unos bolígrafos y el teléfono móvil.

Luego cerró la puerta del apartamento y caminó los cinco minutos que la separaban del Starbucks más cercano. Había días en los que no soportaba quedarse en casa sola a trabajar. Días en los que necesitaba sentir la vida a su alrededor, con gente yendo y viniendo, el silbido y el zumbido de la cafetera, grupos de madres refugiándose de la lluvia de verano, escolares uniformados sentándose en un portal para enviar un sms a toda prisa y hombres de negocios tratando de dar la impresión de que están sentados en una oficina repleta y exitosa, que elevan la voz al hablar por el móvil para apagar el lánguido jazz de los altavoces de la cafetería.

Nora pidió un café con leche grande en vaso de papel, buscó un sillón de cuero libre y puso el ordenador sobre la pequeña mesa redonda. Abrió un nuevo documento y lo llamó: *Las chicas del ferri de Inglaterra*.

* * *

Tenía la pista inglesa y la pista danesa.

Sacó las notas que había ido tomando mientras veía el documental de la televisión danesa y las repasó. Se preguntaba por qué nadie de Vestergården había aparecido en el programa. Nora activó el botón de la conexión wifi y escribió el nombre en el buscador.

Vestergården era el nombre de una guardería de Slagelse, de una residencia de ancianos en Kerteminde y de una granja familiar junto a la Henne Strand. Google no le mostró ninguna institución juvenil que llevara ese nombre.

Habría sido demasiado fácil.

Localizó la página web del ayuntamiento de Ringkøbing-Skjern, hizo clic en el Departamento de Servicios Sociales y anotó el número.

Una búsqueda en krak.dk le mostró que, en Dinamarca, había registrados cuatro ciudadanos con el nombre de K. Damtoft. Ninguno de ellos vivía en Ringkøbing o en sus cercanías.

Si quería contar la historia adecuadamente, necesitaba entender mejor a las

chicas. Entender de dónde venían Lulú y Lisbeth. En ese momento, aparecían sólo como caricaturas en la distancia. ¿Con qué soñaban? ¿Por qué acabaron en Vestergården, un lugar donde iban a parar los jóvenes difíciles con problemas de delincuencia una vez que todos los demás esfuerzos habían fracasado? Cuando los jóvenes estaban allí, los trabajadores sociales solían referirse a ellos como «fuera de cobertura pedagógica».

Si tenía que conseguir que alguien se interesara, después de tantos años, por un artículo sobre lo que les había ocurrido a las dos chicas desaparecidas, tenía que contar quiénes eran.

Sabía bien que, para vender la historia, probablemente no necesitaría más que la noticia sensacional de una conexión con un asesino en serie británico, pero para ella no era suficiente hablar de un sangriento criminal psicópata.

El café se estaba enfriando. Tomó un sorbo y abrió la página web de su aerolínea. Estaba claro que tendría que volver a Dinamarca.

Aunque primero tenía que localizar a un hombre.

Llamó por teléfono a la centralita de Scotland Yard y, escarmentada por experiencias pasadas, esquivó el departamento de prensa, que en general actuaba como una especie de Triángulo de las Bermudas, en el que las consultas periodísticas desaparecían en extrañas circunstancias sin volver a ser vistas u oídas. De hecho, podrían perfectamente poner un contestador automático con un mensaje explicando que, si no está en el sitio web, no conseguirá nunca encontrarlo. En su lugar, Nora pidió directamente que le pasaran con el detective James McCormey.

Pudo oír a la señora de la centralita tecleando en el ordenador.

–El señor McCormey ya no trabaja aquí. ¿Puedo preguntar de qué caso se trata?

–¿Sabe usted dónde puedo localizarlo? –preguntó Nora a su vez.

Nueva pausa.

–Mi colega cree que puede estar en Folkstone o en algún otro lugar de la costa... Si es que no se ha jubilado. ¿No hay ningún otro detective aquí que pueda ayudarla?

Nora murmuró un agradecimiento y colgó.

Media hora más tarde y siete comisarías de policía después, hizo bingo en Dover.

–Está fuera, en un servicio. Regresará después de las dos. Puede dejarle un mensaje si lo desea –dijo su interlocutor.

Nora se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que dejar su nombre y número de teléfono, tras lo cual llegó la inevitable pregunta:

–¿Puedo preguntar de qué se trata?

–Un caso muy antiguo –contestó antes de colgar.

Cuando dieron las tres y media, al ver que no había recibido respuesta volvió a llamar.

–Está justo subiendo las escaleras. Inténtelo de nuevo en veinte minutos – prometió la misma voz masculina que había recibido el mensaje original.

Media hora más tarde, tenía a McCormey al teléfono. Parecía cansado, y sin duda todo aquello le resultaba de lo más molesto.

–Sí. ¿De qué se trata? –dijo cortante.

–Buenas tardes. Mi nombre es Nora Sand. Soy periodista de la revista danesa *Globalt*, y...

Él la interrumpió de inmediato:

–No voy a hablar con la prensa sobre este asunto. Hemos confirmado que hay siete muertos y cinco personas ingresadas en el hospital. Si queremos hacer cualquier otra declaración, lo haremos a través de nuestra oficina de prensa. Ya hay un comunicado en la web. Adiós.

–Pero si no se trata de... –alcanzó a decir Nora antes de caer en la cuenta de que ya había colgado.

Pulsó la rellamada y saltó directamente el contestador. Colgó sin dejar un mensaje, pero cambió de opinión y volvió a llamar.

–Señor McCormey –le dijo al contestador con su mejor inglés de clase alta–, no llamo para entrevistarle sobre un asunto actual, sino porque creo que tengo nueva información acerca de un caso de la década de los ochenta. Se trata de William Hickley, alias Bill Hix.

Dejó su número y repitió su nombre.

Si eso no conseguía que le devolviese la llamada, no había nada que hacer. Por lo que se contaba en *Los asesinatos del Siglo*, William Hickley había sido el caso más importante de McCormey, y llegó a definir gran parte de su carrera posterior, para bien y para mal.

Nora guardó el ordenador y se subió a un autobús hacia Hampstead. Estaba esperando en la cola de la panadería francesa para comprar pan ácimo, cuando oyó el zumbido de su iPhone en el bolsillo delantero de su bolso.

–Soy McCormey –dijo con voz cansada. Y en un tono ligeramente impertinente añadió–: Déjeme adivinar. Ha dibujado un mapa en el que se

muestra en qué punto de Underwood están enterradas las chicas. Un lugar que no hemos sido capaces de descubrir en veinte años de búsqueda, un pequeño rincón que los cientos de voluntarios y profesionales simplemente han pasado por alto. ¿O dispone quizá de la confesión de una nueva fuente que demuestra que no fue William Hickley quien asesinó a las muchachas?

–No. No tengo nada de eso.

–Bueno, en cualquier caso, y sin prometer nada..., envíeme un correo electrónico con sus revelaciones, sin duda fascinantes. Encontrará un enlace si entra en www.doverpolice...

–Creo que he encontrado su maleta.

Se hizo el silencio en el otro extremo del teléfono. McCormey se aclaró la garganta:

–¿Cómo ha dicho que se llama?

Nora se presentó de nuevo.

–Muy bien, señorita Sand. Eso es nuevo. ¿Y cómo se explica que esté en posesión de una maleta perteneciente a un hombre que fue enviado a prisión antes del cambio de siglo?

Brevemente, Nora le contó dónde había encontrado y comprado la maleta, y cómo más tarde había descubierto el nombre de Bill Hix en el lateral.

–Con el debido respeto, señorita Sand. Conozco a los periodistas, y sé que les encanta una buena historia. Bien lo saben los cielos. Pero cualquier psicópata puede haber escrito el nombre de Hix en el lateral de esa maleta. Es muy posible que nunca haya pertenecido a William Hickley. En su día pusimos patas arriba su casa –dijo McCormey.

–Sí, lo entiendo –replicó Nora–, pero es que en la maleta había fotos. Fotos de chicas jóvenes.

Una vez más, McCormey se quedó en silencio en el otro extremo. De fondo se podía oír un crujir de papeles.

–Puedo reunirme con usted mañana a las once y media. Asegúrese de llegar a tiempo. Tiene media hora para convencerme. Y traiga la maleta con usted.

–Gracias –dijo Nora–. Adiós.

Después de colgar, compró su pan ácimo, entró en la frutería a comprar sandía y guisantes frescos y, en un impulso repentino, llamó a Pete.

–¿Puedes venir esta noche, querido?

Pete suspiró melodramático.

–¿Hace cuánto que nos conocemos?

–Hum... Cinco años, más o menos –contestó Nora siguiéndole el juego.
–¿Y en todo este tiempo alguna vez, y repito, alguna vez, estando en Londres, me he perdido el partido de fútbol los miércoles en la tele?
Nora se dio una palmada en la frente.
–Es verdad. ¿Cuándo empieza?
–El pitido inicial es a las ocho en punto.
–Entonces ven antes y cenamos temprano. Hago risotto. Si traes la cámara te libras de fregar.
–Y me dejas largarme para llegar a tiempo al *pub*. ¿Lo prometes?
–Promesa de *scout* –afirmó.
–¿Tú has sido *scout*?
–¿Y tú eres australiano? Deberías ver rugby, críquet y esas cosas, no fútbol.
–*See ya later, Sheila* –replicó él con su más pronunciado acento de Cocodrilo Dundee, y colgó.

Con el flexo de su mesa como proyector, Nora le hizo tomar fotografías de la maleta desde todos los ángulos posibles. Después colocó cuidadosamente las fotos sobre la mesa una a una, para poder fotografiarlas.

Algo le decía que McCormey probablemente querría quedárselo todo, más aún cuando se convenciera, como ella, de que en algún momento aquellos objetos habían pertenecido a un asesino en serie.

Capítulo 8

Llegó al andén treinta segundos antes de que sonase el pitido de cierre de las puertas. Una vez más, la línea norte había cambiado sus itinerarios, como ocurría casi todas las mañanas, y el tren que debería haber ido por Charing Cross cambió de repente su destino hacia Banco, por lo que tuvo que saltar del tren y transbordar en Euston. Todo eso le supuso al menos diez preciosos minutos de la mañana.

Cuando por fin llegó a Charing Cross, todavía quedaban cinco minutos para la salida, y debería haber sido tiempo suficiente para comprar los periódicos y pedir un café, si no fuera por un turista en la cola que aún no había aprendido los códigos londinenses para pedir un simple americano con leche.

–Pero, entonces, ¿quiere decir que un grande es el café más grande, o eso es un *venti*? ¿Y con un americano puede echarme leche? –preguntaba, mientras la cola de agrios londinenses mañaneros iba creciendo a sus espaldas.

Nora trataba de relajarse con meditación zen, con *The Times* y *The Guardian* apretados bajo el brazo y el dinero preparado. Cuando finalmente le tocó el turno, quedaban dos minutos para la salida y tuvo que correr hacia el tren haciendo equilibrios con el *macchiato*, los periódicos y la gran bolsa de plástico en la que, a falta de algo mejor, había puesto la maleta.

Se dejó caer en el asiento, dobló el *Guardian*, y comprendió de inmediato por qué la voz de McCormey sonaba tan estresada el día anterior:

–Nueva tragedia china en Dover –decía el periódico sobre una foto que parecía de un camión frigorífico holandés.

Leyó rápidamente la noticia. Era algo tan conocido como triste. Un grupo de chinos había tratado de llegar a la tierra prometida de Gran Bretaña escondido detrás de las cajas de tomates de un vehículo frigorífico. Algo había salido muy mal. Tal vez el conductor no conocía su carga, o quizá se había olvidado de parar para permitir que sus polizones tomasen el aire. Cuando el equipo térmico los descubrió en el ferri, ya era demasiado tarde para más de la mitad de las

personas de aquel grupo, que habían soñado con una vida mejor. Siete habían muerto por la falta de oxígeno, y cinco fueron ingresados en el hospital con signos de congelación y en estado de *shock*. La policía no había hecho ninguna declaración con respecto a las posibles pistas sobre los traficantes que estaban detrás de la tragedia.

El *Times* había relegado la historia a la página tres, y en su lugar traía un airado editorial en el que aseguraba que, con su permisiva política migratoria, Francia había acabado encontrándose con un problema que ahora, a la típica y negligente manera francesa, intentaba trasladar a Gran Bretaña.

–Hasta que no mostremos a nuestros llamados amigos europeos que no somos el basurero del continente, tenemos que confiar en la policía de frontera, la policía de frontera y más policía de frontera –afirmaba el periódico.

Aquel tipo de actitudes y reacciones la irritaban sobremanera, y se volvió a decir a sí misma que era una mala idea leer los editoriales por la mañana. Tomó un sorbo de su café y miró hacia las suaves y verdes colinas ante las que pasaban. Parecía que iba a ser otro cálido día de verano, igual que ayer, cuando siete personas murieron congeladas y por falta de oxígeno.

* * *

La policía de Kent, en Dover, disponía de un edificio de ladrillo rojo increíblemente bien cuidado en el centro de la ciudad. Nora se presentó en la recepción y mostró su tarjeta de prensa, y el agente de guardia le pidió que esperarse hasta que alguien viniera a buscarla.

Se sentó en una dura silla de madera y recorrió la estancia con la mirada. Un cartel de *Crime Stoppers*, con un número al que se podía llamar gratuitamente, dominaba el tablón de anuncios. A su lado colgaba una imagen de una niña descoyuntada sobre el pavimento, con un fino hilo de sangre resbalando desde la boca por su mejilla. «Si bebes, no conduzcas», decía en letras rojas sobre la pequeña. Debajo había una fotocopia de lo que parecía ser un folleto del Ministerio del Interior del Reino Unido: «Conozca sus derechos», exhortaba en múltiples idiomas, desde el chino al ruso.

Una policía pelirroja de uniforme entró en la sala y la recorrió con la vista buscando a Nora.

–El comisario McCormey puede recibirla ahora –dijo formalmente.

Nora la siguió por un largo pasillo. Luego subieron un tramo de escaleras y

enfilaron de nuevo por un corredor. Finalmente, la pelirroja se detuvo ante una puerta y llamó suavemente a ella.

–Adelante –dijo una voz.

La policía le cedió el paso, y ambas entraron en el despacho. McCormey estaba sentado tras su escritorio, delante de tres colaboradores. Dos de ellos eran claramente policías, y el tercero un hombre que Nora supuso que sería un jefe de prensa recién nombrado. Su cabello era demasiado largo y el traje demasiado bueno como para pertenecer a la policía.

–Estamos a punto de acabar, señorita Sand. ¿Le han ofrecido té? –preguntó McCormey.

La pelirroja desapareció tras ella y regresó al poco tiempo con dos tazas llenas hasta el borde con té y leche.

Los tres colaboradores se levantaron, y McCormey los imitó.

–Reunión informativa a las doce en la oficina del puerto –dijo uno de ellos haciendo clic-clic con su bolígrafo.

–A las doce –repitió el comisario, que los acompañó hasta la puerta y la cerró tras ellos.

Nora había estado observando sus movimientos, comparándolo con el hombre de las fotos de prensa de la investigación del caso Hickley. Los muchos años pasados desde que McCormey detuvo a William Hix habían dejado su huella. Su cabello se había vuelto gris y había engordado un poco, pero la mirada seguía siendo igual de intensa, y parecía un hombre que se mantenía en una forma aceptable y cuidaba su salud.

Como para confirmar sus pensamientos, abrió un cajón y sacó una brillante manzana Granny Smith.

–Espero que me disculpe. Siempre me entra hambre a estas horas –dijo antes de darle un crujiente mordisco.

En directo era mucho más agradable que al teléfono.

–Muy bien, señorita Sand. Está usted aquí por Hickley. Tiene mi atención... Y veinticinco minutos, para ser exactos –añadió mirando su reloj de pulsera.

Sin más preámbulos, Nora le entregó la bolsa con la maleta. Él la puso sobre la mesa.

–Muy bien. Una maleta..., como me prometió. –La examinó con detalle–. En concreto, una maleta con la inscripción Bill Hix en el lateral –señaló con forzada voz neutra, y se encogió de hombros–. Como ya le dije, pudo haber pertenecido a cualquiera.

Nora sacó de su bolso el sobre que contenía las fotografías y se las entregó a McCormey. El comisario abrió enseguida un cajón del escritorio y cogió un par de guantes blancos de látex, que se puso antes de abrirlo.

Miró a Nora.

–Supongo que usted habrá tocado las fotografías –dijo con un deje de reproche en la voz.

Nora asintió.

–Aún no sabía que podían ser una prueba. De hecho, se cayeron de la maleta, así que tuve que recogerlas –explicó.

–Ya veo. Será mejor que, antes de irse, pase por recepción para que tomen sus huellas dactilares –dijo mientras sacaba las fotos.

Nora las había contado la tarde anterior. Había doce en total, y James McCormey las colocó en silencio y con cuidado ante él como si fuera un crupier de un casino repartiendo las cartas de *blackjack*: tres filas rectas con cuatro fotos en cada una.

Se tomó su tiempo para analizar cada foto, cada rostro, antes de deslizar la mirada a la siguiente. Finalmente, alzó la vista y sacudió la cabeza, un tanto molesto.

–Desgraciadamente, señorita Sand, no reconozco a ninguna de las chicas de estas fotos. Estoy seguro de que es usted una persona sincera, y por lo tanto voy a ser sincero con usted: este caso me torturó como una pesadilla desde el mismo momento en que se me asignó. Tenía quince lenguas y ningún cuerpo. ¡Si supiera cuántos fines de semana, cuántas horas, semanas y meses me dediqué a recorrer Underwood con y sin perros! Si supiera cuántas carpetas de personas desaparecidas he repasado y cuántos padres afligidos he visitado..., sabría hasta qué punto este caso se ha llevado una buena parte de mi vida. Ni siquiera cuando se cerró oficialmente y Hickley fue a la cárcel, cuando todos vinieron a felicitarme y a darme palmaditas en la espalda, pude librarme de él. Como no había mucho personal disponible y el presupuesto era más bien escaso, incluso utilicé mi tiempo libre...

El comisario se quedó callado, y Nora pudo ver cómo una vena latía en su frente. Pero McCormey tomó una profunda bocanada de aire y se recompuso. Cuando volvió a hablar, su voz parecía más suave.

–Para serle aún más franco, señorita Sand, le confesaré que este caso estuvo a punto de acabar con mi matrimonio, y que lo más probable es que seguiría con él si un inteligente jefe no me hubiera prácticamente deportado a Londres y más

tarde aquí, a Dover. Ahora trato de atrapar a traficantes de personas, en lugar de asesinos. Aunque las dos cosas a veces pueden coincidir.

McCormey descubrió la manzana a medio comer en su mano y la tiró a la papelera que tenía debajo de la mesa, como si hubiera perdido el apetito por completo únicamente por hablar de ese caso.

—Me doy cuenta de por qué piensa que estas imágenes pueden estar relacionadas con el caso Hickley. Es el mismo tipo de fotos. Sin embargo, le puedo asegurar que, si cualquiera de estas chicas tuviera la más mínima conexión con el caso de entonces, la más mínima conexión, lo recordaría. A veces tengo pesadillas con todas esas jóvenes que nunca llegaron a sus casas. Probablemente, esto sea obra de algún bromista con cierta inclinación por lo macabro. No me sorprendería que todas y cada una de esas jóvenes estuviera por ahí vivita y coleando.

Nora sacó del bolso la copia de la fotografía de Lisbeth y Lulú, que Magnus le había escaneado en la redacción del *Globalt*.

—¿Y a estas dos? ¿Las había visto antes, en relación con este caso?

McCormey entrecerró los ojos y observó la imagen. Luego negó con un gesto.

—Eran de Dinamarca y desaparecieron en un ferri camino de Harwich. Nunca se las encontró. ¿Recuerda el caso?

McCormey volvió a negar con la cabeza.

—No, lo siento. No se las buscó durante el caso Hickley, es todo lo que le puedo decir. Además, hay dos chicas en esa foto, y eso no encaja con su método habitual.

—¿Podría tratarse de un imitador? —preguntó Nora volviendo a guardar la fotografía en su bolso.

—No creo que sea nada de eso. Hay tantas chicas que se esfuman en el aire sin que nadie se dé cuenta...

Nora no dijo nada, y le dejó margen para seguir hablando.

—Está bien —dijo él, y suspiró profundamente, reunió las doce fotografías en el sobre y se quitó los guantes con un ligero chasquido—. Haré que investiguen a estas chicas, aunque sólo sea para intentar confirmar que están vivas. El caso Hickley está cerrado, el tipo está en la cárcel y yo no tengo los recursos policiales necesarios para algo así, y menos aún con el presupuesto de Dover... Sin embargo, conozco a alguien en Londres que quizá quiera echarle un vistazo. Su nombre es Jeff Spencer, pero le recomiendo que no intente contactar con él. Nunca atiende llamadas de periodistas. Él la llamará si tiene alguna pregunta,

¿de acuerdo?

Llamaron a la puerta, y la pelirroja asomó la cabeza.

–La señora Amijehan está aquí. Esta vez con su intérprete –anunció, mientras Nora recogía sus cosas y se levantaba.

–Sólo una última pregunta.

McCormey la observó con una mirada impaciente.

–¿Cómo se llamaba el abogado de Hickley?

La sonrisa del comisario rayó en el límite del sarcasmo.

–Bueno. Es bastante fácil de recordar porque es el nombre más curioso que me he encontrado en los tribunales: su nombre era Christian Cross. Recuerdo que pensé que, con ese nombre, debería haber sido sacerdote.

Ella le dio la mano y las gracias por el tiempo que le había dedicado.

–Gracias a usted por su maleta, señorita Sand. Llame en aproximadamente una semana, pero no espere milagros. Es un caso viejo.

La señora Amijehan ya estaba entrando por la puerta vestida con un colorido sari verde lima y un cohibido traductor bajo el brazo, cuando McCormey volvió a dirigirse a Nora a gritos.

–¡Y no se olvide de las huellas dactilares!

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Nora llamó a Cross Law Associates. Fueron fáciles de encontrar en Internet, y Nora observó que la empresa tenía las oficinas a no más de un tiro de piedra de la Corte de Magistrados de Bow Street. Preguntó por Christian Cross, y la pasaron con una secretaria cuya voz bien modulada recordaba la de alguna actriz de cine de la década de los cincuenta.

La secretaria le transmitió una sentida disculpa, como si lamentase personalmente que el señor Cross, por desgracia, estuviera en los juzgados en esos momentos y que no se esperase que regresara antes de la tarde.

–¿Estaría usted interesada en hablar en su lugar con el señor Cross hijo?

–¿Cómo?

–El señor Christopher Cross. Si se trata de criminal, le puedo asegurar que el señor Christopher tiene, cuando menos, tanto éxito como su padre –le aseguró la secretaria.

–En realidad, preferiría hablar con el señor Christian.

–Muy bien. Puede verlo mañana a las 11:30 aquí en su despacho. Traiga, por favor, los documentos pertinentes.

Nora sabía perfectamente que tal vez no era muy ético permitir que la secretaria creyese que era una potencial cliente, pero se consoló con la idea de que ella no había llegado a decir nada que no fuera cierto. De hecho, era consciente de que, si se hubiera presentado como una periodista interesada en Bill Hix, probablemente habría sido citada para el tercer domingo después de la Santísima Trinidad, siempre y cuando fuera luna llena. Es decir, más o menos nunca.

Colgó, y, siguiendo un impulso repentino, entró en la página web del Centro de Información y Turismo de Brine, fue a la pestaña de comercios, y recorrió tiendas de helados, de antigüedades y ceramistas. La tienda decadente en la que había comprado la maleta no estaba entre las recomendaciones de la Asociación de Turismo para gastar su dinero en la ciudad, algo que, por otro lado, tampoco

la sorprendió.

No podía recordar el nombre de la tienda, pero sí que estaba a un par de portales de un salón de té de color verde menta y rosa claro con una gran margarita sobre la puerta.

Google Street View había pasado por allí, y pudo reconocer la maltrecha fachada gris no muy lejos de lo que resultó llamarse The Daisy Dairy Café. Buscó la dirección, pero, por lo que pudo ver, no se facilitaba ni el número de teléfono ni el nombre de la misteriosa tienda de cachivaches en la Seaview Street. En su lugar, anotó el número del Daisy Dairy Café y llamó.

–Cafetería Daisy, dígame –oyó decir con un acento ruso muy marcado.

Nora explicó que estaba buscando el número del anticuario de dos portales más allá.

–No hay teléfono, no hay teléfono –repitió la mujer en el otro extremo.

–¿Podría usted darle un recado? –preguntó Nora con esperanza.

–El señor Smithfield sólo *estar* aquí a veces –explicó la mujer con impaciencia.

Finalmente, accedió a tomar nota del número de móvil de Nora para dejárselo por la rendija de la puerta.

Valía la pena intentarlo, aunque no tenía ninguna garantía de que la mujer hiciera lo que le había prometido.

Acto seguido, Nora buscó en las páginas de información si había algún Smithfield en Brine, por si hubiera otra dirección de su casa con un número. Ningún resultado. «¿Desea buscar alguna otra cosa?», le preguntó el ordenador.

Nora cerró la pantalla.

* * *

A la mañana siguiente, se levantó un poco antes de lo habitual y se dedicó a planchar una de las dos camisas blancas que le quedaban limpias. Mientras escuchaba las noticias, valoró la posibilidad de contratar a alguien que le hiciera la limpieza.

La idea era tentadora cuando miraba el montón de ropa y la película de *smog* en las ventanas, equipamiento estándar de las casas londinenses que daban a la calle. Sin embargo, siempre había algo que le impedía responder a uno de los muchos anuncios que recogía en el buzón, la mayoría de mujeres polacas o húngaras que esperaban encontrar una vida mejor.

Le fastidiaba tener que perder gran parte de su precioso tiempo libre en las tareas domésticas, pero aún le fastidiaba más permitir que un extraño entrara en sus dominios y pagar por ello.

Colgó con cuidado la camisa en una percha, sacó del armario el traje de chaqueta azul oscuro que siempre era una garantía, y lo puso sobre la cama. Lo tenía precisamente porque aquí, en Londres, eran muchas las situaciones en las que la vida de uno se hacía un poco más fácil si llevaba «uniforme».

Sonrió al pensar en el día en que lo había comprado en las rebajas de verano de Harvey Nichols. Louise había ido a visitarla unos pocos días para lo que ella llamaba comprar a lo grande, y cuando Nora salió del probador con el traje, su amiga se partió de risa.

–Eh, lo siento, señorita... ¿Podría por favor señalar otra vez las salidas de emergencia y hacer la demostración de cómo se abrocha el chaleco salvavidas? – dijo tronchándose.

Nora se miró de nuevo en el espejo y se dio cuenta de que Louise tenía su punto de razón. Sólo le faltaba pintarse los labios de rosa y recogerse el pelo en un moño para parecer una perfecta azafata. No pudo evitar esbozar una sonrisa ante su propio aspecto.

–Bienvenidos a Nora Air. Espero que tengan un buen viaje. En unos momentos, pasaremos por la cabina con una completa oferta de palizas.

Desde entonces, aquel traje era conocido como el Uniforme de Nora Air, y hoy le serviría de disfraz para interpretar a la que, al menos por el momento, Christian Cross consideraba la siguiente inocente corderita a la que tendría que rescatar de las manos del despiadado sistema legal británico.

* * *

La sala de espera olía a cera para muebles y flores. Una mujer, que Nora supuso que era la voz de estrella de cine del teléfono, estaba sentada detrás de un ordenador con una taza en la mano, en la que un retrato ovalado festejaba que la feliz y real pareja que formaban Camilla Parker Bowles y el príncipe Carlos por fin había conseguido la felicidad.

–Bienvenida, señorita Sand –dijo con una amable sonrisa–. Tome asiento, por favor, el señor Cross la recibirá en unos minutos.

Nora tomó asiento en un sofá de cuero oscuro. Sobre la mesa baja delante de ella, había tres periódicos que parecían planchados un instante antes por un

mayordomo invisible.

Estaba absorta en un editorial sobre la debilitada economía del Congo, cuando oyó un ruido detrás de la pesada puerta de roble que conducía a lo que ella suponía que sería el despacho del señor Cross.

La puerta se abrió, y salió un hombre de unos treinta y cinco años en un traje tan perfectamente ajustado que bien podría haber aparecido con un cartel que dijese «Savile Row».

Nora levantó la vista del periódico. Más que otra cosa, aquel hombre parecía el ideal de un anuncio de abogados. El tipo que se utilizaría para vender chocolate exclusivo o un seguro de coches.

Él notó su presencia y la saludó con una leve inclinación antes de darse la vuelta y acercarse con un gesto de despedida a la puerta de la oficina.

–Adiós, papá. Nos vemos para almorzar en el club el jueves.

–El señor Cross la recibirá ahora –dijo la secretaria, levantándose.

Christian Cross estaba sentado a una mesa que Nora calculó que sería aproximadamente del tamaño de su cuarto de baño. La alfombra de la oficina era verde oscura, muy mullida, y la habitación absorbía todo el sonido, como el papel de cocina puede absorber un vaso de leche derramada.

Las paredes estaban cubiertas con paneles de cuero y pinturas que representaban otra época, en la que la caza del zorro había sido el pasatiempo favorito de muchos británicos acomodados. El pintor se había recreado en jaurías de sabuesos y hombres con chaquetas rojas y cuernos de caza, y en caballos en pleno salto que llevarían a los jinetes hasta un zorro que, después de horas de caza, caería agotado y sería despedazado por los perros.

–¿Usted caza, señorita Sand?

La voz era profunda y melodiosa, como sólo pueden serlo las voces masculinas después de haber sido marinadas durante años en coñac añejo y habanos. El vientre abultado, que ni siquiera un traje a medida podía ocultar, indicaba que, probablemente, antes de los cigarros habrían caído algunas buenas cenas.

Nora negó con un gesto.

–No, el trabajo rara vez me deja tiempo para ir al campo –contestó con tono neutro.

–Es una lástima. Yo tengo una pequeña finca en Wiltshire que hace que Londres me sea un poco más soportable –dijo Christian Cross con amabilidad.

Nora pensó que su idea y la del abogado de lo que es una pequeña finca probablemente serían bastante divergentes.

Como las cortesías habían así llegado a su término, Christian Cross tomó una pluma estilográfica de la mesa y se reclinó en su silla.

–Creo haber entendido que se trata de un asunto urgente. ¿En qué puedo ayudarla?

Nora respiró profundamente y soltó sin más:

–Se trata de William Hickley.

Pareció que un limpiaparabrisas invisible hubiese pasado por el rostro de Christian Cross. La sonrisa amable desapareció y fue sustituida al momento por una expresión recelosa.

–No puedo negar que yo era, y soy, el abogado de William Hickley. Es un hecho conocido públicamente. Aun así, no tengo nada más que añadir a esa información –dijo el abogado un tanto enojado–. Sea como sea, ya que ha venido a desperdiciar tanto su tiempo como el mío, me gustaría saber por qué viene a preguntar por un cliente que está protegido, naturalmente, por el secreto profesional –añadió.

–Soy reportera de la revista danesa *Globalt*, y he venido con la esperanza de que pueda ayudarme a organizar una reunión entre su cliente y yo –dijo Nora sin rodeos.

Normalmente se llega más lejos con la franqueza. Sobre todo una vez que se ha conseguido meter un pie entre la puerta y el objetivo.

Al reírse, Christian Cross emitió un sonido de bajo profundo que sin duda procedía de su estómago.

–Podría haberse ahorrado el viaje hasta aquí –señaló mientras denegaba con la cabeza la absurda petición–. Obviamente, no puedo rechazarla categóricamente en nombre de mi cliente. Por supuesto estoy obligado a presentarle su caso, pero le puedo decir que hace unos años *The Sun* le ofreció a William Hickley cincuenta mil libras para contar su versión de la historia, a lo que él se negó rotundamente. Se sintió tan ofendido que ni siquiera quiso reunirse con los periodistas para negociar al alza la cantidad. Aun así, es posible, por supuesto, que su editor danés tenga bolsillos más grandes que los de *The Sun* –dijo con algo más que un toque de sarcasmo en la voz.

Nora pensó enseguida en El Cangrejo, y en cómo se había enfurecido en las raras ocasiones en que le había pedido que firmara un cheque de poco más de ciento cincuenta libras.

–Dígale que no le ofrecemos nada para hablar con él, pero que tengo información sobre sus dos jóvenes danesas.

–¿Cómo dice? ¿Las jóvenes danesas?

Nora se encogió de hombros.

–Por desgracia, es información confidencial. No puedo compartirla con nadie más que con William Hickley –dijo en el mismo tono insoportablemente petulante que el abogado acababa de usar.

Una clara irritación subió al rostro de Christian Cross.

–Muy bien. Me aseguraré de que su mensaje sea transmitido al señor Hickley –contestó con firmeza–. Pero no olvide que fui yo quien lo defendió en el juicio. No había jóvenes danesas involucradas en el caso. Ninguna. Todas ellas eran de origen británico –añadió levantándose bruscamente de la mesa.

Había sido más llevadero de lo que había imaginado, pensó Nora mientras le entregaba su tarjeta de visita. Christian Cross lanzó un rápido vistazo al membrete.

–Y ahora, señorita Sand, no deberíamos perder más nuestro tiempo –dijo con determinación, dirigiéndose hacia la puerta.

–¿Cuándo cree que podré tener noticias tuyas? –preguntó cortésmente Nora.

–Justamente estamos preparando una nueva solicitud de libertad condicional, o por lo menos de traslado a otra prisión. Si el Reino Unido no hace ningún movimiento, incluso podría hablarse de una violación de los derechos humanos. Y entonces tendremos un caso. Tal vez sea algo en lo que su revista podría estar interesada, ¿no le parece? –preguntó, antes de responderse a sí mismo un segundo después–. No es que cuente con ello, por supuesto. Me reuniré con el señor Hickley la próxima semana. Hasta entonces, le rogaría encarecidamente que no siguiera con este extraño intento de enturbiar las aguas. Nos pondremos en contacto con usted, pero si yo estuviera en su lugar, rebajaría drásticamente el nivel de expectativas y buscaría otra cosa sobre la que escribir. Que tenga un buen día –dijo abriendo la puerta con ostentación.

–Señora Metcalfe, haga el favor de llamar a sir Howard y pasarme con él...

Estaba claro que la audiencia había terminado.

Poco después, Nora estaba ya en la calle. Sacó el teléfono móvil. Era casi la hora del almuerzo, y no había más que un corto paseo desde la oficina de Cross a Scotland Yard. Andreas no contestó, pero Nora le dejó un mensaje y, tres minutos más tarde, le devolvió la llamada.

Capítulo 10

Andreas le dijo que en veinte minutos saldría a almorzar, y Nora hizo acopio de suministros en el Pret A Manger más próximo –sándwich de pollo, zumo de manzana y ensalada de frutas– y se instaló justo debajo de la señal triangular de New Scotland Yard.

Su amigo salió por la puerta giratoria con un traje gris oscuro y conversando con un colega, y Nora sintió un repentino temblor en el estómago ante su adulto y oficial aspecto. Parecía un extraño al que le gustaría conocer. Él la buscó en los alrededores y, al verla, sonrió abiertamente.

Fueron a Saint James Park, y encontraron un pequeño lugar con césped a la sombra de un viejo roble. Nora maldijo su traje de chaqueta al tratar de doblar las piernas y tener que hacer un delicado equilibrio entre la comodidad y la decencia. Cuando por fin consiguió dar con una postura adecuada, se arrojaron sobre la comida.

–¿Has logrado encerrar a algún terrorista? –preguntó ella entre dos bocados.

Andreas divagó un poco mientras su mirada se clavaba en una pareja de adolescentes sentada cerca de ellos. Parecía que tuviesen la intención de explorarse en profundidad, hasta el punto en que dos personas pueden reconocerse la una a la otra en un lugar público sin ser detenidos por conducta indecente. «Evidentemente, está muy lejos de aquí», pensó Nora.

–¿Hola? ¿Te interrumpo?

Su amigo se volvió hacia ella con una extraña mirada que Nora no pudo definir con precisión.

–No puedo hablar de mi trabajo...

–¿Te estas quedando conmigo?

–No. Si te cuento algo, desgraciadamente tendré que matarte después –declaró con cara de póquer.

Ella le dio una palmada en el hombro y no pudo evitar reírse.

–Idiota. Y yo que había pensado invitarte a pasar el fin de semana en el mar.

Andreas levantó las cejas.

–¿En serio?

–Bueno, en parte también tiene que ver con el trabajo. Necesito comprobar algo en una pequeña ciudad de la costa llamada Brine, pero pensé que a lo mejor podíamos hacer una excursión juntos. Si es que sigue gustándote nadar en el mar...

De hecho, no había pensado en proponerle nada de eso, pero la invitación le salió sola.

Cuando estaban en el instituto, habían ido a nadar casi todas las mañanas. En verano, en el mar; en invierno; en la piscina. Pero después de la dolorosa declaración de amor de Andreas, se habían evitado. Durante más de diez años. Nora se encogió de hombros. Aquello ocurrió hace tanto tiempo que ahora le daba igual.

Miró hacia el lago, y dejó que su mirada siguiese volando hasta las muchas *au pair* que se habían reunido al sol con sus cochecitos, entre turistas y oficinistas que disfrutaban de su descanso de media mañana.

–¿Tiene algo que ver con las chicas del ferri de Inglaterra? –preguntó Andreas después de una larga pausa.

Nora asintió.

–Vale. En realidad iba a ir a Liverpool este fin de semana para ver un partido de fútbol, pero mi amigo lo ha cancelado. Así que me apunto.

Sus pensamientos se desbocaron, y, de pronto, vio en su mente a Andreas sentado en el borde de una cama con dosel, en una habitación en penumbra con las cortinas cerradas de un hotel de la costa. Vio su rostro ante ella, mientras extendía los brazos para desabrocharle la camisa blanca. Botón a botón.

Como si pudiese adivinar sus pensamientos, Andreas se volvió hacia ella y la miró a los ojos durante más tiempo del que recomienda la buena educación.

La melodía de guitarra de *Smoke on the Water* rasgó el aire. El sonido provenía del bolsillo de la chaqueta de Andreas, que sacó enseguida su móvil, un tanto azorado.

–¿Sí? –dijo en voz baja.

Nora trató de controlarse. Pero ¿en qué demonios estaba pensando? Andreas era Andreas, y no había ninguna, absolutamente ninguna razón para hacer cambios en una receta que le había funcionado durante muchos años.

Tras unos pocos «Hum» y un solo «Ah», Andreas terminó la conversación:

–Oye, en este momento me viene un poco mal. Te llamaré esta noche.

Después de eso, evitó volver a mirarla a los ojos. Nora tomó un sorbo de su zumo y se esforzó por mostrarse indiferente, mientras observaba a un grupo de turistas japoneses cuyo punto de reunión, a pesar del sol, era un gran paraguas amarillo.

–Bueno, era Birgitte. Mi novia. También trabaja en la policía –explicó Andreas después de una pausa demasiado larga.

Nora buscó su mejor sonrisa bótox. De esas en las que desde luego se pone intención, pero con los músculos paralizados.

–Estupendo. La tengo que conocer. ¿Va a venir por aquí próximamente?

–No lo creo –dijo con frialdad. Hizo una bola con el envoltorio del sándwich y miró el reloj–. Será mejor que regrese.

Nora asintió y se puso de pie sin muchos problemas, a pesar del traje poco cooperante.

–¿Sigues teniendo acceso a la base de datos de la policía de casa?

Andreas asintió.

–¿Podrías comprobarme lo que fue de ese tal Kurt Damtoft, de Vestergården? No puedo encontrarlo por ningún lado.

–Lo miraré. Nos vemos el sábado.

–Ok. Alquilo un coche y paso a recogerte –contestó Nora con su voz más despreocupada, y se despidió con un gesto antes de dirigirse hacia el metro que la llevaría a casa.

* * *

Durante todo el trayecto a casa estuvo dándose de bofetadas interiormente. Pero ¿qué demonios estaba haciendo? Cuando entró en su apartamento, estaba a punto de ahogarse, tanto por culpa de aquel calor sofocante como por el traje ajustado. Se arrancó la ropa y abrió el grifo del agua fría del baño.

Después de cinco minutos de ducha implacablemente helada y de una fría Coca-Cola Zero, el mundo parecía haber vuelto a la normalidad. Se puso unos pantalones cortos desgastados, una apolillada camiseta con una imagen en blanco y negro de The Cure y un texto que avisaba de que los chicos no lloran, y luego se sentó resueltamente ante el ordenador y sacó el cuaderno.

Debía dar al mundo un obituario, y no se le podía haber ocurrido un tema mejor para ese preciso momento, en que necesitaba pensar en cualquier cosa que no fuera Andreas.

En la siguiente hora, se sumergió en la investigación; sin embargo, cuando se encontró con un artículo sobre una cumbre en Bruselas, se acordó del viaje de estudios en segundo, en el que Andreas y ella se habían escabullido de una interminable conferencia de un político danés de la UE sobre las competencias presupuestarias del Parlamento Europeo, y se habían ido a un bar en el barrio africano de la capital belga.

Rememoró el pequeño local, con su insistente ritmo de bongos y ron blanco servido en pequeños vasos con azúcar de caña y limón. ¿Habría pasado algo entre ellos aquella noche? Antes de eso, un grupo de británicos totalmente borrachos insistió en arrastrarlos a un *pub* irlandés, y la atmósfera se disolvió en la fiesta, la diversión y la Guinness. ¿Había pensado ya entonces Andreas que tenían que ser más que amigos?

De pronto, Nora se dio cuenta de lo que podía ayudarla. Hizo clic en Skype y vio, sorprendida, que Trine estaba en línea. Llamó enseguida a su antigua amiga del instituto.

Trine había hecho de su capacidad ilimitada para la comprensión de los otros su medio de vida, y se había convertido en psicoterapeuta. Con el lanzamiento de un par de libros de éxito sobre las relaciones de pareja, se había convertido en algo así como una experta, una de aquellas a las que los periodistas de televisión llamaban por costumbre para invitarla a analizar las historias más lacrimógenas. Trine siempre se presentaba con aquellos morritos rojos y sus espesas trenzas amarillas. Era su marca, y funcionaba. Todos recordaban a la terapeuta de parejas con trenzas y labios de Marilyn Monroe, y además Trine amasaba dinero en conferencias y cursos de fin de semana para los daneses con mal de amores.

Para Nora, sin embargo, seguía siendo la niña gordita que una vez vomitó en el patio delantero de su padre camino de una fiesta del instituto, y que después se sentó sobre sus gafas nuevas.

–Hola, cariño. ¡Cuánto tiempo! –dijo Trine recolocando su cámara web.

Estaba en la terraza de su casa de campo, en Rørvig, según pudo observar Nora. En el borde de la imagen, podía distinguirse el contorno de una copa de vino blanco.

–Acabo de darle los últimos toques a mi nuevo éxito de ventas: *Rodeos y salidas de los celos*. Le he prometido a mi editor que lo entrego la próxima semana. A Johannes y los niños los he mandado a casa de mi suegra, en Suecia –explicó Trine encendiendo un cigarrillo.

Nora sacudió la cabeza.

–¿Y todavía fumas?

Trine sonrió con aire de culpabilidad.

–Sólo en fechas señaladas, se podría decir. Y esto es toda una fiesta, ¿no? ¿Te molesta que fume? –dijo soltando ostentosamente una nube hacia la pantalla.

Nora fingió tener un ataque de tos.

–¿Y qué, amiga? ¿Has encontrado algún *gentleman* inglés? Dime que llamas para invitarme a la boda en un castillo escocés con *kilts*, gaitas y monstruos del lago Ness; necesito una cosa así para hacer una escapadita.

Nora sintió que se sonrojaba.

–Oh, no, no... Yo no lo diría exactamente así...

–Bueno, ¿y entonces qué? Porque algo hay. Ya sabes que puedo verte –constató Trine con mirada suspicaz, al tiempo que tomaba un sorbo de vino.

Tres segundos después, Nora pudo ver cómo se formaba un curioso dibujo con miles de gotitas en la pantalla. Trine la había rociado con vino blanco con la sola mención de un nombre: Andreas.

–¿Estamos hablando de Andreas, Andreas?, ¿nuestro Andreas? ¿Andreas T. Jansson? –preguntó después de traer el rollo de papel de cocina y secar la pantalla.

–Sí –suspiró Nora, antes de lanzarse a contar la historia de cómo había anunciado repentinamente su llegada en Facebook y aparecido después en Londres... De lo que le había ocurrido en Saint James... De Birgitte La Policía, como ya la había bautizado Nora.

Trine movió la cabeza cuando Nora hizo por fin una pausa en la historia.

–Nora Sand. Sencillamente, tienes la peor sincronización del mundo –constató su amiga–. ¿Tienes idea de hasta qué punto el pobre chaval suspiraba, y me refiero a suspirar realmente por ti, durante todos y cada uno de los días..., de los tres años que fuimos a clase juntos?

–Bueno, probablemente no del todo.

–No, no la tienes, ¡porque estabas ciega! Mientras coqueteabas con aquel Salomon del saxofón, Andreas sufría en silencio. Estaba tan afectado que todos podíamos notarlo, excepto tú, claro.

–Ya, pero se llamaba Samuel... y tocaba el clarinete –interrumpió Nora con timidez.

–Eso es lo de menos. –No se podía detener a Trine una vez había arrancado.

–Pero ¿por qué nadie me dijo nada? –preguntó Nora tratando de mantener la calma.

Trine empezó a contar con los dedos:

–Punto uno: porque era tan evidente, que sería como ir a explicarte que el cielo era azul. Punto dos: porque era cosa de Andreas decidir si te decía algo o no. Punto tres: hum... Parece que no hay punto tres.

Nora apenas parpadeó.

–Erais el culebrón de clase. Incluso hubo apuestas sobre el asunto. Sé de primera mano que Markus perdió cien coronas el día en que Andreas finalmente se animó durante aquella fiesta en casa de Hanne y lo rechazaste.

Nora se encogió al pensar en ello. Trine se creció.

–Y ahora... Ahora vas y descubres a Andreas. ¿Sabes qué indica eso?

Nora tenía la sensación de que en realidad no le gustaría saberlo, pero Trine se había puesto en modo psicoanalista.

–Te pirras por los hombres que son inaccesibles. No es la primera vez que sucede. ¿Recuerdas, por ejemplo, cuando estábamos de Interrail y estuviste durante una semana suspirando por aquel sueco rubio de Mykonos? Cuando por fin vino a invitarte a salir, de pronto ya no estabas interesada. Creo que tienes algún tipo de prevención genética para atarte. De lo contrario, hace tiempo que estarías pillada. La única razón por la que, de pronto, Andreas es interesante es que ya no está libre y disponible. Cuadra perfectamente con tu patrón.

–Bueno, lo cierto es que tal vez ya había algo de esto antes de saber que existía esa tal Birgitte –repuso Nora.

–Claro, aunque estoy segura de que tu inconsciente ya sospechaba la existencia de esa novia –replicó Trine.

Nora asintió, pensativa.

–¿Así que es sólo un capricho?

–Claro que sí. Duérmete con ello. Mañana se habrá pasado. Si te tomas una copa de vino incluso tal vez se te pase en media hora –prometió la terapeuta de toda Dinamarca.

Se despidieron, como siempre con vagas promesas de volver a verse pronto, bien en Londres, bien en la casa de verano, bien en Valby.

Nora hizo lo que le había recomendado, fue hasta el frigorífico y se sirvió un poco de vino blanco. Estaba un poco amargo, pero en cuanto se tomó un par de sorbos le pareció que mejoraba. Se quedó mirando a la calle, y estaba ya preguntándose si debería salir a comprar, cuando un pequeño «ting» del ordenador le indicó que había un nuevo correo en la bandeja de entrada.

Era de «él».

Algo se revolvió en su pecho.

Sin embargo, en el correo no había grandilocuentes declaraciones de amor. Sólo un mensaje corto y conciso:

«La última dirección conocida de Kurt Damtoft es con su hija Liselotte Bruun, en Søndervig. Tiene una condena, pero ya está cumplida –informaba Andreas, que finalizaba su correo con un escueto–: Nos vemos el sábado.»

«¿Nos vemos?» ¿Era eso a lo más que podía llegar? ¿Nada de un abrazo, nada de besos, simplemente «nos vemos»?

Nora sacudió la cabeza como para apartar de ella la imagen de Andreas, y entonó un pequeño mantra para sí misma que en otras ocasiones le había sido muy útil: «Get a grip.»

El tipo tiene novia. Está reservado. Prohibido.

Había cuatro días hasta el sábado. Cuatro días y un viaje a Dinamarca para seguir adelante.

Capítulo 11

En cuanto llegó con el coche de alquiler frente a la sombría casa independiente de ladrillos amarillos en las afueras de Søndervig, lamentó no haber llamado con antelación. Había llovido prácticamente durante todo el trayecto desde que salió de Karup, y sólo cuando enfiló la carretera del fiordo el agua detuvo su caída para quedarse en el cielo, como una plomiza amenaza de que aún quedaba mucha lluvia cerniéndose sobre el mundo.

El patio delantero estaba invadido por basta hierba amarilla, y junto a la puerta principal había un recipiente azul de cerámica con una planta marchita que en su día quizás había sido un florido Kalanchoe rojo.

La casa parecía deshabitada, como si nadie hubiera pasado por allí desde hacía meses. Nora llegó hasta la entrada y llamó al timbre sin muchas esperanzas.

Un instante después, abrió la puerta un chico de largas piernas y unos trece años. Llevaba una camiseta de Iron Maiden y pantalones vaqueros elásticos, negros y ajustados, que marcaban más aún sus piernas de cigüeña.

No dijo nada. Se limitó a mirarla con expectación.

–Hola. Busco a Liselotte Bruun. ¿Vive aquí? –le preguntó Nora.

Él la miró de arriba abajo.

–¿Eres del ayuntamiento? –le preguntó.

Nora negó con un leve gesto.

–Está en el taller –dijo finalmente, e hizo ademán de cerrar la puerta.

Nora consiguió meter el pie en el hueco.

–¿Y dónde está el taller?

Él la miró como si le acabara de decir que no sabía dónde estaba Ringkøbing o preguntado si había olas en el mar del Norte.

–El Taller de Cerámica de Liselotte. Busca en la calle principal. Sólo hay uno – dijo mirando al cielo.

Encontró el local al primer intento. El edificio pintado de blanco estaba ligeramente escondido entre la calle principal y la zona de casas de campo, pero

era imposible no ver el gran cartel. La tienda estaba llena de ollas vidriadas en azul, similares a la de la puerta de entrada, y de tarros y jarras con la palabra «Søndervig» en letras negras. Un letrero escrito a mano en el escaparate proclamaba que allí se hablaba alemán durante la temporada turística.

Sonó una campanilla antigua cuando Nora abrió la puerta.

Oyó ruido en la parte trasera, y poco después salió de la trastienda una mujer gastada, pelirroja y de cuarenta y tantos años. Se secó la arcilla de las manos con un delantal de color azul oscuro.

–¿Sí?

Nora estaba a punto de explicarse, cuando la puerta se abrió de nuevo y una pareja alemana entró en la tienda. Se acercó a un estante de tarjetas postales con los clásicos motivos que cada verano se vendían desde Skagen hasta Gedser. Corazones de brezo, dunas, puestas del sol y arenales.

La mujer atendió a la pareja en un perfecto alemán y, cuando se fueron, se volvió hacia Nora:

–¿Has decidido ya?

–No vengo a comprar. Busco a Kurt Damtoft. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

La pelirroja entrecerró los ojos, sus labios se tensaron y su cuerpo se encogió ligeramente.

–Vaya, pues buena suerte. ¿También te debe dinero? Por otro lado, pareces suficientemente inteligente como para no prestar dinero a personas como él –su voz era ahora más áspera.

–No, no, qué va. Se trata de una antigua historia. Soy periodista, y estoy investigando lo que les sucedió realmente a las muchachas del ferri de Inglaterra –explicó.

La mujer pareció considerarlo por un momento, y finalmente extendió la mano.

–Me llamo Liselotte. Será mejor que vengas a la trastienda. Te invito a un café.

Nora la siguió hasta una habitación de techo bajo dominada por un gran horno. En el centro de un torno, había una pella de arcilla húmeda, y en una estrecha mesa de fórmica junto a la única ventana de la sala había un hervidor de agua y un par de jarras de fabricación casera.

Liselotte llenó el hervidor de un grifo junto al horno, pulsó el botón y sacó del bolsillo un paquete medio arrugado de Marlboro Light.

–Sólo tengo Nes...

–Nunca bebo otra cosa –respondió Nora con una sonrisa.

–Perdona, tengo que acabar con esto, si no se estropeará la arcilla –añadió Liselotte sentándose de nuevo junto al torno, mientras Nora llenaba las dos tazas y se sentaba en un taburete junto a la mesa.

La pelirroja empezó a dar forma al trozo de arcilla con el cigarrillo colgando de la comisura de sus labios. Unas pocas vueltas rápidas más tarde, cortaba una jarra del torno con un trozo de alambre y la guardaba en un estante, en el que ya había otras ocho idénticas secándose.

Luego se sentó en una maltrecha silla de oficina de color verde oliva, cuyo respaldo chirriaba cada vez que ella se movía.

–Mi padre... Pues no sé qué puedo decirte de él –dijo dando una larga calada al cigarrillo–. Es alcohólico, lo que, probablemente, no sea ningún secreto. Y roba lo que no está escrito. A cualquiera que le dé dinero para bebida. Ya no vive con nosotros. Malte y yo no podíamos soportarlo.

Suspiró profundamente, y dio un pequeño sorbo a su café.

–Bueno, estaba claro que el chaval no podía seguir viendo a su abuelo hundirse de esa forma. Al final, tuvimos que ponerlo todo bajo llave. La televisión, el estéreo, la PlayStation de Malte... Se lo llevaba todo.

Nora le mantuvo la mirada.

–Debe de haber sido duro.

–Lo peor es que fue precisamente ese caso el que lo cambió todo. Antes de aquello, siempre le había gustado beberse una cerveza fuerte de vez en cuando, es cierto, pero después de que desaparecieran las dos chicas y de que lo acusaran de negligencia porque se había bebido un par de pintas durante el viaje en ferri, fue como si se rindiese. Empezó a beber todos los días. –Liselotte tomó otro sorbo de café–. Mi madre desapareció poco después de aquello. No la hemos visto desde que se trasladó a la región de Harz con un conductor de autobús.

Nora la llevó de vuelta a la historia.

–¿Recuerdas algo de esa época? ¿Algo acerca de las chicas?

Liselotte rio, sarcástica.

–¿Tú qué crees? Mi padre tenía derecho a una residencia oficial al lado de Vestergården, e insistía en tratar a todos y a cada uno de aquellos perdedores como si fueran parte de la familia. Al menos una vez a la semana venían a cenar con nosotros. El único que pensaba que aquél era un buen sistema era mi padre... –resopló resignada, y, tras una pequeña pausa, añadió–: Yo era de la misma edad que Lisbeth y Lulú, y en realidad tendría que haber ido a Londres con ellos, pero

mi madre no me dejó. No quería que yo tuviera ninguna relación con esa gente, al menos no más allá del tiempo estrictamente necesario.

–¿Cómo eran las chicas entonces? –preguntó Nora.

–Lulú era un corderito. Creo que su madre había bebido mucho durante el embarazo, y por eso era un poco corta. Entiéndeme, no es que fuera retrasada, pero estaba claro que no era el cuchillo más afilado del cajón. Recuerdo que uno de los chicos la había convencido de que podía ponerse morena con el televisor si ponía un canal no sintonizado, y allí se sentaba algunas noches en ropa interior, hasta que mi padre lo descubrió.

Nora se removió en el taburete.

–Lisbeth era todo lo contrario. Era una verdadera zorra. Fría, calculadora y matona. Si descubría que alguien tenía una debilidad, hurgaba, hurgaba y hurgaba en ella, hasta que lo hundía en la miseria. –Liselotte se mesó mecánicamente el cabello–. A mí me machacó por mi pelo rojo, por supuesto, pero por lo general su acoso y derribo no se centraba sólo en cuestiones físicas, sino que iba mucho más allá, sobre todo con algunos de los niños mayores. Había oído cosas, se informaba de lo que ocurría en la residencia, y era capaz de pulsar siempre las teclas correctas. Había un chico, Eric, cuya madre era prostituta y drogadicta. O el padre de Oluf, que estaba en la cárcel por pedofilia. No les permitía que lo olvidasen ni por un momento. Y lo hacía con tal pericia, que los adultos rara vez la descubrían. Bastaba un comentario susurrado aquí o allá, una mirada. La verdad es que era guapa, pero todo lo que tenía de hermosa lo tenía de podrido por dentro. Creo que, de hecho, mi padre nunca se dio cuenta de los problemas que había con ella.

El cigarrillo se había quedado sin tocar en el cenicero, y se había convertido en una cola de ceniza gris plata. Liselotte lo apagó y encendió otro.

–Sólo en una ocasión recurrí a mi padre. Yo tenía un novio, Jens. Me había pasado tiempo y tiempo suspirando por él en el club de jóvenes, y, finalmente, vino conmigo a casa por primera vez. Esa noche me dieron mi primer beso –dijo con un rictus amargo en los labios–. Al parecer, Lisbeth lo vio llegar con su flamante ciclomotor y lo esperó al salir. No sé qué le dijo, pero nunca volvió a ser el mismo, al menos conmigo. Yo me quedé completamente destrozada. Más tarde, ella me contó con gran placer que lo había arrastrado a los arbustos del patio trasero, y que lo habían hecho mirando a mi habitación, donde yo estaba soñando con él, detrás de esas jodidas cortinas, y dibujando corazones en mi diario. Sólo teníamos quince años. Jens por supuesto lo negó todo, pero sin

mirarme a los ojos, y supe que Lisbeth había dicho la verdad. Traté de hablar con mi padre sobre ello, pero sólo me dijo que así era el amor cuando se es joven, y que seguro que lo solucionábamos por nosotros mismos. Yo sabía que Lisbeth no estaba enamorada de Jens. Sólo quiso arruinarlo todo para joderme, tener algo que era mío.

—¿Y qué pasó con Jens? —le preguntó Nora por pura curiosidad.

—No mucho. Lisbeth lo trató como a una piedra. Le dejó muy claro que era demasiado infantil, y que la escapada al patio trasero había sido un fracaso. Ahora está casado y tiene dos hijos. Trabaja en Vestas.

—¿Sabes algo de las familias de Lisbeth o Lulú?

Liselotte negó con la cabeza.

—Nada concreto. Sé que el padre de Lulú probablemente vive en Copenhague. Y creo que los padres de Lisbeth murieron cuando era pequeña. Tal vez mi padre recuerde algo, pero es cuestión de pillarlo antes de que se ponga demasiado curda. —dijo mirando el reloj—. El Plafón abre en media hora. Podrás encontrarlo allí. Me parece que vive en una de las casas de vacaciones con una tal Jytte, pero no sé exactamente dónde. A veces es mejor no saber demasiado —añadió con una sonrisa triste.

—¿Tienes idea de lo que ha sido de los otros chicos que fueron a ese viaje?

Una vez más, Liselotte negó con la cabeza.

—No. Cuando Vestergården cerró, todo fue muy rápido. Bueno, sé que uno de los pedagogos murió pocos años después, de cáncer, si no me equivoco..., y creo que el otro se trasladó a Australia. Los chicos irían a otras instituciones. Pero sólo Dios sabe dónde pueden estar ahora. Probablemente en la cárcel, la mayoría de ellos. Ése era el camino que llevaban.

Nora se bebió el resto de su café. Se había quedado frío y amargo.

—Gracias por tu amabilidad —dijo, e hizo ademán de ponerse de pie.

—¿Saldrá esto en el periódico? —quiso saber Liselotte.

—Tal vez —contestó Nora de forma un poco vaga—. Si lo uso en un artículo, te llamaré para verificar las citas. ¿De acuerdo?

Liselotte asintió en silencio, se dirigió otra vez al torno y arrojó otra pella de arcilla sobre él.

—Lo descubrirás, ¿verdad? Descubrirás lo que pasó.

* * *

Nora se concedió un pequeño paseo hasta el mar antes de acercarse al *pub*. Se coló entre grupos de turistas, puestos de helados y tiendas de playa que estaban ya liquidándolo todo, desde cubos de plástico a saris y pistolas de agua. En cuanto llegó a las dunas, sintió que la calma volvía a rodearla.

El mar del Norte es una de esas cosas que no sabes cuánto se echa de menos hasta que estás frente a él sintiéndote infinitamente pequeño.

A lo largo de la costa de Inglaterra, los británicos tenían sus muelles con pequeñas ferias llenas de máquinas recreativas, luces brillantes y puestos de venta de algodón de azúcar. Playas donde uno puede pasear en poni durante diez minutos, y en las que al parecer siempre hay un crío llamado Ryan o Britney que se comporta de un modo que hace que los padres tengan que maldecir y gritar. Playas en las que diariamente se arrojan kilos de residuos y en las que lo más normal es llevar comida de McDonald's y molestar a los demás con el entusiasmo por el tecno.

Las playas danesas del mar del Norte, en cambio, están casi llenas cuando en la distancia se puede distinguir la silueta de otra persona. Nora se quitó las sandalias, las tomó en la mano y disfrutó de la finísima arena entre los dedos de sus pies.

Así que Lisbeth no era ningún ángel... ¿Podría haberla asesinado algún conocido? ¿Tal vez se pasó de la raya? ¿Y si se hubiera comportado como una zorra ante quien no debía? Era posible que Bill Hix no tuviera absolutamente nada que ver con su desaparición, pero, entonces ¿qué hacía su foto en la maleta? ¿Y cómo encaja Lulú en toda esta historia?

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el pueblo.

* * *

La taberna se llamaba realmente El Fanal, pero para la gente del lugar las connotaciones marineras eran un sin sentido pretencioso dedicado a los turistas, y casi todo el mundo la llamaba El Plafón.

En cuanto abrió la puerta, percibió el olor a madera y cerveza. El local estaba oscuro, y en la barra sólo había un hombre de mediana edad retorciendo un paño bajo el grifo de agua caliente. La saludó antes de comenzar a sacar brillo a la madera con movimientos lentos y metódicos. En el fondo, John Mogensen desgranaba su idea musical sobre la vida en el número 9 de la calle Soledad.

Nora se sentó en uno de los gastados taburetes de la barra y pidió un zumo de

manzana. El camarero asintió, sacó un Rynkeby de la nevera y lo abrió.

–¿Hielo?

–Sí, gracias.

–Así que no eres de aquí –apuntó él mientras ponía sobre la barra un vaso lleno hasta el borde con cubitos de hielo.

–¿Es capaz de darse cuenta sólo con mi forma de decir «sí, gracias»? –preguntó Nora, sorprendida.

–Qué va, pero nadie de aquí malgastaría veinte coronas en un zumo de manzana, cuando por ese precio se pueden conseguir dos litros en el Aldi de Hvide Sande –le explicó–. No es que sea de mi incumbencia, pero la mayoría viene aquí para beber –añadió haciendo un gesto hacia el grifo de cerveza.

–Busco a Kurt Damtoft...

El camarero refunfuñó ligeramente.

–¿Has hablado con Liselotte?

Nora asintió.

–Es una buena chica. Es una pena que...

La puerta se abrió de golpe, y en el umbral apareció una mujer que entró a grandes zancadas. Estaba un poco gordita, y llevaba medias de leopardo y un top negro de amplio escote demasiado ajustado. De sus orejas, que apenas se veían bajo una melena con mechones rubios, colgaban unos pendientes de aro amarillentos lo suficientemente grandes como para colocar un papagayo en cada uno, sin que la portadora necesariamente lo notara.

–Maldita sea, qué sed tengo, Sjøanne. Ponme un submarino –exigió.

Sjøanne ya la había visto llegar, y había alineado una cerveza de barril grande y un vaso de chupito en el que estaba a punto de verter aguardiente. Lanzando una mirada a Nora, dejó la botella a mano.

–¿Entonces, Jytte, le sirvo también a Kurt o qué?

–Sí, sí. Ya viene para acá –aseguró la rubia.

Kurt entró en el local un instante después. No parecía estar particularmente borracho cuando llegó, aunque Nora no tardó en descubrir que venía dispuesto a subsanar esa situación tan pronto como fuera posible. Tenía que abordarlo ya.

–¿Es usted Kurt Damtoft? –preguntó sin más preámbulos.

Él la miró receloso.

–¿Quién lo pregunta?

–Me llamo Nora Sand. Estoy escribiendo un artículo sobre las niñas del ferri de Inglaterra.

–¡Joder con esa vieja historia! No quiero hablar de eso.

–Como quiera –dijo Nora volviéndose hacia el camarero–. Creo que Kurt iba a pedir un submarino. Póngalo en mi cuenta.

Kurt refunfuñó un momento.

–Y otro para Jytte –dijo.

–Y para Jytte –concedió Nora.

La rubia de las mechas tomó su submarino y se fue a jugar a una de las máquinas. Él dejó escapar un profundo y sentido suspiro antes de beberse su chupito de aguardiente con un movimiento suave. Cuando volvió a dejar el vaso en la barra, miró hacia Nora.

–¿Qué quieres saber?

Una hora y media y cuatro submarinos después, a Nora le pareció que Kurt Damtoft le recordaba a una antigua cinta de casete mal enrollada. Algunas de las cosas que decía tenían cierto sentido, pero otras sonaban ya como un vago murmullo y un ruido sin sentido.

La joven reportera revisó su cuaderno. Había tomado nota de los nombres de los otros seis jóvenes que habían participado en aquel fatídico viaje a Londres:

Bjarke Helgaard

Oluf Mikkelsen

Erik Hostrup

Sonny Nielsen

Jeanette Viola Tobis

Anni Olsen

Debajo de aquella lista había escrito: «¿Viborg? ¿Mikkelsgården?». Era allí donde Kurt Damtoft creía que debían de haber sido trasladados la mayoría de los jóvenes cuando se cerró Vestergården.

–Francamente, no podía soportar tener algo que ver con la liquidación de aquel centro. Era el trabajo de toda mi vida lo que se derrumbaba delante de mí. Me alejé de todo, era demasiado. ¿Lo entiendes? –dijo en un momento de lucidez.

Nora trató de mantenerlo en la realidad, pero era una lucha que estaba a punto de perder claramente. Ahora entendía por qué Kurt Damtoft no había salido en el documental de televisión sobre las chicas.

–¿Recuerda algo de las familias de Lisbeth o de Lulú? ¿De dónde eran?

Kurt Damtoft la miró con ojos vidriosos.

–Mis niñas no están muertas, tan sólo están un poco lejos –balbuceó.

–¿Por qué lo cree?

–Bueno, porque recibí una postal suya... Creo –añadió confuso.

–¿Es eso cierto? ¿Y la conserva? –le preguntó Nora sin poder ocultar su escepticismo.

–Yo no he conservado ni una mierda de todo lo que tenía –dijo Kurt Damtoft volviéndose hacia la máquina tragaperras.

–¡Jytte! ¡Quiero irme a casa ya! –gritó por encima de la música.

Nora se despidió cortésmente, pagó la nada despreciable cuenta en la barra y pidió un recibo, sabiendo que las posibilidades de que El Cangrejo se lo reembolsase eran mínimas.

–¿Qué ha sucedido con Vestergården? –le preguntó al camarero, mientras recogía el cambio.

Él se encogió de hombros.

–Ha estado cerrado durante mucho tiempo. Hace un par de años, se habló de convertirlo en un centro de vacaciones y de reuniones, pero entonces llegó la crisis. Ni siquiera sé quién es el dueño ahora. ¿El ayuntamiento tal vez?

–¿Dónde está exactamente?

Volvió a secar la barra como si fuera la tarea más importante del día. Y se tomó su tiempo antes de responder.

–Lyngvej. La tercera a la izquierda si va en dirección a Ringkøbing. Hay que hacer un trecho por un camino de tierra.

Nora le dio las gracias y le dejó una brillante moneda de veinte como propina.

* * *

Cuando ya estaba en el coche, el repiqueteo del Big Ben sonó en el fondo de su bolso.

–¿Sí, jefe?

–¿Cómo sabes siempre que soy yo? –preguntó El Cangrejo sorprendido.

–La tecnología ha avanzado mucho en los últimos años, jefe –contestó Nora.

–Ya veo... ¿Me vas a dar algo a cambio de mi dinero?

Nora le resumió lo que había conseguido averiguar hasta ese momento.

–¿Y qué pasa con la pista inglesa? ¿Alguna noticia del abogado de Hickley?

–Todavía no. Tenía que reunirse con él a finales de semana.

–¿Y su madre anciana? ¿Vive todavía?

–Pues no lo sé...

–Ya veo, ya veo... Llama a Emily, de documentación. Puede que encuentre

algo de los otros jóvenes de Vestergården.

Nora se despidió e hizo lo que se le pidió.

Emily había empezado como becaria en el amanecer de los tiempos, siendo aún estudiante, pero como el trabajo en *Globalt* le pareció mucho más fascinante que lo que podía ofrecerle una biblioteca pública, había entrado a tiempo completo después de graduarse en la escuela de biblioteconomía. Además de llevar la hemeroteca electrónica, era ella quien lo investigaba todo, desde la legislación sueca sobre prostitución, hasta el número de guarderías en Roskilde, el ingreso medio en Indonesia o cualquier otro tema pintoresco sobre el que los periodistas pudieran consultarle.

–Helgaard, tal vez. Hostrup, posiblemente. Tobis, probable. Nielsen, Mikkelsen y Olsen... Déjalo en mis manos –dijo–. Te llamaré cuando tenga algo. ¿Tengo tu número de móvil?

Nora se lo dio y se dirigió a Ringkøbing.

* * *

Encontró Lyngvej al primer intento. El estrecho camino de tierra transcurría entre un bosque de pinos plantados en hilera, y la alta hierba entre las rodadas indicaba que el lugar ya no recibía visitas diarias ni semanales.

El camino giró de repente y Nora se encontró ante la casa que una vez había sido Vestergården. Un edificio grande, que probablemente había sido la granja original, y dos adyacentes de hormigón típicos de los años setenta, pintados de color rojo oscuro en un intento fallido de que conjuntasen con el resto de la casa. En el patio había dos grandes sacos de cemento. Uno tenía un agujero en la esquina, por el que caía parte de su contenido. Los restos de lo que alguna vez quizá fue un andamio estaban a su lado.

Nora detuvo el coche y se bajó. En el silencio, pudo oír el crepitar del motor y un ave gritando asustada en el interior del bosque. En el aire flotaba el olor a resina, mar y brezo. Sacó el teléfono móvil para tomar alguna fotografía, y se acercó a la casa. Las ventanas estaban pegajosas por el salitre. De allí fue de donde partieron Lisbeth, Lulú y todo el grupo un día de agosto de hace tantos años. Llenos de sueños y esperanzas, y emocionados por su viaje a Londres. Un viaje que cambiaría las vidas de todos esos seres perdidos que habían recalado allí.

Probablemente Kurt y su familia vivieron en la casa principal. Y las dos alas

podrían haber sido, respectivamente, de chicos y chicas. Nora rodeó el edificio principal y se dirigió a un montículo desde el que podría tomar una panorámica de todo el conjunto.

La hierba en la parte trasera era tan alta que haría falta una guadaña para convertirlo de nuevo en un jardín. Nora se volvió y miró hacia la casa, que, callada, le devolvía la mirada con sus ventanas melladas por la sal. Fue justo al darse la vuelta, cuando lo sintió más que verlo. Sólo un leve movimiento observado con el rabillo del ojo. Una zona más oscura que el resto del cristal, un ligero desplazamiento. Sacudió la cabeza y desechó la idea, pero al instante estaba allí de nuevo. Sin duda había alguien dentro de la casa. ¿Acaso seguía habitada? Nora miró a su alrededor. No había señal alguna de presencia humana. Ni coches, ni bicicletas. Si alguien había venido hasta aquí, lo había hecho a patita. Se acercó con cautela a la casa, y caminó lentamente hacia la ventana. ¿Era un rostro lo que había visto, escondido detrás de las oscuras ventanas?

Cuando se acercó un poco más, pudo ver que estaba junto a la ventana de la cocina. Pegó la cabeza al cristal, y se protegió de la luz del sol con las manos. El fregadero estaba cubierto con plástico transparente, y sobre la mesa de la cocina había un cubo con algo que parecía ser pintura seca. A su lado, una taza de café con una cucharilla, y una copa de cristal con una mancha grande de color rojizo que parecía la huella de una mano. Junto al fregadero había incluso una huella en una de las baldosas de la pared, que un día fueron blancas. ¿Eso era sangre? Nora entrecerró los ojos y trató de distinguir el fondo de la habitación. Con una mano intentó quitar la película de salitre, pero sólo logró ensuciar el cristal aún más.

De pronto, el sonido de un portazo rompió el silencio y la sobresaltó. ¿De dónde venía? Intentó correr hacia el otro lado de la casa, pero tropezó en la hierba alta y cayó al suelo. Cuando consiguió ponerse de pie, el rugido de un motor de automóvil atravesó el silencio. Nora se apresuró de nuevo hacia el patio. La puerta del garaje estaba abierta, y sólo alcanzó a ver la parte posterior de un todoterreno negro cuando cogía la curva del camino. Con manos temblorosas, sacó del bolsillo la llave del coche y se lanzó al vehículo, pero al llegar a la carretera principal no había ningún coche negro en todo aquel paisaje plano. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

Nora se encogió de hombros, e introdujo Viborg en el navegador de su teléfono móvil.

* * *

Una hora después, sonaba el teléfono. Se detuvo en el arcén y contestó a la llamada. Era Emily.

–Tobis murió de sobredosis hace cinco años. La encontró un turista en la Estación Central.

Nora sacó la lista de su bolso y la tachó.

–Helgaard, Bjarke. No puedo garantizar que sea el mismo, pero ese nombre aparece relacionado con un grupo de roqueros. Es el portavoz de una banda llamada Nørrebro. Un saco de esteroides, a juzgar por las fotos. Luego viene Hostrup. Éste sí que ha sido interesante. Hay una galería Hostrup en el centro de Copenhague. El propietario aparece como E. Hostrup. Además, hay un profesor emérito E. Hostrup en Kolding. Y un E. Hostrup, vecino de Hedehusene, aunque actualmente está en prisión por un caso de pornografía infantil en la red.

–Bingo –pensó Nora.

Quedaban Anni Olsen, Sonny Nielsen y Oluf Mikkelsen.

Tal vez en Mikkelsgården supiesen algo.

–Ah, por cierto. Mikkelsgården sigue siendo una institución para jóvenes. La gerente se llama Jette Kvist, y está dispuesta a reunirse contigo mañana a las diez en punto, pero ha advertido de antemano que no puede, ni quiere, discutir casos individuales. Independientemente de su antigüedad. Te estoy enviando la dirección por SMS –añadió Emily con su habitual estilo *staccato*.

Nora apenas consiguió plantear una pregunta antes de que la documentalista colgase.

–¿Puedes comprobarme una cosita más?

–*Sip*. ¿Dime?

–Vestergården. Lyngvej, código postal de Ringkøbing. ¿Quién es el propietario? ¿Podrás averiguar algo en el registro de la propiedad?

–Dame cinco minutos.

Nora aprovechó la oportunidad para estirar las piernas mientras esperaba. El placer duró apenas cuatro minutos.

–El ayuntamiento es el propietario del lugar. Otra vez. Lo compraron de nuevo por una miseria a una constructora, hace un par de años. Esta empresa se lo había comprado al municipio por casi el doble un año antes. Muy listos los del ayuntamiento. La constructora, por su parte, entró en quiebra.

–¿Y no tendrás, por casualidad, el nombre de la empresa?

–Curiosamente, tenía el pálpito de que me lo preguntarías. Casas de Vacaciones Aps. Una sociedad de responsabilidad limitada, que ahora está disuelta. Pero en la junta se sentaba entre otros el galerista Erik Hostrup. Lo menciono sólo porque me encontré con su nombre esta mañana.

–Emily, ¿por qué no eres periodista?

–Demasiado aburrido –dijo, y colgó.

Nora miró por el espejo retrovisor antes de incorporarse de nuevo a la carretera, y estaba ya a punto de soltar el freno cuando volvió a ver el todoterreno negro. Se dirigía de manera constante y uniforme hacia donde ella estaba parada, hasta que la sobrepasó.

Levantó la cabeza para ver quién iba en él, pero las ventanillas estaban tintadas y la placa de la matrícula llena de barro. Sólo pudo distinguir la silueta de una K y un número 7.

Ni siquiera Emily podría hacer magia con tan poca información. Y eso contando con que fuera el mismo coche.

Capítulo 12

El nombre de Mikkelsgården evocaba una granja de techo de paja que podría haber salido en una película de Morten Korch, con una muy joven Ghita Nørby como protagonista. El edificio, sin embargo, parecía más el telón de fondo de un drama social-realista de la RDA de mediados de los años setenta. Hormigón gris y descuidado que había empezado a desconcharse, y pequeñas ventanas que le daban al edificio un aspecto malicioso. Detuvo el coche en el camino de entrada.

«Todos los visitantes deben registrarse en recepción. Sin excepciones», exhortaba una señal en un amarillo saltón, que era el único toque de color en aquel desierto de tonos grises.

Nora miró su reloj y reprimió un bostezo. Eran casi las diez, y había dormido fatal por culpa de la costumbre de las camareras de hotel de apretar tanto los edredones y cobertores con el colchón, de modo que, o bien había que deshacerlo todo, o aceptar dormir como una mariposa empalada en una aguja dentro de una vitrina.

Se había quedado dormida con el último telediario de DR2, y se despertó a las tres con las piernas dormidas por la férrea mordaza de las sábanas. Luego, cuando decidió deshacer la cama para hacerlo soportable, ya fue prácticamente imposible volver a conciliar el sueño.

No podía recordar de dónde procedía el cuento en el que a un hombre se le dijo que podía obtener todo el oro y las riquezas en este mundo. El único requisito era no pensar en un tigre. Por supuesto, era una tarea imposible. Cuando uno concentra todas sus fuerzas en no pensar en un tigre, ya ha fracasado.

Eso mismo le estaba pasando a ella con Andreas. Él era lo único en lo que no debía pensar. Y lo único a lo que sus pensamientos volvían una y otra vez. Intentó decirse a sí misma que debía calmarse. Recordar todos los estados de los Estados Unidos en orden alfabético, preguntarse por Bill Hix, plantear las preguntas que le haría en la celda, en caso de que aceptase verla. Pero si no pensaba en Andreas, la mente se le iba hacia Birgitte La Policia. Se devanaba los

sesos imaginando qué clase de mujer sería, como para espantarle el sueño a cualquiera, vaya.

Consiguió dormirse cuando ya eran alrededor de las cinco, con sueños intranquilos sobre grandes valquirias rubias que la perseguían con porras de policía. Cuando volvió a despertarse, sólo treinta dolorosos segundos bajo la ducha de agua fría consiguieron devolverla a la vida.

Encontró una pastilla de Lakerol en el bolsillo de la chaqueta, cerró el coche y tocó el timbre de recepción.

Poco después, la condujeron hasta la oficina de Jette Kvist, que era la penúltima puerta en un largo pasillo cubierto con el institucional linóleo de color verde oscuro.

Un cartel del Festival de Tunø colgaba enmarcado sobre el escritorio, y bajo él se sentaba una mujer de constitución menuda, con gafas de concha y una larga y oscura trenza que le caía por la espalda. Justo en ese momento, estaba saboreando un sándwich de queso.

—¿Nora Sand? —preguntó mientras pugnaba por deglutir lo que tenía en la boca—. Disculpe, pero siempre me levanto a las seis en punto y a estas horas estoy muerta de hambre. ¿Té? Sólo tengo té verde. ¿Está bien?

Nora pidió un vaso de agua y se la trajeron fría y directa del grifo.

—¿Está aquí por el antiguo caso de los niños de Vestergården?

La periodista asintió.

—Quiero ayudarla en la medida en que pueda. Pero me gustaría que me garantizase desde un principio que nada de lo que diga aquí, en esta oficina, terminará en *Globalt*.

—Nunca la citaré con nada con lo que no desee ser citada —prometió Nora esperando que fuera suficiente.

Jette Kvist se secó con cuidado las manos en una toalla de papel, abrió un cajón del escritorio y sacó una carpeta marrón claro de cartón.

—Aquí vinieron cinco de ellos: Erik, Oluf, Sonny y Bjarke se instalaron en el pabellón de los chicos. A Jeanette, a la que le faltaban dos semanas para cumplir los dieciocho años cuando sucedió aquello, se le permitió ir a Copenhague. Pero también recibimos a Anni, que entonces tenía tan sólo catorce años.

Kvist levantó la vista del papel.

—Aquí es donde se pone un poco más complicado lo que puedo contarle. Secreto profesional.

—¿Hay alguien en el centro que aún pueda recordar lo que sucedió cuando

llegaron los chicos? ¿Estaban inquietos? ¿Sabían algo que aún no hubiesen contado? ¿Hablaron en algún momento de Lulú y Lisbeth? –presionó Nora.

Kvist movió la cabeza disculpándose.

–Han pasado muchos años. Los que estaban aquí entonces, están ya jubilados o se han trasladado a otros lugares. Lo único a lo que puedo atenerme es a las notas de aquel entonces. –Volvió a dirigir la vista hacia los papeles, y añadió–: Aquí hay algunas observaciones, pero tengo que decirle que son de naturaleza extremadamente personal. No es información que pueda revelar. Aunque, si le sirve de consuelo, no me parece nada que tenga conexión con el caso... Al menos, en principio.

En ese mismo momento sonó su móvil, que estaba sobre la mesa. Jette Kvist lo alcanzó y comprobó la pantalla.

–Vaya, tengo que cogerlo. Es de la guardería de mi hijo.

Abrió el teléfono, se levantó y salió al pasillo. Justo antes de cerrar la puerta, Nora notó la sorpresa en su voz:

–¿Fiebre? En fin, no lo entiendo. Estaba perfectamente esta mañana.

Tan pronto como el chasquido de la puerta le indicó que Jette Kvist la había cerrado tras ella, Nora se inclinó hacia delante en su silla. Desde los siete años era capaz de leer al revés. Era un pequeño juego que se habían inventado David y ella, cuando realizaban largos viajes por carretera con sus padres a visitar monumentos históricos de toda Europa.

«Bjarke Helgaard. Remitido al psicólogo. Comportamiento sexual desviado.»

Entonces la puerta se abrió de nuevo, y Nora se estiró hacia atrás en su silla para ocultar su repentino movimiento.

Jette Kvist parecía nerviosa y descolgó una chaqueta de verano clara de un perchero detrás de la puerta.

–Lo siento, tengo que recoger a mi hijo –se excusó.

–Sólo una cosa más. ¿Sabe algo sobre lo que pasó con los chicos? ¿Dónde acabaron? He conseguido más o menos localizar a Erik, Jeanette y Bjarke, pero ¿por casualidad no tendrá noticias de Sonny, Oluf o Anni? ¿Dónde podría encontrarlos hoy en día?

–Pruebe en el comedor.

–¿Cómo?

La sombra de una sonrisa se dibujó en los labios de Jette Kvist.

–Sí, ha oído bien. Pruebe en el comedor. Anni viene a la cocina cada mañana a las nueve en punto. Debería estar ahí ahora.

Condujo a Nora fuera de la oficina y cerró la puerta con llave.
–El comedor está por allí –dijo señalando hacia el final del pasillo.

* * *

El olor a *gulasch* golpeó a Nora y le recordó que se había saltado el desayuno. Una mujer rolliza con un delantal que había sido blanco estaba vertiendo el contenido de una lata gigante de tomates pelados en una enorme olla. Estaría probablemente en los cuarenta, calculó Nora, pero no se había cuidado muy bien. Su pelo gris asomaba en mechones bajo el gorro azul de plástico, tenía las uñas muy cortas porque se las mordía, y unas profundas ojeras se dibujaban bajo sus ojos.

Miró a su alrededor. La cocina estaba limpia y ordenada. La decrepitud se limitaba a la propia Anni. Tal vez.

–¿Eres Anni Olsen? –preguntó Nora.

La mujer asintió.

–¿Tienes un momento?

–Puedo hablar, pero no tengo tiempo para sentarme. Queda media hora para el almuerzo –dijo inclinándose hacia uno de los hornos y sacando un molde con pastel de plátano.

El aroma dulce y picante era irresistible.

–¿Puedo coger un trozo? –preguntó Nora con esperanza.

–Puedes echar una moneda de cinco allí –contestó Anni señalando una hucha de plástico con forma de flamenco rosa.

Nora se sentó en un taburete mientras Anni le cortaba un trozo de tarta, la ponía sobre una servilleta blanca y se la servía sobre la mesa que tenía a su lado.

Luego se dirigió hacia el fregadero, vertió unos cuantos kilos de zanahorias de una bolsa, y empezó a pelarlas de forma eficiente y metódica. Nora la miraba fascinada.

–¿Quién eres y qué es lo que quieres? –preguntó de una forma que dejaba bastante claro que la respuesta realmente no le interesaba.

Nora se presentó y explicó que estaba investigando el caso de Lulú y Lisbeth. Antes de que hubiera terminado la primera frase, pudo ver que a Anni, desde luego, no le traía sin cuidado el tema. Sus pálidas mejillas se encendieron de pronto, y los movimientos del cuchillo se hicieron más violentos.

Finalmente se volvió hacia ella.

–¿Es que no comprenden que sólo quiero que me dejen en paz? –susurró.
Nora la miró sorprendida.

–También vinieron los de la televisión el año pasado. Simplemente no tenía ganas de hablar de ello..., y sigo sin tenerlas. ¿Lo entiendes?

–Claro, lo entiendo perfectamente. Pero no vengo de la televisión –respondió Nora con su voz más suave–. Pero me gustaría escuchar lo que tengas que decir. Y si prefieres, puede quedar entre tú y yo. Sólo estoy tratando de entender lo que pasó entonces.

Anni se volvió hacia ella. Estaba enojada, y su labio inferior temblaba ligeramente:

–Déjame en paz –soltó sin rodeos.

–Como quieras –dijo Nora, que hizo ademán de ponerse de pie–. Debo respetarlo, por supuesto, pero, si cambias de opinión, te agradecería que me llamasas –añadió mientras buscaba a tientas su paquete de tarjetas de visita.

Creía haberlas metido en el bolso, pero parecían haberse escondido entre periódicos viejos, recibos, gomas de pelo, plumas estilográficas y semillas de sésamo de un *bagel* comido hace ya mucho tiempo. Por fin se dio por vencida, sacó un viejo sobre del banco, arrancó una esquina y escribió allí su número de móvil.

Anni pareció relajarse un poco mientras observaba la caótica batalla de Nora con el bolso, la miró a los ojos y se encogió de hombros.

–Salgo a las tres en punto. Si quieres algo de mí, podrás encontrarme en la parada del autobús. Pero no quiero salir en televisión, ni que aparezca mi nombre en ningún periódico –dijo finalmente.

Nora le dio las gracias, hizo una bola con la servilleta, y dejó a Anni con sus zanahorias y con el cercano almuerzo.

Se dirigió al centro de Viborg, aparcó el coche en un supermercado y se fue en busca de un puesto de salchichas. Por fin iba a tener la oportunidad de saborear un perrito caliente como era debido.

En general, la reputación de Gran Bretaña de hacer la peor comida del mundo era inmerecida, pensaba Nora. Al menos si se hablaba de Londres. Allí se puede conseguir el mejor *sushi* del mundo, curri o comida tailandesa. Sin embargo, a las salchichas no eran capaces de encontrarles el punto. Eran una masa de carne de cerdo y salvia insípida, servida como patrimonio nacional en la mayoría de los *pubs* bajo el nombre de *bangers & mash*, con puré de patatas y salsa marrón hecha con cebolla en polvo sacada directamente de la bolsa.

Sólo de pensarlo, Nora sintió un escalofrío, mientras el hombre del puesto abría una botella de Cocio y le preguntaba si el perrito caliente iba a ser «con todo».

Diez minutos después observó, saciada y satisfecha, que prácticamente había conseguido limpiar la gota de mostaza de su camiseta y que no le habían puesto ninguna multa de aparcamiento. Sacó otro tique, cogió el ordenador del maletero y fue en busca de una cafetería con conexión a Internet para matar el tiempo hasta que Anni Olsen estuviese libre.

* * *

Anni estaba de pie, temblando, en la parada del autobús. Incluso sin el sucio delantal y el gorro de plástico en la cabeza, parecía la personificación de una disculpa por algo que ni siquiera ella misma sabría bien qué era. Echó un rápido vistazo a su alrededor, y se metió en el asiento delantero al lado de Nora.

–Puedes llevarme a casa, pero no quiero que entres. No quiero que mi novio se entere de nada.

–Bueno, ¿y qué es de lo que no debe enterarse? Tú no eres responsable de acompañar hace años a dos chicas que desaparecieron –dijo Nora.

–Él no sabe siquiera que he estado en Mikkelsgården como algo más que contratada. Cree que soy... normal. Le expliqué que mis padres murieron en un accidente de tráfico. Torcemos aquí a la derecha –le indicó Anni señalando.

Iban en silencio, mientras Nora se preguntaba cómo podía conseguir que Anni se relajara. Finalmente, se decidió por una pregunta franca.

–¿Qué recuerdas de ese viaje? Del ferri –preguntó mirando de reojo a Anni para comprobar cómo reaccionaba. Quería saber si aquellos recuerdos la inquietaban.

Anni se sacudió el dolor frotándose la frente con la palma de la mano.

–Debería haber sido una excursión fantástica. Todos teníamos pasaportes nuevos, y yo estaba deseando ver Londres. Había visto imágenes del Big Ben, de Oxford Street... Los punkis de Kings Cross. Pero nada de eso llegó a suceder. De hecho, nunca he visitado Londres, y probablemente no lo haré nunca –dijo con amargura.

–¿Había algo inusual en Lisbeth o Lulú ese día? ¿O en cualquiera de los otros? –tanteó Nora.

–Todo era inusual. Ninguno de nosotros había estado en ningún otro sitio

antes. Era fantástico. Justo hasta que sucedió... eso.

–Que las chicas desaparecieron, ¿quieres decir?

–Aquí, en la rotonda, toma la tercera salida y lo mismo en los siguientes cruces.

Anni se tomó su tiempo antes de contestar la pregunta.

–Algo pasó antes de que Lisbeth y Lulú desaparecieran. O por lo menos antes de que se descubriera. Algo que me pasó a mí.

Nora se concentró en el camino y dejó que Anni se tomase su tiempo.

Aquí gira a la izquierda. Es en el número treinta y siete –dijo finalmente, señalando un bloque sombrío de ladrillo amarillo con ventanas de teca de color marrón oscuro, *anno* 1974.

Nora entró en el aparcamiento y se detuvo. El silencio en el coche cuando el motor paró era apabullante. Estaban frente a un parque de juegos abandonado, con un columpio y una casita medio desvencijada, cubierta con tejas rotas.

Anni permaneció sentada, pero Nora podía ver por el rabillo del ojo que sus dedos se entrelazaban nerviosos, se soltaban y se volvían a juntar, en un patrón predeterminado.

–¿Qué te pasó, Anni? –preguntó en voz baja.

Fue como pulsar un botón. Anni aspiró profundamente, y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Primero en forma de gotas sueltas que caían en su camisa a cuadros, luego en un callado torrente, mientras su rostro se contraía de dolor.

–Nunca se lo he contado a nadie...

–¿Contado el qué?

–Él... me violó. Me violó –sollozó Anni.

Nora extendió la mano y tomó la de Anni.

–Me pidió que fuera con él, y yo fui tan estúpida, tan estúpida... Lo acompañé sin más. Pensaba que era mi amigo. Pero él me forzó, y... yo... estaba sangrando. Aun así, después de que las chicas desaparecieran todo quedó tapado.

Nora le acarició la mano para tratar de calmarla un poco, e hizo la pregunta inevitable.

–¿Quién te violó?

–¡Oluf, demonios! Fue Oluf... Bjarke me sujetó. También lo intentó, pero no pudo. Y luego dejaron que me fuera. Me encerré en un cuarto de baño. Cuando volví, había un gran revuelo. Todos estaban buscando a Lisbeth y Lulú.

Fue sacando las palabras entre secos sollozos.

–Finalmente, encontré a Kurt. Traté de que me escuchase. Le tiré del brazo, pero lo único que hizo fue limitarse a mirarme con aquellos ojos vidriosos de borracho. No quería oírlo. Nunca olvidaré lo que me dijo. Me soltó: «Puedes ahorrártelo, no te servirá de nada». Nunca, nunca lo he olvidado...

–Pero ¿por qué no dijiste nada? ¿Más tarde? –le preguntó Nora.

–¿Quién iba a creer a una perdedora como yo? Bjarke dijo que me iban a pegar un repaso si decía algo a alguien. ¿Qué podría haber hecho yo? ¿Ir a un adulto a contárselo y seguir viviendo en la misma casa que ellos, y no saber nunca cuando iban a venir a por mí otra vez? –Miró a Nora con una mirada apagada–. No voy a hablar más de ello. No vuelvas a buscarme.

Luego se sacó el cinturón de seguridad, abrió la puerta y salió del coche, y antes de que Nora pudiera reaccionar, había cruzado ya el parque infantil y desaparecido por uno de los callejones entre los bloques.

–¡Anni! –gritó inútilmente. Pero no hubo respuesta.

Todavía un tanto desconcertada, sacó el móvil, llamó al número de la centralita de uno de los principales periódicos de la mañana y pidió hablar con Torstein Abel.

Tres segundos más tarde, pudo escuchar al teléfono su profunda y potente voz.

–Redacción de sucesos. Habla Abel.

–Nora Sand –contestó ella apartando el teléfono de su oreja preventivamente.

La reacción que esperaba no tardó en llegar.

–¡Por el amor de Dios, Nora! ¡Vieja bruja! Pensé que te habías apalancado allí en Londres y te habías olvidado de tus raíces –exclamó.

En el amanecer de los tiempos, Nora había estado en prácticas en un periódico de tirada nacional junto con Torstein Abel. A primera vista, el reportero de sucesos más destacado del periódico de la mañana parecía un tipo duro, con sus tatuajes, cazadora de cuero y motocicleta a juego. Ya en la primera semana después de conocer a Nora, la había obligado a ver su película favorita, *El Padrino*, que se conocía de cabo a rabo.

Cuando llegaron a la escena en la que un director de cine se encuentra un sangriento regalo en su cama, Torstein aplaudió con entusiasmo.

–El día que me despierte con una cabeza de caballo en la cama, sabré que he escrito la mejor historia de mi vida –dijo.

Eso no había ocurrido todavía, pero en un par de ocasiones había estado muy cerca, y por eso la mayoría de los lectores del periódico de la mañana lo conocían y apreciaban. Para ellos, era un consumado periodista: de esos que sólo

se encuentran en los novelones estadounidenses que se compran en el aeropuerto. El hombre que estaba en el lugar de los hechos cuando se trata de los asesinatos más sangrientos y se atreve a escribir sobre bandas de traficantes de personas y rockeros, cuando otros periodistas se echan a un lado para evitarse problemas.

Aun así, los pocos privilegiados que habían entrado en su cueva en Frederiksberg se encontraban, para su sorpresa, un hogar con tatamis, estanterías llenas de libros sobre budismo zen y una cocina que se caracterizaba por su pasión de toda la vida por el estilo. Nora todavía le agradecía a Torstein su receta de los mejores pepinillos que había probado en toda su vida.

Quedaron en almorzar en Copenhague al día siguiente.

–No es que no crea en la sinceridad de tus motivos y tu amistad eterna, pero ¿hay alguna razón en particular? –le preguntó Torstein.

Nora se rio entre dientes.

–Como siempre, tu sentido periodístico es infalible. Me gustaría saber un poco del ambiente roquero de Copenhague... ¡y quién mejor que tú! –el halago fue indisimulado.

–Está bien, cielo. Mañana a la una del mediodía en el periódico. Llámame cuando estés en recepción. Pagas tú.

Nora colgó, arrancó el coche y se dirigió hacia Copenhague. Antes de salir del término municipal, ya había localizado un canal con música clásica para dejar trabajar a su mente, mientras el adagio de Albinoni llenaba el pequeño automóvil.

¿Era sólo una coincidencia que Anni hubiese sido violada la misma tarde en que desaparecieron Lulú y Lisbeth? ¿Vieron algo las chicas que no deberían haber visto?

Aun así, ¿cómo encajaba todo eso con la foto de las muchachas encontrada en una maleta en Inglaterra? Una coincidencia, o tal vez una evidencia de que esa noche en aquel ferri estaba de caza un tipo muy distinto de depredador. Un depredador que haría que Bjarke y Oluf pareciesen un par de infantiles aficionados. ¿Y cómo encajaba Kurt en el cuadro? ¿Su comentario de que las chicas estaban vivas era algo más que cháchara de borracho? Si hubiera recibido una postal suya, ¿no la habría guardado? Al fin y al cabo, ese caso había destruido su carrera y tal vez su vida.

Había demasiados cabos sueltos.

Cruzó el puente del Gran Belt mucho después de la hora de comer, compró un

sándwich caliente en una estación de servicio y siguió camino de Kastrup, donde devolvió el coche de alquiler y se desplazó en taxi hasta Bagsvaerd, a cuenta de El Cangrejo. Estaba demasiado agotada para enfrentarse al transporte público con el ordenador y la maleta a cuestas, por mucha bronca que tuviese que aguantar después. Una bronca que sin duda llegaría tarde o temprano, pensó con una sonrisa irónica.

Su padre estaba en una de sus conferencias «históricas», así que cogió la llave de debajo del alero del cuarto de herramientas, cerró por dentro, subió a su habitación y se desplomó en la cama.

Tres minutos después, se quedó dormida y sólo se despertó una vez, a eso de las cinco, por una alarma lejana de un coche que, al parecer, no quería dejar nunca de sonar.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, rodó de la cama muerta de sueño. Se preparó una taza de café, se sentó en el porche y llamó a Liselotte para preguntar si recordaba algo acerca de los demás chicos en el viaje a Londres.

Esta vez, cogieron el móvil inmediatamente.

–Dígame, soy Malte.

Nora rebuscó en su cabeza. Ah, sí. El chaval.

–Hola, yo soy Nora. ¿Puedo hablar con tu madre?

Se dio cuenta de que dudaba.

–No se encuentra muy bien en este momento. Creo que no...

Entonces Nora oyó de fondo la voz de la madre.

–¿Quién es?

Oyó un leve crujido, como si Malte pusiera la mano en el teléfono, y luego un murmullo lejano.

–Es esa periodista. La que estuvo ayer aquí.

Tres segundos después, la voz de Liselotte sonó en su teléfono:

–Ya no podrás volver a hablar con mi padre. Nunca.

–¿Cómo...? ¿Qué ha pasado?

–Murió anoche. No sabemos adónde iba, pero salió a la carretera principal. Lo encontraron en la cuneta. La policía dice que fue atropellado y murió en el acto.

–Lo lamento muchísimo.

Nora notó que Liselotte se esforzaba por mantener el llanto en la garganta.

–¿Sabes qué es lo peor? Una vida entera, y lo único que le queda..., todo lo que poseía y tenía..., cabe en una bolsa de plástico de Lidl. ¡Dios, cuánta miseria!

–Lo siento. No quiero molestaros.

–Gracias –dijo Liselotte con sequedad, y colgó.

Nora llamó al oficial de guardia de la comisaría de policía de Ringkøbing.

–¿Del *Globalt*? No suelen ser de los que llaman a menudo –soltó el policía al teléfono con el tono lento y monocorde del oeste de Jutlandia.

Después de la explicación de Nora, oyó que el agente hojeaba el informe del día.

—Sí. Aquí está. Un hombre de sesenta y ocho años fue encontrado a tres kilómetros al sur de Søndervig, tirado en la cuneta. Atropello. Recibimos una llamada de un testigo a las 20:43 de anoche. El testigo explicó que había visto lo que creía que tal vez era un Jeep, un todoterreno o similar azul oscuro o negro que atropellaba al hombre. No hay datos significativos ni del coche ni de la placa de matrícula. Se envió una ambulancia, pero por lo visto el hombre había fallecido ya cuando llegó. El informe no dice nada al respecto, pero hay indicios de que el hombre podría estar ebrio. Encontraron a su lado una botella casi vacía de Aquavit.

Siguió hojeando.

—Y no hay nada más. Sí, espere... Sí, no sé si es un detalle que le pueda interesar, pero en el lugar no había marcas de frenazo.

Nora le dio las gracias, colgó el teléfono y se quedó sentada un buen rato mirando el manzano de Christian Sand sin ver nada.

Luego se recompuso y se preparó para encontrarse con Torstein en su lugar de trabajo.

* * *

El guardia de seguridad levantó la vista desinteresado cuando Nora atravesó la puerta giratoria de la recepción del periódico de Torstein. Desde que el Servicio de Inteligencia había localizado en la estación central una bolsa con un folleto sobre el Islam y un mapa de Copenhague con la dirección del periódico marcada con tinta roja, la recepción estaba vigilada durante las horas de apertura por guardias de mediana edad con suéteres azules y *walkie-talkies*. Nora todavía no sabía si había sido una chiquillada o el plan de un aficionado para poner una bomba en el periódico, pero tenía la sospecha de que la mayor aventura con la que aquellos guardias tenían que enfrentarse eran los amargados periodistas que, al llegar por la mañana, habían olvidado la tarjeta de identidad obligatoria, y los sempiternos teóricos de las conspiraciones que, un par de veces a la semana, pasaban por allí para denunciar radiactividad en el puerto o corrupción en el Consejo de Estado, o para entregar catorce kilos de documentos escritos a mano sobre prospecciones petrolíferas secretas en Groenlandia.

Tomó del mostrador uno de los ejemplares gratuitos del periódico, y se

encontró con que no eran las cuestiones políticas las que hoy iban a deprimir a los lectores. Una conocida presentadora de televisión se había visto obligada a abandonar *Mira quién baila* con un esguince en el tobillo, y la tragedia se destacaba con un tipo de sesenta puntos: no había ninguna duda de que Nora estaba de visita en una nación de luto. Hojeó el periódico, y se topó con una página tres con la historia del esfuerzo heroico de su pareja de baile para mantener el ánimo.

Contra su voluntad, se dejó empapar por la historia de la joven bailarina, que en la distancia bien podía recordar un poco a Andreas. Tenía el mismo pelo amarillo maíz, la misma posición vertical...

Una vez más, su mente dio un salto en el tiempo. Estaban sentados en el jardín de Hanne aquella noche en la que todos, de acuerdo con alguna absurda tradición supersticiosa de los estudiantes, tenían que permanecer despiertos. Ya no recordaba por qué, tan sólo que estaban sentados cada uno en su asiento de un viejo y oxidado columpio bajo un enorme lilo. Todavía podía recordar la dulce fragancia de las flores en el crepúsculo, el rocío en la suave hierba y el rostro de Andreas mirando hacia ella. Lo había sabido una fracción de segundo antes de que él lo dijese...

Dio un respingo cuando sintió un fuerte apretón en el hombro.

—¿Qué pasa, señorita Sand? No pensé que fueras una de esas vedetes —dijo Torstein echando un vistazo al artículo que aún tenía Nora delante.

Ella se recompuso.

—Por supuesto. ¡Menuda tragedia! ¿Cómo es posible que no fueras tú quien consiguió la primicia?

Torstein apartó la mirada.

—El director no quiere confiarme este tipo de tareas complejas. Por desgracia, tengo que conformarme con historias de crímenes hasta que mejore como escritor —dijo con una sonrisa torcida, y le mostró la puerta con la mano—: ¿Nos vamos?

Fueron a Nyhavn, donde Torstein pidió, como solía, arenque de marca Christiansø y un aguardiente, que se tomó de un trago tan pronto como la camarera se lo sirvió. Luego se echó hacia atrás con satisfacción y miró a Nora.

—Rockeros, dices. ¿Puedo preguntar por qué?

—Es un caso que podría tener conexiones con Dinamarca.

—¿Drogas?

—No. No hasta donde yo sé, al menos. En realidad, estoy interesada en una sola

persona. Su nombre es Bjarke. Bjarke Helgaard. ¿Lo conoces?

La camarera llegó con el arenque para Torstein y un plato con gambas para Nora. Torstein pidió otro aguardiente.

–Por razones de seguridad –explicó antes de añadir pensativo–: Bjarke Helgaard... –susurró como si saboreara el nombre entre un par de trozos de arenque.

Nora asintió con la boca llena.

–Bjarke es un tipo curioso –dijo Torstein haciéndola volver de sus pensamientos–. Un auténtico toro. Claramente a base de esteroides. Iba mucho por Box Copenhagen hace unos años. Allí fue descubierto por La Aguja.

–La Aguja, ¿Como el líder de Dare Devil?

A pesar de haber vivido fuera de Dinamarca los últimos cinco años, incluso Nora sabía quién era aquel hombre alto y delgado, con ojos penetrantes y un temible poder sobre algunas partes de la vida nocturna de Copenhague.

–*The one and only* –aclaró Torstein con seriedad–. Bjarke entró en una banda. El truco era que tiene un aspecto tan impresionante que, la mayoría de las veces, en realidad ni siquiera tenía que sacar los puños de paseo. Aparecía Bjarke solo, gruñía un poco y jugaba con los músculos de sus brazos, y de pronto la gente encontraba dinero que no sabía que tenía. Las cosas eran así cuando Bjarke fue enviado para dar un mensaje o recuperar una deuda...

Nora captó la mirada de la camarera y se apresuró a pedir dos cafés, antes de que Torstein cayera en la cuenta de que tendría que pedirse otro aguardiente para aclararse la garganta y seguir contando.

–Al parecer, fue ascendiendo poco a poco en el escalafón. Tiene buen rollo con La Aguja, según mis fuentes. Y buen olfato para saber cuándo intervenir y cuándo dar un paso atrás para no meterse en líos. Tonto no es.

Llegó el café, y Torstein miró con ansiedad una botella de Aquavit Linie camino de una mesa con gente de negocios sueca.

–¿Recuerdas el caso Brandy?

Nora hurgó en su memoria.

–¿No era esa joven madre que fue tiroteada en Nørrebro hace un par de años en un enfrentamiento entre bandas?

–Exacto. Una historia terrible. Brandy murió en el acto. Ocurrió lo mismo con John Iversen, el jefe de la rama local de los Blue Bulls. El único error de Brandy fue, al parecer, haber entrado en un estanco a comprar un paquete de King al mismo tiempo que John Iversen. Ya sabes lo que dicen: «Fumar mata» –señaló

Torstein con sarcasmo.

–¿Y Bjarke estuvo involucrado en ese episodio?

–Sí y no. Pero déjame contártelo todo. Los Blue Bulls estaban en ese momento en guerra con los Dare Devils, y era muy, muy verosímil creer que La Aguja había dado órdenes de quitar a Iversen de en medio. Era, según pude averiguar en ese círculo cerrado, la primera y tal vez la única pista con la que trabajó la policía.

Torstein tomó un sorbo de café y cogió un sobrecito de azúcar de un recipiente de la mesa.

–Pues bien, fue entonces cuando Bjarke mostró lo que valía. O encontró su vocación, si lo prefieres. Se presentó rápidamente a la prensa y explicó en términos de lo más gráficos que los Dare Devils *no* sabían ni lo más mínimo sobre el hecho. Los noticiarios se enamoraron de él. Y los periódicos también lo hicimos. Dijo lo que todo el mundo sabía que iba a decir, pero lo dijo con brevedad y concisión y bien formulado. Había nacido una estrella para los medios.

Una lucecilla se iluminó en la mente de Nora.

–¿No había también algo de un bebé en un cochecito?

–Sí, fue ahí donde Bjarke resultó ser absolutamente genial. Un largo discurso lacrimógeno sobre el pequeño Johnny, el hijo de Brandy, ahora huérfano, y sobre cómo los chicos del club de motoristas de Bjarke (gente, por cierto, pacífica y totalmente inocente) habían reunido en un casco un fondo para la vida futura del pobre niño. De esta forma, el pequeño Johnny podría abrirse camino, como aseguró Bjarke. El cien por cien del dinero probablemente procedía de las drogas o el comercio sexual, aunque la mayoría se lo tragó sin rechistar. Dios me perdone, pero fue como el programa *Cuenta 413* –suspiró Torstein–. Nuestra competencia publicó el siguiente titular: «Roquero con un corazón de oro». Desde entonces, Bjarke ha sido un fijo en programas de noticias y debates cuando se trata de disturbios en Nørrebro. Se ha convertido en un experto, y es perfecto para el papel. Su aspecto es el de un tiarrón enorme y violento, pero cuando abre la boca es capaz de decir frases coherentes y bastante razonables. Incluso se ha comentado que *Arte* va a contratarlo como conferenciante.

–Pero ¿es violento?

Torstein se encogió de hombros.

–Hay un par de hechos violentos en su historial, pero de eso hace más de cinco años. Bjarke ha ascendido, y ya no necesita hacer el trabajo sucio.

Nora bajó la voz y miró a Torstein a los ojos:

–Lo que voy a contarte no debes difundirlo, quiero decir en ningún lugar. ¿De acuerdo? Si se lo cuentas a alguien, corro el riesgo de crearle un montón de problemas a una de mis fuentes.

Torstein se llevó la mano al corazón.

–Palabra de *scout*.

–Tú nunca has sido *scout*.

–Joder, pues entonces sobre la tumba de mi madre.

–Tu madre está vivita y coleando en Torshavn.

–Venga ya, ¿de qué se trata? ¿Algo sobre drogas? ¿Algo sobre la conexión albanesa?

Nora se mordió el labio y decidió arriesgarse.

–No. No se trata ni de albaneses ni de drogas, pero ¿tú crees, con lo que sabes de Bjarke, que podría haber participado en la violación de una chica?

–¡Ja! –la exclamación de Torstein hizo que la camarera se volviese con curiosidad.

–Justamente esa pregunta la puedo responder con un rotundo no –dijo Torstein con gran convicción.

Nora enarcó las cejas.

–¿Y qué te hace estar tan seguro? ¿Lo conoces mejor de lo que has dicho?

Torstein sonrió con suficiencia.

–Bjarke es definitiva, completa e irremisiblemente homosexual.

A Nora casi se le cae la mandíbula inferior de asombro.

Torstein siguió entrando en detalles.

–Vive con La Aguja. El pequeño Bjarke no está hecho para las damas. Las únicas mujeres presentes en su vida son las que lleva en sus voluminosos bíceps. O esas de las que La Aguja saca su dinero.

–Pronto podré comprobarlo. ¿Se puede uno acercar a ese Bjarke?

–Claro. Tiene su propio sitio web. Puedes enviarle un correo, y por lo general responde bastante rápido. Recuerda que vive de los medios de comunicación, y si consigue seguir saliendo en televisión, no hay límite a lo que pueda lograr en la vida. Un contrato para un libro, tal vez una invitación para unirse a los *Robinsones* o a *Paradise Hotel*. ¿Quién sabe? –Después de una pequeña pausa, agregó–: Lo de que es gay... yo no lo mencionaría si fuera tú. Cree que es un gran secreto, y nadie se atreve a ser el primero en sacarlo de su ilusión. Podría ser potencialmente peligroso para la salud.

Nora pidió por señas la cuenta y comenzó a ponerse la chaqueta.

–¿Se llegó a resolver el asesinato de Brandy e Iversen?

–Sí. Resultó que en realidad fue Iversen, quien a su vez fue víctima de circunstancias desafortunadas. Fue el proxeneta de Brandy, quien pensó que le había robado dinero por haberlo hecho gratis durante su baja por maternidad, y que ya era hora de dar un ejemplo. Iversen simplemente estaba en medio cuando esa pequeña mierda disparó su pistola.

Regresaron juntos al periódico.

–¿Cuándo volverás por aquí? Echo de menos a alguien con quien preparar encurtidos –se quejó Torstein.

–Cuando Londres se venga a Dinamarca, me quedaré aquí sin dudarlo – prometió.

–Ya. Vale, pero ven algo más a menudo por casa y vamos a la parcela – prometió besándole con galantería la mano, antes de despedirse y desaparecer por la puerta detrás del guardia de seguridad, que descubrió demasiado tarde que Torstein no llevaba al cuello la tarjeta reglamentaria.

–¡Eh! ¿Hola? –gritó el guardia.

* * *

Nora localizó la página web y le mandó un correo electrónico a Bjarke desde su iPhone. Veinte minutos después, entró una llamada de «número desconocido».

–Bjarke Helgaard. Me has enviado un correo electrónico.

Su voz sonaba tan cruda y cortante que Nora se preguntó, por un momento, si Torstein no le habría gastado una broma cruel que acabaría con ella como víctima de una paliza por parte de un roquero enorme y vitaminado, que no compartía su sentido del humor y su actitud relajada frente la homosexualidad.

Nora se presentó.

–¿Y de qué quiere hablar el *Globalt* conmigo? –preguntó Bjarke.

Nora pensó que lo más adecuado sería decírselo cara a cara, y no por teléfono. Preferentemente en un lugar público, como medida de precaución.

–Bueno, es un poco complicado. ¿Tal vez podemos quedar? –preguntó con esperanza en su voz.

–Hum... Te he buscado en Google, Nora Sand, y sencillamente no entiendo de qué quiere hablar con un archidanes de Nørrebro una periodista cuyos últimos

dos artículos han sido sobre un tipo de Ruanda y un escándalo político en Gran Bretaña.

Estaba claro que Bjarke Helgaard era un hombre al que sería un error subestimar.

–Te prometo que no llevará mucho tiempo y que entenderás que tiene sentido. ¿Podemos vernos dentro de media hora?

–Tienes suerte de que sea tan curioso. Y de que tengo un hueco. En el Café de Flora en media hora –y colgó sin esperar una respuesta.

Ella tomó el autobús hasta Blågårdsgade y fue andando el último tramo. Pidió un *latte* con una inyección extra de expreso y se sentó a una mesa con vistas a todo el local. Diez minutos más tarde, Bjarke entró pavoneándose. Parecía aún más grande y ancho que en las fotos del periódico. Era como si las fotografías no pudieran abarcar toda la anchura de aquellos hombros.

Sus ojos azules de hielo la registraron a fondo, pero no sin amabilidad, antes de sentarse a la mesa con una taza de café americano.

–Y bien, ¿en qué puedo ayudarte? ¿Un conflicto en Oriente Medio o los niños hambrientos de la India? –le preguntó con ironía.

Nora sacudió la cabeza y decidió lanzarse directamente a ello.

–No. Debemos remontarnos en el tiempo... ¿Recuerdas el verano del ochenta y cinco? ¿Recuerdas a Lisbeth y Lulú?

Si le sorprendió la pregunta, era excepcionalmente bueno controlando su expresión facial.

–¿Lisbeth y Lulú? –repitió con voz tranquila–. No he pensado en ellas en años. ¿Por qué vienes a preguntarme por ellas ahora?

Nora se aclaró la garganta.

–Han aparecido nuevas informaciones que...

–¿Qué tipo de informaciones? –interrumpió él, de repente muy interesado.

Nora se tomó su tiempo para dar un sorbo al café.

–Tal vez haya una conexión con un asesino británico. Más no puedo decir en este momento.

La voz de Bjarke seguía siendo muy calmada, pero Nora pudo observar cómo la arteria de su cuello comenzaba a palpar, y que sus nudillos se volvían blancos mientras agarraban con mucha más fuerza la taza de café.

–¿Quién es ese hijo de puta?

–No sé aún si existe esa conexión. Hasta el momento, es sólo una mera sospecha. Por eso tengo que escuchar tu versión de lo que pasó esa noche en el

ferri.

El hombretón con la chaqueta de cuero parecía no escucharla.

–¿Quién es ese hijo de puta? –repitió en voz baja.

–Está en la cárcel, así que de todos modos no podrías echarle el guante.

Bjarke sacudió la cabeza y la miró de nuevo.

–A todo el mundo se le puede echar el guante. A todo el mundo... –susurró sin ambages.

Luego levantó el dedo índice hacia ella, y Nora pudo atisbar al tipo que se había ganado la plaza de mano derecha de La Aguja.

–Si te digo algo, tú me contarás lo que les sucedió a mis chicas. ¿Comprendido?

Nora lo miró a los ojos para hacerle entender que ella no se dejaba intimidar.

–Si, y subrayo ese «si», si me entero de algo, te lo haré saber, pero no hasta que esté lista. Tengo tu correo.

Bjarke pareció reflexionar sobre aquello por un momento, luego se inclinó hacia atrás en su silla y abrió los brazos.

–De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

–Háblame un poco de tu relación con Lisbeth y Lulú, de la vida en Vestergården.

–Pensé que querías saber lo que había sucedido en el ferri esa noche.

–Ya llegaremos a eso, pero primero quiero entender un poco más cómo eran las cosas entonces –explicó Nora.

–Lulú era como una hermana para mí. Bueno, tal vez no era el animal más veloz del bosque de Hakkebakke, pero se podía confiar en ella. Mantenía la boca cerrada, sin importar a lo que se exponía –dijo Bjarke con la mirada distante.

–Una noche, Sonny y yo habíamos entrado por la fuerza en el cine de Ringkøbing. No era algo para hacerse rico... Podía haber un par de cientos en la caja después de una noche de sábado... Pero Sonny pilló de una estantería una bolsa de chucherías jodidamente grande. Él nunca había estado en el cine y quería a toda costa quedarse a ver una de esas idiotas películas de Stallone que ponían entonces. Tratamos de conseguir que aquella mierda funcionase, pero en un pispás el proyector empezó a humear. Así que salimos por patas y robamos un ciclomotor. Lulú estaba en el pasillo cuando volvimos a casa, y nos vio entrar corriendo a las habitaciones... –Hizo una pausa, sacudiendo la taza de café como para prolongar el último sorbo.

–¿Uno más? –Nora lo miró inquisitivamente. Él asintió, y ella se fue hasta la

barra para pedir una nueva ronda. Cuando volvió con los cafés, Bjarke continuó su historia.

–Pasaron unos veinte minutos desde que llamaron a los bomberos a la ciudad hasta que la pasma se presentó a la puerta de Vestergården. Así era siempre. Pasara lo que pasara en Ringkøbing, siempre venían a nuestra puerta. A veces era justo, a veces no. Pero lo que sí sucedía siempre era que Kurt se enfurecía. No sólo con la policía, claro; también con nosotros si nos pasábamos de la raya. Yo ya había recibido tres advertencias. Si me agarraban una vez más, me expulsarían y no podría acompañarlos a Londres. En aquel entonces, eso lo era todo –dijo con una sonrisa torcida–. En fin, el caso es que Lulú nos salvó el culo. No se muy bien por qué. Nunca habíamos hecho nada por ella. Las cosas no funcionaban así en Vestergården. Pero cuando la pasma empezó a presionarnos y a confrontar nuestras historias de que habíamos estado en casa toda la noche y durmiendo dulcemente las últimas dos horas, Lulú se entrometió. Te aseguro que podía tener un aspecto muy inocente con aquellos grandes ojos azules abiertos de par en par. Recuerdo que tenía un camisón rojo con grandes conejos. Se acercó a ellos, los miró a los ojos, y les contó que había estado paseando por el pasillo durante la última hora porque le dolía la tripa y no podía dormir, y que nadie había pasado por allí.

Bjarke movió la cabeza y tomó otro sorbo de su café.

–Desde luego, sabían bien que habíamos sido Sonny y yo. Pero no podían hacer absolutamente nada con la explicación de Lulú de por medio, así que tuvieron que largarse por donde habían venido. Kurt, claro, tenía sus sospechas y nos estuvo marcando de cerca durante un par de semanas. Sobre todo después de encontrar un ciclomotor robado en una zanja no muy lejos de Vestergården. Pero no hizo nada y nos permitieron ir a Londres... Salvo que nunca llegamos a Londres, como ya sabrás –añadió con una triste media sonrisa.

–¿Qué pasó esa noche...? ¿Cómo lo recuerdas? –preguntó Nora.

–Lo más irónico es que, después de esa noche –siguió diciendo él, ignorando su pregunta–, Sonny y yo juramos que seríamos sus protectores. No más basura. Había algunos chicos en el centro a los que les gustaba intimidar a las chiquillas. Sonny y yo tuvimos una charla con ellos y dejaron a Lulú en paz. Incluso conseguimos que Erik parase con sus estúpidas revistas porno y toda su mierda.

–¿Erik? –preguntó Nora con las cejas levantadas.

–Bueno. Su padre lo jodió. De la peor de las maneras. Y pensó que nadie lo averiguaría si se limitaba a ver revistas pornográficas y a hablar de tetas todo el

día. Kurt se las confiscaba, pero de alguna manera Erik se las arreglaba siempre para conseguir nuevos ejemplares. Le encantaba obligar a las chavalas a mirarlas. Lisbeth se reía en su cara y se burlaba de él. Jeanette lo ignoraba. Pero tanto a Lulú como a aquella pequeña... ¿Cómo se llamaba?

–¿Anni? –preguntó Nora conteniendo la respiración.

Bjarke asintió, sin que el nombre de una chica a la que presuntamente había ayudado a violar pareciese impresionarlo mucho.

–Sí, eso es, Anni era su nombre. Pequeña y demasiado gorda. Además de fea... –Suspiró, como si estuviera tratando de apartar a una persona tan insignificante—. En cualquier caso, hay que reconocer que tanto Sonny como yo, esa noche en el ferri, fallamos en cierto modo en nuestra promesa de cuidar de Lulú. Una sola noche y se había ido para siempre.

–Pero, ¿qué pasó? ¿Puedes recordar cuándo viste a las chicas por última vez?

–Habíamos bajado para tratar de comprar bebidas en el *duty free*. No funcionó, por supuesto. Todos parecíamos adolescentes, y nos pidieron el carné inmediatamente. Queríamos que Lisbeth lo intentara, porque ella parecía mucho mayor cuando llevaba maquillaje, pero no aparecía por ningún lado, así que enviamos a Lulú para que la encontrara.

Bjarke hizo una larga pausa.

–Nunca regresó –dijo finalmente.

El caos y las acusaciones de una noche resumidas en una sola frase.

–¿Os mantuvisteis juntos los demás?

–Nah. No lo puedo recordar exactamente. Es decir, en ese momento ninguno de nosotros pensaba que hubiera ocurrido nada. Sólo pensamos que quizá... Bueno, no sé muy bien lo que pensamos. Que habían encontrado algunos chicos mayores que tenían alcohol, qué sé yo. No sería agradable, y personalmente no tenía ganas de estar por allí como un tonto. Así que los abandoné a su suerte.

Nora asintió.

–¿Recuerdas algo más?

–Bueno. En cierto momento, me pareció ver a Lisbeth en la discoteca, pero no estoy seguro. Yo estaba en la puerta porque no podía entrar. Entonces Oluf, Sonny y yo nos encontramos con un noruego mayor de edad y que, a cambio de un par de *elefant* entró y nos compró una botella de vodka.

Bjarke hizo una mueca al recordarlo.

–Como podrás comprender, el resto, por mi parte, está un poco confuso.

–¿Y qué pasó con Oluf? Oluf y Anni. ¿Recuerdas algo de ellos? –le preguntó

Nora con más dureza de lo que pretendía.

Él la miró con sorpresa.

–No. En realidad no. ¿Debería hacerlo?

Nora no respondió.

–¿Dónde está Sonny ahora? ¿Sabes qué fue de Oluf?

–Sonny está en Herstedvester. Un robo de un banco de aficionados completos. Deudas de juego. Saldrá en seis o siete años, si sobrevive tanto tiempo. Por lo que he oído, aún no ha pagado su deuda, y los intereses van creciendo...

–¿Y qué hay de Oluf? –preguntó de nuevo tratando de captar la mirada de Bjarke.

Pero él ya no la miraba. En vez de eso, miraba hacia el ventanal, por el que pasaban dos robustos inmigrantes con chaquetas de cuero.

Se bebió el último sorbo de café, se levantó de un salto y recuperó el tono crudo con la misma naturalidad con la que otros se ponen la gorra cuando van a salir.

–Gracias por la invitación, señorita. Tengo que irme. Llámame si hay algo nuevo, ¿vale? –dijo, dejándole con total seriedad una tarjeta de visita con el tridente rojo de Dare Devil y el título de Jefe de Prensa escrito en letras de fuego sobre un número de teléfono móvil.

Luego atravesó la puerta y desapareció, a una distancia segura de los dos hombres con chaquetas de cuero negro.

Nora se asomó por la ventana y pudo ver que los tres giraban por la esquina de Assistens Kirkegård. Por un momento, consideró la posibilidad de seguirlos y ver si era posible exprimir más a Bjarke con la amenaza de delatarlo a los dos hombres.

Estaba en la puerta, dudando aún, cuando de pronto sonó su móvil.

Era Andreas. Se sentó de nuevo a la mesa y plantó ambos pies en el suelo. «Conexión a tierra.»

–Hola, sólo quería saber cómo va.

–Bien –contestó ella mientras apretaba con fuerza el asa de la cucharadita, con la esperanza de que el dolor físico pudiera apagar el sentimiento de necia felicidad.

–Huy, ¿te pillo en medio de algo? Te noto rara.

–No, no. Todo va bien –dijo, y dejó caer su mirada hacia la carta, en la que empezó a leer con detenimiento las diferencias entre el grano de Java y el café etíope, pero las palabras se disolvían como frágiles pompas de jabón antes de

llegar a la corteza cerebral.

–Bueno, te prometo que no te molestaré mucho si tienes prisa –dijo en un tono un tanto seco–. Sólo llamo para ver si todavía sigue en pie lo de pasado mañana.

Nora asintió y luego se dio cuenta de que él no podía verla.

–Sí, sí, claro... Te recojo a las once. Mándame por SMS tu dirección.

Colgaron, y Nora se dio una palmada en la frente de forma refleja. Sólo era Andreas. Su viejo amigo. ¿Cómo había llegado hasta el punto de no poder mantener una conversación telefónica con normalidad?

–Joder, joder, joder –masculló justo cuando pasaba por delante de su mesa uno de los camareros.

–Espero que no fuese su asesor financiero –dijo el camarero con una sonrisa.

–¡Ojalá! Era un hombre prohibido –respondió ella.

Capítulo 14

Cuando Nora tomó la esquina tras haberse peleado con el tráfico de Londres del sábado por la mañana en un pequeño Ford verde chillón de alquiler, el hombre prohibido estaba de pie delante de la puerta con una bolsa al hombro.

–Tendrás que llevarlo en las rodillas. Ya no queda sitio en el maletero, sólo ha cabido mi bolso –bromeó ella, que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no fijarse en si llevaba una camisa blanca... Y con botones.

Andreas movió el asiento hacia atrás y estiró las piernas hasta donde pudo. Nora señaló hacia el asiento trasero, donde estaba el ejemplar ya un poco sucio de *Los asesinatos del siglo* junto a su cuaderno de notas.

–Página cincuenta y tres –dijo mientras sentía junto a su hombro el brazo de Andreas al estirarse hacia atrás para alcanzar el libro. Parecía como si su cuerpo emitiese rayos, y ella casi podía sentir el calor como un aura alrededor de él.

En la siguiente media hora, en el coche sólo hubo el sonido de Radio 4 de la BBC, mientras Nora surcaba las calles del centro de Londres rumbo a la red de autopistas. Andreas leía concentrado. Ella lo miraba de reojo para observar sus reacciones, pero su rostro sólo parecía presentar rasgos insondables.

Finalmente, fue a la parte final del libro para comprobar las notas, de forma exhaustiva, como de costumbre, y cerró el libro.

–Y bien, ¿qué opinas?

–Es una fea historia –contestó Andreas con sequedad.

–Por supuesto que lo es –replicó ella–. ¿Pero crees que podría ser Bill Hix el que está detrás de los asesinatos de Lulú y Lisbeth? ¿Podría ser él la explicación de que desaparecieran sin dejar rastro?

Su amigo frunció el ceño.

–Es difícil de decir. Pero, por lo que puedo ver, ni antes ni después ha secuestrado a dos chicas a la vez. Eso requeriría confianza, control y bastante fuerza. ¿Crees que eso encaja?

Nora también frunció el ceño.

–Lulú y Lisbeth desaparecieron en 1985, y él fue arrestado en 1992, siete años más tarde. En ese momento, a juzgar por el contenido de su «gabinete de los horrores», había matado al menos a quince personas. Pero si uno no quiere poner a la policía en estado de máxima alerta tras una serie de asesinatos, está claro que no puede actuar cada mes. Así que debemos asumir que todo el proceso se extendió a lo largo de algún tiempo. Tal vez ya tenía dos o tres asesinatos sobre su conciencia en 1985. ¿Quizás era suficiente como para atreverse a ascender un escalón más?

–Es posible –concedió Andreas.

Se quedaron en silencio, antes de que él se volviese hacia ella.

–¿Y qué es lo que hay en Brine?

–Un mar de lo más apetecible en esta época del año. Y averiguar de dónde procede la maleta. Tengo la sensación de que es la clave de todo.

Si a él le sorprendió su respuesta, no lo demostró. En vez de eso, comenzó a girar el dial hasta que encontró una emisora con grandes éxitos de ayer.

–Perfecto. Me encanta esto –dijo cuando comenzaron a sonar los acordes iniciales de la versión de Frank Sinatra de *Come Fly With Me*.

–*Let's float down to Peeeeruuu* –gritó con toda su alma, hasta el punto que Nora tuvo que aferrarse al volante para evitar salirse de la carretera de pura risa.

–¡Vamos, canta! ¡Sabes que te gusta! –gritó, y finalmente ella tuvo que rendirse.

–*In llama land, there's a one-man band and he'll toot his flute for you...*

Luego vino Shirley Bassey y sus diamantes, y Marilyn Monroe y su fijación por el padre. En ese punto, Nora brilló con su versión de la mimosa *Da-da-da-da-da-daddy*.

Y de pronto, sin darse cuenta, estaban en Brine. A Nora le parecía que sus cuerdas vocales estaban al rojo vivo, y le dolían los músculos del estómago de tanto reír.

–Hay por ahí una nota con la dirección de un Bed & Breakfast. Lo busqué en Internet. También hay un pequeño mapa.

Andreas lo sacó del bloc de notas.

–*Sip*. Dolphin Guest House. Dos habitaciones con camas individuales. Está aquí a la izquierda.

Se dirigieron a un edificio blanco con techo de tejas irregular y paredes torcidas enmarcadas por glicinas y grandes hortensias. En la recepción, un chico de unos veinte años les tendió la mano y se presentó como Wesley. Estaba

bronceado y parecía alguien que pasaba el mínimo tiempo posible en tierra durante la temporada de verano. Nora supuso que la tabla de surf que estaba apoyada en la pared del garaje era suya.

–Bienvenidos. El desayuno, de 8 a 9:30 –explicó, señalando hacia el invernadero–. Sólo tenemos una habitación individual, así que uno de los dos se quedará con una doble. La pregunta es quién –añadió, mirándolos a ambos.

Nora se encogió de hombros.

–Da lo mismo. Cógela tú, Andreas.

–Ni hablar –saltó él de inmediato.

El tal Wesley se los quedó mirando, pasando de nuevo la mirada del uno al otro:

–No entiendo lo que dicen...

–Me quedo yo con la individual. Deme la llave –dijo Nora con más sequedad de lo que habría querido. Y añadió–: Gracias.

Wesley enarcó las cejas sin decir nada, como sólo puede hacerlo un verdadero británico, y le entregó la llave. Al final del llavero colgaba un pequeño velero de madera con un gran «3» pintado en la vela.

Nora tomó su bolsa desoyendo las protestas de Andreas, y se abrió paso por el estrecho pasillo hasta una pequeña habitación con apenas espacio para una cama individual y una maltrecha cómoda.

La vista al estacionamiento era casi panorámica, y en el suelo del baño había una moqueta verde musgo que podría llamarse de «pelo largo». En una mesita de noche tambaleante, con patas curvas y superficie de cristal, hacía equilibrios el obligatorio juego de té. Al igual que los estadounidenses defienden el derecho a llevar armas y a ir en su propio coche a cualquier parte, aunque sea a la vuelta de la esquina, los británicos estarían dispuestos a morir por el derecho a tomar *a nice cup of tea*.

Al lado de la taza de té había una galletita envuelta en plástico, que se iba haciendo más tentadora a medida que Nora recordaba el tiempo que había pasado desde lo que ella había llamado desayuno: una rebanada de pan tostado con mermelada de naranja y una taza de café. Dos minutos después, llamaron a la puerta y entró Andreas. Su sola presencia hizo que la habitación se encogiese más aún. Nora se sentó en la cama, y él hizo lo mismo en la única silla de la habitación, un mueble florido con buena tapicería, que parecía haber sobrevivido a un par de guerras.

–Esto es... verde –dijo Andreas con una sonrisa.

Ella le dio una palmada.

—¿Me dejas que te invite a comer como compensación? Esa espantosa moqueta del baño exige algún tipo de reparación. Probablemente habría que recortar un cuadradito y enviarlo directamente a un instituto de microbiología. No es descartable que encontrasen formas de vida hasta ahora desconocidas.

Nora no pudo reprimir una media sonrisa.

El tiempo había cambiado cuando salieron a la calle. Parecía que el sol había puesto fin a su tibieza y decidido quedarse el resto del día.

La luz era dorada cruzaron paseando la Seaview Street. Para decepción de Nora, el anticuario estaba cerrado. Se acercó hasta el escaparate, y apoyó la nariz en él para ver el fondo de la tienda, y fue entonces cuando vio un pequeño cartel en la parte inferior del cristal de la puerta anunciando que la tienda estaba cerrada hasta nuevo aviso. Por la forma en que el papel se había curvado en los lados, dedujo que había sido colocado hacía más de una semana.

La tienda estaba cubierta de polvo. Los trastos y pequeños tesoros se mezclaban como en un cajón de sastre. Del techo colgaban algunas lujosas arañas junto a lámparas de cerámica vidriada, que nunca le habían despertado ningún placer estético, ni siquiera sobre un fondo de tapices de arpillera de los años setenta. En el suelo, había un viejo cochecito de niño rodeado de pilas de libros y coches de juguete.

Nora revisó rápidamente el local para ver si había más maletas, aunque no vio ninguna más. Consideró la posibilidad de hacerle una visita a la mujer rusa del Daisy Dairy Café, pero cambió de opinión cuando vio la cola de turistas que esperaban a saborear el helado ecológico.

Andreas tiró de ella hacia la playa, donde encontraron un bar abierto, con porche y una barbacoa, y en el que todavía servían comidas, aunque hacía rato que había pasado la hora del almuerzo.

Comieron sardinas al carbón con compota de grosellas, y las remojaron con sidra fresca. En cuanto terminó, Andreas se quedó mirándola pensativo, mientras ella se esforzaba por apartar las últimas espinas de la carne blanca del pescado.

—¿Y bien? —dijo ella al fin, cuando ya no pudo soportarlo más—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondió Andreas críticamente.

—Sí, sí que pasa.

Él vaciló, y Nora tuvo tiempo de cerrar los ojos y dejar volar su imaginación, temiendo que iría a decirle algo terrible. Algo insoportablemente peligroso.

—Me preguntaba... ¿por qué me has traído aquí?

Ella bebió lentamente su sidra y dejó el vaso.

–Bueno, porque pensé que sería agradable –dijo vacilante–. Porque somos amigos... Y porque eres policía y podrías ver cosas que yo ni siquiera podría imaginar.

De esa forma cerraba claramente la puerta secreta y peligrosa. Comenzó a jugar con la etiqueta de la botella de sidra. La botella estaba empañada, y Nora se concentró en romper el papel en tiras con la uña del pulgar. Cuando conseguía sacar una tira, la frotaba entre los dedos hasta que se convertía en una masa húmeda, y volvía a empezar el proceso.

Andreas continuaba mirándola.

–Nora Sand –dijo en voz baja.

Ella abrió la boca para contestar, pero de pronto notó que se enojaba. Como una ola impredecible que de repente se lleva por delante un castillo de arena, justo cuando uno creía ya que empezaba la bajamar. Rabia por su repentina aparición, por haber hecho estragos en su vida después de todos esos años.

Fue la camarera la que aplacó la reacción que estaba a punto de explotar.

–Me parece que tenéis pinta de querer otra ronda –dijo con fingida alegría.

La ola se detuvo bruscamente, y cuando Andreas apartó la vista y miró hacia la chica para pedir la cuenta, Nora pudo respirar de nuevo. Se levantó y se dirigió con indiferencia hacia el baño del bar. Abrió el grifo de agua fría, y utilizó un viejo truco que había leído en una novela de los Estados del Sur. En aquel entonces, las mujeres jóvenes, con miriñaques y corsés de ballenas, corrían el riesgo de perder el conocimiento a la menor ocasión, porque el más mínimo arrebató podría hacerlas hiperventilar con aquella ropa tan ajustada. Pero el agua helada en las muñecas, justo donde más se siente el pulso, forzaba al cuerpo a tranquilizarse. A recuperar el ritmo. A enfriarse poco a poco.

Nora apoyó la frente contra el espejo frío, extendió las manos y comprobó que algunos consejos son atemporales y funcionan también con las periodistas danesas acaloradas.

Cuando salió de nuevo, Andreas había pagado y ella había recuperado la calma.

–¿Un helado o primero un chapuzón? –propuso con su mejor voz de exploradora.

Andreas parpadeó una vez más, pero jugó con la situación.

–Lamentablemente, tengo que recordar aquí el consejo de seguridad de los deportes marítimos: sólo un tonto no teme al mar... O a un helado –dijo con

seriedad. Media hora más tarde, se encontraban en la orilla, vigilándose mutuamente.

Era un viejo juego: el que llegaba el último era un pelele patético. Sólo era más despreciable el que se adelantaba en la salida.

El sol hacía que la superficie del mar explotara en miles de estrellas, y, en el momento en que Nora tocó el agua, todo volvió a estar en orden. Todo era como siempre había sido.

Entonces sintió que su piel se contraía con el frío y salió a la superficie en busca de aire. Andreas nadaba delante de ella, y Nora se sumergió otra vez y le mordió los dedos de los pies. Otro de sus viejos juegos.

Nadaron un buen rato a lo largo de la costa. Andreas daba potentes y amplias brazadas, y Nora se esforzaba por mantenerse a su zaga y se prometió a sí misma que, a partir de ahora, se había acabado lo de saltarse las visitas a la piscina a causa del trabajo.

Finalmente, buscaron de nuevo la arena de la playa y, cuando llegaron a aguas poco profundas, Nora hizo pie y observó cómo el cuerpo de Andreas se curvaba en el agua. Parecía un enorme delfín.

Se secaron, regresaron al pueblo y se pusieron en la cola de turistas ante el Daisy Dairy Café. Una chica local atendía el puesto, y no parecía tener ninguna prisa.

A Nora y Andreas les llevó media hora llegar al mostrador de los helados, y mientras él contaba el dinero, Nora preguntó por la mujer rusa que había contestado al teléfono. La chica señaló con la cabeza hacia el *pub* al otro lado de la calle.

—A Katja no le importa mucho trabajar con calor. Hay bastantes probabilidades de que esté ahora en el bar. Tiene el pelo largo y rojo. No hay confusión posible.

Nora le dio las gracias y se llevó a Andreas al sol, con su flamante helado en la mano. Se sentaron en uno de los muchos bancos con vistas al mar, y se dejaron llevar por la vida de la pequeña bahía. Una lancha que tiraba de un joven practicando el esquí acuático rompió la calma de la tarde. Un poco más allá, un enorme yate estaba a punto de atracar en el puerto deportivo, y una yola con motor auxiliar y con cañas de pesca que salían en todas las direcciones regresaba a casa después de un día en el mar.

Los labios de Andreas se habían tornado de color rojo oscuro por el helado de grosella.

—Pareces un vampiro —exclamó Nora, lamiendo cuidadosamente su propio

helado de chocolate.

Antes de que se diera cuenta, él se había inclinado por completo hacia ella enseñando los dientes. Era sólo una pequeña broma... Pero entonces sintió su lengua en la parte superior de la mano. Fue un contacto tan fugaz que no estaba segura de si había sucedido.

–Perdiste –dijo él simplemente.

De pronto, no pudo probar un bocado más. Miraba su mano, sorprendida de que no hubiese una marca física en ella. Le quemaba, y temblaba ligeramente...

Así que, con un movimiento resuelto, tiró el resto del helado y se puso de pie.

–Ven, vamos a buscar a Katja, la misteriosa pelirroja.

Andreas apartó la mirada.

–Tengo algunas cosillas que me gustaría resolver –objetó–. ¿Nos vemos a las ocho y vamos a cenar?

Nora se encogió de hombros.

–Vale.

De repente, se arrepentía de haberle pedido que viniera con ella. Se alejó por el paseo y entró en The Oysterman.

El tradicional *pub* no tenía nada que ver con la idea que la clase media londinense tenía de la idílica vida en la costa. No se veía en el horizonte ni una pared blanqueada, ni una bandera pirata. Esto era un *pub* para los locales, no para turistas.

A lo largo de las paredes había tragaperras parpadeantes, la alfombra de tartán estaba pegajosa de cerveza y Nora se dio cuenta enseguida de que el cartel de «Queda terminantemente prohibido fumar» era puro decorado. Las paredes eran un gran homenaje a la cima de Elvis y de los hombres que habían vivido de la fabricación de espejos para recordarlo desde la época dorada de Las Vegas.

En cuanto dio dos pasos, distinguió a Katja, que estaba en medio de una partida de dados con dos hombres. Su risa era penetrante, y Nora no fue capaz de adivinar inmediatamente cuál de los dos hombres terminaría siendo el afortunado aquella noche. Tal vez ambos.

Cuando uno de ellos se levantó para traer una nueva ronda de la barra, Nora vio su oportunidad de acercarse.

El hombre que se había quedado con la belleza rusa miró enfadado a quien se había atrevido a perturbar su mejor oportunidad. Cuando vio a Nora, sin embargo, cambió de opinión y le envió una sonrisa que revelaba que, si hubiera habido dentista escolar en Brine, este tipo no había asistido a clase los días en los

que había consulta.

–¿Qué bebes, preciosa? –farfulló él.

Nora sonrió con amabilidad, pero con precaución.

–Gracias, voy servida. Sólo quiero hablar con Katja.

–Pues habla conmigo, no *encontramos* problema –dijo la joven con completa jovialidad. Nora reconoció su voz enseguida, y fue directamente al grano.

–Busco al señor Smithfield, tu vecino.

–¿También buscas a Smithfield? ¿Qué ha hecho? La semana pasada igual una mujer. Luego un hombre, creo que policía, y ahora tú. El señor Smithfield estará muy cansado cuando vuelve casa –dijo Katja con completa determinación, a pesar de su forma de maltratar el inglés.

–¿No está en casa ahora? –le preguntó Nora.

–No-no-no. Él está en la India.

El hombre número dos volvió a la mesa.

–¿Nos acompañas? Cinco libras por partida. Si no, ya te puedes ir largando – soltó sin rodeos mientras ponía tres espumosas pintas en la mesa.

Justo cuando Nora se retiraba, Katja le gritó:

–¡Pregunta a Polly!

–¿Y dónde está Polly?

–Polly *dentro de* la barra.

Nora atravesó la sala y se dirigió a una mujer de aproximadamente cuarenta años que estaba llenando de vasos el lavavajillas.

–Hola –dijo al acercarse, compensando la brevedad con un movimiento de cabeza a modo de saludo.

–¿Qué va a ser? –preguntó Polly incorporándose. Su camiseta rosa disipó cualquier duda acerca de quién había sido la persona responsable de la decoración del bar.

«The King is alive!», decían unas piedras de bisutería sobre el generoso busto.

Nora decidió que un poco de diplomacia no estaría de más, y señaló la foto de Elvis que dominaba la pared de detrás de la barra:

–¿No es de su película *Blue Hawaii*?

–Sí –contestó Polly feliz–. No hay mucha gente que conozca esta foto.

–Mi abuela paterna adoraba a Elvis –explicó Nora–. Probablemente he visto la película quince veces. ¡Como mínimo! –añadió, evitando contar que se le atragantó después de la tercera, y que estuvo gran parte de su niñez suplicando a su abuela que, por el amor de Dios, viera algo más normal, como las películas de

Jerry Lewis o Pippi Calzaslargas.

–Además, es una de las mejores –afirmó Polly con una gran sonrisa y sin dejar de limpiar la barra–. Bueno, ¿y qué le puedo poner a una admiradora de Elvis? –preguntó radiante.

–En realidad, estoy buscando al señor Smithfield –dijo Nora.

Polly se puso a la defensiva.

–¿Qué quieres de él?

–Nada especial. Es sólo que le compré una maleta hace un par de semanas, y contenía algo que no estoy segura de que quisiera vender.

Polly pareció dudar.

–No eres la única que quiere hablar con el tío Harry. Ha estado muy solicitado durante esta semana.

–Ah.

–Sí, primero vino una mujer muy desagradable y preguntó por él. Actuó como si fueran amigos, pero, si realmente lo hubieran sido, tendría que haber sabido que el tío Harry siempre se va a un *ashram* un par de semanas en esta época del año. Lo ha hecho cada año de los últimos diez –aseguró Polly, meneando la cabeza al recordar a la mujer–. Dos días después, llegó un tipo bastante extraño. No recuerdo su nombre de pila, pero sí que se apellidaba como la princesa Diana antes de casarse: Spencer. Aunque no tenía ninguna relación con ella, según dijo.

Nora asintió.

–Bueno, si quieres pillar al tío Harry, inténtalo mañana por la mañana, probablemente ya esté de vuelta. Suele pasar por aquí a recargar su karma con algunas pintas después de toda la desintoxicación –prometió Polly.

–Perfecto, muchas gracias –dijo Nora despidiéndose y dirigiéndose hacia la salida. Antes de llegar a la puerta, sin embargo, se volvió de nuevo y preguntó–: Por cierto... La mujer que quería encontrar a tu tío, ¿dijo para qué?

Polly levantó la vista hacia ella.

–Sí, era algo referente a unas cosas que habían sido puestas a la venta por error. Algo sobre una anciana y una residencia. La verdad es que era muy desagradable.

–¿Y tenía nombre?

–Seguro que sí, pero no me lo dijo. Como ya te he dicho, era muy grosera, así que no fue precisamente una conversación, no sé si me entiendes. La única cosa que puedo recordar es que tenía unos ojos de esos grandes y feos. Se parecía a una de esas muñecas... No recuerdo cómo se llaman... ¿Bratz o algo así?

Nora volvió a darle las gracias y salió del local, mientras Elvis se arrancaba con *Blue Suede Shoes*.

* * *

A Andreas no había quien lo encontrase, y Nora se arrastró hasta su habitación. Abrió la ventana para reducir el mal olor del ambientador con el olor de los pinos, que libraron una heroica batalla contra el aroma natural a humedad y moqueta vieja de su cuartucho.

Sentada junto a la ventana abierta, abrió el portátil. La señal de móvil iba y venía, y le llevó más de media hora, con innumerables interrupciones, comprobar las noticias y los mensajes más importantes.

Durante las pausas, mientras esperaba la señal, escribía notas.

Se tumbó en la cama con vistas al techo con manchas, y cerró los ojos para concentrarse mejor. Sólo un momento...

Se despertó con el croar del móvil.

–¿Sand? ¿Qué? ¿Estabas roncando? –se burló Andreas.

–¿Mgnhdbhrpff?

–Pero bueno, ¿es que ya no eres capaz de echar unos largos sin desmayarte de agotamiento?

–Dame cinco minutos –le pidió ella.

–Estoy fuera, disfrutando del sol.

Nora se metió en el baño y se dio una ducha rápida. Tenía marcas de la almohada en la mejilla.

Sacó de la bolsa un vestido de verano azul ligeramente arrugado y con mariposas blancas, y se lo puso mientras trataba de peinarse y cepillarse los dientes a la vez.

–Miaaaau.

El sonido provenía de algún lugar de debajo de la cama.

–No, gatito..., ahora no tengo tiempo, tienes que salir de ahí –dijo levantando la manta. Debía de haberse colado mientras dormía, pero no se atrevía a dejar la ventana abierta mientras ella estaba fuera, por el ordenador–. Aquí, gatito. Hala, a cazar algunos ratones. Vaaamos...

Al intentar atraerlo, vio sus ojos como dos reflejos amarillos en las sombras de debajo de la cama, pero el gato no se movió ni un milímetro.

Se ajustó las sandalias. El único maquillaje que se puso fue un poco de brillo

de labios, y se aseguró de que no quedara rastro de sueño en los ojos ni rímel en las mejillas.

–Está bien, gatito. Última oportunidad. O sales ahora mismo, o te quedas aquí hasta que vuelva. ¿Tú decides?

No hubo respuesta.

Se echó el bolso al hombro, se puso un poco de perfume en la muñeca y la frotó en el cuello. De pronto, recordó la lengua de Andreas en su mano.

–¡Contrólate! –se dijo en voz alta, y al mismo tiempo oyó la voz de Andreas en el corredor.

–¿Tienes huéspedes en la habitación? Creo que no está permitido en las habitaciones individuales.

Metió la llave en el bolso y salió a su encuentro.

Por supuesto, llevaba una camisa blanca. Trató de imaginárselo con barriga cervecera y una camiseta del Liverpool. No funcionó.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, la tomó del brazo, y ella notó cómo se ponía tensa. También le pasó a él, y la soltó inmediatamente.

–He reservado una mesa allí –dijo señalando hacia el hotel costero más antiguo de la ciudad, que estaba en la cima de una colina con vistas a todo el pueblo y a la bahía.

Consiguieron una buena mesa en la segunda fila de la terraza, y Andreas pidió *gin-tonic* para los dos. A su alrededor se sentaba gente vestida con ropa de marinero, la mayoría sin haber puesto nunca el pie en una cubierta, y que hablaba con desgana sobre lo que iban a hacer el resto de las vacaciones y de lo que habían pagado por las langostas en el puerto el día anterior.

Llegó el camarero con vino blanco en una cubitera de hielo y, como por arte de magia, apareció sobre la mesa un enorme plato de marisco. Ella trató de pinchar el globo antes de que alcanzara proporciones incómodas.

–Creía que eras más de sopa de guisantes, arenques fritos y albóndigas –dijo soltando una carcajada.

Andreas sostuvo su mirada mientras alcanzaba un langostino.

–Hay tantas cosas que crees, Nora Sand... –replicó mientras pelaba el langostino sin dejar de mirarla a los ojos.

Nora cambió de tema.

–¿Qué has estado haciendo esta tarde, además de trabajarte el bronceado?

–He encontrado alguna información que podría interesarte. ¿Conoces a un hombre llamado Spencer? ¿Jeff Spencer? –preguntó Andreas.

–No, pero me voy topando con su nombre aquí y allá. Primero en Dover, y me acabo de enterar que ha estado aquí en Brine. ¿Quién es? ¿Sabes algo de él?

–Llamé a un amigo en The Yard y me dio su nombre. Al parecer, Spencer está interesado en tus fotos. Muy, muy interesado. Y es un hombre que goza de gran prestigio.

–Bueno, ¿y cómo se consigue contactar con él? ¿Por qué no me llama, si está tan interesado?

Andreas se puso serio.

–Creo que no lo entiendes. ¿Sabes lo que investiga Jeff Spencer?

–No. Tal vez es algún tipo de enterrador que lleva los viejos casos no resueltos. Como una especie de pasatiempo para los policías mayores o algo así... Dime lo que sabes. Está claro que sabes algo.

Jeff Spencer es el jefe de la unidad de perfiles de Scotland Yard. No sale nunca en la prensa, y protege su anonimato con uñas y dientes para poder trabajar libremente. Pero no exagero si digo que es el mayor experto que tiene Gran Bretaña en asesinatos en serie.

Nora se lo quedó mirando con un trozo de langosta colgando de la comisura de sus labios. Andreas se acercó y lo cogió con suavidad.

–Por eso no llama –dijo en un susurro.

–¿Pero él cree que las chicas que estaban en mi maleta están muertas?

Andreas se encogió de hombros.

–No puedo decir más. Aunque creo que alguien se pondrá en contacto contigo en breve. Yo, por mi parte, me he comprometido a cuidar bien de ti.

Ella movió los ojos.

–Es una broma, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

–Hay otra cosa que debes saber. Después de separarnos, anduve un poco por la ciudad hasta llegar a la parte trasera de la tienda del señor Smithfield. La han asaltado recientemente. Tal como está la tienda, es imposible averiguar si se han llevado algo hasta que no tengamos la oportunidad de hablar con el propietario. E incluso entonces, por su naturaleza, será casi imposible hacer una lista precisa, a menos que tenga documentación fotográfica, listas de mercancías o una memoria extraordinaria. Sólo puedo decir que está claro que la puerta trasera ha sido forzada hace poco. Las marcas estaban bastante frescas, y yo diría que son de hace menos de una semana –explicó Andreas.

Nora tomó un sorbo de vino.

–Tengo una ligera idea de quién puede haberla forzado. Una clienta demasiado impaciente –dijo, y le contó su conversación con Polly y la charla de la camarera con la mujer desagradable a la que no le gustaba Elvis en absoluto.

–Por supuesto que es posible que no esté relacionado con el caso. Sólo es una posibilidad que debe ser tenida en cuenta –aseguró Andreas.

–Pero tienes que admitir que es difícil que sea pura coincidencia, justo en este momento, ¿verdad? –argumentó Nora.

Andreas asintió pensativo, e hizo una señal al camarero para pedirle otra botella de vino. El sol había comenzado su descenso hacia el mar, y había dejado en el cielo unas franjas rojo anaranjadas. Se quedaron un rato sentados, sin hablar y mirando hacia el horizonte, mientras el aire se iba haciendo más frío y los mosquitos empezaban a calentar, preparándose para el primer asalto.

El camarero se acercó discretamente, tomó la botella de vino con un susurro de hielos y distribuyó el último resto a partes iguales entre las dos copas.

–¿Café, postre y más vino? –preguntó.

Andreas miró a Nora, interrogante. Ella negó con la cabeza. Estaba saciada por el momento, y notaba que el vino estaba a punto de acabar con su autocontrol. Quería volver a su habitación, y posar la cabeza en la cama antes de hacer algo con aquella camisa blanca que no pudiese luego deshacer.

En el camino de vuelta al Dolphin House, siguiendo la línea de la playa, se sentaron junto a un pequeño embarcadero. Nora se quitó las sandalias y balanceó los pies sobre el agua. Se inclinó ligeramente hacia atrás, y miró hacia el cielo.

–¿Sabes qué es lo que más echo de menos en Londres? –preguntó ella al aire.

Andreas se dejó caer a su lado y también se descalzó.

–¿El mar?

–Sí, eso también. Pero sobre todo echo de menos la oscuridad. Nunca se hace de noche en Londres, y por eso uno no puede ver las estrellas. La contaminación lumínica.

–Sin embargo, las estrellas siguen ahí de todos modos –susurró Andreas.

–Sí, pero si no las puedes sentir o ver, ¿importa si existen o no?

–Y si nunca te bañas en el mar, ¿importa si existe o no? –replicó él con una risa, y la empujó hacia el borde.

En el último momento, Nora se dio cuenta de lo que él estaba intentando. Se agarró con fuerza a su brazo, y lo arrastró en la caída.

Había marea baja y las olas apenas le llegaban a Nora a la mitad del pecho. Ella fue la primera en hacer pie, y empezó a salpicar a Andreas en la cabeza

mientras él trataba de encontrar un punto de apoyo.

–¿Se supone que esto es cuidar de mí? –gritó mientras nadaba fuera de su alcance.

Cuando subió de nuevo al embarcadero, Nora tenía el vestido pegado al cuerpo como un trapo mojado. Totalmente empapados, regresaron al Dolphin House.

Al llegar a la luz de las farolas, pudo ver cómo la camisa húmeda de Andreas se aferraba a sus hombros y pecho. Nora hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, y se lanzó al pasillo tan pronto como entraron.

–¡Buenas noches! –gritó por encima del hombro, antes de encerrarse en la habitación.

–Miaaau –se oyó enseguida.

En medio de la cama, estaba el gato al que había dejado allí aquella tarde. Con una camada de siete gatitos negros como el carbón.

Capítulo 15

Fueron necesarios cinco minutos para devolver a Wesley a la vida. Estaba tan dormido que ni se dio cuenta de que Nora estaba empapada. Por fin se hizo cargo de lo que ocurría y, después de haber inspeccionado la habitación, hizo un gesto de disculpa con las manos y dijo:

–Por desgracia, no quedan habitaciones disponibles, señorita Sand. Podría quedarse en la habitación doble con su amigo hasta que haya quitado a los gatos y limpiado. ¿Sería posible que durmiera allí? Lo siento muchísimo, pero no tengo valor de trasladarla con sus gatitos antes de mañana. Espero que no le importe.

«¡Claro que me importa! ¡Cómo voy a dormir en la misma habitación que él!», quería gritarle en la cara, pero no había nada que hacer.

Llamó a la puerta de la habitación de Andreas, que apareció recién salido de la ducha con una toalla alrededor de la cintura.

–¿Sí? ¿Qué ocurre?

–¡Emergencia! –exclamó Nora sin dar más explicaciones.

Él levantó las cejas.

–Acompáñame –le exigió ella.

–Dame un segundo –dijo cerrando la puerta con suavidad.

Poco después, salió al pasillo con un pantalón corto como única prenda. Ella señaló en silencio hacia su habitación. Andreas abrió la puerta y se encontró con el bufido de una muy exhausta y protectora gata, que estaba ya harta de tanto movimiento.

Con decisión, tomó la bolsa y el ordenador de Nora ante las protestas continuas de la nueva madre y cerró la puerta tras de sí.

–*I guess it's just you and me, kiddo* –dijo con su mejor acento Bogart, y la condujo a una habitación que no sólo era tres veces más grande que la de ella, sino además modernizada durante el reinado de Thatcher.

–*You and me and Birgitte the Police* –murmuró.

–¿Qué has dicho?

–Nada. Voy a darme una ducha –dijo sacando su camisón de la maleta.

–¡Yo voy preparando un poco de té! –gritó a través de la puerta, mientras ella dejaba que el chorro de agua recorriese su cuerpo, calentándola.

Cuando salió del cuarto de baño, recatadamente vestida con su ropa de cama, había una taza de té en la mesita de noche, que sería la de su lado de la cama... con dosel. Echó una rápida mirada a la habitación. A pesar de que era grande, no había espacio para una cama supletoria en el suelo. Había un escritorio, un pequeño sofá de dos plazas y un mueblecito con cajones.

Andreas yacía con el brazo sobre los ojos y hacía como que dormía, de modo que Nora sacó de su bolsa el libro sobre el petróleo africano, se acomodó en la cama, se sentó con la espalda recta como una segunda señorita Marple con su punto, y abrió un capítulo al azar.

–La batalla por los recursos petrolíferos del delta del Níger... –leyó para sí misma, y tomó con cuidado un sorbo de té. Le tembló ligeramente la mano, y derramó unas gotas que cayeron sobre su piel. Estaba muy caliente.

Renunció al té y se recostó un poco en la cama, todavía sujetando con firmeza el libro.

Su cabello ya estaba seco, y olía un poco a hierba calentada por el sol y a salitre.

Había hojeado ocho páginas del capítulo, cuando cayó en la cuenta de que, en realidad, no había leído nada.

La respiración de Andreas revelaba que no estaba dormido.

Con un suspiro, Nora dejó el libro en la mesita y apagó la lámpara. La luz de la luna caía sobre la clavícula de él, y le exigió un esfuerzo colosal no pasar el dedo índice por aquella curva. Juntó las manos.

–Buenas noches –dijo en un leve susurro.

–Buenas noches –contestó él.

Y ahí se quedaron, acostados y sin decirse nada.

Nora podía sentir la electricidad en su piel, sentir lo cerca que estaba de ella. Una vez más, rebuscó en sus pensamientos aquella noche en el jardín de Hanne. ¿Por qué había sentido tal pánico al escuchar lo que él tenía que decirle? Probablemente porque aquello acababa de romper su amistad... al haber mantenido sus sentimientos ocultos.

En ese momento, ella lo percibió como una traición. Pero tal vez era ya hora de comportarse de una forma distinta. Ya no era una chica de dieciocho años de

edad en estado de pánico.

–¿Andreas? –susurró, tanteando la oscuridad con aquellas palabras. Dormía.

* * *

A la mañana siguiente, se despertó en su axila. Estaban totalmente entrelazados, pero era incapaz de recordar cómo había ocurrido. Su largo cabello estaba atrapado debajo de su hombro, y una de las piernas de Andreas tenía atrapadas las suyas con firmeza. Justo en ese momento en el que uno se mueve entre el sueño y la vigilia, Nora había tenido una total sensación de naturalidad. Como si siempre hubiera sido ésa su razón de ser.

Un zumbido persistente la había despertado, y ahora, medio dormida, buscaba el origen. Era el teléfono móvil de Andreas, que estaba en la mesilla de noche, a su lado. Pasó suavemente sobre él, cuidando de no molestarlo, pensando que era el despertador y con la intención de apagarlo. Sin embargo, cuando lo cogió vio que era un mensaje de texto. No quería leerlo, no era su intención, pero antes de que pudiera llegar a cerrar los ojos y a dejar el teléfono, las letras parecieron saltar hacia ella para abrasarla.

«T echo de menos, amor. Besos, B.»

Se deslizó fuera de aquella cama con dosel. Quería alejarse de Andreas, de aquellas sábanas blancas... Se puso el traje de baño y bajó al mar.

Cuando llevaba nadando unos minutos, lo vio en el embarcadero. Estaba buscándola, pero ella se sumergió bajo el agua. Al volver a la superficie para tomar aire, ya se había ido.

De repente, la cabeza de Andreas emergió justo a su lado, jadeando.

–Si esto no es adelantarse en la salida, no sé lo que es –dijo.

Nora examinó su rostro. Tal vez no sabía que habían dormido abrazados casi toda la noche. Tal vez no había visto el mensaje de Birgitte La Policía.

–Ven –añadió Andreas, antes de lanzarse de nuevo a nadar con sus largas y precisas brazadas de crol.

Ella lo siguió y, a medida que se deslizaban por el agua, pudo sentir cómo iba gradualmente cogiendo ritmo y cómo los problemas de la noche desaparecían con cada brazada.

Volvieron al Dolphin House en silencio y desayunaron con la cabeza enterrada cada uno en su periódico. Nora estudiaba con gran interés la segunda sección del *Guardian*, y de vez en cuando echaba un vistazo a Andreas, que engullía

cucharadas de cereales como si hubiera sido lo más normal del mundo dormir en la misma cama.

–Mi tío ha llamado esta mañana –dijo él mientras le servía café de una cafetera de émbolo que había en la mesa.

–¿Y?

–Con un poco de ayuda de Karl, ha conseguido que el laboratorio investigue las huellas dactilares de tu foto. Esperan tener algún resultado la próxima semana.

–Súper –dijo sin mucho entusiasmo, apartando el periódico.

«Ya debe de haber visto el mensaje de Birgitte La Policía», pensó Nora.

–Bueno, tengo que intentar encontrar un cibercafé. La conexión del móvil es bastante mala, y puede que hoy tenga que trabajar un poco...

Él se encogió de hombros. Lo conocía lo suficientemente bien como para saber que estaba molesto, pero también sabía que no dejaría que se notase.

Hicieron las maletas y bajaron a la recepción, donde Wesley estaba esperándoles. Mientras les preparaba la factura, a Nora le pareció que el chico apenas podía reprimir un asomo de sonrisa burlona en los labios.

–Lamento la molestia, señorita Sand. Naturalmente no le cobraremos su estancia aquí. Gracias por su comprensión –dijo con cortesía.

Andreas la acompañó hasta el pueblo, y se sentó con un expreso y con *Los asesinatos del siglo* en la terraza de un café que trataba de parecer parisino, mientras Nora se metía en un local de techo bajo en el edificio más feo de la zona, un ente de hormigón de color rosa con publicidad en la ventana que ofrecía conexión a Internet por cinco libras la hora.

Logró hacerse con el penúltimo ordenador. Los otros tres ya estaban ocupados por un grupo de chavales con acné que rondaban la adolescencia, y que jugaban a *Counter-Strike*. No eran más de las diez de la mañana, pero ya tenía cada uno medio litro de refresco de cola a su lado y una bolsa abierta de patatas fritas con sabor a gambas que pasaba de mano en mano.

Nora supuso que procederían de los bungalós que las familias alquilaban cada verano. Chicos que ya el primer día de vacaciones se aburrían soberanamente al ser separados de su banda en los barrios de protección social de Hull o Portsmouth. Un cartel que colgaba sobre un muchacho que mascaba chicle y recogía los billetes de cinco decía: «No está permitido acceder al local con alimentos o bebidas», pero era evidente que esa norma no se aplicaba de forma exhaustiva.

Primero comprobó si el mundo todavía existía. La BBC informaba indirectamente en su parte superior de la trágica muerte de un conocido cómico en un viaje de alcohol y cocaína. Por mucho que fuera una triste historia, difícilmente iba a causar una profunda impresión a los lectores de *Globalt*.

Revisó un par de páginas de noticias más sólo para estar segura, pero, después de unos minutos, le quedó claro que las serpientes de verano ya se habían colado en la prensa: había empezado lo que los británicos llaman acertadamente *silly season*. El *Times* había medido la calidad de las playas a lo largo de las costas británicas, el *Daily Mail* creía haber encontrado nuevas y convincentes pruebas del caso de lo que llamaban «asesinato» de la princesa Diana.

En un análisis más fino, vio que la fuente era un *paparazzi* que aún no había sido entrevistado a fondo en otros medios y que ahora había decidido salir a la luz. Por lo que Nora pudo leer, no tenía la más mínima información que añadir al trágico accidente que había acabado con la vida de la princesa en un túnel de París. No había que tener un gran sentido analítico para entender por qué la historia había terminado en portada. Una foto de Diana aumentaba la tirada hasta en un veinte por ciento en un día aburrido, ¿y quién se iba a resistir a utilizarla en la «temporada tonta»?

Luego entró en su correo. Había cuarenta y tres nuevos mensajes. Treinta y uno de ellos fueron derechos a la papelera, antes de que Nora abriera un correo electrónico de Pete:

«¿En qué parte del mundo te encuentras, cielo? Viaje a Camboya el jueves para *Times*. ¿Cena antes de esa fecha? Da señales de vida. Tu móvil está fuera de cobertura.»

Le escribió una respuesta rápida: «Trato hecho. ¿Qué tal en el tailandés de Wardour Street el martes a las ocho? Súper lo de Camboya. ¿Vas a ir con Colin o con Tess?».

Cuatro correos de El Cangrejo.

Los dos primeros eran informaciones generales para todo el cuerpo de corresponsales: «No olvidéis entregar las cuentas a tiempo. Los ninjas de las hojas de Excel me han vuelto a perseguir», decía el primero, refiriéndose al siempre estricto departamento de contabilidad.

El tercero era la programación semanal habitual de lo que iba a aparecer en la próxima edición de *Globalt*: «Inundaciones en China. ¿Quién asume la responsabilidad? Isabelle intenta obtener respuestas. Jens ha estado en Kabul y analizado la formación de las mujeres. Hemos comprado un artículo a un

periodista noruego independiente que ha escrito sobre la contaminación por petróleo en el delta del Níger, y voy a hacer un análisis de la nueva política energética de Rusia y de cómo afectará a Occidente. En las páginas centrales y un par de ellas más, irá un magnífico reportaje fotográfico de un campamento de gitanos en Rumania de nuestro nuevo reportero gráfico en prácticas, Yacub, y luego habrá una traducción de un excelente artículo de fondo del *Frankfurter Allgemeine* sobre el euro».

Como siempre, Nora sintió una pequeña punzada de culpa cuando no estaba en el plan semanal. Aunque con el tiempo había aprendido a vivir con esos «pinchazos». Algunas semanas estaba más ocupada que otras; así eran las cosas.

El último correo estaba dirigido a ella personalmente: «Hola, Nora. Lo he intentado por teléfono un par de veces, pero estás fuera de cobertura. Con carácter oficial, supongo. Llámame cuando tengas algo. Intenta escribirlo para la próxima semana o la siguiente. Si no, llámame de todos modos».

Lo dejó sin responder. Había sólo un par de cosas más que tenía que averiguar, antes de saber si en todo aquello había una historia o no.

También había un correo electrónico de Trine, que quería saber cómo le había ido con su «amor de colegiala». Nora sonrió, y escribió un breve mensaje: «Sin comentarios».

En la parte inferior de la bandeja de entrada, había un correo de un tal D. Metcalfe. Ese nombre le sonaba. Volvió a comprobar la dirección de correo: d.metcalfe@crossassociates.com, y lo abrió.

«Estimada Sra. Nora Sand:

En nombre del Sr. Christian Cross, es un placer para mí informarle de que nuestro estimado cliente, el Sr. William Hickley, la recibirá en la prisión de Wolfhall el próximo jueves de este mes a las 14:30. En este contexto, hay una serie de documentos que deberá firmar y un permiso por escrito que deberá llevar consigo a la residencia actual del Sr. Hickley, por lo que debo pedirle que se ponga en contacto con nuestro despacho con tiempo suficiente antes del jueves para preparar estos asuntos.

Atentamente, Doris Metcalfe.

Secretaria de Christian Cross.

Cross Associates.»

Nora tenía claro que aquello era un golpe de suerte. Christian Cross había rebajado al mínimo el nivel de expectativa, pero algo había persuadido a William Hickley para reunirse con ella. ¿Quizá pidiese una compensación económica? A

eso no accedería nunca El Cangrejo. Y, en cierto modo, a Nora tampoco le gustaba la idea de ofrecer dinero a un hombre para hablar de las mujeres que había asesinado.

Anotó el número de Doris Metcalfe en un trozo de papel que sacó del bolso. Luego trató de llamar, pero sólo había una raya de señal en el móvil y fue imposible.

En ese mismo momento, la pantalla del ordenador se volvió blanca. La hora había terminado. Recogió sus cosas y salió para reunirse con Andreas, que estaba tranquilamente sentado, leyendo al sol. Levantó la vista del libro cuando la sombra de Nora se puso delante de él.

—¿Un café? —preguntó él con suavidad, mientras la observaba con una mirada que la devolvió directamente a la nocturna cueva secreta y al olor a hierba y salitre de aquella maldita cama con dosel.

—*Latte* —contestó simplemente, y se sentó en la silla frente a él.

Andreas fue a por el café, y ella aprovechó para intentar localizar a Doris Metcalfe de nuevo. Todavía sin señal.

Mientras bebían café, le contó sus avances. Después, se acercaron a The Oysterman, el local en el que Elvis estaba en plena efervescencia en su elogio sin reservas de Las Vegas.

En la barra, había un hombre con ligero sobrepeso, una gran barba rojiza y una jarra de cerveza medio vacía en la mano. Polly sonrió cuando vio a Nora, y señaló de inmediato al hombre de la barba, que llevaba una sudadera de color morado claro con las palabras «Ollies Ashram» en la parte posterior.

Tan pronto como se dio la vuelta, Nora reconoció al hombre que le había vendido la maleta.

—Así que eres tú... la que quería hablar conmigo. Te recuerdo muy bien —dijo entrecerrando los ojos—. Hace dos semanas. Maleta antigua de cuero con herrajes de metal. Treinta libras.

Nora asintió.

—Impresionante memoria.

El hombre hizo una pequeña reverencia desde el taburete y le dio la mano formalmente.

—Harry Smithfield, a su servicio. Oye, ¿por qué no os sentáis tu novio y tú y os bebéis una pinta conmigo? Estoy celebrando el final de mis vacaciones anuales de yoga.

—No es mi novio —aclaró Nora, antes de que Andreas pudiera reaccionar—. Pero

me gustaría invitarle a una pinta.

–Humm –masculló Harry, echándole una mirada desconfiada a Andreas.

–Es un buen amigo –explicó Nora.

El tío Harry recuperó la sonrisa.

–Bueno, sírvenos tres Chesil, Polly. Grandes, gracias.

Polly las sirvió en vasos de pinta, que puso sobre la barra, y Nora tomó un trago simbólico, aunque pensaba que estaba demasiado cerca del desayuno.

Harry tomó un largo trago, y la espuma de la cerveza se posó en su bigote como una cortina de encaje.

–Tal vez te estés preguntando cómo puedo beber cerveza tras estar de vacaciones haciendo yoga

Nora iba a decir que ni mucho menos, pero el tío Harry ya había comenzado su discurso:

–Todo en la vida es cuestión de equilibrio. Yin y Yang. Negro y blanco. Blando y duro. Ácido y salado. Desintoxicación e intoxicación... –explicó, antes de tomar un segundo trago para aclarar la garganta.

–En realidad, he venido por la maleta que me vendiste. ¿Puedes recordar de dónde procedía?

–Sí, pero no había más, si es en lo que estás pensando. Sólo una maleta.

–No, no se trata de eso... Había algunas fotos en ella que creo que al dueño original le gustaría recuperar. ¿Supongo que no tendrás una dirección por casualidad?

El tío Harry negó con la cabeza.

–Por desgracia, no. La compré en un mercadillo en Bolton, junto con un montón de otros estupendos desperdicios.

Nora apenas llegó a decepcionarse antes de que Andreas se uniese a la conversación.

–¿Y recuerdas a quién se la compraste?

–Sí, por supuesto. A Joe El Tuerto, demonios.

–¿Y dónde podemos encontrar a ese Joe? –preguntó Andreas con su voz pausada.

–Bueno, seguramente todavía estará en el mercadillo semanal de Upper Mullet. No tiene pérdida. Justo en medio del pueblo. Pero van a cerrar en menos de una hora.

Dejaron a Harry con dos pintas casi sin tocar y sus advertencias de que no estaba bien comenzar el día con ese estrés.

El microscópico coche verde arrancó a la primera, y el GPS informó de que había catorce minutos en coche hasta el vecino pueblo siguiendo la estrecha y sinuosa carretera de la costa. Lo que no había tenido en cuenta era que todos los habitantes de la ciudad iban hacia la costa para escapar del calor del verano, mientras que todos los de la costa escapaban a la ciudad para evitar a los habitantes de la misma. Además, parecía que todo aquel que tuviera un tractor se hubiese visto empujado, por una especie de deber cívico, a sacarlo a tomar el aire los domingos.

Cuando por fin llegaron al mercadillo, el flujo de clientes comenzaba a disminuir y varios de los puestos estaban ya recogiendo. El tenderete de la iglesia con pasteles parecía haber tenido un éxito rotundo. Dos ancianas estaban guardando en una caja de cartón algo que parecía una tarta Victoria, mientras un hombre de mediana edad las observaba con aprobación.

El puesto de al lado estaba especializado en muñecas de porcelana, que una dama pequeña y encorvada estaba envolviendo con cuidado en papel de seda rosa.

–Hola, estamos buscando a Joe El Tuerto –dijo Nora, y la mujer señaló en silencio hacia la esquina opuesta de la plaza, donde un hombre con camisa blanca estaba cargando sus enseres en una vieja camioneta abollada de color naranja.

No había necesidad de preguntar cómo se había ganado Joe su apodo, pensó Nora a medida que se acercaban. El hombre de la camisa blanca llevaba un parche negro sobre su ojo izquierdo y un cigarrillo a medio fumar en la comisura de los labios.

Caló a Andreas de un solo y entrecerrado vistazo:

–De la pasma –dijo a modo de constatación.

Nora intervino antes de que la cosa se torciese.

–Estamos aquí como particulares. Nada oficial.

El hombre se relajó un poco, pero continuó su trabajo.

–Harry Smithfield... –comenzó Nora.

–Sí, ¿qué pasa con él?

–Usted le vendió un lote de mercancías hace más o menos un mes.

–¿Y?

–¿Había una maleta entre ellas?

–Tal vez sí, tal vez no –contestó el hombre de mal humor, y se volvió para colocar un bulto en la camioneta.

–¿De dónde sacó la maleta?

–No me acuerdo.

La respuesta fue demasiado rápida como para ser convincente. Andreas movió los ojos.

–Escucha, no nos importa absolutamente nada de dónde puedas sacar la mercancía. En realidad, ni siquiera somos británicos. Sólo estamos interesados en esta maleta. Así que sé amable. ¿De dónde la sacaste?

El hombre se encogió de hombros y miró directamente a Nora, para asegurarse de que tenía toda su atención.

–¿Y yo qué saco por ello?

Nora levantó un azucarero de cristal bastante feo. Una etiqueta con el precio escrito a mano en un lateral indicaba que Joe El Tuerto había pensado encontrar un turista ingenuo que pagaría siete libras por tan excelente pieza.

Ella la sopesó en su mano.

–¿Qué le parecen diez libras?

Joe le siguió el juego.

–No puedo venderla por menos de treinta. Ha estado en la familia durante varias generaciones...

Llegaron a un acuerdo por un billete de veinte, y cuando el dinero cambió de manos Joe envolvió el azucarero en una página de un viejo *Daily Telegraph* y se inclinó hacia Nora. Su aliento olía a amargo tabaco rancio.

–Hay una residencia de ancianos en Farthington. Una caja jodidamente grande y fea en las afueras de la ciudad. Paso por allí todas las semanas, y reviso su contenedor. Los viejos siempre creen que tendrán más espacio del que acaban teniendo cuando se mudan. Las habitaciones son pequeñas, y los cuidadores implacables. Demasiadas cosas almacenan polvo, así que se encargan de «poner orden». El contenedor está detrás del edificio, junto al aparcamiento. Allí encontré la maleta y algunas otras cosas. Como este bonito cuadro –dijo, señalando una pintura que representaba un bosque amenazador y oscuro en un paisaje invernal con el sol en el horizonte.

Cuando volvían hacia el coche para emprender el camino de regreso, Andreas estaba claramente enojado:

–Dime una cosa: ¿me ha parecido verte dar dinero a un delincuente profesional canijo para conseguir información?

–¡Qué va! Te acabo de comprar un regalo. Como recuerdo de este maravilloso viaje –contestó ella entregándole el azucarero envuelto. Luego se sentó en el

asiento del conductor y giró la llave antes de que él pudiera decir nada. Andreas se sentó un poco desconcertado, con el azucarero en sus manos.

–¿Adónde vamos ahora?

–A la residencia de ancianos.

Capítulo 16

F arthington se encontraba en el interior. La residencia de ancianos estaba justo en los límites de la ciudad, y ni siquiera el ondulado cartel en hierro fundido –en el que se indicaba que ésta era la residencia de ancianos privada Cedar Residence– podía embellecer la desolada arquitectura, que sin pretenderlo recordaba que cualquiera puede hacerse viejo y débil y acabar en un hogar en el que la única atención es la que uno mismo paga.

El aparcamiento estaba casi lleno cuando llegaron. Sin duda el domingo era el día en que se recibían más visitas.

–¿Cuál es el plan? –preguntó Andreas.

Nora reflexionó en voz alta:

–Es cierto que la franqueza suele ser el camino más largo... Pero tal vez no en los casos en que uno tiene que tratar con funcionarios británicos con demasiado poder.

Salió del coche y se alisó la ropa.

–Imagino que será la madre de William Hickley la que habrá acabado en esta residencia. Él está en la cárcel, y no se me ocurre a nadie más que pudiera traer la maleta hasta aquí.

Andreas cerró la puerta del coche.

–Así que vamos a visitar a tía Hickley, ¿no?

–Sí. Lo has adivinado al primer intento. Felicidades... Has ganado un azucarero antiguo.

* * *

Lo primero que les llamó la atención fue el peculiar olor a ancianidad: era el mismo en todas las residencias de ancianos de todo el mundo. Incluso después de la estricta prohibición de fumar, todavía olía a una mezcla de tabaco, laca, muebles mohosos y orina, combinada con una muy fina capa de detergente.

Desde la sala de espera se podía oír el tintineo de las tazas de té, y más lejos, en la sala de televisión, ponían en la BBC la repesca semanal de la telenovela *Eastenders*.

No habían avanzado más de tres pasos tras cruzar el umbral, cuando los detuvo una mujer con gafas de montura metálica, pelo corto y teñido con henna y un uniforme de color verde azulado semejante al del ácido de las baterías.

–Lo siento, la hora de visita casi ha terminado. Cerramos a las cuatro y media, en un cuarto de hora. No creo que merezca la pena molestar a nadie para tan poco tiempo...

–Pero hemos hecho un viaje muy largo... –la interrumpió Nora.

–Sí, como casi todos. Pero no hay ninguna razón para que los ancianos se sobreexciten a estas horas de la tarde. Pronto tendrán que acostarse, y este tipo de estímulos pueden tener un impacto muy negativo en su medicación –insistió.

–Bueno, creo que la tía Vanessa podrá soportarlo. No nos tiene más que a nosotros...

–¿La tía Vanessa? –dijo la enfermera con las cejas levantadas–. ¿Y la tía Vanessa tiene apellido, si se puede saber?

–Hickley –respondió Andreas.

Una sonrisa de triunfo iluminó el rostro de la mujer.

–Creo que su información es completamente errónea. No tenemos ninguna Vanessa Hickley aquí. ¿Tal vez no estén tan cercanos a su «tía» como quieren aparentar?

–¿No entiendo? –dijo Nora–. ¿Puede estar registrada con un nombre distinto?

Ahora, el desprecio se hizo evidente en el rostro de la enfermera.

–¿Acaso creen ustedes que quiero o puedo revelar información confidencial sobre nuestros residentes? Ustedes afirman que su tía Vanessa Hickley está ingresada aquí, pero no tenemos a nadie con ese nombre. Tienen la opción de irse ahora mismo o esperar a que llame a la policía y los presente como los bribones que son ustedes.

Veinte segundos más tarde, estaban de nuevo en el aparcamiento.

–Pues sí que ha ido bien –señaló Andreas con sequedad.

* * *

El camino de regreso a Londres lo hicieron prácticamente en silencio. Andreas se echó una siestecita en el asiento trasero, y Nora dejó que sus pensamientos

divagaran siguiendo el ritmo del tráfico y de la emisora de jazz. Tenía ganas de despertarlo para exigirle algún tipo de explicación sobre cómo era posible que hubieran acabado abrazados la noche anterior, pero en cierto modo sabía que no quería oír la respuesta. O lo que podría venir después.

Ya empezaba a oscurecer cuando enfilaron la M21 y terminaron en una larga cola, junto con el resto de londinenses que regresaban a la ciudad el domingo por la noche.

En la radio sonaba *I love you, Porgy*, y sin que Nora se diese cuenta su voz se sincronizó con la de Billie Holiday mientras cantaba al desgraciado amor. «If you can keep me, I wanna stay here, with you forever, I've got my man...»

Un Andreas medio despierto se incorporó en el asiento trasero y le acarició suavemente la mejilla.

–Hola –susurró en voz baja.

–Andreas, ahora eso no toca... –exclamó ella casi sin darse cuenta de lo que decía y volviéndose hacia él.

Sus palabras fueron interrumpidas por el fuerte pitido de un claxon. El conductor que iba detrás consideró que ella se había metido demasiado en su carril, de modo que Nora enderezó el coche y puso el intermitente para tomar la siguiente salida, que mostraba un cartel de una gasolinera y un McD. Estaba exahusta y harta de darle más y más vueltas a todo aquello, cansada de conducir, de no haber almorzado y de estar con Andreas sin estar con Andreas.

–¿Qué es lo que no toca? –preguntó él cuando ya habían repostado y se habían sentado, cada uno con su hamburguesa, a la sombra de Ronald McDonald y sus discípulos de autopista.

–Olvídalo.

–No. ¿Qué ibas a decir?

–Sólo que estoy cansada. ¿Puedes conducir el resto del camino, *please*?

Andreas asintió.

–Claro. Haré un esfuerzo, pero te advierto de antemano que no me entusiasma conducir por el lado equivocado de la carretera.

Cuando volvieron al coche, Andreas se acomodó en el asiento del conductor. Nora se sentó en la oscuridad, y dejó que su mirada fuera alternativamente de la ventana a la silueta que se adivinaba a la luz del tablero de instrumentos.

Ambos permanecieron en silencio, y cuando entregaron el coche en Stansted se despidieron a las puertas de la terminal. Nora tomaría el autobús hacia Victoria, y Andreas un tren hasta Liverpool Street.

–Ya nos veremos –dijo Nora a modo de despedida, antes de dirigirse hacia la parada de autobús. Se sentía cansada y frustrada.

Cuando se sentó y miró por la ventanilla, él seguía en el sitio exacto donde lo había dejado. Al ver que lo miraba, levantó la mano en un breve saludo y giró sobre sus talones.

Nora sacó su iPhone del bolsillo. Había veintiocho llamadas perdidas y trece mensajes en el contestador. Dos de ellos eran de Pete. Tres habían colgado o eran de alguien con la respiración pesada que no tuvo ganas de dejar un mensaje. Dos eran de El Cangrejo y uno de su madre, que le contaba que había vuelto de Florencia.

El resto de mensajes eran de Jeff Spencer, de la Policía Metropolitana. En el quinto le dejó un número de móvil.

Nora miró el reloj. Eran las 22:35. Era poco probable que estuviera disponible a esas horas, pero, por otro lado, le había pedido que llamase tan pronto como recibiese su mensaje.

Contestó antes de que finalizara el primer tono.

–Spencer.

Su voz era grave y oscura. Nora pensó que con aquella bella voz de barítono podría dedicarse al canto. Se presentó.

–Señorita Sand, me complace oírla. He tratado de contactar con usted durante casi todo el fin de semana –dijo con una pizca de censura en su voz.

–Fuera de cobertura –masculló ella.

–¿Puede venir a Scotland Yard mañana a las nueve en punto? –le preguntó sin más preámbulos.

–¿De qué se trata?

Él vaciló, y Nora pudo oír el ruido de muchas personas de fondo.

–Estoy en una reunión. Pero creo que usted sabrá perfectamente de qué se trata si le digo que he estudiado con gran interés una cierta maleta que nos ha entregado.

–De acuerdo. Estaré allí por la mañana.

–Bien. Pregunte por mí en recepción. Adiós –y colgó sin más.

Nora se quedó mirando el teléfono unos segundos, antes de meterlo en su bolso y ponerse a mirar por la ventanilla del autobús, hacia el amplio arco de Wembley, los suburbios y la luz de Londres en el horizonte. Una vez más, constató que en el cielo no se podía ver ni siquiera una estrella.

Capítulo 17

El despertador sonó un microsegundo antes que la llamada de El Cangrejo en el móvil, y en su afán por cogerlo acabó tirándolo al suelo. –¿Qué pasa, mujer? – quiso saber él cuando por fin consiguió recogerlo.

–Nada, sólo un problema técnico menor –contestó Nora mientras luchaba por liberarse de la colcha.

–Bueno, ¿qué tienes para mí esta semana?

Ella le contó brevemente todo lo que había hecho durante el fin de semana, que hasta el momento sólo la había llevado a callejones sin salida. Luego le explicó que iba a ir al departamento de elaboración de perfiles psicológicos de Scotland Yard.

–... Y, bueno –añadió con voz triunfante–, el jueves tengo una audiencia con Bill Hix en la cárcel.

–¡Buen trabajo! –exclamó El Cangrejo con una voz que sonaba casi a impresionado–. ¿Cómo demonios lo has conseguido?

–Hum. En realidad no lo sé... –admitió.

–Bueno, sea como sea, no me sirve para nada esta semana. ¿Tienes ya algo que ofrecerme?

Nora se rascó la nuca.

–Jefe, de verdad que estoy muy liada en estos momentos con...

–¿Qué hay de las Malvinas? ¿Hace mucho que no hemos oído hablar de ellas? El *New York Times* publicó un interesante artículo en su suplemento del fin de semana...

–¿Y no puede esperar? Tengo que estar en Scotland Yard en media hora.

El Cangrejo refunfuñó.

–Está bien, ¡pero llámame esta tarde! Quiero saber adónde vamos a llegar con esta historia.

–Sí, sí, esta tarde sin falta –se apresuró a prometer Nora.

Colgó y se metió en la ducha. Tuvo que recurrir de nuevo a su traje de

chaqueta, y sólo pudo comprar un café en el Starbucks local antes de lanzarse escaleras abajo para sentarse en el último asiento libre del metro, llevando bajo el brazo la cosecha del día sacada del buzón.

Mientras se dirigía hacia el centro, se dedicó a clasificar los sobres a toda velocidad. La mayor parte era correo basura, y sólo dos de los sobres contenían invitaciones para la apertura de una galería de arte y para una recepción en la embajada de Irlanda. Los metió en el bolsillo delantero del bolso, a sabiendas de que probablemente se olvidaría de ellos para siempre, y tiró el resto en una papelería del andén.

* * *

Cuando la convocaron a su primera rueda de prensa en Scotland Yard –lo cierto es que ahora le parecía que eso había sido en el amanecer de los tiempos–, tenía la cabeza llena de románticas historias de detectives e inspectores de impresionantes bigotes fumando en pipa; hombres que resolvían los rompecabezas del crimen por pura capacidad intelectual, sentados en mesas impolutas de edificios impecables.

La realidad era que Scotland Yard hacía ya tiempo que se había trasladado desde el auténtico Scotland Yard, en Whitehall y Trafalgar Square, a un edificio de la posguerra bastante impersonal en Broadway. La fachada bien podría haber pertenecido a un banco de inversión holandés, si no fuera por la presencia de los bloques de hormigón que debían mantener alejados a los coches bomba y por el cartel triangular giratorio de New Scotland Yard, que era el fondo favorito de los periodistas de la BBC cuando, sin aliento, informaban en la televisión de que no había ninguna novedad en un determinado caso.

La única conexión con las innumerables novelas policiacas británicas era el hecho de que el edificio albergara la pionera base de datos británica sobre crímenes, que alguna mente ingeniosa había bautizado como Home Office Large Major Enquiry System, coloquialmente llamada HOLMES. Nora incluso había oído que el curso que formaba a los posibles expertos criminales en la búsqueda de información había sido bautizado por algún gracioso con la expresión «Elementary».

A las nueve y cinco estaba en la recepción. En realidad, había llegado a tiempo, pero la habían entretenido más de la cuenta en el arco de seguridad porque un hombre –que al parecer era un inspector de la policía polaca en visita

de intercambio— se había olvidado de vaciar los bolsillos del pantalón. En primer lugar, las llaves. Luego las monedas. Y, por último, una navaja de bolsillo que, con aire de culpabilidad, tuvo que dejar en recepción.

Un cartel sobre el detector de metales, similar al de cualquier aeropuerto, anunciaba que la amenaza terrorista era seria en esos momentos.

—¿Qué quiere decir «seria» exactamente? —preguntó a la agente que estaba cacheándola.

—No podemos revelarlo. Eso debilitaría el sistema —replicó la oficial.

—Bueno, ¿y por qué cuelgan un cartel si es una información secreta?

La oficial se encogió de hombros y señaló hacia el mostrador de recepción, donde una joven hablaba por teléfono detrás de un cristal blindado. Cuando vio a Nora, le señaló un libro abierto a su lado, junto a un bolígrafo anclado con una cadenita a una placa metálica redonda. Nora escribió su nombre, y en el apartado «Empresa» escribió «Globalt»; después anotó la fecha y la hora. La mujer le indicó a Nora que le acercase el libro y, con el teléfono sujeto entre la barbilla y el hombro, escribió su nombre en el ordenador. Luego señaló hacia una cámara fijada a la pared.

—Sonría —pidió, imitando una sonrisa amanerada.

Nora miró directamente a la cámara, poco después se oyó una impresora detrás de la recepcionista y, al momento, Nora disponía de una brillante tarjeta laminada entre las manos.

Finalmente, la mujer pareció darse por vencida y renunció a encontrar a la persona con la que estaba intentando hablar, colgó el teléfono con un suspiro de resignación y miró a Nora.

—Tiene que llevarla siempre en un lugar visible, y sólo tiene validez para el día de hoy. La tarjeta debe ser considerada propiedad de la policía, y ha de ser devuelta aquí antes de salir del edificio —recitó de memoria.

Nora asintió.

—¿A quién viene a visitar? —preguntó por fin la recepcionista.

—Spencer. Señor Jeff Spencer.

—Ajá... Perdón..., ¿ha dicho Spencer? ¿Ese señor Spencer? —preguntó impresionada, y llamó inmediatamente.

Nora pudo escuchar varios «Sí señor, sí señor» disparados en un breve plazo. Dos minutos más tarde, bajó a recogerla un joven de pelo rojo en uniforme. Se presentó, la condujo hasta el ascensor y apretó el botón del quinto piso. Recorrieron un largo corredor con puertas idénticas a ambos lados. Nora leyó

con atención los nombres mientras pasaba ante ellas, pero los carteles únicamente presentaban combinaciones de letras como Q45 y VA5.

El hombre llevaba una tarjeta de plástico colgada al cuello con un cordón amarillo, que pasó por un sensor para poder cruzar una puerta al final del pasillo. Por último, se encontraron en una antesala desordenada, que olía a café recién hecho. Sobre la mesa había una caja medio abierta de Dunkin' Donuts, y Nora contó tres tentadoras berlinesas con azúcar aceitoso y confitura roja.

La puerta se abrió, y apareció una mujer regordeta, de pelo blanco y vestida con una prenda que a Nora le recordó a una túnica. Se acercó a ellos con paso decidido:

–Ajá, has traído a la señorita Sand. Excelente. Jeff está esperando en la sala de reuniones con los demás.

Luego se volvió hacia Nora.

–¿Quiere usted un Donut?

–No, gracias. Estoy intentando dejarlo.

Entraron en la sala de reuniones, y los casi dos metros de altura de Jeff Spencer se alzaron cuando la vio aparecer en la puerta; en ese momento, Nora se dio cuenta de que la cosa iba en serio.

Aun así, no pudo reprimir una sonrisa al acordarse de Polly, la dueña del *pub* de Elvis, que le había preguntado al señor Spencer por su posible relación con la princesa Diana: aquel hombre tenía el color del café con leche y el pelo rizado afro, pocas veces visto en la nobleza británica. Estaba en mangas de camisa, pero su chaqueta colgaba de la silla, y en la pared que se alzaba detrás de él colgaban las doce fotos de las chicas de la maleta.

Había dos mesas colocadas en «L», y Spencer estaba flanqueado por una mujer rubia de veintitantos años que se presentó como Irene y un hombre que pasaba la treintena y que dijo llamarse Stuart Millhouse. Spencer le hizo un gesto a Nora para que se sentara, y le sirvió café de una cafetera de émbolo.

–Tal vez le pareceremos un poco raros los de aquí arriba –se disculpó–. No bebemos tanto té como la mayoría de británicos.

Millhouse sonrió levemente ante la ocurrencia, como si pensara que había muchas otras razones por las que el resto del Yard creía que los del piso quinto eran unos verdaderos frikis.

Nora asintió con una media sonrisa, pero su mirada se había desviado ya hacia las imágenes de la pared, algo que a Spencer pareció gustarle. Eran copias aumentadas hasta el triple de su tamaño original. En sí mismas no eran terribles,

aunque sintió un estremecimiento cuando vio que, bajo casi todas aquellas fotografías, había nombres acompañados de un lacónico «desaparecida».

Una chica rubia con pelo corto y hoyuelos aparecía como Inge Husted, Stavanger. Una belleza morena con tirabuzones había sido identificada como Louise Laan, Rotterdam. Gertrud Neuberg, Múnich, estaba entre dos chicas de Brujas y de Halmstad.

Nora tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la calma.

—¿Son éstas las víctimas de Bill Hix? ¿Hay otras chicas que no fueron identificadas en su momento? ¿Son las muchachas cuyas lenguas se encontraron en el gabinete de los horrores? —Las preguntas salieron disparadas de su boca, y empezó a sacar el cuaderno y el bolígrafo de su bolso.

—Señorita Sand —dijo Spencer con exquisita cortesía, y con un acento que ella creyó forjado en Eton y pulido posteriormente en Oxford o Cambridge—. Debo recordarle que está en la sede de la policía británica, e indicarle cortésmente que aquí estamos acostumbrados a trabajar de forma un poco distinta a lo que pueda parecerle habitual en su mundo. Aquí, de hecho, somos nosotros quienes hacemos las preguntas.

Irene se rio entre dientes, pero se recompuso rápidamente.

—La maleta. Dígame todo lo que sepa sobre ella —siguió Spencer, abriendo los brazos—. Quiero saberlo todo.

No era para tomárselo a broma.

Nora se dispuso a empezar desde el principio, y les contó que Pete y ella habían pasado por Brine tras un trabajo... Spencer la interrumpió de inmediato. De hecho, la iba interrumpiendo constantemente. Le preguntó qué clase de trabajo había sido, cuándo exactamente habían dejado al señor Benn, cuándo habían llegado a Brine... ¿Algún desvío en el trayecto? ¿Se detuvieron en algún sitio? ¿Cuál era el número de matrícula del coche de Pete? Ella contestó casi tan rápido como le preguntaban y tan sinceramente como pudo, y ya antes de hablar del anticuario estaba empezando a mosquearse con tanta pregunta.

Les habló de la calle principal de Brine, llena de tiendas para los turistas, de cómo la maleta marrón había captado su mirada en el escaparate y de cómo se la compró al señor Smithfield tras un pequeño regateo. ¿Tenía un recibo?, quiso saber Spencer.

Nora negó con la cabeza. Entonces, ¿cómo podían estar seguros de que había conseguido esa maleta en la tienda del señor Smithfield? Bien podría haberla encontrado en cualquier otro lugar, tal vez la tenía incluso desde hacía tiempo.

–Vale, entonces pregunten al señor Smithfield –replicó ella con irritación.

–Bueno, de hecho nos gustaría hablar con él –contestó Spencer–. Pero al parecer ese tipo está desaparecido sin dejar rastro en algún *ashram* yogui que no permite los teléfonos móviles, ni en general ningún contacto con el mundo exterior que no incluya los viajes astrales o la pulsión de algún *chakra*.

Nora archivaba la poca información que le daban. ¿Así que había algo que el infalible equipo del señor Spencer no sabía? Empezaba a irritarle su agresividad, y decidió que, si no le dejaba contar la historia a su ritmo, no iba a obtener información gratuita. Evidentemente, si él llegara a preguntarle si había estado bebiendo una cerveza con el tío Harry, por supuesto que no tendría más remedio que reconocerlo. Y tal vez incluso admitiría que podría haber estado investigando en la residencia de ancianos de Farthington. Pero si aquello continuaba por la misma senda, las posibilidades de que compartiese con ellos su investigación iban a verse altamente reducidas. Él anotaba detenidamente sus respuestas en un bloc de Moleskine negro. Ahora habían llegado al punto de la historia en que Nora encontraba las fotos en su propio apartamento.

–¿Y qué hizo entonces, cuando localizó las fotos de las chicas que, con toda probabilidad, habían sido víctimas de un crimen violento? –le preguntó Spencer con las cejas levantadas.

–No había ninguna razón para creer que esas chicas habían sido objeto de un crimen violento. Para mí eran sólo unas fotografías olvidadas. Así que me preparé un café.

–Ajá. ¿Se preparó un café?

Nora notaba que su irritación iba en aumento.

–Eh, eh... Creo que hay que rebobinar un poco, ¿no le parece? No tenía ninguna, ni la más mínima idea, de que todo aquello pudiera tener que ver con un crimen. Miren un poco las imágenes con cierto distanciamiento –dijo señalando la pared con una mano–. ¿Les parece que hay algo en estas fotos que grite «¡crimen!»?

Por primera vez, Stuart Millhouse abrió la boca.

–Tal vez el hecho de que a esas chicas las echan mucho de menos sus allegados y familiares... Y llevan así años –señaló.

–¡¡Y cómo iba yo a saberlo!! –estalló ella.

–Es cierto. La señorita Sand no podía saberlo –intervino Spencer, tratando de calmar el ambiente–. Pero tal vez quiera compartir con nosotros cómo llegó a sospechar.

Nora se calmó un poco, y les habló de la fotografía que parecía haber sido tomada en el ferri de Inglaterra y de cómo había localizado el documental danés. Les contó cómo había contactado con Karl Stark a través de su amigo Andreas, que además trabajaba también en la policía danesa.

Spencer anotó con cuidado los nombres en su cuaderno, y le pidió a Nora que los deletreara dos veces para estar seguro.

—¿Y dónde está esa fotografía ahora?

Ella explicó que estaba en manos de la policía danesa, y que la estaban analizando en busca de huellas.

—¿Eso significa, entonces, que nos falta una foto? —dijo Spencer claramente irritado.

Nora le mostró su copia en el móvil, y le pidieron que la enviara por correo a una dirección. Millhouse desapareció y regresó dos minutos más tarde con una copia impresa, que colgó al lado de las otras imágenes con una chincheta.

—Y cuál es su relación con este tal Andreas Jansson, si me permite el atrevimiento de preguntarlo?

—Privada —espetó Nora.

—¿Cómo podemos localizar al señor Jansson?

—Pruebe abajo, en el segundo piso o algo así.

—¿Perdón?

—Sí. Está en no sé qué curso sobre lucha antiterrorista. En representación de la policía danesa.

—Excelente. Ahora dígame, cómo se le ocurrió ir a visitar a mi viejo amigo James McCormac?

Nora les habló del libro que había comprado en el aeropuerto, de la similitud entre las fotografías y la documentación del caso contra William Hickley, también conocido como Bill Hix. Entonces les contó que lo primero que hizo al llegar a su apartamento fue estudiar detenidamente la maleta, y que fue en ese momento cuando había encontrado su nombre en ella.

—¿Y ni siquiera entonces se le ocurrió llamar a la policía británica para que esas evidencias inmensamente importantes estuvieran en manos de un experto?

Nora negó con la cabeza.

—Señor Spencer —dijo cansada—. Soy consciente de que usted trabaja para el Estado, pero ¿alguna vez se ha encontrado en la tesitura de tener que contactar con la policía a través de los canales habituales? No sé, quizás alguna vez le hayan robado un bolso o una bicicleta...

Spencer asintió brevemente.

–En una sola ocasión.

–Bueno. Entonces tal vez pueda preguntarle qué cree que hubiera pasado si hubiera llamado y contado que tenía una maleta llena de fotografías, y ni la más mínima idea de si se había producido un crimen. Eso, claro está, en el caso de que hubiese logrado hablar con una persona real, sin verme obligada a pulsar las teclas de un sistema telefónico que, indefectiblemente, terminaría invitándome a enviar un comentario a través de su maravillosa página web.

–*Touché* –dijo Millhouse, que al parecer se sentía obligado a comentar la conversación, como si estuviera en la semifinal en Wimbledon.

Jeff Spencer por fin pareció admitir que tal vez estuvieran en el mismo bando:

–Está bien. Acepto que encontró la maleta tal como usted ha descrito. Por alguna razón, McCormey confía en usted. Y yo confío en él –Spencer se echó hacia atrás en su silla, con los brazos cruzados y algo en su rostro que bien podría recordar a una sonrisa–. Encontró la maleta y las fotografías. E incluso tuvo la pericia suficiente para conseguir de alguna forma que la policía se implicase. No sólo eso, sino que también encontró al hombre que probablemente mejor podía escucharla en cuanto mencionase el nombre de Bill Hix –hizo una pausa técnica–. Así que mi pregunta es simple: ¿cuál es su teoría acerca de las chicas? ¿Quiénes son y qué pasó con ellas?

Nora alzó la vista hacia la pared con las fotos y los nombres, y la bajó de nuevo hacia Spencer.

–Bueno, parece bastante obvio, ¿no? Esas fotos fueron encontradas en una maleta que pertenecía a Bill Hix. Cualquiera persona que conociera un poco el caso del gabinete de los horrores y a ese horrible hombre posiblemente podría concluir que se trata de las muchachas que nunca fueron identificadas o encontradas. Tal vez sean incluso algunas de las chicas cuyas lenguas están todavía en algún tarro del instituto forense. Sólo tienen que realizarse las pruebas de ADN pertinentes...

Spencer la miró con seriedad.

–Sí, es lo que podría pensarse, ¿no es verdad?

Nora se limitó a esperar que Spencer continuase.

Él señaló una de las muchas fotos de la pared. Mostraba a una chica de aproximadamente diecisiete años, adornada con perlas de bisutería y con más maquillaje y lápiz de labios de lo que su joven rostro podía soportar. Estaba de pie junto a la consabida pared blanca, y sonreía nerviosa al fotógrafo, con los

brazos cruzados bajo sus pechos para hacer que su busto pareciera aún más impresionante. El motivo de su camiseta era evidente: el icónico gesto de Madonna anunciando el Girlie Show Tour de la cantante pop. Bajo la imagen había un nombre: Zoë Bellman, Manchester. No parecía ni más ni menos infeliz que cualquiera de las otras chicas.

Nora se levantó y estudió detenidamente la imagen.

Después de un momento de silencio, Spencer, que había decidido cambiar el tono y la forma de tratarla, preguntó:

–¿Puedes ver dónde está el problema?

Tenía la sensación de estar a punto de encontrarlo, lo tenía rondando en su cabeza, listo para ser interceptado. Era algo relacionado con...

–Para ser honestos, fue Irene la que lo descubrió. Es, y que quede entre nosotros, un poco friki de Madonna. Nuestro problema es el siguiente, señorita Sand: el Girlie Show Tour de Madonna tuvo lugar en 1993, pero William Hickley fue encarcelado en 1992.

Nora se quedó en silencio un rato, esperando que aquella información se asentase en su cerebro.

–A ver si lo he entendido bien: entonces, ¿Hix no pudo tomar estas imágenes?

Spencer sonrió levemente.

–No. No pudo hacerlo él. Sabemos los nombres de la mayoría de las chicas. Sabemos que desaparecieron y que aparentemente eso ocurrió después de que Bill Hix fuese capturado. Pero aún es más extraño... porque, en tu maleta, hemos encontrado una pequeña huella digital, casi borrada, que sin duda alguna proviene de William Hickley. ¿Comprendes el problema?

Spencer hizo un gesto hacia Millhouse, como indicándole que podía tomar el relevo.

–Bill Hix sabe algo. Debe saber quién tomó las imágenes –comenzó Millhouse–. Pero ese tipo vive para mentir, engañar y confundir. Todos los intentos de conseguir que colabore con algo que nos pueda ayudar con la investigación, y me gustaría destacar que han sido muchos, han fracasado. Terapeutas, psicólogos, psiquiatras... Juega con ellos a su antojo, y, cuando empieza a aburrirse, los aplasta sin contemplaciones. Estamos en un punto muerto.

Nora comenzó a tener una incómoda sensación de a dónde la estaban llevando.

–La semana pasada visitaste a Christian Cross y le pediste entrevistar a Bill Hix en la cárcel...

Millhouse no estaba preguntando, sólo le estaba dejando claro que eran plenamente conscientes de lo que había sucedido durante aquella conversación.

–También hemos hablado con Christian Cross, y, por lo que hemos podido deducir, cuando Hix recibió tu mensaje por primera vez en muchos años mostró cierto interés en ver a alguien que no fuera de su familia... –Millhouse hizo una pausa y se aclaró la garganta, antes de continuar–: En circunstancias normales, Hix se habría negado a hablar con cualquiera, de eso no nos cabe la menor duda. No obstante, tenemos la fortuna de que Christian Cross le debe un favor a esta oficina. De modo que ha tenido la amabilidad de instar a su cliente a hablar con usted, y por esta vez el señor Hickley ha optado por escuchar a su respetable abogado. Hasta aquí, todo bien.

De pronto, Nora vio pasar ante sus ojos las imágenes de cierta película. Clarice Starling caminando por un largo y oscuro pasillo, en un sótano repleto de saliva y semen de criminales dementes, antes de llegar hasta la silla plegable colocada frente a la celda de Hannibal Lecter, que, desde detrás de un panel de cristal blindado, conversaba con ella cortésmente, mientras soñaba con servirse su hígado regado con un buen Chianti acompañado de habitas tiernas.

–Un momento, ¿estoy metida en el rodaje de *El silencio de los corderos*, cuarta parte, o qué está sucediendo aquí?

Miró suplicante a Spencer, que no pudo evitar sonreír, aunque hizo un esfuerzo serio para ocultarlo.

–Vamos a hacerle hablar –dijo tranquilizador.

Nora se cruzó de brazos y miró escéptica a Millhouse.

–Se llevará a cabo en un entorno supervisado. Él estará encadenado a la silla. Tienes la oportunidad de hacer una entrevista en exclusiva. Una primicia. Lo único que pedimos a cambio es que plantees algunas preguntas en nuestro nombre.

–No puedo compartir mi investigación con la policía. Va en contra de todos los principios.

–Claro, y nosotros lo entendemos perfectamente, por supuesto –interrumpió Spencer–. Pero también puedes planteártelo como una cooperación. Una especie de intercambio de información por ambas partes. Podemos facilitarte ciertos detalles que sin duda te ayudarán a escribir tu historia, y tú tal vez puedas conseguir información que nos ayude en nuestras investigaciones. Piénsalo.

Por un microsegundo, Nora habría deseado seguir fumando y tener un paquete en el bolso. Necesitaba tener un cigarrillo en la mano para pensar qué debía y

qué no debía hacer, mientras contemplaba los tejados de Londres.

Spencer la presionó.

–Escucha. Ya hemos compartido información contigo al permitirte entrar en esta sala y al darte los nombres de esas chicas. Antes de cruzar esa puerta, no tenías la más mínima confirmación de que en todo esto hubiese un caso. Y tampoco podías saber si las muchachas estaban vivas o muertas...

–Sí, pero, de hecho, sin mi maleta no habría caso –replicó Nora.

–Ahora es una prueba, y gracias a ello hemos avanzado un paso.

–Pero, si no es Bill Hix, ¿quién demonios puede ser? –preguntó Nora con el ceño fruncido.

Spencer respiró profundamente.

–Eso es lo que esperamos que, de un modo u otro, le sonsaques a Hix. Tal vez no directamente, pero...

Nora meneó la cabeza.

–Lo que no alcanzo a entender es por qué nadie lo ha descubierto hasta ahora. Quiero decir, ¿cómo es posible que desaparezcan tantas jóvenes sin que nadie se dé cuenta, sin que nadie las relacione? ¡Suena bastante absurdo!

–En realidad, no tanto si se plantea de la forma adecuada –replicó Millhouse–. Si en una primera ronda descartamos la fotografía doble del ferri de Dinamarca, aquí hay doce chicas, estamos hablando de doce muchachas. Proviene de Alemania, Noruega, Suecia, Países Bajos, Reino Unido, Bélgica e Italia... Las que hemos sido capaces de identificar desaparecieron en un período de tiempo muy largo. Gota a gota. Muchas chicas viajan constantemente al extranjero, y algunas de ellas desaparecen. Conocen a hombres, se enamoran y se van a vivir juntos, y puede que se olviden de llamar a casa o, simplemente, que prefieran no hacerlo. Es posible que otras tantas se cuelen por alguno de los agujeros del sistema, y sean despedidas de su trabajo de *au pair* porque no quieren tener relaciones sexuales con el padre de la familia o se larguen a cualquier sitio en busca de respuestas a su existencia... Puede ocurrir cualquier cosa con este tipo de chicas. Algunas coquetean con las drogas, y después puede que no pase mucho antes de que acaben en Kings Cross junto con otras narco-prostitutas. En un caso así, raras veces llaman a su familia para ponerla al día de su progreso profesional en la gran ciudad, y sus rostros se convierten entonces en un copo más dentro de una tormenta de nieve –dijo Millhouse con un inesperado toque poético.

–Es cierto, pero siguen teniendo familias que las echan de menos...

–Hay siete u ocho embajadas implicadas. Tal vez algún funcionario consular se dirigió amablemente a la policía para saber si una tal Malin Bergquist, que había viajado en busca de fortuna y desapareció en la zona de los teatros del West End, había aparecido en algún servicio de urgencias, o si una tal Gertrud Neuberg, que nunca se presentó a su curso intensivo de inglés en Hampstead, había dado señales de vida. Tal vez incluso la policía se tomó en serio el trabajo de comprobar esas desapariciones, e hizo algunas preguntas aquí y allá. Pero la posibilidad de que alguien pudiera relacionar los casos era mínima. Ninguna de las chicas fue localizada. No había mucho sobre lo que trabajar. Hasta que encontraste la maleta, no había ninguna razón para creer que había realmente un caso.

–Sin embargo, algo más deben de tener esas chicas en común –insistió Nora.

–Sí, a Bill Hix. Eso es lo que tienen en común –terció Spencer.

Nora se estremeció.

–Así que su teoría es que hay por ahí algún imitador. Alguien que se hizo con la maleta de Bill Hix...

Spencer asintió.

–Un imitador o un cómplice. Por ahora, barajamos ambas opciones. Sea como sea, creemos que William Hickley lo sabe. Y es posible que seas tú la que más posibilidades tenga de conseguir que hable de ello. Sabemos perfectamente que es difícil, pero tenemos que intentarlo. Se lo debemos a las jóvenes y a sus familias. Incluso hoy en día todavía hay padres que buscan a sus hijas o alguna explicación de lo que les ocurrió.

Millhouse abrió una carpeta y cogió una foto de una pareja mayor que estaba de pie con sus maletas delante de lo que parecía ser la terminal de salidas de Heathrow. El dolor parecía haber sido cincelado en todas y cada una de las arrugas de sus rostros.

–Éstos son Hannelore y Helmuth Neuberg, de Múnich. Cada año pasan sus vacaciones de verano en Londres para buscar a su hija. Lo han hecho desde que ella desapareció, hace diecisiete años, y todavía están convencidos de que su amada Gertrud está viva, aunque, de un modo u otro, no es capaz de comunicarse con ellos. Por supuesto, hace tiempo que han empezado a considerar la alternativa que nunca han querido aceptar... Creo que, en realidad, Helmuth está llegando a un punto en el que empieza a ser consciente de que lo único que puede esperar es poder llevarse un día a casa los restos mortales de Gertrud, junto con su familia. No es algo que haya expresado en voz alta, pero

ésa ha sido mi impresión las últimas veces que me he reunido con ellos para decirles una vez más que no, que aún no hemos sido capaces de localizar a Gertrud. Ni siquiera hemos sido capaces de entregarles su cuerpo. Ni tampoco de darles ninguna explicación de lo que le ha ocurrido a su hija.

Millhouse sacó una nueva fotografía de la carpeta.

—Ésta es Siri Galtung. Lleva buscando a Inge desde hace quince años. ¿Quieres que siga?

Nora negó con la cabeza.

—Pero ¿cómo debo abordarlo? No estoy acostumbrada a hablar con asesinos, y si ya ha habido un sinfín de psicólogos y psiquiatras que lo han intentado... La verdad es que no alcanzo a ver qué es lo que puedo hacer yo que no se haya probado antes.

Irene se aclaró la garganta e intervino por primera vez.

—Hemos hablado de eso. Y mucho. Hasta qué punto podrías desempeñar el papel de su dominante madre y tratar de conseguir que se someta y así obtener una confesión... Si tendríamos que medicarlo antes de la reunión... Incluso si lo más adecuado es que hicieras de admiradora interesada en los asesinos en serie. Pero lo cierto es que, probablemente, se dará cuenta de todo en los tres segundos que tardarás en plantar tu trasero en la silla frente a él. En pocas palabras, creemos que la mejor apuesta es que seas tú misma. Se ha mostrado interesado en reunirse con una periodista danesa, y ha accedido a una entrevista. Así que eso es exactamente lo que se reunirá con él. Si puedes llegar a sacar algo en limpio, lo conseguirás siendo auténtica. Si no es así, al menos lo habrás intentado.

Spencer precisó:

—En otras palabras, no hace falta que te comportes de un modo distinto a como lo habrías hecho de todos modos. La diferencia es que ahora tienes más información de la que tenías antes de venir aquí... Y, bueno..., que compartirás con nosotros todo lo que saques de él.

Nora hubiera jurado que acababa de lanzarle un guiño.

—Está bien, lo haré. Pero tienes que prometerme que podré hacerte una entrevista para el artículo final —dijo Nora.

—Nunca concedo entrevistas a la prensa. Tendrás que utilizar a Millhouse o a Irene.

—¿En serio? Pues es una verdadera pena. Estoy segura de que a James no le gustará mucho saber que has dejado escapar la única pista nueva en el caso Hix,

sólo porque no concedes entrevistas a la prensa...

Spencer la miró entrecerrando los ojos:

–De acuerdo. Podrás entrevistarme, pero no con mi nombre –dijo a regañadientes.

–¿Y cómo puedo llamarte?

–Analista Sénior de Scotland Yard de la unidad de perfiles.

Nora le tendió la mano.

–De acuerdo. Trato hecho.

–Eres una mujer dura de roer, Sand –dijo Spencer dándose por vencido y acercándole la caja de Dunkin’ Donuts–. ¿Un Donut para sellar nuestro acuerdo?

–Es difícil que las mujeres comamos este tipo de cosas –contestó ella con una sonrisa.

Hasta que no llegó a la calle, no estuvo segura de quién había salido más beneficiado con el trato que acababa de cerrar.

¿Quién es el tonto que entra en una oficina con tres expertos en perfiles y espera salir con una ventaja psicológica?

Consideró brevemente la posibilidad de enviarle un SMS a Andreas, aprovechando que estaba en la zona. Podría intentar sacarle un poco de información sobre Spencer. Como por ejemplo si era el tipo de persona que mantiene su palabra. En realidad, ésa era su impresión. Finalmente, decidió dejar el teléfono en su bolsillo. No le apetecía poner más dramatismo en su vida en esos momentos.

En ese mismo instante, su iPhone empezó a vibrar. Era un mensaje de Svend Jansson, un simple «Llámame». Nora buscó su número y pulsó la tecla de llamada.

–Jansson –se oyó cuando lo cogió.

–Hola, soy Nora.

Se dio cuenta enseguida de que estaba en una habitación llena de gente.

–Espera un minuto. Estoy en la cafetería –dijo. Lo oyó alejarse del tintineo de los cubiertos y del ruido de la conversación. Luego distinguió el sonido de una puerta que se abría, y la respiración más tranquila de Jansson–. Bien, ya estoy en mi despacho. Prometí avisarte cuando me dieran los resultados de las huellas dactilares de la foto, ¿recuerdas?

–Sí, sí...

–Son unos resultados muy extraños, y no sé muy bien cómo podrás aprovecharlos. O cómo podré aprovecharlos yo. Había cinco huellas diferentes

en esa foto. Dos de ellas podemos ignorarlas. Son las tuyas y las de Andreas. Luego está la complicación añadida de que la base de datos de que disponemos para compararlas sólo incluye, evidentemente, a las personas que están registradas en los archivos de la policía de aquí, y a las que, de una forma u otra, hemos prestado atención en el pasado. Eso significa que, si la huella dactilar procede de una fuente externa, no tenemos prácticamente la más mínima oportunidad de localizarla aquí. Tendríamos que hacerlo a través de Europol o Interpol, y eso sería un proceso totalmente inédito que requeriría varios formularios y aprobaciones. Puede que llevara meses, y sin duda mi jefe no se mostraría muy entusiasmado de molestar a los chicos de la sede en París, a menos que tengamos algo un poco más sólido.

–Vale, comprendido, Svend. Aunque estoy segura de que nada de eso es algo nuevo en este caso. Eso ya lo sabíamos desde el principio, ¿no?

–No, ni mucho menos. Sea como sea, creo que es importante que sepas cuál es la situación.

–Muy bien, lo entiendo –dijo Nora tratando de controlar su curiosidad.

–Bueno. Hay dos huellas dactilares en la foto que no podemos identificar. Pero con la quinta hemos dado en el blanco y ha hecho saltar las alarmas.

–¿En serio?

–Pertenece a un tal Oluf Mikkelsen, ¿te suena?

–¿Nuestro Oluf Mikkelsen?

–Sí, nuestro Oluf Mikkelsen, que vivía en Vestergården y estaba en el fatídico viaje a Londres.

–¡Pero eso no tiene sentido!

–Bueno... Al menos, no por el momento. Sin embargo, sus huellas estaban en el sistema por una serie de robos que cometió en Ringkøbing, mientras se encontraba en Vestergården, y también hay un incidente violento posterior en Copenhague. No hay duda. Es él.

–Pero ¿dónde está ahora?

Pudo oír a Svend Jansson reírse entre dientes.

–No sé por qué sabía que me preguntarías eso... –masculló, y Nora lo oyó teclear en su ordenador–. Ahí está el segundo detalle un tanto extraño. Al parecer, se trasladó a Greve durante un tiempo. En todo caso, hay un par de anotaciones en nuestro sistema. Relativas nimiedades. Disputa doméstica, hurto y fraude al seguro. Realmente bagatelas, para ser honestos. Las notas siguen hasta principios de 1991, y luego desaparece cualquier rastro. No solicita ningún

tipo de asistencia, no paga impuestos, no va al médico... Ha dejado de existir. Aunque nadie ha denunciado su desaparición. Muy misterioso, la verdad.

–¿Tienes su última dirección conocida?

–Sabes muy bien que no estoy autorizado a dar ese tipo de información a los ciudadanos –replicó Svend Jansson, estricto.

–Venga, necesito algo para seguir investigando.

–No puedo ni siquiera decirte que el hombre desapareció de la comuna de Greve, y en modo alguno puedo compartir contigo el hecho de que era un boxeador aficionado, si no fuera porque estoy convencido de que podrías encontrarlo en Google con sólo dedicar un poco de tu tiempo al caso.

–Muchas gracias, Svend.

–De nada. Estoy seguro de que debo saludarte de parte de Annika. Está encantada con la idea de que puedas llegar a ser parte de la familia.

Nora sintió que se le ruborizaban hasta las raíces del pelo.

–Bueno, te llamaré si me entero de algo más sobre Lulú y Lisbeth –dijo ella rápidamente, y colgó antes de que Jansson tuviese tiempo de hacer algún comentario adicional.

Capítulo 18

Se detuvo en Whole Foods de camino a casa. Estuvo un buen rato deambulando por la sección de frutas y verduras, y por un tiempo alejó de sí cualquier pensamiento relacionado con los asesinos en serie. Los estantes estaban llenos de deliciosos espárragos blancos, turgentes cerezas, negros arándanos y delicados y suaves melocotones que aún olían a flores y a los rayos de sol italianos.

Nora recordó una entrevista que había hecho a una famosa cocinera londinense para un artículo sobre mujeres profesionales. Cuando terminaron con las preguntas de rigor sobre lo difícil que era tener éxito en un mundo dominado por los hombres y los grandes sacrificios que se requieren en la vida privada, Nora le preguntó a la chef, por pura curiosidad, por la mejor comida que había disfrutado en su vida. Los ojos de la mujer se volvieron soñadores, y le habló de un almuerzo en la azotea de un restaurante en Capri, junto a su padre, cuando ella tenía apenas catorce años.

–No puedo recordar lo que había de aperitivo o de plato principal –dijo sorprendentemente–, pero, cuando llegamos al postre, el camarero apareció con dos melocotones en un plato y un cuchillo. Ni más ni menos. Acababan de recogerlos del árbol, incluso estaban aún calientes por el sol. Todavía recuerdo la sensación del cuchillo penetrando, a través de la piel, en la carne dorada, jugosa y dulce. Era celestial. Era la perfección.

Nora nunca había olvidado aquella descripción, y ahora se decidió por unos melocotones y los puso suavemente en la cesta, seguidos por un ramillete de rúcula y el mejor jamón de Parma de la sección de *delicatessen*, perfectamente cortado en finas rodajas. Del aparador de los quesos escogió la más suave y cremosa *mozzarella* de búfala, y luego pesó un par de puñados de almendras marcona españolas, grasas y saladas. Compró también una botella de Prosecco y una pieza recién horneada de pan de chapata, que aún estaba tan calentito que podía sentirlo a través de la bolsa de papel marrón.

Con eso tenía lista la cena para cuando llegase el momento. Ahora sólo le faltaba trabajar un poco e informarse detalladamente sobre un asesino en serie al que debía entrevistar.

Encendió el ordenador tan pronto como entró por la puerta, y dejó que arrancase mientras colocaba la comida en el frigorífico. Luego posó los melocotones en el alféizar de la ventana, donde podrían aprovechar un poco más la luz del sol en sus últimas horas.

En su apartamento hacía calor, así que se bebió un largo trago de agua fría directamente de la botella de la nevera, antes de tomar asiento.

Lo último que quería era leer más detalles sobre Bill Hix y sus fechorías, pero no le quedaba más remedio si quería ir medianamente preparada a su visita de la prisión de Wolfhall, dentro de tres días.

La ventana estaba entreabierta, y podía oír de fondo el sonido de tráfico de Londres. Automovilistas frustrados que se pitaban los unos a los otros, niñeras filipinas que recogían a los escolares, adolescentes con teléfonos móviles pegados a la oreja y trabajadores que gritaban a las mujeres hermosas desde las ventanillas bajadas de sus blancas camionetas.

Había días en que todo aquel ruido la distraía y frustraba, y en los que envidiaba al corresponsal de *Globalt* en Italia, que vivía en un antiguo monasterio en la cima de un promontorio en la Toscana, donde, balanceado por la elevada y serena paz de las suaves colinas, podía escribir sobre sangrientos asesinatos de la mafia e intrigas del gobierno de Berlusconi.

Aquella tarde, sin embargo, cuando el ordenador la sumergió de nuevo en un universo enfermizo, Nora agradeció el sonido de la normalidad que entraba por la ventana como un pulso suave pero persistente. Una especie de conexión con un mundo en el que el sol todavía brilla, y en el que las chicas con sueños de convertirse en modelos duermen en su propia cama y no están en Kings Cross a la espera de ser recogidas por el siguiente Mercedes, con un presuntuoso corredor de bolsa en busca de un nuevo chute por diez libras. Un mundo en el que las lenguas de las jóvenes no terminaban en unos frascos de conservas en un sótano.

Tras haber lidiado con las primeras cinco páginas web, Nora tenía una idea bastante clara sobre Bill Hix y su obra. No había mucho que no hubiese sido ya mencionado en *Los asesinatos del siglo*. En realidad, la mayoría de aquellas páginas eran una ampliación, y en muchos casos se regodeaban sin tapujos en los detalles de cada asesinato.

Nora trató de mantenerse objetiva. Anotó y creó una línea temporal para tener una visión general. Aun así, se sentía como si se hubiese metido en un maloliente vertedero de basura. Apenas podía contener las náuseas ante aquellos gráficos sangrientos que exhalaban violencia, y cuando leyó algunos de los entusiastas comentarios de admiración de los «fans» de Bill Hix se sintió frustrada y decepcionada.

Apartó el ordenador, y dejó que su mirada se perdiera en el cielo, más allá de su ventana. ¿Qué era lo que movía a Hix? ¿La vanidad? ¿La arrogancia, la presunción, la sensación de decidir sobre la vida y la muerte y ser Dios? ¿O sólo era un niño pequeño, asustado, rechazado por los demás, que quería escapar de su frustrante infancia? Descartó rápidamente la última idea. No había sido capturado en años. Se había mostrado frío y era calculador. Sólo un pinchazo, un suceso impredecible, lo había derribado.

Durante años y años, había estado burlándose de James McCormey. Jugando con su preocupación por los familiares y supervivientes. Lo utilizó para atormentar al mundo que lo rodeaba, y disfrutó con aquel juego, sintiéndose el centro de su atención. Nora tenía que dejarle creer que había vencido..., pero no con demasiada facilidad. Debía ser un reto para él, de lo contrario perdería el interés de inmediato.

Finalmente, ya no pudo soportarlo más y puso las noticias para airear el cerebro con cualquier otra cosa. Lo que fuese. Estaban dando el pronóstico del tiempo, así que cambió a otro canal que pasaba un documental sobre bandas de motoristas. De pronto, tuvo una idea. Metió la mano en el bolso, apartó el móvil, tiró la invitación de la embajada irlandesa y por fin encontró en uno de los bolsillos delanteros la llameante tarjeta de visita de los Dare Devils.

–Helgaard –dijo él al contestar. Nora podía oír el ruido de fondo de un local.

–Nora Sand.

–Dime –le apremió él.

–No me llegaste a contar lo que le pasó a Oluf.

–Joder, pues claro que no, sencillamente porque no lo sé. Nos distanciamos. Estuvo viniendo por Box Copenhague durante algún tiempo, mientras yo estuve allí. Era bueno. Tenía ese instinto asesino que hay que tener si quieres ser alguien dentro del ring. Era implacable. Cuando alguien vacilaba, Oluf pegaba aún más fuerte. No se conformaba con tumbar al rival en la lona, tenía que herirlo. En sus combates, el oponente tenía que acabar en urgencias... Eso era una buena pelea para Oluf. Se habló de que iba a ir al extranjero a boxear. Pero

le perdí la pista, y no sé si alguna vez llegó a algo.

–¿Se te ocurre alguien que pueda saberlo? –le preguntó Nora.

Bjarke se quedó callado, como si estuviera pensando. En aquel silencio, Nora podía oír el sonido de algo que parecía un partido de primera división en la tele.

–Estaba con una piba. Una tal Betina o... No, no era eso. Benita, creo que su nombre era Benita. Su madre tenía una joyería en Lyngby. Recuerdo que Oluf era tan cabrón que llegó a sugerir que asaltáramos la tienda. Le había birlado el código de seguridad a su novia.

–Gracias.

–Antes de que cuelgues, me gustaría tener alguna información de lo que sucedió con mis chicas. ¿Ya has pillado al cerdo que lo hizo?

–Todavía no –dijo Nora.

–Pero me lo dirás cuando lo sepas, ¿verdad? A veces la justicia puede trabajar más rápido de lo que se piensa –aseguró pomposamente.

–Sí, y a veces la justicia debe reflexionar antes de actuar –replicó ella, y colgó.

El buscador Krak le mostró dos joyerías en Lyngby. Strand & Sons y True as Gold. Nora se decantó por la segunda, y encontró a una dependienta que se presentó al teléfono como Natasha y que, carente de toda discreción, lamentó que Benita acabase de ir a la farmacia. Le aseguró que estaría de vuelta en diez minutos.

Nora llamó veinte minutos más tarde, y esta vez fue Benita Svaneholm en persona quien cogió el teléfono.

Nora se presentó y le explicó que estaba investigando un caso antiguo para un proyecto periodístico, pero fue deliberadamente imprecisa, consciente de que poca gente reacciona bien ante la información de que su ex puede estar implicado en un caso de asesinato.

–¿Es algo relacionado con el boxeo? –le preguntó Benita Svaneholm. Nora respondió que podría tener relación con su carrera como deportista, y preguntó con vaguedad por su relación con Oluf.

–Sí, bueno, ¡hace ya tanto tiempo! –exclamó Benita–. Realmente pensaba que íbamos a acabar casándonos. Nos conocimos en el parque de atracciones de Bakken, en el verano de 1990. Era alto y guapo. Musculoso. El tipo de hombre que gusta a todas las chicas. Estuvimos juntos durante medio año, y yo ya empezaba a creer que tal vez deberíamos ir más en serio... –dijo, suspirando levemente al recordarlo–. Pero estaba tan centrado en el boxeo... Fue seleccionado para ir con no sé qué equipo de aficionados a Liverpool o por ahí,

para pelear contra unos ingleses. Todo era muy emocionante, y Oluf estaba convencido de que, si todo iba bien, aquello sería el comienzo de una carrera profesional.

–¿Y qué pasó entonces? –consiguió decir Nora, antes de que Benita volviera al tema de su noviazgo frustrado.

–No lo sé, porque nunca volvió. Tal vez fue descubierto, como él esperaba. Cuando ya llevaba tres semanas sin tener noticias, intenté hablar con Box Copenhague, pero nadie sabía nada de él. Hablé con un secretario, que creía que Oluf tal vez se había quedado en Londres, pero no parecía que lo conociera personalmente, y me dio la impresión de que dijo lo primero que se le ocurrió para deshacerse de mí, porque yo había estado llamando cada tarde durante una semana...

–¿Intentaste localizarlo de alguna otra forma? –preguntó Nora.

Benita pareció dudar.

–En realidad, no conocía el apellido de ninguno de los que boxeaban con él, por lo que no sabía a quién más recurrir para averiguar algo. Nunca llegué a conocer a su familia, así que tampoco podía ponerme en contacto con ellos. Por fin tuve que enfrentarme al hecho de que no íbamos a ser «Oluf y yo». De que sólo habían sido castillos de arena o castillos de aire..., o cómo se diga. Sé bien que todo esto queda ya muy lejos en el tiempo, pero todavía espero poder leer un día algo sobre «el boxeador profesional, Oluf Mikkelsen». Nunca he vuelto a verlo.

–¿Recuerdas cómo se llamaba el secretario del club de boxeo?

–Sí, sí, era un nombre muy gracioso, a pesar de todo. Después de tantos combates se le había quedado una enorme picota, y se llamaba Rudolf. Rudolf El de Las Napias Rojas.

En menos de treinta segundos de buceo, Nora localizó en Internet el número de Box Copenhague.

–Dígame, aquí Willy –dijo alguien con acento de Copenhague.

Ella le explicó que estaba buscando a Rudolf.

–¿Rudolf? Se jubiló hace muchos años... –Nora sintió que sus esperanzas se desvanecían lentamente—. Pero ese viejo loco no puede estar sin venir por aquí –añadió el tal Willi alejando un poco el teléfono de su boca mientras gritaba hacia el exterior del despacho en que se encontraba.

–¡Eh, Rudolf! Hay una señorita al teléfono que pregunta por ti.

Poco después, se oyeron ruidos en el teléfono.

–Sí, al habla –su voz sonaba mayor y quebradiza.

Nora se presentó de nuevo, y le explicó que estaba tratando de averiguar lo que había sucedido con Oluf Mikkelsen.

–¿Oluf? No... Creo que no..., no lo recuerdo –murmuró Rudolf con infinita lentitud, como si fuera incapaz de lidiar con su defectuosa memoria.

Nora intentó activar su cerebro:

–Estuvo en una gira con boxeadores aficionados en 1991. Tal vez en Liverpool, tal vez en Londres. Al parecer, no regresó con el grupo.

De pronto, la voz de su interlocutor se hizo mucho más clara:

–¡Ah, sí, joder! Me acuerdo bien de él. Oluf el Búfalo, lo llamábamos. Peso wélter. Peleaba siempre de amarillo. Tres KO en cinco combates. Muy, muy prometedor. Había entrado un poco tarde a formarse; al parecer, no tenía mucho apoyo allí de donde venía, por lo que recuerdo. Pero el chico tenía un gancho de izquierda que podía hacer llorar a un hombre hecho y derecho.

–Sí, definitivamente es él –dijo Nora para animarlo–. ¿Recuerda lo que ocurrió en Inglaterra?

La voz de Rudolf volvió a debilitarse, como si alguien hubiera bajado el volumen.

–Sí... Fue muy raro. Él estuvo con nosotros durante la primera parte del viaje. Estuvimos en Liverpool, y luego fuimos a Londres. Estuvo muy bien las tres noches. Ganó dos de sus peleas con limpieza. El tercer combate lo ganó su contrincante a los puntos, pero fue un robo puro y duro. Los jueces votaron por el chico del lugar...

Hizo una pausa, como para recordar triunfos, injusticias y derrotas del pasado.

–En fin, al día siguiente, cuando el resto ya estábamos en el autobús, Oluf no apareció. Lo estuvimos buscando en la habitación y encontramos su bolsa. Se había ido sólo con su cartera y su pasaporte. Al principio pensamos que se habría pasado la noche bebiendo. La verdad sea dicha, no era ningún ángel. Tal vez estaba durmiendo la mona en algún calabozo o habría sido asaltado y estaría en cualquier cuneta. Yo estaba muy cabreado, porque eso nos daba un montón de problemas con el programa y con los otros clubes.

–Lo entiendo –dijo Nora comprensiva.

–Sí, y al final tuvimos que irnos sin él. Dejé en el hotel nuestra siguiente dirección, pero nunca volvió a aparecer. Pocos días después los llamé, pero él ni siquiera se había molestado en pasar por allí para recuperar su bolsa. De hecho, también pregunté en la policía local de Merseyside, y como era de esperar no

tenían ninguna noticia de él. Con el tiempo me cansé y me convencí de que debía de haberse ido por su cuenta. Cuando llegamos a casa, su novia estuvo llamándonos constantemente. Creo que quizá le había hecho un bombo..., por decirlo sin rodeos. Probablemente Oluf consideró que tal vez era demasiada responsabilidad para él, y que el viaje a Inglaterra llegó como una especie de salida inesperada. Sí, eso fue exactamente lo que pensé en su momento... Nunca lo volvimos a ver. Y era un peso wélter jodidamente bueno, se lo aseguro.

Ella le dio gracias y colgó.

Otro callejón sin salida. Nora pensó que, al fin y al cabo, Oluf Mikkelsen sí que había conseguido llegar a Inglaterra. ¿Qué le habría pasado? ¿Seguiría vivo? Y si lo estaba, ¿por qué nunca volvió a ponerse en contacto con nadie en Dinamarca? ¿Lo había dejado todo atrás, sin más?

Estaba claro que dar con esas respuestas no sería fácil, de modo que decidió servirse una copa de Prosecco frío para planteárselas con calma. Descorchó la botella con cuidado y procuró no desperdiciar una sola gota, mientras pensaba en lo decadente que era sentarse con una botella de Prosecco a ventilársela en soledad. Se imaginó, distraídamente, cómo sacaría el plato grande de cerámica azul de Estambul para preparar la ensalada con jamón de Parma en el fondo, cómo cortaría a continuación la *mozzarella* en sabrosos filetes y la distribuiría sobre el verde, y en lo bien que combinarían los cálidos y maduros melocotones con el frío y suave queso. Sólo tenía que levantarse de esa silla y ponerse a ello...

El silbido ronco del interfono hizo que la idílica imagen de la ensalada perfecta se desvaneciera ante ella.

–Soy yo –oyó decir a Andreas cuando descolgó.

–Andreas, estoy trabajando... –contestó desabrida.

–Pues no, no vas a trabajar. Voy a subir.

Le abrió la puerta con un suspiro de resignación. De acuerdo, había llegado el momento de mantener la conversación que tanto había evitado hasta ahora: le hablaría de Birgitte La Policía, de determinados límites y del momento de decir adiós a una amistad que era evidentemente demasiado inestable como para ser reanudada en cualquier lugar que no fuese Facebook.

Lo que Andreas le había dicho en el jardín de Hanne era como un genio que habían encerrado en una botella; un genio que, por mucho que los dos pretendieran aparentar que no existía, seguía flotando sobre ellos cada vez que habían estado al alcance del otro en el pasado reciente, como una figurita barrigona con turbante de las mil y una noches que, por desgracia, no disponía

de los prescriptivos tres deseos que podías ver cumplidos.

Cuando él llegó a la puerta de su apartamento en el segundo piso, Nora ya había acumulado una considerable indignación y estaba bien preparada para aclarar las cosas.

–Andreas... –dijo con firmeza antes de haber abierto la puerta por completo.

Él pasó por su lado sin más.

–Mi tío me ha llamado. ¿Cuándo pensabas decirme que habían encontrado las huellas dactilares de Oluf Mikkelsen? –le preguntó con rabia.

Nora apenas tuvo tiempo de tomar aire para contestarle.

–Pensé que en esta investigación estábamos los dos juntos, pero veo que no es así. Al parecer Nora Sand prefiere viajar en solitario, gracias por la ayuda y *bye-bye*, Andreas...

Nora nunca lo había visto tan furioso. La mirada de sus ojos era dura y pudo ver que los músculos de su cuello estaban completamente tensos. Iba de un lado a otro del pequeño estudio, como si fuera alguien que necesita mucho más espacio.

–Vale, quieres escucharme un momento...

–Sí, ¡quieres escucharme un momento! –gritó él.

Nora se sentía como si se hubiera tragado un pez globo y sus espinas la fuesen a desgarrar por dentro en cuanto aspirase aire.

–Siempre se trata de ti y de tu trabajo, ¡siempre! Y a las personas que se cruzan en tu camino sólo les permites estar ahí durante un tiempo, y cuando has terminado con ellas las despachas sin más...

Eso era demasiado. Nora podía sentir perfectamente al pez globo en su garganta, y ahora tenía que escupir las espinas.

–¡Eso es muy injusto! –replicó, intentando controlarse—. En primer lugar, estabas en el trabajo...

–Sí, pero mi móvil siempre está encendido...

–En segundo lugar, no está tan claro quién es el que viaja en solitario y por cuenta propia. Fuiste tú, y no yo, quien escogió hace tiempo que no tuviésemos ningún contacto. Andreas, ¡maldita sea! Eras mi mejor amigo, y, aun así, decidiste por una abrumadora mayoría de un solo voto, es decir, el tuyo propio, declararte completamente fuera de mi vida. Y ahora llegas aquí avasallando, ¡¿y esperas que desde el primer día vuelva a confiar en ti como si no hubiera pasado nada?! –bramó ella, notando, con horror, cómo las espinas empezaban a salir por su boca.

–Es muy posible que tu orgullo estuviese herido o lo que fuera. Pero, ¡joder, te aseguro que yo también recibí mi castigo por ello! Teníamos una amistad que realmente significaba algo para mí, y de pronto, en un solo instante..., ¡hop, todo había terminado! ¿Por qué? ¿Por qué, Andreas? ¿No valía la pena luchar un poco más por esa amistad? ¡Simplemente te largaste, desapareciste!

Nora vio que su rostro palidecía, a punto de estallar de ira. Se acercó hasta ella y se quedó ahí, con la cara pegada a la suya. «Dentro de un momento me abofetea o me besa», pensó Nora. Su cara se acercó un poco más, y ya empezaba a sentir que la rabia se iba filtrando fuera de su cuerpo como un veneno que disminuía, a notar el flujo sanguíneo de nuevo en los labios, cuando Andreas pareció dominarse. Se volvió bruscamente, salió por la puerta y cerró de golpe tras él.

Nora se dejó caer en la silla más cercana y tiró accidentalmente el vaso medio lleno de Prosecco sobre su falda.

–Mierda, mierda, mierda...

Se puso un par de pantalones cortos, se sentó en el alféizar de la ventana, y se bebió el resto del vino directamente de la botella, mientras veía cómo la luz de Londres cambiaba del dorado al rosa claro del atardecer, y finalmente al gris acero de la noche. Las imágenes de la cena perfecta hacía tiempo que se habían venido abajo. Un par de horas después, vio los dos regordetes melocotones en la ventana y se los comió. No tenían ningún sabor.

Capítulo 19

Ala mañana siguiente, consiguió volver a la vida con una taza de Nescafé. La leche tenía grumos, así que tuvo que tirar la primera taza por el fregadero y empezar de nuevo. Sin la leche, el café estaba extrafuerte y mucho más amargo.

Pero casaba perfectamente con su estado de ánimo.

Buscó el número de Enzo en el teléfono, y él contestó inmediatamente.

–Necesito una sesión. ¿Te va bien ahora?

Quedaron en verse en la entrada del parque de Primrose Hill media hora más tarde.

El pequeño parque, que había dado su nombre al barrio de Chalk Farm, era uno de los favoritos de Nora en Londres. Por un lado, limitaba con el zoológico, y por otro estaba rodeado de caserones de estilo victoriano habitados por la típica mezcla londinense de rusos ricos, actores y escritores, y de los afortunados que simplemente había tenido la suerte de mudarse antes de que celebridades como Jude Law, Gwen Stefani y Kate Moss hubiesen convertido esta pequeña parte de la ciudad cerca de Camden en una de las más buscadas de Londres.

Nora aún se lamentaba de aquel día en que lesionó a su entrenador. Enzo y ella estaban tan concentrados en el intercambio de golpes que no se dieron cuenta de que el actor Alan Rickman se había parado en el sendero, a su lado, para observarlos. En un momento dado, Enzo notó su presencia y bajó la guardia por una fracción de segundo, justo cuando Nora soltaba su *jab*. Después de aquello, su entrenador paseó un ojo morado durante dos semanas, como un mártir.

Se dirigió hacia el gran roble bajo el que solían entrenar, y lo vio enseguida; él levantó la mano saludando.

El pequeño y compacto italiano traía consigo las desgastadas almohadillas de cuero, pero antes de que Nora se pusiera los guantes y practicara su excelente patada circular con él, señaló decidido hacia la colina.

–*Carissima*, podemos practicar *kick-boxing*, pero no mientras estés furiosa, y hoy lo estás, ¿a que sí? Puedo verlo en tus hombros. Primero echa unas

carreritas. Sube y baja hasta esa colina tres veces, y empezamos –dijo con un acento que parecía de alguien que apenas hiciera dos meses, y no dos décadas, que había dejado a su amada Florencia en busca de fortuna en Londres.

Independientemente de lo estresada que estuviera, había algo extraño y reconfortante en el preciso chasquido de una patada circular que golpeaba limpiamente la almohadilla y en un gancho de izquierda que alcanzaba con exactitud el punto deseado.

Enzo había tratado varias veces de persuadirla para que combatiese, pero a Nora no le interesaba nada eso de liarse a golpes con nadie... Excepto hoy.

Corrió el último tramo colina abajo, y se bebió la mitad del contenido de su botella de agua antes de dejar que Enzo la ayudara a enrollar la cinta de protección en los nudillos y a meter las manos en sus guantes azules de cuero, que habían comenzado ya a agrietarse un poco.

Tomaron posición debajo del majestuoso roble, y en los siguientes cuarenta minutos sólo existió el sonido de las órdenes cortas de Enzo y el *staccato* incesante de cuero contra cuero.

–Ganchos. Dame cien.

...

–Patada lateral. Diez con cada pierna...

Nora notó cómo la rabia se iba escapando de su cuerpo, a la vez que el sudor se concentraba en la línea del cabello y corría por su espalda y su rostro. Practicaron defensas, combinaciones de golpes y patadas en una corriente fluida de los brazos y las piernas, cuyos impactos estallaban en el cuero de las almohadillas.

Durante los últimos diez minutos, sus talones apenas tocaron el suelo.

–Quiero verte de puntillas. ¡De puntillas! –rugía Enzo una y otra vez.

Las instrucciones decididas de su entrenador hacían que reuniera en las piernas todas sus fuerzas, que tomara impulso y centrara todos los golpes en el pequeño punto negro de la almohadilla roja. Justamente ahí era donde tenía que golpear con limpieza su talón cuando lo despegaba del suelo.

Para terminar correctamente, la puso a hacer flexiones y estiramientos antes de dar la sesión por finalizada.

Después, como de costumbre, se dirigieron a uno de los pocos cafés en Londres en los que, a juicio de Enzo, se podía tomar un aceptable expreso según los estándares italianos, y se sentaron en una mesa redonda en la terraza.

Enzo contempló con amor la pequeña taza con su negro líquido. Luego miró

detenidamente a Nora.

–Bueno, *carissima*. No sé quién es ni lo que ha hecho ese hombre, pero me alegro de no ser él –dijo empujando las gafas de sol sobre sus ojos.

Nora terminó su café y se fue a su apartamento a darse una ducha. Era ya hora de ir a encontrarse con cierto abogado.

* * *

Se comprometió con ella misma a llevar el traje chaqueta al tinte de camino al centro, y en su lugar se puso una falda azul oscuro y la última blusa limpia, antes de dirigirse al metro para ir a Cross Associates.

El bufete de Cross parecía una réplica exacta de sí mismo. Incluso el mismo número de *The Economist* seguía aún sobre la mesa. Nora saludó cortésmente, se sentó en el sofá y comenzó a buscar el artículo que no había terminado la vez anterior. Apenas había localizado la página correcta, cuando le indicaron que podía entrar en el despacho del señor Cross.

Si Christian Cross había estado comedidamente reservado en su última visita, en esta ocasión había mudado a esa clase particular de gélida cortesía que los británicos dominan mejor que cualquier otra nación del mundo.

–Tiene amigos importantes, señorita Sand. Bien por usted. Nunca se sabe cuándo se necesitarán –ironizó.

Nora se mantuvo expectante, y el abogado puso tres hojas de papel sobre la mesa.

–Debe firmar aquí, aquí y aquí –señaló las hojas con una pesada pluma estilográfica que Nora reconoció como el modelo más caro de Watermans con chapado en oro, ante la que alguna vez había salivado en el aeropuerto.

Nora cogió los papeles y se tomó su tiempo para leerlos, mientras sentía que las ondas de impaciencia de Christian Cross cruzaban el aire con un zumbido blanco.

–Es pura formalidad –dijo él para acelerar el proceso.

–Aun así, prefiero leer todo lo que firmo. Probablemente, como abogado, lo comprenderá mejor que la mayoría –respondió Nora.

La primera página que debía firmar era de la prisión de Wolfhall. Un documento totalmente formal en el que Nora afirmaba que no había sido condenada nunca, y que su intención era respetar las reglas de la prisión en lo concerniente a lo que podía llevar consigo (a grandes rasgos, nada) durante una

visita. Nora no vio ningún problema en ello, y puso su firma en la parte inferior del papel.

El segundo documento afirmaba que Christian Cross Associates sólo había mediado con William Hickley a petición de Nora y que, por tanto, ella asumía la plena responsabilidad de la reunión y las consecuencias que pudiera conllevar. Con esta firma renunciaba, al mismo tiempo, a su derecho a cualquier reclamación económica o de cualquier otro tipo contra Christian Cross Associates o cualquier empleado de la firma por responsabilidad en daños físicos, mentales o de otro tipo que pudieran derivarse de la reunión. Nora se preguntó si había otros tipos de daños que no fuesen físicos o mentales, y firmó el papel.

Finalmente, llegó a la última hoja. Indicaba que cualquier declaración o información que surgiera de la reunión entre Nora Sand y William Hickley era, básicamente, confidencial. La decisión de publicar aquella conversación o cualquier parte de ella correría a cargo única y exclusivamente de William Hickley. Él, y sólo él, tendría los derechos de autor de sus propias opiniones. Un derecho de autor que sería distribuido y gestionado por nada menos que Christian Cross Associates. Nora le lanzó una mirada asesina.

–Buen intento. Puede olvidarse de esto. Es mi entrevista, y será decisión mía qué hacer con ella. El señor Hickley hablará conmigo en estas condiciones, o no habrá encuentro.

Christian Cross se encogió de hombros. Había que probar.

–Bien, creo que eso es todo, señorita Sand. Como ya hemos dicho, él la recibirá el jueves por la tarde. A las 15.30. Recuerde que debe llegar con tiempo suficiente. Los controles de seguridad son..., ¿cómo decirlo...?, entusiastas. Dispondrá de una hora con el señor Hickley.

Christian Cross se arrellanó en su butaca y empezó a hojear su agenda de mesa, y Nora dio por hecho que las formalidades se daban por terminadas y se levantó.

En ese momento, el abogado levantó la vista hacia ella:

–Señorita Sand. Le agradecería que tuviera la amabilidad de considerar lo que ahora voy a decirle como algo estrictamente confidencial. Cuando esta conversación llegue a su fin, no habrá tenido lugar nunca. Si de alguna forma menciona públicamente o escribe lo que va a seguir, puede usted estar segura de que lo negaré todo. ¿Está claro?

Nora asintió y se sentó de nuevo. Típico de abogados.

–Una vez tuvimos una joven abogada en prácticas en el despacho. Se llamaba Janet. Su apellido no viene al caso, desde luego. Pero era uno de los alumnos de más talento de su promoción en Oxford. Carrera meteórica y futuro por delante. Prometida con un funcionario del Ministerio de Defensa. Hace unos años, tuve que tomar un permiso por motivos personales, que son irrelevantes para esta historia. En todo caso, decidí poner el caso Hickley en sus manos. Ciertamente no fue porque pensara que iba a haber mucho trabajo, desde luego. Más o menos tareas administrativas, envió de cartas y cosas así.

Hizo una pausa, y se bajó los puños de la camisa como para hacerse fuerte ante lo que iba a contar a continuación:

–Hickley debió de notar que su correspondencia con nosotros estaba firmada por otra persona. Exigió conocer al nuevo abogado, y Janet lo visitó en Wolfhall. En ese momento, como le he dicho, yo no estaba en el país, de modo que la señorita Janet decidió no informarme. Aunque, si le soy sincero, tampoco estoy seguro de que la hubiese detenido si se hubiera puesto en contacto conmigo. No era más que un cliente entre muchos.

Nora asintió para animarle a continuar.

–No sabemos lo que ocurrió entre los dos. No sabemos lo que se dijo. No había testigos. Como es lógico, todos los internos tienen derecho a reunirse con su abogado con total confidencialidad. Y si Janet tomó notas de lo hablado, o si el señor Hickley le dio alguna instrucción especial, debemos señalar que las notas nunca se localizaron. Ni aquí en la oficina, ni en la residencia de la joven... – respiró profundamente antes de continuar–: Después de la tercera visita, un jueves por la tarde, Janet tuvo un accidente. Nadie sabe adónde iba. Su familia no supo dar ninguna explicación de por qué había ido directamente desde Wolfhall hasta un camino rural en Buckinghamshire. El coche se estrelló contra un árbol. Quedó totalmente destrozado. Janet estuvo en coma durante tres días antes de morir, y en ningún momento recuperó la consciencia.

–¿Y después de eso no consideraron la posibilidad de librarse de Hickley como cliente?

Cross miró fijamente por la ventana.

–¿Con qué motivo? No pudimos demostrar nada. Tal vez no haya nada que demostrar. Pero he creído conveniente informarla de ello. ¿Sería tan amable de pedirle a mi secretaria que venga cuando salga?

Unos minutos después, Nora entrecerraba los ojos por el sol que lucía en la calle y trataba de imaginarse cómo debería presentarse ante Bill Hix, un hombre

que era responsable de las muertes de un número desconocido de mujeres.

Sin embargo, cada vez que intentaba verse a sí misma sentada frente a él, en el papel de entrevistadora, la imagen se transformaba en una pantalla en blanco. ¿Tendría miedo? ¿Sería él un anciano patético encadenado o un depredador sin escrúpulos que podía atacar sin previo aviso, aprovechando la más mínima oportunidad?

Dio un paseo por Green Park, y sintió un pequeño pinchazo en el pecho al recordar cómo la había mirado cuando se sentaron a comer un par de sándwiches allí mismo. Quería llamarlo de nuevo para saludarlo y tratar de fingir que todo estaba bien. Pero no lo estaba. Y aquella llamada no les haría ningún bien.

Tomó el metro hacia casa, y se pasó el resto de la tarde eliminando el tema Andreas de su disco duro interior investigando sobre los distintos combates de boxeo de aficionados que tuvieron lugar en Liverpool en los noventa. Buscó en profundidad en ficheros PDF y viejos archivos, pero ningún Oluf El Búfalo apareció en los motores de búsqueda.

Justo cuando estaba a punto, y nunca mejor dicho, de tirar la toalla, su iPhone empezó a bailar a ritmo de marimba en algún lugar de su bolso. Una melodía que sólo podía significar una cosa.

–Hola, mamá –dijo en cuanto descolgó, tratando de sonar tanto relajada como despreocupada.

–Otra vez estresada –replicó su madre–. Lo noto en tu voz.

Nora miró al cielo.

–Estoy bien. Es verano. *Silly season, you know.*

Cuando hablaba con su madre, ambas solían mezclar el inglés y el danés en sus conversaciones. Por supuesto, en casa, durante su infancia, habían hablado danés, pero después de que tanto su madre como ella fueran a vivir a Londres, con frecuencia deslizaban aquí y allá palabras o giros ingleses.

–¿Cómo estaba Florencia?

–En-can-ta-do-ra, te lo juro –explicó su madre–. Sencillamente, creo que tengo que quedarme a vivir en Italia. Está claro que no estoy hecha para esta lenta apatía nórdica y anglosajona. Soy latina en el alma.

–Sí, desde luego que lo eres –reconoció Nora–. Era más sencillo darle la razón, lo sabía por experiencia.

–Sin embargo, eso no va con Patrick. Tiene que cuidar de sus manzanas...

–Sí, y tú tienes tu Cromwell. Seguro que no lo tienen en Florencia –señaló Nora con sensatez.

–No, pero, de todos modos..., aquí tienen a los Medici. Y esos atardeceres, esa pasión. Hay una idea completamente distinta de lo que significa ser un artista, en todos los sentidos.

–Eso está garantizado.

–Bueno, a ver si vienes pronto a la finca de Patrick algún fin de semana. Y no trabajes tanto. Así nunca vas a encontrar a un hombre... –añadió Elizabeth, que continuó con exhortaciones similares durante un buen rato.

Había días en los que Nora pensaba que el sentido del tacto de su madre conseguiría, incluso, que Shrek pareciera un cortesano diplomático y retorcido, pero finalmente se dio por vencida y se comprometió a hacer una visita pronto.

Ya de mayor, Nora había intentado tener con su madre una especie de relación razonable. Pero sólo lo consiguió cuando, tras muchos años, había dejado atrás por completo el recuerdo de aquella mujer que, cierta mañana, aguardaba en el camino de entrada del jardín de casa, dispuesta a entrar en un taxi para abandonar a su familia. Y la sensación de fracaso aún permanecía acechando bajo la superficie cual cocodrilo en un río estancado, listo para atacar de nuevo si Nora se atrevía a relajarse.

Cuando finalmente colgó, ya casi era la hora de salir para encontrarse con Pete en el Soho.

Sólo le dio tiempo a preparar una gran bolsa de ropa para dejarla en la lavandería india de la vuelta de la esquina, que tenía el curioso nombre de Mr. Percy's Butler. Estrictamente hablando, no toda la ropa estaba diseñada para ser llevada a una lavandería, pero cuando entregabas una bolsa al señor y la señora Patel, dos días más tarde la podías recoger llena de ropa limpia y doblada, que olía ligeramente a cardamomo y *chai*. Algunas veces valía la pena pagar por ello.

–Usted trabaja demasiado, mi niña –dijo la señora Patel, que en esta ocasión llevaba un sari verde lima que combinaba estupendamente con su piel morena–. Puedo ver en sus *chakras* que está estresada por algo. Su *chakra* amoroso brilla en rojo, irritado. Tiene que encontrar tiempo para meditar –añadió con un acento que cantaba a Bombay.

Nora tomó aire antes de decir:

–Mi muy querida y amada señora Patel, acabo de hablar con mi madre por teléfono. Una dosis de veinte minutos es más de lo que puedo soportar. Pero gracias por preocuparse.

–Ya, ya, ya –dijo la señora Patel comprensiva–. Puede recogerlo mañana a

partir de las cuatro de la tarde.

–Gracias.

–Que la paz sea con usted hasta ese momento –añadió la señora Patel con suavidad, cuando Nora casi había cerrado la puerta.

Capítulo 20

Pete ya estaba en la cola para entrar en el restaurante tailandés. Estaba tan de moda que, al contrario de lo que ocurría con la mayoría de los restaurantes del Soho, no se podía reservar mesa. En vez de eso, la gente esperaba en una fila frente a los ventanales del local, contemplando a los comensales ya sentados hasta que quedaba una mesa libre. La comida era tan extraordinaria que las molestias merecían la pena.

El fotógrafo le lanzó una mirada y sacó a relucir su mejor imitación de Madame Zola. Cual adivino en la plaza del mercado, hizo ver que entraba en un estado de profunda concentración, y se cubrió los ojos con las manos para evitar que cualquier impacto visual interfiriera con su conexión única con el mundo espiritual y los mensajes que se canalizaban a través de su excelsa persona.

–Vale, vale... Estás mal, eso puedo verlo enseguida. Déjame adivinar: ¿tu madre?, ¿un hombre?, ¿tu trabajo...? ¡No, ya lo tengo! Tienes que reunirte con un extraño alto y oscuro que cambiará tu vida para siempre. ¿Tengo razón en al menos una de las cosas?

–En todas y cada una de ellas –respondió Nora lacónicamente.

–Vale. Empecemos desde el principio. La cosa ha llegado en un mal momento, justo cuando tengo que irme a Camboya en un dramón.

Nora no pudo evitar una media sonrisa.

–A la mierda conmigo. Háblame de lo de Camboya. ¿Qué está pasando allí, como escribiría *Times*, con quién vas y cómo te surgió?

Poco después, los condujeron a una mesa común con otras diez personas, y la conversación se apaciguó mientras pedían guayaba Collins, langostinos fritos y fideos con pollo ahumado, brócoli chino y alitas de pollo con tamarindo.

Pete le contó que George, un periodista australiano del *Times*, había estado trabajando durante mucho tiempo con una organización benéfica para luchar contra el secuestro y la trata de niños, utilizados posteriormente como esclavos en la industria del sexo en Camboya. Después de meses de trabajo, había

avanzado tanto en la investigación que había recibido permiso para acompañar a la policía en una redada en un burdel, en el que se sospechaba que ofrecían a niños de tan sólo seis años a su clientela, que por lo general consistía en turistas occidentales blancos.

Por lo visto, el fotógrafo local que habitualmente trabajaba con él había dicho que no a ese trabajo. Tenía esposa e hijos y, simplemente, no se atrevía a arriesgar las vidas de su familia entrometiéndose en los asuntos de la todopoderosa mafia que controlaba los prostíbulos. Pete había sido avisado de las posibles consecuencias, y de que corría el riesgo de verse amenazado de muerte tan pronto como se supiera que estaba en el país para fotografiar la realidad de la esclavitud sexual. También le dijeron que, si conseguía registrar la prostitución infantil en un vídeo, sería un objetivo de la mafia hasta que pudiese salir de Camboya con las imágenes.

En otras palabras, era una tarea hecha a la medida de Pete.

—Odio, odio y odio pensar en lo que está sucediendo en todos esos horribles lugares, y si puedo ayudar a denunciarlo, ayudar a detenerlo, el riesgo valdrá la pena —dijo con seriedad.

—¿Cuándo sales?

—El jueves por la mañana desde Heathrow.

—Está bien, llámame si te apetece hablar. George no suele ser la persona más comunicativa del mundo —dijo Nora.

Pete soltó una carcajada.

—Es australiano hasta la médula. Sus breves eufemismos promueven la comprensión, sus silencios la refuerzan.

Se saltaron el postre y salieron a pasear por las calles del Soho. Había sido un día caluroso, y el asfalto todavía estaba templado. Los turistas salían de los teatros a la caza de comida y más entretenimiento en torno a Shaftesbury Avenue y Leicester Square.

—Está bien —dijo Pete finalmente—. Con tu madre no podemos hacer mucho, pero ¿qué hay de ese hombre? ¿Es el mismo que ese extraño alto y oscuro?

Nora dio un respingo.

—¡Pero venga, querida! Te he visto con diarrea en Delhi, con los muslos llenos de sanguijuelas en Zambia, incluso te presté mis penúltimos calzoncillos limpios en Macedonia. De hecho, creo que en alguna cláusula dice que no puedes tener secretos conmigo.

—¿Alguna vez te he hablado de Andreas?

Pete pensó un momento.

–¿De Dinamarca? ¿Uno al que conocías bien y con el que... nadabas? Sí, lo mencionaste una vez, pero en realidad sonó como si estuviera muerto y no quise profundizar en ello.

–No, no lo está. Y ahora está en Londres.

–¿Y?

Nora le contó brevemente toda la triste historia. Le habló de cómo su relación quedó interrumpida de pronto, y de cómo se dio cuenta de que él tenía una idea muy distinta de su amistad, y no sólo en los últimos años, sino durante la mayor parte de la escuela secundaria.

–Pero eso fue hace muchos años, Nora. Ahora sois adultos, así que ¿cuál es el problema? –dijo Pete con sensatez.

–Es que aún hay más –explicó Nora.

Y siguió contándole su viaje fallido a Brine, y cómo habían terminado, de un modo u otro, entrelazados en una cama con dosel. Luego le habló de Birgitte La Policía y de lo sucedido la tarde anterior, que ella ya había bautizado como «El Gran Enfrentamiento».

–Sonaba muy prometedor hasta que esa policía entró en escena, ¿o no?

Ella se encogió de hombros.

–No lo sé realmente. Es un poco complicado, creo.

–Ajá –dijo Pete de forma un tanto irritante–. No es que quiera meter el dedo en la llaga, pero nunca me has parecido una de esas mujeres que se sienten atraídas por los hombres sencillos. Y ahora que lo pienso, tampoco te he visto nunca retroceder ante un desafío. Sólo por mencionarlo.

Nora sacudió la cabeza.

–Esto no es un desafío, Pete. Se trata de Andreas, un amigo de verdad.

–Bobadas. Se trata de pensar con sensatez. No sabes nada en absoluto de esa policía.

–Vale, de acuerdo con eso, pero no dejan de ser novios. Él mismo me lo dijo. Así que no puedo contar con él. Es así de simple. No creo que deba inmiscuirme...

–Eh, eh, ¿no acabas de decir que era complicado?

Ella le lanzó un golpe que él esquivó con destreza.

–Sabes perfectamente lo que quiero decir.

–Sólo sé que a mí me pasó lo mismo con Caroline. Pensé que difícilmente estaría dispuesta a comprometerse. Eso lo complicaría todo, pensé. Y ahora ella

vive en las afueras de Melbourne, en el puto Armadale, junto con un cirujano con el que espera su primer hijo –dijo Pete con un pequeño quiebro en la voz.

Era raro que llegara a pronunciar el nombre de Caroline en cualquier frase, si no era como una acotación al margen. El gran amor que nunca llegó a ser seguía siendo una herida abierta que, al mejor estilo australiano, normalmente quedaba silenciada, de modo que aquella frase enmudeció a Nora durante unos segundos.

–¿Cuándo te enteraste? –preguntó por fin.

Pete dio una patada al bordillo.

–Ayer por la tarde. Me lo dijo ella por el puto Facebook. Realmente, odio eso de Facebook...

Después de aquella conversación, sólo había un lugar al que podían ir. Encontraron un Oddbins aún abierto y, para sorpresa de Nora, en un estante había una sola botella de whisky de malta Bowmore Enigma. Más no necesitaban.

Bajaron con la botella hacia el Támesis, y se pararon a tomar un trago a la sombra de la Aguja de Cleopatra, con el Big Ben y el edificio del Parlamento en el lado de estribor, y vistas a los barcos turísticos iluminados, en los que los extranjeros se sentaban a cenar pollo de goma y vino de tetrabrick, convencidos por su guía de que estaban viviendo el Londres auténtico.

Cuando estaban a punto de dar las dos, el variado repertorio de canciones piratas de Pete estaba empezando a agotarse y había llegado a la fase desafiante.

–Estoy mucho mejor sin ella. Seguro que se ha vuelto aburrida como una morsa sedentaria. Nunca habría funcionado... –dijo un segundo antes de vomitar por encima de la valla que le impedía lanzarse al río.

Nora paró un taxi, aunque tuvo que jurar y perjurar al conductor que Pete no vomitaría en el trayecto a Belsize Park. Mantuvo su palabra, pero fue cuestión de segundos, porque, en cuanto Pete puso un pie en la acera, mientras Nora pagaba, la segunda mitad de su cena tailandesa salió a ver mundo de inmediato.

El reportero intentó recuperar el control sobre sí mismo.

–Bueno, *nossh vemosh* mañana –dijo encaminándose directamente al patio delantero del vecino.

–Maldita sea, Pete. No puedes ir solo a casa. Sube conmigo y tumbate un rato en posición lateral.

–Sí, *ssoy perfestamente* capaz de tomar un mini-mini-mini-bús –farfulló, y comenzó una versión particularmente sicodélica del éxito de los años cincuenta *Oh Carol*, en la que, sin gran sentido para el verso, había cambiado el nombre de

la mujer por Caroliiiiine.

Una ventana se abrió en el vecindario:

–¡Cállate ya y déjanos dormir en paz!

Nora tuvo que entrar al jardín a recoger a Pete, lo tomó por el brazo y lo remolcó hasta la puerta principal. El reportero se apoyaba en ella como un ahogado en pleno naufragio, mientras Nora buscaba sus llaves en el bolso. Entonces lo vio de inmediato.

Estaba sentado en la escalera, y parecía una tormenta a punto de descargar. Andreas. Cuando se acercaron, se puso de pie.

–¿Qué haces aquí? –le espetó Nora.

–Nada. Obviamente, nada en absoluto –dijo lanzando una mirada de desprecio a Pete, que hacía varias horas que había olvidado las mínimas normas de conducta.

–Eh, chavalote... ¿Eres Andreas? Es un tío muy majo, Nora.

–Cállate, Pete, ¡ya! –bufó Nora, y lo dejó aparcado en los peldaños que había dejado libres Andreas.

Luego se volvió y llamó a Andreas, que había comenzado a andar. Vio su espalda con su camisa blanca, y cómo se alejaba de ella lentamente. Lo llamó de nuevo.

Pero no se dio la vuelta.

* * *

A la mañana siguiente, Nora se despertó con el olor del café recién hecho. Pete ya se había dado una ducha, rescatado el molinillo de café del armario, localizado el café, e ido al supermercado por cruasanes y zumo de naranja.

–Joder, Sand –dijo afectadamente alegre–, estoy demasiado viejo para llevar una curda con dignidad.

Nora sacudió ligeramente la cabeza para asegurarse de que podía levantarse sin que su cerebro se le cayese. Parecía que no había peligro. Pete le había robado del armario su sudadera de la Universidad de Oxford, y las mangas le apretaban.

–Tenía que equiparme –agregó a modo de disculpa, señalando la vestimenta de la tarde anterior, por la que parecía que había pasado un rebaño de ganado en estampida huyendo de un incendio forestal.

Ella se tambaleó hasta el fregadero y bebió agua fría del grifo. Sabía a cloro, y Nora torció el gesto.

–¿Fue de verdad ella quien te lo dijo?

Pete negó con la cabeza.

–No, no tenemos ya ningún contacto. No creo que el cirujano le guste. No es conocido precisamente por su liberalismo y su tolerancia. Fue su prima, Miranda, quien me lo contó cuando charlamos un poco por Facebook. Lo peor fue que ella sólo lo mencionó un poco de pasada. Como si diera por hecho que yo ya lo sabía.

–No tuvo que ser muy agradable.

–No sé. Tal vez pensé que ese cirujano era algo pasajero. Que echaba de menos Australia, y que sólo quería volver a casa un tiempo para recordar como es. Pero se quedó, y ahora hay un bebé en camino –se encogió de hombros–. Un niño. Parece ya algo definitivo, ¿verdad?

Nora sirvió café para los dos.

–¿También has comprado leche?

Pete sacó una pequeña botella de cristal con leche acompañada de una sonrisa maliciosa.

–Con los saludos del vecino. No tendría que haberme gritado así ayer.

–Joder, Pete.

–La policía no va a encontrarme nunca. Salgo para Nom Pen mañana...

Ella se acercó, tomó un trozo de cruasán y se lo metió a él en la boca.

–Pues ya que estás un poco más cerca, cuando acabes en Camboya bien podrías pasarte por casa en Melbourne y ver qué tal le va a Caroline. Tal vez fuese una buena idea incluso verte con ella. Estoy segura de que George aceptaría sin problemas que...

–¡George! Joder. ¿Qué hora es?

–Las diez y cuarto.

–¡Joder, joder, joder! Tengo que reunirme con él a las once en Docklands.

Pete agarró su bolsa, se tragó la mitad del café y se precipitó hacia la puerta.

Cuando ya estaba a punto de cerrarla, se volvió y le dio un rápido abrazo.

–Adiós, Sand. Hasta cuando nos veamos.

Ella hizo un pequeño gesto.

–Escribe si necesitas dinero. Y llama desde el aeropuerto cuando vuelvas.

Le lanzó un beso y bajó corriendo las escaleras. Nora cerró la puerta detrás de él y sacó su móvil. No había llamadas perdidas ni ningún mensaje en el contestador. ¿Qué querría Andreas a esas horas de la noche? Se quedó sentada con el teléfono en la mano, preguntándose si debería llamarlo para darle alguna

explicación, pero decidió no hacerlo.

Qué demonios, de ninguna manera. Que creyese lo que quisiera. Era él quien tenía novia, no ella.

Capítulo 21

Encendió el televisor para oír las noticias, conectó el ordenador y se metió en la ducha antes de bajar a por los periódicos y a por más leche fresca. Mañana sería el-día-H. «H» de Hix. Pero hoy sentía que debía tomarse el día libre de asesinatos. Y de Andreas.

Recorrió los periódicos y las noticias en Internet, antes de llamar a El Cangrejo y convencerlo de que era imperativo escribir un artículo sobre el *boom* de la construcción en Irlanda. Inmediatamente, comenzó a investigar y a tratar de conseguir las entrevistas pertinentes. Sin embargo, por mucho que pasase por un sinfín de crudos informes sobre estadísticas de viviendas, tasas de interés variables y predicciones sobre ejecuciones hipotecarias al sur de Cork, Hix estaba constantemente circundando su conciencia como una negra sombra.

Pensó en Spencer y en su recomendación de ser ella misma. Ser una misma y a la vez plantear preguntas para la policía, sin que Hix lo descubriese...

Realmente, le encantaría que Andreas fuese con ella. Que estuviese allí, en el coche, camino de la prisión de Wolfhall. Que la esperase fuera. No necesitaba que dijera nada, sólo tenía que estar allí. Con su serenidad, su tranquila calma. Pero eso no iba a suceder. Se había desenvuelto bien sin él durante muchos años. Había sobrevivido a conflictos, a la malaria e incluso a un robo en Nairobi, sin que Andreas estuviese allí, junto a ella.

¿Por qué, entonces, tenía la sensación de necesitarlo?

Justo en ese momento, sonó el teléfono. Llegó a sentir una leve esperanza de un microsegundo, pero era Spencer.

—¿Sólo quería saber si todo está listo para mañana?

—Bueno, tanto como uno puede estar listo para encontrarse con un asesino...

—Recuerda que no puede hacerte nada. No podrá tocarte. Está encadenado, y nunca saldrá de la cárcel.

—Pues, si la memoria no me falla, creo que su abogado dijo algo acerca de una audiencia de libertad condicional.

–Tranquila, Sand. No tiene ninguna opción de conseguirla. Probablemente ha asesinado a más jóvenes de las que nosotros sabemos, no ha cooperado con la investigación, no hay nada con lo que pueda negociar. Cadena perpetua es cadena perpetua, a no ser que el ministro del Interior decida otra cosa, y las posibilidades de que sea así son tan grandes como la de encontrar a un político al que le dé completamente lo mismo lo que la prensa escriba de él.

–Está bien, de hecho, no me queda más remedio que confiar en ello.

–Es importante que no empieces preguntándole por las chicas que desaparecieron después de que entrase en la cárcel. Debe tener la sensación, sentir que sabes algo que él no sabe, no sé si me explico. Hix no está interesado en nada que no le concierna y que no suponga un desafío para él. Y los sentimientos de otras personas no le importan, le resultan aburridos, ridículos. El dolor y las lágrimas le interesan sólo como un fenómeno intelectual. Algo que él puede provocar en mayor o menor grado en otros. Ya imaginarás que apelando a su supuesta conciencia no vas a llegar a ninguna parte. Simplemente es incapaz de entender de lo que se le está hablando cuando uno habla de «conciencia». Eso es en lo que James falló en su relación con Hix. Siempre ha creído que podía encontrar algún rastro de humanidad en él. Créeme, Sand, he trabajado con Hix muchos años, y si existe en él algo de humanidad, tengo que admitir que todavía no he visto ni un atisbo de ella. Mi teoría personal es que les cortaba la lengua a sus víctimas para conseguir que se callaran. No quería oírlas rezando por sus vidas. Tal vez merece la pena tener eso en cuenta cuando uno se sienta ante él – advirtió Spencer.

Nora se hundió un poco más en su silla.

–Bueno, pues planteado de ese modo, parece casi imposible sonsacarle nada.

–Sólo quiero decir que es conveniente tener en cuenta que, si él no quiere hablar, no hablará. No va a escucharte, no escucha a otras personas si no le interesan. No vas a sonsacarle nada. En realidad, sólo era eso.

–Hum. Supongo que ahora corresponde decir gracias.

–Tal vez deberías comenzar por las dos chicas danesas. Por lo que pude entender de su abogado, fue eso lo que captó su interés.

–Sí, y además era el motivo original por el que quería hablar con él.

–Y sólo una cosa más, Sand. Sé que a lo mejor nos pasamos de la raya con eso, pero creeme, no es ésa nuestra intención. ¿Qué tienes planeado ponerte mañana?

–¿Planeado? No soy del tipo de gente que planea su vestuario. Y desde luego no para una visita a una prisión –replicó Nora.

Tenía la garganta seca, así que se levantó y se dirigió al frigorífico a buscar el zumo de naranja que Pete había dejado. Con el teléfono sujeto entre el mentón y el hombro, buscó un vaso en el armario.

–Pues en este caso debes hacerlo. No hay ninguna razón para dejarlo al azar – dijo Spencer.

–Mmm –respondió ella robando un sorbo de zumo–. Vale, si he de serte sincera, había pensado en un par de vaqueros y una camisa blanca con botones también blancos. Un par de sandalias... Nada especial.

–Sería un error.

–Me parece estupendo que opines así, Spencer, pero lo cierto es que no contemplo la entrevista de mañana como una cita. Es un trabajo. Un asqueroso y sucio trabajo, para ser totalmente honestos. Y si he de decir lo que me gustaría llevar puesto después de haber leído sobre Bill Hix y sus actos, a esa reunión acudiría con un traje de buzo de los de antes, con una burbuja de hierro en la cabeza, como en Tintín. Aunque tengo claro que esto no es Tintín.

–No, desde luego que no lo es. Está muy lejos de serlo –admitió Spencer.

Ella suspiró profundamente y se rindió.

–Está bien. No digo que vaya a seguir vuestros consejos al pie de la letra. Pero te escucho. ¿Qué me pongo mañana?

–Vístete como una mujer casta, poniendo el énfasis en el término «mujer». Vestido o falda estaría bien, pero por debajo de la rodilla. No tienes por qué renunciar al maquillaje, aunque desde luego mejor si es discreto. Piensa en cómo se habría vestido la madre de Hix. No es que debas ser ella, pero tal vez sería adecuado apuntar ligeramente en esa dirección. Un moño alto. Unas perlas y una chaqueta de punto sería fantástico. Por lo que sabemos, nunca ha mostrado ningún respeto por cualquier mujer que no sea su madre.

–Ya. Tiene sentido –reconoció.

–No prometo que vaya a funcionar, pero vale la pena intentarlo –dijo Spencer.

–Vale la pena intentarlo –concedió ella.

–Cuando salgas de allí, estaremos en el aparcamiento esperándote. Es mejor que hablemos mientras todavía lo tienes fresco. Ya sabes que probablemente no podrás entrar el móvil ni una grabadora, ¿verdad?

Nora pensó que, con el tiempo, tal vez podría llegar a apreciar un poco a Spencer. Por un momento, consideró la posibilidad de compartir con él la información sobre Oluf Mikkelsen.

Pero el momento pasó. Se despidieron y colgaron. Nora sintió una vez más que

la persona con la que más le gustaría hablar en aquellos instantes era justamente ésa a la que no podía llamar. Nunca más.

* * *

A la mañana siguiente, se despertó sobresaltada.

La última vez que había mirado el reloj eran poco más de las tres de la madrugada, y era ya la cuarta que se despertaba con un sudor frío y miedo en el cuerpo. Cada vez que estaba a punto de caer dormida, tenía la sensación de desplomarse hacia atrás en una profunda oscuridad sin nombre, y se despertaba de nuevo de puro terror.

Se tambaleó hasta el cuarto de baño, mientras trataba de analizar por qué visitar a Bill Hix se había convertido en algo tan difícil.

No sería ni la primera ni la última ocasión que hablaba con un asesino; el profesor de escuela ruandés, al que había entrevistado en Norfolk, probablemente tenía sobre su conciencia incluso más vidas que el más diligente asesino en serie británico de la historia.

Y seguramente tampoco estaría por detrás de Hix en lo que respecta a las torturas a víctimas inocentes. Sus pensamientos volvieron a la entrevista con Mr. Benn, y a la monótona voz que, sin ningún signo de emoción, contaba cómo él y su banda de guerreros les habían dado a niños, mujeres y ancianos la posibilidad de elegir entre manga larga o corta cuando llegaban con el machete.

Y antes de Mr. Benn habían sido soldados serbios de Kosovo, combatientes rebeldes albanocosovares y visitas a fosas comunes: cada uno de ellos había contado su historia, demostrándole hasta qué punto puede el alma humana acercarse a la oscuridad del mal sin ser destruida. Muchos de aquellos asesinatos habían sido cometidos con la política como excusa, pero a menudo eran llevados a cabo por soldados que buscaban el beneficio personal o simplemente actuaban por pura crueldad sin sentido.

No, no era la simple violencia lo que la había llevado a estar en vela casi toda la noche. Era más bien la idea de que Bill Hix había disfrutado cada momento, cada instante en que sus víctimas habían vivido aterrorizadas temiendo por sus vidas. La idea de que todos los secuestros y posteriores asesinatos habían sido planeados hasta el más mínimo detalle, y el hecho de que, aún hoy en día, tantos años después, dejara que las familias y los padres de las chicas viviesen en la incertidumbre, sin saber qué les sucedió a sus hijas y por qué.

No había habido ninguna otra razón que no fuera el mero placer de sentir que la vida de todas esas chicas estaba en sus manos.

Tal vez era precisamente la ausencia de cualquier otra razón lo que lo hacía más temible. Incluso en los momentos más oscuros de los Balcanes o en los sangrientos conflictos africanos, Nora había sido capaz de encontrar respuestas a las distintas motivaciones de esos hombres. Una explicación que con frecuencia estaba relacionada con la pobreza, con líderes sin escrúpulos, con la codicia o con otros factores externos. Podía encontrar el hilo desde los efectos a la causa recorriendo el proceso y los muchos eslabones que habían llevado a la quema de aldeas, violaciones, asesinatos y destrucción. Había una razón.

Cuando se miraba el alma de Bill Hix, sin embargo, sólo había una gran oscuridad. Un vacío como el que dejaba en la boca de sus víctimas. Y ahora posiblemente había nuevas chicas que habían perdido la vida, nuevas familias y padres que sufrieron la muerte más dolorosa que uno puede sufrir: la pérdida de un hijo y no saber nunca qué fue de él.

Se estremeció y abrió el agua fría de la ducha para borrar aquellos pensamientos. Una vez fuera del baño, se secó el pelo y trató de serenarse.

Ahora dependía de ella que William Hickley desvelase su conexión con Lisbeth y Lulú y con las otras doce jóvenes. Que revelara si tenía un cómplice. La responsabilidad se asentaba en su pecho como un negro nudo, y Nora lo reconoció de inmediato como el mismo nudo que le había impedido dormir.

Descolgó de la percha una falda de *tweed* de mediana longitud. La había comprado en unas rebajas de invierno, llevada por una breve fase Virginia Woolf. Sin embargo, nunca había aparecido el estado de ánimo Bloomsbury, y no había utilizado la falda hasta ahora. Planchó la blusa del día anterior, y se puso por encima una chaqueta de punto de tonos grises.

Completó el conjunto recogiendo el pelo en un moño, mientras se mofaba de su propia imagen distorsionada. Parecía una extra en un anuncio de medias ortopédicas. Para decorarlo un poco, se puso una pizca de maquillaje, y luego revolvió en el joyero indio hasta que encontró un collar con tres llaves antiguas, que en su día había comprado a un vendedor ambulante en Amalfi. Muy apropiado para una cárcel.

En el último momento, se sentó ante el ordenador y buscó el archivo con la foto de Lulú y Lisbeth que Magnus le había escaneado, y la imprimió.

Como de costumbre, la impresora le dio problemas e imprimió tres tarjetas de embarque y un artículo hace tiempo publicado sobre escuelas multiculturales,

antes de que la foto de las dos chicas aterrizase finalmente en la bandeja. La calidad no era la mejor, pero uno podía ver sin problemas lo que representaba y dónde había sido tomada.

Nora la dobló con cuidado hasta convertirla en un pequeño cuadrado, y se la metió en el sujetador.

Ya no había nada más que hacer. Metió el dictáfono, el bloc de notas y varios rotuladores en su bolso y se dirigió a la puerta. Era el momento de enfrentarse con el monstruo cara a cara.

Capítulo 22

Mientras el apático guardia comprobaba sus papeles, Nora pensó que las prisiones tienen un olor especial, cuyos componentes son difíciles de identificar. En la mezcla de Wolfhall había sudor, desesperación, cloro y otros productos químicos de jabones industriales, orina y col hervida, pero también algo más difícil de identificar.

Sin decir una palabra, el guardia la despachó y le señaló un edificio en mal estado de ladrillo rojo marcado como «Administración». Nora oyó cerrarse la puerta detrás de ella con un estruendo, y sonrió al recordar a Jack Lemmon escapando de su prisión parisina. Sin embargo, tan pronto como levantó la vista hacia los altos muros cubiertos con alambre de concertina, aquella sonrisa desapareció. Esto era real. Nadie había escapado nunca de la prisión de Wolfhall.

Un alma caritativa había tratado de mejorar las oficinas de administración con un ramo de rosas de tela, pero básicamente lo que había conseguido era el efecto contrario. A Nora no se le ocurrió en aquel momento nada más triste que aquella oficina iluminada con luces de neón, primera parada para allegados, amigos y familiares que tenían la mala suerte de conocer a alguien que estaba en esa cárcel.

Una mujer que caminaba muy tiesa, con una luminosa permanente y un rostro puntiagudo que recordaba a un zorro, se acercó al mostrador cuando Nora entró por la puerta. De un vistazo, la mujer la midió de la cabeza a los pies.

—¿Asistencia social? Suelen venir los miércoles —dijo de manera cortante.

Nora apenas pudo disimular una sonrisa.

—No. Mi nombre es Sand. He venido a entrevistar al señor Hix..., perdón, quiero decir al señor William Hickley —dijo Nora sacando de nuevo los papeles.

La mujer levantó las cejas y se sentó ante el ordenador resoplando, dejando claro con ello que Nora no podría ser más inoportuna por mucho que se pasase el resto de su vida intentándolo.

Escribía en el teclado con dos dedos, y lo golpeaba con tanta fuerza que Nora

podía oír con claridad cada uno de los clics.

–Hum. Señorita Sand, sí, aquí lo tengo –bufó, mirando de reojo a un colega que hablaba por teléfono, según todos los indicios con su madre o novia, mientras bebía una Pepsi Max.

La mujer se levantó de nuevo de mala gana, y la joven periodista sacó los documentos que le había dado el abogado y los colocó en la rendija que había en la pared de grueso vidrio que rodeaba el mostrador. Desde donde estaba, podía ver perfectamente la tarjeta de identificación que anunciaba que estaba siendo atendida por M. Foggsey. Con una sonrisa sardónica, Nora se preguntó si en algún momento alguien habría tenido la osadía de dirigirse a aquella burócrata amargada con cara de zorro llamándola «foxy». Probablemente no. La señora Foggsey recogió los papeles con otro suspiro, y colocó ante Nora un cuaderno desgastado con hojas lineadas cuya tapa imitaba el mármol.

–Firme aquí, y luego enséñeme algún documento de identidad.

Era una de esas ocasiones en las que un carné de prensa sólo empeoraría la situación, de modo que Nora sacó de la cartera su permiso de conducir.

La mujer llenó un formulario en el papel autocopiativo, que reproducía los datos personales de Nora en tres ejemplares: uno blanco, uno amarillo y otro azul pastel.

–¿Para qué van a utilizarse esas copias?

–Formalidades –respondió con brevedad la señora Foxy.

–Ya, pero me gustaría saber para qué van a utilizar esa información y adónde va.

Foxy se encogió de hombros.

–Pues al archivo. Una de las copias va al Ministerio del Interior.

–¿Eso significa que se puede solicitar el acceso a la documentación y llegar a saber, por ejemplo, quién ha visitado a William Hickley desde que está en Wolfhall?

–En teoría, sí. Pero, en realidad, creo que si lo solicitara sólo recibiría un no rotundo. La información es personal y confidencial.

Nora estaba a punto de suspirar ostentadamente cuando el colega de la Pepsi Max colgó y se unió a la conversación:

–Por otra parte, no habría mucho que ver. Nadie viene a ver al monstruo Hix. Sólo aquel detective de ojos raros, que por cierto lleva años sin venir por aquí... Y bueno, por supuesto su madre y su avinagrada hermana...

Foxy le lanzó una mirada que hacía pensar en un ataque con ácido.

–Jameson, ya te han llamado la atención más de una vez. –Se dirigió de nuevo a Nora–. ¿Lleva algún objeto afilado?

Nora negó con la cabeza.

–Puede dejar su bolso en una de esas taquillas –explicó, mientras señalaba hacia un cartel con dibujos de lo más pedagógicos, y con grandes cruces rojas sobre una serie de objetos que indicaban lo que estaba permitido y prohibido en la cárcel. Parecía una versión bastante triste y demasiado infantil del bingo con imágenes.

Ni siquiera se podía entrar con osos de peluche, y a Nora le pareció que era de una crueldad intolerable que a los niños pequeños que vinieran a visitar a su padre en la cárcel no se les permitiese entrar con un pequeño oso de peluche.

Foxy había seguido su mirada.

–Se asombraría usted si supiera con qué frecuencia tratan de ocultar drogas en su interior. Al final, fue más sencillo prohibirlos totalmente. Así hay un sitio menos en el que buscar.

Con resignación, Nora se dio cuenta de que la grabadora tenía que quedarse en el bolso, tal como le había advertido Spencer. Lo mismo ocurría con sus lápices y bolígrafos, lo que convertía en relativamente inoperativo al bloc de notas. El móvil, obviamente, tampoco era bienvenido.

Escogió una de las muchas taquillas vacías, echó una libra en la cerradura, y a cambio recibió una llave desgastada con el número 27.

Foxy la condujo a un escáner que de inmediato reaccionó ante el collar, de modo que Nora tuvo que volver atrás y entregarlo también en el mostrador, tras rellenar nuevos formularios. Le dieron un recibo, que guardó en el bolsillo de la falda, y volvió a pasar por el escáner. En esta ocasión, no emitió ningún pitido.

–Bueno, pues sólo nos queda el examen corporal –dijo Foxy con amanerada alegría, mientras revisaba con detenimiento lo que a Nora le pareció cada rincón de su cuerpo, sin detectar la foto doblada que había escondido en su sujetador.

El proceso terminó por fin, y Nora salió por una puerta al otro lado del escáner, que llevaba a un aparcamiento donde la estaba esperando un furgón.

El conductor, un hombre calvo que podría parecerse a un primo pobre de Vladimir Putin, le dirigió una media sonrisa.

–Sube atrás, preciosa. Por desgracia, aquí no pueden subir los civiles.

Nora se sentó en uno de los asientos de plástico negro fijados con pernos, y trató de ignorar el olor a sudor y orines.

El viaje no duró más de unos pocos minutos, y el vehículo se detuvo poco

después frente a un pequeño edificio gris. El conductor señaló hacia algo que parecía una puerta blindada de hierro.

–Ésta es tu parada. El autobús se detiene aquí, preciosa –dijo mientras le lanzaba un guiño a Nora, de un modo que le produjo escalofríos.

Cruzó la puerta, y se encontró en una habitación de color verde pastel al final de un largo pasillo. Un guardia de la prisión estaba esperándola. Tenía cara de cerdo, y un rictus en los labios que daba a entender que disfrutaba de su trabajo, y siempre por razones degeneradas, pensó Nora.

Le tendió la mano. Ella se la estrechó, sorprendida, y notó entre sus dedos un trozo de carne pegajosa por el sudor.

–Mi nombre es Jimmy Archer –dijo, y recorrió de arriba abajo con su mirada el cuerpo de Nora. Ella intentó no mostrarse consternada–. ¿Eres del equipo legal? –preguntó, simplemente por charlar, mientras la acompañaba a través del largo y vacío corredor. Nora podía oír el eco de sus pisadas sobre el linóleo gastado y las despejadas paredes.

Ella murmuró algo que podía interpretarse como una confirmación o una negación, según lo que mejor le viniese al funcionario de prisiones.

–Ya no solemos tenerlo atado. Con la edad, parece haberse vuelto más tranquilo. Sin embargo, como medida de precaución hoy hemos vuelto a esposarlo –la tranquilizó.

Nora lo seguía.

–La verdad es que no vemos a muchas mujeres por aquí. En circunstancias normales, quiero decir... –siguió diciendo Jimmy Archer.

Al acabar el largo pasillo, tomó el manajo de llaves, abrió, y empujó la puerta con un movimiento teatral, como si le cediese el paso a una mujer en un restaurante.

Se había imaginado una especie de mostrador, similar a los de algunas películas americanas. Un mostrador con vidrio blindado, donde el preso y el visitante se observan como dos peces en acuarios separados, obligados a hablar por un anticuado teléfono.

En vez de eso, se encontró con una mesa rayada de acero y dos sillas. Todo el conjunto estaba fijado con pernos al gastado linóleo.

En una de las sillas, estaba ya sentado el legendario Bill Hix. Sus antebrazos estaban encadenados a cada uno de los reposabrazos, aunque no fue eso lo primero que llamó su atención. Lo primero que vio fueron sus penetrantes ojos negros, que la miraban escrutadores desde detrás de un largo flequillo. Parecían

dos brillantes botones cosidos en un juguete de peluche, pero entonces parpadeó lentamente y de forma excesiva con uno de sus ojos, y le envió una sonrisa escalofriante.

–Agradable... –dijo con una voz que era más profunda de lo que esperaba. Parecía un tanto oxidada, como si no hablara mucho y se le hubiese olvidado aclararse la garganta.

Nora trató de que su rostro no expresara ninguna emoción, y movió levemente la cabeza en dirección a Hickley a modo de saludo, antes de sentarse frente a él. Echaba desesperadamente de menos tener delante una libreta y un lápiz. Algo con lo que entretener a sus manos y en lo que dejar descansar su mirada, para poder escapar de aquellos ojos y evitar la intimidad de aquella mesa, donde sus caras estaban tan cerca que podrían fácilmente tocarse con sólo extender el brazo.

Jimmy el funcionario dibujó una línea imaginaria sobre la mesa, y miró directamente a Nora.

–Si te quedas en tu lado, no podrá tocarte nunca. ¿Lo entiendes?

Ella asintió en silencio, y Jimmy señaló hacia la puerta con el pulgar.

–Estaré ahí fuera. Si nuestro amigo Bill se porta mal, sólo tienes que levantarte y llamar –añadió, antes de salir de la sala lanzándole una última mirada a Nora.

Hickley no miró ni una sola vez al funcionario. Se limitó a mantener sus ojos clavados en ella. Nora no pudo evitar mirar hacia atrás antes de empezar a hablar.

–Bueno, señor Hickley. ¿Sabe usted por qué estoy aquí?

Él ignoró su pregunta.

–Tienes una bonita estructura ósea. Muy bonita. Esos pómulos altos funcionan muy bien. Es sólo una cuestión de fotografiarte con la luz adecuada –dijo con el gesto de un comerciante de caballos en el mercado.

Nora también fingió ignorar sus palabras.

–Señor Hickley, no sé si ha tenido la oportunidad de comentar con su abogado las condi...

–¿Alguna vez has sido modelo?

–Soy periodista, señor Hickley...

–Bill.

–¿Cómo dice?

–Llámame Bill. No hablaré con alguien que insista en llamarme por mi apellido. Esta conversación terminará en este mismo momento si no deja de

hacerlo.

Nora hizo un esfuerzo por controlarse y reprimió su respuesta, recordándose a sí misma que no estaba allí sólo por sí misma y su trabajo, sino también por los padres de al menos catorce chicas y quizá muchas más. Personas que vivían en la más absoluta incertidumbre desde hacía años, y que necesitaban respuestas.

–Estupendo, me pasaré al Bill. Estoy aquí para hablar de las chicas que asesinaste.

Él negó con la cabeza.

–No, no, no... Así iba mejor, señorita Nora. Has dicho Bill y estaba satisfecho y preparado para confiar en ti, y entonces pones sobre la mesa ese aburrido asunto. Un asunto del que, por supuesto, yo no sé nada.

–Me cuesta creerlo...

Él se encogió de hombros y sonrió relajado.

–Vamos a hablar de otra cosa.

Nora se aclaró la garganta y sintió una oleada de adrenalina recorriendo su cuerpo. El miedo y la ira se amalgamaban en una mezcla explosiva que la impulsaba a agitar la verdad ante aquel hombre soberbio sentado ante ella, que no tenía ningún reparo en burlarse de las chicas que había matado.

–Como quieras, Bill. Vamos a hablar de otra cosa. Qué tal si me hablas de tus viajes. ¿Te gusta viajar?

Él movió los brazos.

–Mis posibilidades son, naturalmente, un tanto limitadas en la actualidad. Pero sí, viajé mucho con mi madre cuando era un niño. Tenerife, Costa del Sol, Rodas...

–¿Has estado alguna vez en Dinamarca?

Fingió buscar la respuesta. Ladeó la cabeza y simuló estar rebuscando en su memoria. Nora había visto a muchos extras de Bollywood ofrecer una actuación más convincente.

–Sí. Probablemente habré estado allí un par de veces... –contestó por fin, cuando ya no podía alargarlo más.

–¿En ferri?

–Sí. ¿Por qué?

–¿Recuerdas cuándo hiciste esos viajes en barco a Dinamarca?

–No. La verdad es que no. ¿Por qué es tan importante? –preguntó con fingida indiferencia.

Nora observaba cómo comenzaba a inquietarse en su asiento. Las cadenas lo

incomodaban.

–Esta conversación comienza a aburrirme, francamente –dijo cortante.

–Lulú y Lisbeth –soltó ella sin más.

Hickley se limitó a mirarla. De pronto, se había vuelto silencioso como un ratón. Estaba sentado completamente rígido, como si estuviesen jugando al escondite inglés. Como si temiera que un movimiento precipitado pudiera descubrirlo.

Nora lo dejó reposar.

Finalmente, Hickley tomó aire y se encogió de hombros.

–Conocí a tantas chicas en aquellos días... Colaboraba en la búsqueda de modelos, ¿sabes? Por eso las chicas querían acercarse a mí por todos los medios –dijo con desprecio–. Pero no puedo asegurar que esos nombres me digan nada. No, de hecho, no me suenan en absoluto, ni lo más mínimo.

Había demasiadas negaciones consecutivas. Parecía una especie de triple hechizo para que ella no pudiera descubrir en qué la engañaba. Hickley sabía exactamente de quién estaba hablando. Nora lo percibió con tanta seguridad como si fuera ella misma la que estuviera engañándose frente al espejo. Hix no le diría ni una sílaba más de lo que hubiese planeado decirle.

Así que decidió cambiar de marcha y frenar un poco.

–¿Viene alguien a visitarte a la cárcel?

Él le lanzó una mirada mordaz.

–¿Quieres decir además de mi abogado y de periodistas ridículas que salen de pesca?

Nora dejó que el silencio los envolviera, mientras se aferraba a la idea de que pronto estaría fuera de allí, al aire libre. Libre para ir adonde quisiera. Hix, en cambio, se quedaría allí hasta que se pudriera.

–Además de éstos, sí –dijo finalmente.

–No es asunto tuyo. ¿Algo más? –dijo haciendo ademán de ponerse de pie. Un gesto que en sí mismo era un poco ridículo, ya que todavía estaba encadenado a la silla.

Lenta y deliberadamente, Nora metió la mano a través de la abertura del cuello de su blusa blanca y sacó el papel de su sujetador. Empezó a desdoblarlo para que fuese evidente que había algo en aquel papel, pero se detuvo a medio camino, de modo que Hix no pudiera apreciar de qué se trataba.

Ahora volvía a tener toda la atención de aquel ser despreciable.

–Te gustan las fotografías, ¿verdad?

Él tragó saliva y asintió.

–¿Viene alguien a visitarte a la cárcel?

Él se encogió de hombros.

–Mi madre.

–¿Y tu hermana?

Él asintió levemente.

–¿Nadie más?

–No.

–¿Amistades por correspondencia?

–¿Qué hay en esa foto?

Nora la desdobló del todo y la sostuvo en alto ante él.

Sin pensarlo, instintivamente, Hix intentó alcanzarla. Las cadenas tintinearón antes de que él se dominase.

–Primero cuéntame con quién intercambias correspondencia. ¿Quién es el que va por ahí jugando a Bill Hix en tu nombre?

–No tengo ni idea de qué me estás hablando...

No la miraba a ella. Sus ojos apenas podían apartarse de la hoja de papel doblada. Nora hizo ademán de levantarse.

–Bueno, pues es una pena, señor Hickley...

–Bill –repuso con una mirada furiosa.

–Como he dicho, es una pena, pero no creo que haya aquí nada realmente interesante sobre lo que escribir.

Nora vio cómo la incredulidad se propagaba por el rostro de Hix, como si fuera el contenido de una taza de café derramándose sobre una hoja de papel blanco.

–Tú... tú...

–Sí. Evidentemente, he perdido el tiempo –dijo ella.

–Pero, si ni siquiera has preguntado por... –alcanzó a decir, con una voz tan lastimera que casi se rompió en un falsete. Parecía casi como un niño pequeño.

Nora pudo ver cómo se recuperaba poco a poco, como un hombre que se ha acercado justo hasta el borde del precipicio sólo por pura diversión.

–Buen intento, señorita Sand –susurró con una voz que había vuelto a descender un par de octavas. Su mirada era dura como el pedernal, y ahora asentía lentamente y con admiración–. Sí, es evidente que has perdido el tiempo. Pero ha sido un buen intento. He de reconocer que eres una de las mejores –añadió mirando hacia sus manos encadenadas a los apoyabrazos–. Como puedes ver, mi posición actual me impide, por desgracia, darte el aplauso que mereces.

Tendrás que imaginártelo.

Y tras estas palabras, se volvió y llamó al guardia. La audiencia había terminado. Nora podía sentir cómo la frustración se posaba en forma de rubor en sus mejillas.

Sin embargo, justo antes de que la puerta se abriese y descubriese a Jimmy Archer, miró a Nora directamente a los ojos y masculló entre dientes:

–Voy a atraparte, zorra. Yo siempre consigo lo que quiero.

Nora pudo sentir la pulsión del pánico bajo su piel. Él no podía alcanzarla, pero era como estar de pie con la nariz apretada contra el cristal del terrario y observar a una serpiente de cascabel lista para atacar. Estaba hipnotizada por el miedo. El cerebro sabe que la serpiente no puede atravesar el cristal, pero tarda demasiado en enviar el mensaje al cuerpo.

Tuvo que reunir todas sus fuerzas para ponerse de pie con tranquilidad sin permitir que se notase nada. Sus movimientos eran rígidos y controlados. Su mirada se fijó en la lejanía, apartando todo lo que había en aquella sala. No oía ningún sonido. Ni siquiera el pequeño tintineo de una horquilla que cayó al suelo.

Sólo cuando estuvo fuera, en el pasillo, se dio cuenta de que se había olvidado de respirar desde que se había puesto de pie. ¡Maldita sea! De una forma u otra la había jodido. Había estado sentada frente a él, muy cerca de dar con la clave de todo... Tal vez incluso de desenmascararlo... Y ahora lo había echado todo a perder jugándose todo a una sola carta.

Por alguna razón, la imagen de Hannelore y Helmuth Neuberg, cogidos de la mano en el aeropuerto de Múnich, la siguió durante todo el trayecto mientras recorría el corredor de la vergüenza, de vuelta por el pasillo de linóleo gris. Los dos padres de mediana edad con un vacío en la vida del tamaño de una hija desaparecida.

Jimmy Archer le puso una tarjeta en la mano justo antes de que subiese al furgón que la había estado esperando fuera del edificio. Se sentó y se quedó mirándolo con incredulidad cuando la puerta se cerró y el conductor se dirigió lentamente al edificio principal. Era una tarjeta de visita con su número de móvil. Una de esas que pueden imprimirse en la máquina automática de la estación, y con un pequeño logo del conejito de Playboy en una esquina.

En la parte posterior, Jimmy Archer había escrito con letra infantil y lenguaje de móvil: «Llámame. T invito a cenar, preciosa».

Nora arrugó la tarjeta y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

Cuando llegó a la recepción, era Foxy la que hablaba por teléfono, mientras que su colega estaba concentrado en pasar a uno de los niveles superiores de Tetris ante el ordenador. Al verla, puso el juego en pausa y le acercó el libro de visitas.

–¿Buena visita? –preguntó sin mostrarse muy interesado.

Nora se encogió de hombros, firmó y recibió sus objetos personales. Luego sacó su bolso de la taquilla y se dirigió al aparcamiento. Justo en ese momento, su móvil emitió un zumbido.

Era Spencer, para decirle que su coche estaba en camino y llegaría allí en cinco minutos.

–Ha sido un buen intento. Por favor, no te odies en estos momentos...

–Bueno, si no ha dicho nada...

–Y lo de la foto de las chicas, realmente muy buena idea. Ahí casi lo tuviste.

Nora miró el móvil unos instantes mientras asimilaba lo que le estaba diciendo.

–¿Qué? ¿Cómo sabes eso? En esa sala sólo estábamos Hix y yo.

–Hix, tú y la cámara oculta que pusimos justo encima del tablón de anuncios... Yo estaba justo a tu lado. Teníamos que hacerlo para garantizar tu seguridad. No olvides que Hix es un asesino sin escrúpulos. Y además nos era muy útil para estudiar su lenguaje corporal.

–¿Por qué no me lo dijiste? Pensé que estaba completamente sola ahí dentro.

–Ésa era justamente la idea. Si lo hubieses sabido, no habrías actuado del mismo modo.

Estaba molesta por haber fracasado, y sabía que en aquel punto sólo sería capaz de soltar incoherencias. A pesar de que en algún lugar de su cerebro sabía bien que no era razonable esperar mucho de aquella entrevista, había esperado poder marcar una diferencia.

–¡Que te jodan! –soltó sin más, antes de colgar.

Luego llamó a un taxi. Él volvió a llamarla dos veces mientras esperaba al coche, pero Nora no contestó.

Capítulo 23

Mientras el taxi avanzaba con lentitud a través del tráfico, Nora miraba fijamente a los edificios y a las personas que pasaban apresuradas hacia reuniones en las que tratarían temas que no significarían nada para los progenitores que habían perdido a una hija. Sólo hablarían de dinero, de propiedades y de cosas muertas que no tenían importancia alguna.

Trató de poner la mente en blanco y dejar que hiciese su trabajo para ayudarla a recuperarse, mientras oía en la distancia que el conductor había puesto la BBC en la radio, donde una mujer con un acento indio estaba discutiendo vehementemente con el presentador.

–Pero está en el libro. Está en el libro –decía una y otra vez.

Su interlocutor intentaba calmarla:

–Señora Singh, no creo que con esto vayamos a ninguna parte, y hay otros oyentes que están esperando para dar su opinión sobre las condiciones de los niños de matrimonios previos, pero gracias por llamar –dijo, pulsando el botón para cerrar el micrófono y sacarla de antena de forma rutinaria, antes de dar el número para que los oyentes pudieran telefonar.

Algo asomó la nariz en el borde de la conciencia de Nora. Algo relativo a un libro. Algo que estaba escrito en un libro.

Su mente rememoró lo ocurrido, y trató de reconstruir lo sucedido en la recepción de Wolfhall. Se había inscrito en el libro de visitas... Había tres copias de su entrada... Foxy las había dejado en la bandeja de su mesa...

Nora dejaba que la película pasara a cámara lenta por su cerebro, mientras sacaba el bloc de su bolso y anotaba los detalles, ahora que la memoria todavía estaba fresca.

Vio al colega al lado de Foxy, sentado con su Pepsi Max e interviniendo para hablar más de lo que debía... y contar que Hix recibía las visitas de su madre y su hermana. Había algo que chirriaba en toda aquella escena.

Sus pensamientos se desmoronaron cuando el conductor frenó bruscamente

delante de un joven que, con la capucha puesta y su iPod en las manos, cruzaba la calle sin mirar. El conductor bajó la ventanilla y gritó con todas sus fuerzas:

–¡Mira por donde vas, grandísimo gilipollas!

La única persona que no se volvió fue el chaval, que siguió balanceándose lentamente con su iPod al ritmo de una música que sólo él podía oír.

El taxi pasó a lo largo de Regent's Park, y la radio regresó machaconamente:

–Pero ¿qué pasa con las familias, qué pasa con la política social del Gobierno? ¿Ha fracasado? –insistía el presentador en la radio.

Familia... Libro... Las dos palabras que chocaban en su cerebro... Y de pronto, supo qué era lo que no encajaba. Apenas pudo esperar a llegar a casa para comprobar si recordaba correctamente. Cuando el taxi se detuvo delante de su edificio, Nora echó a correr escaleras arriba sin esperar que le devolviera el cambio, o al menos un recibo que pudiese enviar a El Cangrejo.

Encontró *Los asesinatos del siglo* en el lugar en que había caído, justo al lado de la mesita de noche, yaciendo medio oculto bajo una camiseta usada, y lo hojeó rápidamente hasta dar con el apartado sobre el pequeño William Hickley y su madre.

Su memoria no le había fallado: allí había algo que no cuadraba. Sin embargo, el periodista podría, por supuesto, haberse equivocado. Haber llevado a cabo una investigación descuidada. No sería la primera vez en la historia del mundo.

Buscó el número de McCormey, llamó a la comisaría de Dover y se presentó. Para su sorpresa, la pasaron directamente con el comisario.

–Señorita Sand, creo que sería una buena idea que llamara a Spencer. Sé que está muy interesado en contactar con usted –dijo sin presentarse.

–Hum... –masculló Nora. Esperaba que esa simple interjección pudiera interpretarse como una vaga respuesta.

–Simplemente se lo comento. Spencer es un hombre que está acostumbrado a conseguir lo que quiere. Y no parecía muy contento cuando me llamó hace apenas unos minutos.

–Tampoco yo lo estoy –respondió Nora, de nuevo a la defensiva.

A McCormey se le escapó una risita.

–No. Spencer parece tener ese efecto en la mayoría de la gente. Pero, créame, el trabajo que lleva a cabo es muy, muy importante. Más importante que él y sus modales. En serio, debería llamarlo. Ahora.

–Vale, vale, lo llamaré enseguida. Pero no le he telefonado para recibir consejos sobre cómo debo camelarme a Spencer. Esperaba que usted pudiese

ayudarme un poco con algunos detalles. Estoy tratando de elaborar un perfil de Hix. Cómo era antes de ir a la cárcel y ese tipo de cosas, para tener el cuadro completo.

–¿Y?

–Y entonces pensé: ¿hay algún familiar?, ¿tal vez algún hermano o amigo cercano con el que se topó durante sus investigaciones y a quien pudiera llamar para saber un poco más sobre cómo era de niño?

Hubo una larga pausa.

–¡Eh!, ¿hola? –dijo Nora para asegurarse de que no la había despachado.

–Señorita Sand, no puedo revelar información de este tipo ni a la prensa ni a nadie en absoluto. Y, por supuesto, eso incluye los nombres de hermanos y esas cosas. Si los tuviera, yo no podría dárselos, incluso teniendo en cuenta que el detenido fuera hijo único, sin familia ni amigos, yo no podría decírselo. ¿Lo entiende?

–Lo entiendo perfectamente. Gracias –dijo Nora.

–¿Eso es todo?

–Sólo una cosa más –dijo, recordando con una sonrisa la serie de televisión de su infancia en la que el detective de la gabardina arrugada siempre se volvía en la puerta con una última y crucial pregunta–. Sé muy bien que no puede decirme nada, así que esto no es más que un disparo al aire, porque estoy tratando de seguir una pista de Dinamarca, pero ¿alguna vez se topó con un hombre danés llamado Oluf? ¿Oluf Mikkelsen?

Una vez más, McCormey pareció pensárselo.

–Naturalmente, no puedo comentar casos particulares, pero sí me está permitido afirmar que, en toda mi carrera como oficial de policía, nunca me he encontrado con ese nombre. Y le puedo asegurar que tengo una memoria excelente.

Capítulo 24

En cuanto colgó, el contestador automático de Nora lanzó un «bip». Spencer había dejado cuatro mensajes. Ella suspiró profundamente y lo llamó. –Señorita Sand, así que eres de las que devuelves las llamadas –señaló con sequedad.

–Sí, eso parece –respondió ella.

Hubo una larga pausa, que Nora no tuvo ninguna prisa en llenar. Era Spencer quien se había equivocado, y no al revés.

–Escúchame... No soy una persona que suela disculparse por nada –comenzó.

–¿Pero?

–Pero nada, simplemente es así –dijo sin rodeos, y aun así Nora no pudo evitar sonreírle al teléfono. Le recordaba a su hermano David. Un hombre con una misión–. Me gustaría... nos gustaría –se corrigió– verte aquí mañana a las diez en punto. Tenemos cosas importantes que discutir.

–Hum. Mañana me viene un poco mal... –dijo.

–Señorita Sand, ésta es la mejor forma que se me ocurre de pedírtelo. No por mí, sino en nombre de muchas otras personas. Es por ellos por los que debes venir –dijo sin ambages.

Nora sabía bien que no tenía elección; no si quería quitarse de la cabeza la imagen del matrimonio Neuberg y de todas las fotografías de las muchachas desaparecidas.

Cuando colgó, se sentó de nuevo ante el ordenador y buscó las antiguas fotos que había escaneado de la cobertura periodística sobre la desaparición de Lulú Brandt y Lisbeth Mogensen. Hizo clic en una foto del grupo de Vestergården, y la amplió lo máximo que pudo, antes de centrarla en el área con la imagen de Oluf Mikkelsen.

Era demasiada casualidad que él fuera, de un grupo de ocho, uno de los tres desaparecidos sin dejar rastro en el Reino Unido. Si es que también él había desaparecido. Y sin duda sus huellas dactilares en la imagen de Lisbeth y Lulú sugerían algún tipo de conexión.

Nora recordaba ligeramente un artículo que había escrito hacía unos años, cuando la policía británica puso en marcha una base de datos de personas desaparecidas, y tras unos pocos clics en Google encontró el artículo.

El National Missing Persons Register se estableció con el fin de resolver los casos de los aproximadamente mil doscientos cadáveres no identificados que, en un día cualquiera, se almacenan olvidados en los distintos depósitos de cadáveres de todo el Reino Unido. Restos mortales de personas sin familiares que los recojan y den sepultura. Cuerpos sin vida ni nombre, sin historias vitales o, al menos, sin una prueba de que alguna vez fueron amados por alguien. Muchos de ellos eran personas que habían decidido poner fin a su vida en los raíles del metro, mientras que otros habían sido arrastrados a tierra a lo largo de la costa, encontrados en casas incendiadas o en los bancos del parque con las venas llenas de droga. Lo único que tenían en común era que habían abandonado esta vida olvidados por sus familiares, y que no tenían nombre.

En el National Missing Persons Register todos esos hallazgos eran documentados, fotografiados y recogidos desde todos los distritos policiales del país. Con el corazón encogido, Nora entró en la página web; estaba preparada para revisar foto por foto aquellas máscaras rígidas de lo que una vez habían sido seres humanos vivos. Sin embargo, la página web sólo daba un número de teléfono y una dirección donde se podía acudir si alguien tenía lo que llamaban un «interés legítimo» en acceder a las fichas de los archivos. El registro estaba en Walthamstow, y cerraba en media hora.

Era razonablemente lógico que no pudiera accederse desde Internet a aquellas imágenes de personas muertas. Ya había suficientes cosas horribles a las que uno podía acceder con un solo clic, pensó.

Llamó al número y concertó una cita para el día siguiente, poco después del mediodía.

Capítulo 25

La acompañaron desde recepción, y esta vez fue el propio Spencer quien la recibió en el pasillo del quinto piso. La hizo pasar a la sala de reuniones, donde Irene y Millhouse la esperaban con grandes sonrisas y lapiceros recién afilados. En medio de la mesa, había un cuenco con uvas, plátanos y ciruelas.

–Señorita Sand, nos alegra que haya podido venir –dijo Spencer sin asomo de ironía.

Nora cogió un plátano y se sentó en el borde de una silla, lo peló y se lo comió en tres bocados. Desayuno.

–¿Café? –preguntó Millhouse interrogativo, y ella asintió con la cabeza, todavía con un trozo de plátano en la boca.

Él le sirvió de la cafetera, mientras Spencer conectaba su portátil a un proyector y trataba de encontrar algo que parecía una carpeta de imágenes. Nora tomó un cartón de leche entera, y ajustó el café desde el negro al marrón claro.

–Buen trabajo el de ayer –dijo Irene guiñándole un ojo.

–En realidad, no alcanzo a ver qué puede haber aportado esa breve entrevista –replicó Nora–. Hix no dijo nada que no supiéramos ya, ¿no?

Spencer se aclaró la garganta.

–Sí que lo hizo. Tal vez no conscientemente, pero lo hizo, y ahí es donde entramos nosotros. Donde entras tú –explicó.

Nora tomó el primer sorbo revitalizador de café, y confirmó una vez más que el café del departamento de Spencer no sólo estaba entre lo mejor que le habían servido en su vida en una institución pública, sino que vagaba en una galaxia propia, comparado con cualquier otro café que hubiera probado en el Reino Unido.

Miró estupefacta a Millhouse.

–¿Qué es esto?

Él sonrió abiertamente.

–Blue Mountain de Jamaica, señorita Sand. Mi padre tiene una tienda de café

en el Soho. Durante mi primera semana aquí estuve a punto de pasarme a las mediocres bolsitas de té y a las mezclas industriales, hasta que acordé con Spencer que yo me encargaba del café –explicó.

Nora dejó que aquel líquido caliente se mantuviera unos instantes en su boca, degustando su suavidad y su sabor ligeramente tostado. De repente, fue como si se llevase todo su mal humor, y miró a Spencer con nuevos y frescos ojos.

–Está bien, ¿cómo puedo ayudar? –preguntó ella, mientras sacaba el cuaderno de su bolso.

–En primer lugar, dejando el bloc de notas a un lado –contestó Spencer con acritud.

–No dejas pasar una, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza con un atisbo de sonrisa, y pulsó una tecla de su ordenador. La película granulada de su visita a Hickley apareció en la pantalla, y Nora se estremeció involuntariamente al ver de nuevo aquel encuentro ante sus ojos. La cámara miraba casi frontalmente a Hickley, y Nora concluyó que debía de estar colocada en la pared, en diagonal detrás de su hombro izquierdo. El sonido estaba apagado, y en un rincón de la imagen corría un código de tiempo con grandes números blancos.

–Voy a dejar que Irene lo explique. Es experta en lenguaje corporal. De hecho, hizo su tesis doctoral sobre las imágenes de televisión de Jeffrey Dahmer –explicó Spencer, refiriéndose al notorio asesino en serie estadounidense que llegó a matar a diecisiete niños y hombres antes de ser arrestado.

Irene se inclinó hacia delante, dispuesta a repasar la grabación, que probablemente había revisado con lupa durante toda la noche, pensó Nora.

–Intenta avanzar alrededor de cuatro veinte –pidió.

Spencer obedeció.

–Prestadle atención ahora –dijo Irene, acercándose un poco más a la pantalla de la pared, en la que se proyectaba la imagen del portátil de Spencer–. Aquí tiene un control total sobre sí mismo –indicó, señalando los detalles de la imagen con un puntero verde–. Está apoyado en el respaldo. Su mirada es firme, en la frontera de lo exultante. Fijaos en las manos: totalmente relajadas.

Nora asintió. Incluso habiendo estado allí no se había dado cuenta de esos detalles.

–Está bien, ahora avanza más o menos un minuto.

Spencer avanzó y retrocedió con el ratón, y detuvo la grabación aproximadamente a los diez minutos de conversación, cerca del final.

El cambio era notable, y de alguna forma aún más claro al no haber ningún sonido que distrajera. Hickley se movía en su asiento hacia atrás y hacia delante sin descanso. Sus manos se cerraban y abrían, y dirigía la mirada en diagonal hacia arriba, como si estuviera tratando de acceder a recuerdos hace largo tiempo almacenados.

–¿De qué estábamos hablando ahí? –preguntó Nora.

Irene se volvió hacia Spencer.

–¿Podemos subir el sonido?

«¿... estado en Dinamarca?»

La voz de Nora resonó en la habitación.

–Ahí tocaste nervio –dijo Spencer en voz baja–. Hay algo con Dinamarca. Algo que quiere ocultar a toda costa.

Nora asintió.

–Tuve esa sensación mientras estaba allí. Pero cuando lo ves en la grabación queda realmente negro sobre blanco.

Spencer sonrió abiertamente.

–Sabía que lo entenderías.

–Eh, eso no quiere decir que piense que estuvo bien hacerme creer que estaría allí totalmente sola –saltó Nora, pareciendo más enfadada de lo que realmente pretendía.

Millhouse le sirvió más café e intentó suavizar las cosas:

–Lo más importante es que ahora tenemos algo con lo que trabajar.

Nora bebió pensativa.

–Pero he gastado mi única posibilidad. No creo que vuelva a cometer un error como ése. Perdió el control durante unos instantes, pero ¿va a permitir que suceda de nuevo? Si vuelvo a verme con él, va a estar aún más vigilante, ¿no? –preguntó sin dirigirse a nadie en concreto.

Spencer recogió la pelota.

–Tenemos que intentarlo de nuevo, y quiero destacar una vez más que has llegado más lejos que cualquiera.

–Está bien. Imaginémonos por un momento que estoy dispuesta a volver a mirar a los ojos a ese asesino desquiciado, y vamos a suponer que lo hago con gusto por una buena causa. Pero ¿qué puedo utilizar para hacerle hablar? McCormey dedicó... ¿qué?, ¿más de diez años de su vida tratando de obtener, sin éxito, algo de él?

Millhouse se echó hacia delante.

–Pero resulta que tú eres diferente, Nora –dijo con seriedad–. Tú le interesas. Le gustaría tener tu reconocimiento.

Nora lo miró atónita.

–¿En qué te basas?

–En el hecho de que realmente hace todo lo posible para tratar de impresionarte y establecer una especie de conexión entre los dos. Quiso que lo llamaras Bill. Con las otras personas que lo visitaron, en cambio, siempre insistió en que lo llamaran Mr. Hix, si exceptuamos a los familiares, claro.

Millhouse sacó de una carpeta de manila una pila de papeles unidos con un clip. Nora leyó el título boca abajo, y pudo ver que se trataba de una transcripción de la cinta de toda la entrevista. Millhouse había señalado múltiples pasajes con un marcador amarillo.

–Hay varias cosas que hiciste bien. No fuiste sumisa. No le insististe para que respondiera. Y fue casi genial cuando decidiste marcharte sin más –dijo con admiración.

Nora lo miró impasible.

–De hecho, no podía soportar estar en la misma habitación que él mucho más tiempo...

Spencer hizo una mueca que casi podría parecer de irritación. «Pero sólo casi», pensó ella.

–Pues tendrás que tragártelo. Tienes que volver a ver a Hix al menos un par de veces más –insistió–. Estamos intentando obtener un permiso. No llevará más de un par de días, y luego podrás visitarlo de nuevo cuantas veces quieras.

Nora se estremeció ante la idea.

–Pero...

Spencer la interrumpió:

–Estamos en fin de semana. Por lo tanto, no podré tener nada hasta por lo menos el miércoles. Cuadra perfectamente. Si aparecieras antes por allí, seguro que sospecharía. También necesito tiempo para hablar con Cross. Necesito que pueda prepararlo adecuadamente, de modo que su estado de ánimo sea el apropiado, por decirlo de alguna forma.

–¿Y Cross se va a prestar a eso? ¿No es, antes que nada, el abogado de Hickley? –preguntó Nora.

–Como ya he dicho, me debe un favor. Uno grande –contestó Spencer, sin dar más detalles.

Millhouse intervino de nuevo:

–Y tenemos una herramienta adicional en la reserva. Podemos atraerlo con la posibilidad de ser transferido a una prisión más abierta. Con..., digamos, condiciones menos estrictas.

Spencer tomó el relevo.

–Tenemos el fin de semana para preparar un plan de acción sobre cómo vamos a abordarlo. Tengo un par de colegas en Quantico y uno en Nueva Zelanda a los que me gustaría consultar. Tienen mucha experiencia práctica de por dónde comenzar ese tipo de cosas.

Nora eligió cuidadosamente sus palabras.

–Me gustaría ayudar en la medida de lo posible, pero tengo un trabajo del que ocuparme...

Spencer asintió.

–Soy consciente de ello. Y creo que puedo prometer desde ahora que no te robaremos mucho tiempo. Pero todo esto podría ser nuestra única oportunidad de profundizar en este caso. Soy consciente de que McCormey tiene una gran confianza en ti. Debes haberle causado una impresión muy favorable, y te aseguro que no le sucede a menudo con los periodistas –dijo lanzándole un guiño.

Nora se bebió el resto del café. A pesar de que se había quedado frío, no le dejó ni el más mínimo rastro de amargor en la lengua.

–Prepárate para una sesión informativa el martes, y luego tal vez otra reunión a finales de semana. ¿De acuerdo? –preguntó Spencer muy serio.

Ella asintió e hizo ademán de ponerse de pie.

–Bien, entonces...

–Y una última cosa, señorita Sand. Había una razón por la que te pedí que no sacases la libreta. Todo lo que sucede en esta sala es estrictamente confidencial.

–Pero entonces, ¿cómo podría...?

–Confidencial hasta que llegue el momento.

Nora suspiró. De acuerdo, así sería si no quedaba más remedio. De ese modo, ella tampoco estaba obligada a compartir información con él.

Se despidió y, en cuanto salió de Scotland Yard, bajó por Green Park para tomar la línea Victoria a Walthamstow.

Capítulo 26

Pasó dos veces por delante de la Office for Missing Persons Register antes de localizar, por fin, la pequeña oficina. Estaba en los bajos de un salón de peluquería pintado de rosa, que se anunciaba con alisado brasileño a mitad de precio.

Nora miró su reloj. Había llegado con veinte minutos de adelanto, y por un momento valoró la posibilidad de entrar a picar algo en un *pub* con el fascinante nombre de The Crown, que estaba a un par de calles de allí. Sin embargo, en cuanto asomó la cabeza en el interior, perdió el apetito. Olía a aceite de fritanga rancio y a cerveza agria. Los grandes éxitos de Roxette fluían por los altavoces con una total naturalidad, lo que indicaba que el cambio de milenio todavía no había llegado a ese pequeño rincón de Walthamstow.

En lugar de ello, decidió ver si tal vez la dejarían entrar con un poco de antelación. Bajó los cuatro peldaños del sótano, que parecía un lugar en el que, en otro tiempo, hubiera habido un taller de bicicletas. Un chico de unos veinticinco años estaba detrás del mostrador, mostrando una sonrisa de bienvenida y una camiseta naranja chillón que, bajo un gran *smiley* amarillo, proclamaba: «born to party». Frente a él, tenía abierto un ejemplar desgastado de *Moby Dick*.

–La peluquería es en el piso de arriba –dijo.

–Sí, es difícil no darse cuenta –contestó Nora con tranquilidad.

–Oh, ha venido para ver los archivos –dijo sorprendido, y trató desesperadamente de empujar el libro debajo de una pila de folletos, aunque al descubrir la mirada de Nora se encogió de hombros–: Tercer año. Literatura americana. Tengo que ganar algo de dinero mientras estudio, y no suele venir nadie por aquí.

–¿Sabes cómo acaba? Fue el mayordomo –dijo ella, fingiendo gravedad en el gesto.

El chico sonrió ante la ocurrencia:

–Mi nombre es Dave –se presentó él–. Y usted debe ser Nora Sand. Mike anotó tu nombre ayer en la agenda. No todos los días recibimos la visita de alguien que no sea de la policía.

–Eso explica lo de la camiseta. Tal vez no sea ésa la primera impresión que un allegado necesita cuando entra por esa puerta –señaló Nora.

Dave bajó la mirada y se sonrojó un poco.

–El ordenador está aquí –dijo el joven, mostrándole una desangelada habitación con ruidosas cañerías de agua por el techo, paredes blancas y dos escritorios antiguos enfrentados, cada uno con un ordenador.

Se inclinó y conectó el más cercano a la puerta. Se puso en marcha entre gemidos, mientras él se inclinaba sobre la mesa y encendía el monitor, que parecía haber sido fabricado en algún momento entre un Commodore 64 y el primer modelo de Apple.

–Es como entrar en un episodio de *Star Trek*, con toda esta tecnología.

David acusó recibo con una leve carcajada.

–Permítame decirle una cosa: no es que sea exactamente un buen negocio el de las personas desaparecidas o, para el caso, no identificadas, y desde luego no es aquí donde el Ministerio del Interior está dispuesto a gastar la parte más importante de su presupuesto. Aquí no hay votos, eso está claro –hizo una pausa, y luego, señalando el ordenador, añadió–: Tenemos que esperar a que se caliente. En realidad, estamos registrados como una organización benéfica, pero cualquiera intenta recolectar fondos en la calle para cadáveres no identificados. Y encima la mayoría son suicidas, personas que se tiraron al metro empujados por la soledad, porque nadie se preocupaba por ellos mientras estaban vivos. Pues, imagínese, ahora que están muertos, a la gente le preocupan aún menos, si eso es posible... Sólo tiene que probar a ponerse con una hucha junto a un idiota vestido con un traje de canguro que pide dinero para el Hogar de los Gatos o el Hospital infantil de Ormond Street... La gente se da la vuelta incluso antes de poder pronunciar la primera palabra...

El ordenador emitió un pitido. Dave se interrumpió y escribió una contraseña tan rápido que Nora apenas logró ver el número 66 y una X. Señaló a una desvencijada impresora que parpadeaba con un ojo rojo.

–Si necesita alguna copia, puede utilizarla. Pídame papel. Lo siento, pero tenemos que cobrarle cincuenta peniques por hoja. La buena noticia es que tenemos un límite máximo de cinco libras, por lo que, si necesita más de diez hojas, el resto es gratis. Lo sentimos, pero es para gastos corrientes.

Nora sacó al momento un billete de cinco libras del monedero.

–Para el café.

Dave salió a la recepción y regresó con un recibo escrito a mano y un vaso de agua. Se quedó de pie mirando por encima de los hombros de Nora, hasta que se dio cuenta de que sobraba.

–Bueno, me voy a mi capitán Ahab –dijo finalmente.

Nora sacó la foto de Oluf Mikkelsen del bolso, e hizo clic en la lista de fallecidos sin identificar. Había unas mil doscientas personas a las que la policía británica nunca había logrado poner nombre. En primer lugar, descartó a todas las mujeres. Quedaban más de ochocientos «sujetos». Luego hizo clic en la casilla de personas blancas, o, como los forenses de todo el mundo prefieren decir, los «caucásicos». Eso eliminó a algo más de trescientas personas.

Entonces entró en el campo de búsqueda temporal. Oluf había desaparecido más allá de los últimos cinco años.

Una vez eliminados de la ecuación los hombres menores de veinte y mayores de cincuenta, el grupo de alternativas quedó considerablemente reducido.

Si Oluf Mikkelsen (y era un gran «si») había fallecido en el Reino Unido sin que le hubieran puesto nombre, había una alta probabilidad de que estuviese en ese grupo.

Ya no le quedaba más que revisar una por una todas las fotos que quedaban. De caso en caso, fue pulsando en fotografías de rostros sin vida, con la tez pálida, los ojos desorbitados, ciegos o cerrados, y a veces incluso con la expresión desencajada con la que habían dicho definitivamente adiós a la vida.

Al lado de cada imagen había una breve información, como en un pasaporte, con el color del pelo y de los ojos, la altura y el peso estimados... Y datos adicionales que la policía de fronteras estaría probablemente agradecida de no llegar a ver: causa de la muerte, lugar de localización y características especiales.

Después de aproximadamente tres cuartos de hora de trabajo intenso, estaba contenta de haber decidido no comer nada en el pub. Lo que había repasado era un nauseabundo desfile de rostros. Algunos hinchados por haber estado en el agua durante varios días, otros aplastados por la caída desde puentes o edificios, o por el violento encuentro con un vagón del metro. Acabó clasificando a tres como posibles candidatos, pero el resto del grupo quedó descartado.

Finalmente, llegó a un conjunto en sí mismo en el que los cuerpos no tenían rostro. En siete de ellos apenas quedaba la calavera, pero a cuatro la policía o bien les había concedido una importancia mayor, o bien la investigación estaba

bloqueada de tal forma que habían pedido a un escultor especialista la reconstrucción del rostro con pasta de modelar a partir de las dimensiones del cráneo.

Nora los pasó rápidamente, pero se detuvo en la figura de cera de un hombre que recordaba vagamente a Oluf. La nariz era quizá demasiado recta, pero ¿cómo podría un escultor saber que Oluf Mikkelsen había sido boxeador, y que le rompieron la nariz, por primera vez, antes de cumplir los quince años? El color del pelo era castaño oscuro, que encajaba con lo que podía ver en la foto de Vestergården. Era imposible ver el color de ojos en la copia aumentada.

Siguió leyendo. Características especiales: tatuaje en su brazo derecho. Toro. Posible origen español. Cicatriz en la pierna izquierda de aproximadamente treinta centímetros de longitud.

Siguiendo un impulso repentino, sacó el teléfono y comprobó la señal. Había dos líneas, suficiente.

Alguien descolgó después de tres tonos. Parecía de mal humor:

–¿Humf?

–Sí, soy Nora Sand.

–Sí, sé muy bien que eres tú, Nora Sand. No hay nadie más que me llame desde un 0044 –soltó Bjarke con acritud–. ¿Tienes alguna información para mí?

Nora tuvo que admitir una vez más que no la tenía.

–Entonces ¿por qué me apestas el día con tu voz? –preguntó claramente harto de ella; Nora oyó un ruido de fondo de alguien jugando al billar. Sin duda no era el mejor momento para una charla amistosa.

–Seré rápida. Oluf.

–¿Oluf? ¿Qué pasa con él?

–Mikkelsen. ¿Tenía alguna característica especial?

–Ya no te sigo ni una mierda. ¿Qué coño tiene que ver Oluf con este asunto? Si ese boñiga está metido en esto, te juro que...

–No, no lo creo. O mejor dicho, no sé si hay una conexión, pero tengo que investigarlo. El método de exclusión, ya sabes –dijo Nora, suavizándolo. No podía darle detalles del asunto a un roquero, iracundo ya de antemano, y que se pavoneaba delante de sus compañeros de billar.

–¿Características? –repitió Bjarke.

–Bueno, tatuajes y esas cosas. ¿Cicatrices?

–Es curioso que lo menciones, Sand. De hecho, sí tenía –dijo Bjarke.

–Sí, ¿qué era exactamenrte? –preguntó Nora con un entusiasmo tal vez un

poco excesivo.

–Eh, eh, señorita, no tan rápido. Creo que tenemos un pequeño problema. El caso es que te he pedido algo de información, pero la situación es que hasta ahora no ha llegado nada. En lugar de ello, no dejas de llamarme y preguntarme más y más cosas. ¿Ves dónde está el problema?

Nora podía sentir cómo la irritación se fijaba en pequeñas manchas de rubor en sus mejillas.

–Joder, Bjarke. Te he prometido que tendrás algo cuando yo lo sepa. Pero no tengo nada todavía. Necesito poder investigar en paz.

–Humf –se le pudo oír antes de que pareciese alejar el teléfono y gritar en el local–. Eh, ¿podéis traer una birra por aquí?

Nora puso los ojos en blanco.

–¿Qué me decías? –preguntó él con indiferencia fingida.

–Preguntaba si era un toro lo que tenía en su tatuaje.

–Casi. Era un bisonte. Pero ahora que lo dices, no estoy muy seguro de que los de Tattoo-Flemming, en Vridsløselille, tuvieran muy claro en qué se diferencian. Bien puede ser que se pareciese a un toro. Aunque no había mucha gente que se atreviese a decírselo a Oluf.

–Gracias –dijo Nora, y colgó con el corazón acelerado.

Bien podría ser Oluf. Podría ser ella quien finalmente encontrase a Oluf Mikkelsen, después de todos esos años. Ciertamente era que nadie lo había buscado. Sin embargo, cabía la posibilidad de que el misterio de lo que había sido de él, tal vez, de alguna forma, podría ser la llave para saber lo que había sucedido con Lulú y Lisbeth.

Salió a la sala en la que estaba Dave, absorbido por las tribulaciones de los balleneros frente a la costa de Canadá. El chico señaló imprecisamente a la pila de papel:

–Puedes coger lo que necesites. Ya has pagado...

En total, había en el sistema cuatro páginas sobre el posible cadáver de Oluf Mikkelsen, y Nora las envió todas a imprimir. La información era escasa. La causa de la muerte era posiblemente ahogamiento, aunque la investigación terminaba con la vaga expresión de que «aún estaba sin resolver cómo había fallecido el sujeto».

Aun así, quedaba claro que el cuerpo había sido encontrado aproximadamente dos semanas después de que Oluf Mikkelsen fuese visto por última vez, al menos según lo que le había dicho el tal Rudolf, del club de boxeo. En el

apartado de «observaciones», se indicaba que se trataba de un hombre musculoso «en buen estado de salud, bien nutrido y con órganos sanos». La altura era de aproximadamente metro ochenta, peso estimado en alrededor de setenta y dos kilos; muy apropiados para el peso wélter que era Oluf.

El cadáver fue encontrado por un pescador, Arthur Thompson, cuando su cuerpo chocó con la hélice de su barco, lo que explicaba la falta de rostro de Oluf Mikkelsen.

Si es que, efectivamente, se trataba de Oluf Mikkelsen.

En la parte inferior de la última página, estaba la información que realmente necesitaba: «Detective a cargo de la investigación, Dale Moss, Waybridge Police Department».

Satisfecha, apagó el ordenador, se despidió de Dave y tomó el metro hacia su casa en Belsize Park.

* * *

Todavía había un poco de sol, y ya se imaginaba sentada en la cafetería de Rosie con un café helado. Dejaría sus cosas en casa y recogería los periódicos, antes de sentarse en uno de los inestables veladores que Rosie ponía en la acera cada día.

Poco después, al salir de su apartamento encontró en la puerta una pequeña pila de correo y la recogió. Más de la mitad eran para la señora Fleming, de la planta baja; sin embargo, había un par de sobres de ventana para *miss* Sand y también uno de esos sobres grises y rígidos que suelen utilizar los fotógrafos para enviar fotos sin que se doblen. ¿Tal vez era de Pete? Nora frunció el ceño y le dio la vuelta al sobre. No había remitente. Quitó el precinto y metió los dedos para sacar el contenido.

Transcurrieron un par de segundos antes de que consiguiera descifrar la difusa imagen. Las negras cuencas de los ojos, la boca abierta con sangre rezumante... Era Jean Eastman, la víctima que había sido encontrada en el maletero de Hix cuando fue detenido.

Nora miró el reverso de la fotografía.

«Esto les pasa a las niñas que miran demasiado y hablan demasiado», ponía con mayúsculas angulosas.

Su corazón se comportó como un gorrión que, por error, entra volando en una casa para empezar a aletear de un lado a otro presa del pánico, chocando contra

paredes y ventanas... Y aunque uno abra todas las puertas y ventanas para dejarle paso franco, continúa su comportamiento autodestructivo.

En ese momento, vio que el sobre no estaba franqueado. Alguien lo había entregado personalmente. Alguien sabía dónde vivía.

Nora trató de recapitular. ¿Estaban esas cartas allí cuando ella entró? ¿La acababan de entregar?

Cuando seleccionó el número de Spencer en el móvil, vio que las manos le temblaban ligeramente. Saltó el buzón de voz. Tragó saliva, y también su orgullo, y llamó a Andreas.

–¿Sí? –Sonaba un poco estresado.

–Andreas... Hay alguien... Alguien que me envía cartas... Alguien que sabe donde vivo.

–¿Cómo?

Lo repitió, y sólo entonces se dio cuenta de que él estaba en un lugar muy ruidoso.

–No te oigo... ¿Qué dices?

Nora pudo oír cómo su propia voz subía hasta las octavas más agudas, pero no podía evitarlo. El pánico bullía bajo la superficie. ¿Se atrevería siquiera a salir? ¿Debía quedarse en el apartamento?

–Andreas, creo que Hix sabe donde vivo y...

En ese mismo momento, oyó el característico tono que se emplea en los aeropuertos de todo el mundo.

–Nora, de verdad que me cuesta oír lo que dices. Ahora tengo que embarcar. Vuelvo a Dinamarca. Lo retomamos más tarde, ¿vale?

–¿Retomarlo más tarde? ¿Qué quieres decir...?

La conexión se interrumpió.

Trató de localizar a Spencer tres veces seguidas. Ningún resultado.

Por regla general, él se molestaba si ella no cogía el teléfono en el mismo microsegundo en que sonaba, pero al parecer era incapaz de responder a una llamada cuando más se lo necesitaba.

Bajó las escaleras, abrió la puerta y se asomó, escudriñando la calle con cuidado. No había ninguna actividad sospechosa. Peatones completamente normales de camino a reuniones, al café de la tarde o a Sainsbury para comprar salsa de tomate y rollos de cocina.

Trató de contemplar la situación de forma lógica. Su dirección estaba a disposición del público. En la página web de *Globalt* estaba su foto y la

información de contacto: era una necesidad a la que se veía obligado todo corresponsal, y a la que nunca antes había puesto ninguna objeción.

Pero ¿quién podría haber dejado en su portal aquel sobre? ¿Era el cómplice de Hix? ¿El imitador? ¿O alguien que intentaba seguir sus pasos?

Nora no tenía ninguna intención de averiguarlo. Corrió escaleras arriba, buscó la vieja bolsa de deporte y, en menos de diez minutos, la llenó con las cosas más necesarias. Luego se colgó el maletín del portátil al hombro, cerró la puerta tras ella, caminó por la acera a toda prisa, cogió el primer taxi que vio y pidió que la llevara a Waterloo. Tendría que llamar a su madre desde el tren.

* * *

El viaje a Honiton duraba tres horas. Nora contemplaba el paisaje de prados, bosques y pequeñas casitas blancas que parecían apiñarse en las faldas de las colinas. Trataba de encontrar una calma que no sentía y pensar un poco. Nadie sabía que su madre estaba saliendo con un cultivador de manzanas de Devon. Hix nunca podría encontrarla allí. Cuanto más la alejara el tren de Londres, tanto más segura estaría. Después de una hora, Elizabeth por fin contestó al teléfono.

–Mamá, voy a pasarme por casa de Patrick por unos días... Tengo que escapar de Londres –comenzó.

Hubo una pausa.

–Bueno... sí. Está bien... –dijo su madre fríamente.

–Mamá, realmente tengo que salir de Londres –explicó Nora.

–Un momento –se oyó.

Nora oía un tintineo y una conversación murmurada. Sin duda su madre estaba comentárselo a Patrick.

–Vale. Puedes quedarte en la casita de huéspedes. Pero no nos avisas con mucha antelación, la verdad.

–Pero, mamá...

–Bueno, no hay problema, aunque nosotros no vamos a estar por aquí. Angela Ford cumple sesenta años, así que estaremos fuera la mayor parte del fin de semana. De todos modos, Patrick dice que puede dejarte una llave fuera.

–Ya, pero...

–¿Cuándo vienes?

Nora comprobó el reloj.

–En unas dos horas estoy ahí.

–¿Tan pronto? –La irritación en la voz de Elizabeth se percibía bajo una fina capa de educación.

Nora no dijo nada.

–Hum... Tenemos una cena esta noche. ¿No podrías tomar un taxi desde la estación? Difícilmente podemos ir a recogerte, los invitados están a punto de llegar. Yo estoy con tres platos a la vez, y necesito a Patrick para preparar los cócteles –explicó.

–De acuerdo, mamá. Está bien –contestó Nora, y colgó.

Al menos estaría segura por una noche. Pero estaba claro que no iba a ser posible pasar el fin de semana en los acogedores brazos de la familia. Cuando se trataba de Elizabeth, no había brazos acogedores que valieran, y Nora se preguntó por qué nunca escarmentaba. Siempre tenía que recorrer el camino desde el principio cada vez que se decidía y le pedía ayuda a su madre.

Aún no había conseguido localizar a Spencer y, en su desesperación, trató de dejar un mensaje a través de la centralita de Scotland Yard. Sin embargo, siguiendo a rajatabla el protocolo, negaron incluso saber nada de la existencia de Spencer.

Había metido el sobre en el lateral de la maleta del portátil, del que sobresalían aquellas fatídicas esquinas grises que le recordaban su terrible contenido. Era como si llevara una bomba de relojería. Sus pensamientos zumbaban en su cabeza como avispas en una botella, y una y otra vez se topaba con la pregunta de quién habría entregado el horrible primer plano de la que había sido una joven y sonriente dependienta en una tienda de flores... con ojos con los que mirar y lengua con la que hablar.

Trató de dirigir sus pensamientos hacia Oluf y el misterio de cómo podría haber terminado en el mar. Pero era inútil. Parecía que los agudos cantos de aquel sobre hurgasen en su conciencia.

Justo en el mismo momento en que el tren rodaba frente al bajo edificio de ladrillo rojo de la estación de Honiton, comenzó a llover. Nora echó a correr hasta la parada de taxis, pero sólo alcanzó a ver cómo desaparecían por el horizonte las luces traseras del único taxi que había. Se dispuso a esperar, y aprovechó la ocasión para llamar a El Cangrejo. Lo encontró en casa, y por su voz entendió enseguida que estaba ocupado.

–¿Qué pasa, Sand? ¿Podemos resolverlo rapidito? Tam-tam familiar.

–He recibido una carta de amenaza. Creo que es de Hix, o de un cómplice...

–¿En serio? ¡Explícamelo!

Nora se lo contó.

—¿Y estás segura de que no puede ser de alguien de Scotland Yard que te lo haya enviado porque está relacionado con tu investigación?

Nora puso los ojos en blanco.

—Sí, estoy segura. En ningún caso creo que sea eso.

—Pero deberías descartarlo antes de que podamos tomárnoslo en serio. Tienes que comprobarlo, y el lunes lo vemos. Por supuesto, si se trata de una amenaza real, tienes el apoyo incondicional de la revista. Es el procedimiento estándar. Nadie puede amenazar a los periodistas de *Globalt*. De ninguna manera. ¿De acuerdo? —dijo El Cangrejo con prisa.

—Sí, sí, está bien —contestó Nora un tanto decepcionada, antes de colgar.

El Cangrejo tenía cierta tendencia a hacer las cosas en piloto automático cuando estaba estresado.

La penumbra comenzaba a descender sobre Honiton, y ya se preguntaba si valía la pena llamar a su madre y preguntarle por el número de un servicio de taxi local que pudiera recogerla en la estación, cuando un Toyota negro con un cartel de taxi en el techo se plantó delante de ella.

Nora abrió la puerta, y se sentó en el asiento trasero con la bolsa y el maletín del portátil en su regazo. El olor a ambientador mezclado con aroma de cuero era abrumador. El hombre del asiento delantero no se volvió. Nora le dio la dirección de la plantación de manzanas de Patrick, y sin más comentarios el tipo salió de la estación y giró a la derecha.

Luego trató de entablar una conversación sobre el tiempo para ocultar su nerviosismo, pero el taxista le respondió de mala gana con gruñidos monosilábicos, y pronto se hizo de nuevo el silencio en el coche. Ni siquiera llevaba puesta la radio. Sólo se oía el leve silbido del motor y los pequeños pero firmes chasquidos de las gotas de lluvia que golpeaban en la luna delantera, acompañados por el monótono silbido de los limpiaparabrisas, que habían conocido días mejores.

Nora había visitado a Patrick muy pocas veces. Creía recordar que el viaje desde la estación duraba unos quince minutos, y trató de reconstruir la ruta en su cabeza. Era algo así como bajar por una carretera en la que había un *pub* con un caballo en el cartel... ¿O era un unicornio? Luego venía un gran granero negro y un camino de tierra.

Cuando llevaban recorrido lo que parecía una eternidad, Nora divisó con alivio el cartel del *pub* detrás de las empañadas ventanillas. Casi habían llegado. A

partir de ese punto, no serían más de cinco minutos de viaje. Un momento después, pasaban por delante de The Unicorn & Maiden.

–¿Eh! ¿No deberíamos haber tomado ese camino?

El conductor no respondió.

Nora lo intentó de nuevo. Esta vez un poco más alto:

–¿Creo que deberíamos haber girado aquí...!

El hombre permaneció en silencio, y Nora tuvo la sensación de que aceleraba para aumentar la velocidad un poco más. Un escalofrío le recorrió el cuerpo mientras trataba de controlar los nervios.

Lo intentó de nuevo:

–¿Hola? ¿Ha tomado bien la dirección a la que vamos?

Esta vez el conductor se encogió de hombros y aceleró aún más.

Nora evaluó rápidamente sus posibilidades. El coche iba demasiado rápido como para saltar en marcha, pero sabía que en algún momento tendría que reducir la velocidad en aquellas estrechas carreteras rurales. Con discreción, recogió la bolsa acercándola a su cuerpo y tensó los músculos, lista para la huida.

Cuando el coche redujo la velocidad al tomar una curva cerrada, agarró con decisión la puerta, preparada para saltar. La manecilla hizo clic, pero no tuvo ningún efecto. El seguro para niños estaba activado.

Vio la mirada del chófer en el espejo retrovisor que parecía divertirse con sus intentos.

–Calma. Ya casi estamos –dijo en un susurro.

Su voz sonaba extrañamente desfigurada, como si estuviera bajo los efectos de las drogas. Nora calculó si podría tirar del freno de mano para obligarlo a detener el coche.

En ese mismo momento, sonó el móvil. Era Spencer:

–Señorita Sand, ¿qué se está quemando?

Las palabras fueron llegando, pero su cerebro no parecía capaz de disponerlas en el orden correcto. No se atrevía a hablarle de la foto mientras estuviese en un coche con un loco que estaba secuestrándola.

–Rastrea mi móvil. ¡Es de vital importancia!

Spencer sonaba tranquilo y desapasionado.

–Tienes que explicármelo mejor para que podamos...

–¡Hazlo ahora! ¡Es una cuestión de vida o muerte! –alcanzó a decir, justo cuando el Toyota negro entraba en el patio delantero de la finca de manzanas de

Patrick.

El conductor se dio la vuelta y la miró con ojos vidriosos.

–Son quince libras exactas. Siento no haber estado muy hablador –dijo señalándose la mejilla, que estaba hinchada–. Me han hecho una endodoncia esta tarde.

–¡Señorita Sand, ¿qué está pasando?! –gritó la voz de Spencer desde el teléfono.

–Nada, nada... Olvídelo. Lo siento –dijo sin más, y colgó.

Nora sacó un billete de veinte y se lo entregó al conductor. Él se bajó del coche y le abrió, y poco después Nora llamaba a la puerta principal de la casa. Fue su madre quien abrió, mientras que los dos King Charles Spaniel, que respondían al nombre de *Whisky* y *Soda*, ladraban con entusiasmo entre sus piernas. Llevaba un peinado elegantemente recogido e informal, y su maquillaje era impecable. De pronto, Nora se sintió sucia y desaliñada.

–Ah, ya estás aquí. Estamos a punto de sentarnos a cenar... Tal vez quieras prepararte un sándwich en la cocina un poco más tarde, cuando las cosas se hayan calmado.

Ella asintió.

Su madre la saludó con formalidad, con un par de besos en las mejillas. Nora se quedó de pie en la escalera y la dejó hacer.

–Bueno. Tengo que volver a la tarea. La llave de la casa de huéspedes está en la maceta verde, al lado de la puerta. Patrick ha encendido la calefacción para que se vaya caldeando.

De fondo, Nora pudo oír las risas de un hombre y un par de gorjeantes voces femeninas. Forzó una sonrisa a modo de saludo, y se arrastró a la cabaña, al otro lado del cuidado jardín.

En el último momento, su madre le gritó:

–¡Eh! ¿Va todo bien, cariño?

–Sí, sí... –contestó Nora mecánicamente, sin ninguna convicción en la voz.

–Vale, podremos hablar mañana por la mañana durante el desayuno, ¿no? Buenas noches, ¡si es que llegan! –dijo su madre, cerrando la puerta tan rápido que la anilla que colgaba de la boca de la antigua aldaba con forma de león chocó contra el roble macizo un par de veces.

Nora se encogió de hombros, y tratando de animarse un poco entró en la cabaña. Estaba limpia y caliente, y olía a lavanda. No había ningún Hix escondido por ahí, y la wifi funcionaba. Era todo lo que necesitaba en ese

momento.

Se dio una ducha y volvió a cruzar el jardín para entrar en la cocina, donde se preparó un par de rebanadas con queso, que regó con *chutney* casero hecho con las manzanas de Patrick. Lo puso en un plato, se metió un par de manzanas del frutero en el bolsillo y volvió a la casita de huéspedes, dispuesta a trabajar.

Sólo entonces cayó en la cuenta de que, en medio de la confusión, se había olvidado de contarle a Spencer lo de la foto, por lo que intentó llamar de nuevo. No tuvo suerte. Le envió un mensaje de texto corto: «Amenazada. Puede q x Hix. Llama».

Luego abrió el portátil y trató de hacer un pequeño resumen de las notas de su visita al registro de personas desaparecidas.

Dos horas más tarde, se despertó en la cama, vestida y con el portátil en su regazo. Lo cerró, se cepilló los dientes, se quitó la ropa y volvió a caer en un profundo sueño.

* * *

A la mañana siguiente, a las ocho, se deslizó a la cocina para prepararse una taza de café. Sólo *Whisky* y *Soda* dieron señales de vida. La planta superior estaba en silencio, y del salón llegaba un leve aroma a cerveza derramada y restos de coñac, que se mezclaba con el olor de los puros que a Patrick le gustaba sacar en ocasiones especiales. Nora se preparó un par de tostadas y las cubrió con mermelada de naranja, buscó el café sin encontrarlo, y acabó preparándose en su lugar una taza de Earl Grey fuerte con leche y un montón de azúcar. *Builder's tea*.

Luego regresó a la cabaña, se sentó ante el pequeño y antiguo escritorio que podía servirle como mesa de trabajo, y comenzó desde el principio a repasar sus notas del día anterior.

No le llevó mucho tiempo localizar en Google el número de la policía de Waybridge, territorio de Dale Moss, el agente que había llevado el caso del cadáver aparecido en el mar, que, según sus pesquisas, podía ser Oluf.

Una mujer contestó al teléfono después de varios tonos.

—¿Dale Moss? Hace ya más de diez años que no trabaja aquí. ¿De qué se trata?

—Un caso antiguo —explicó Nora.

—¿Quiere que le pase con su sucesor?

Nora dijo que sí, y unos segundos después oyó una voz femenina y autoritaria:

–Habla D. C. Summers.

La mujer escuchó pacientemente la explicación de Nora de cómo seguía una pista de un hombre danés desaparecido. Un joven al que nunca había reclamado nadie, pero que ella creía haber localizado. Tal vez sus investigaciones le permitirían poner un nombre donde hasta ahora sólo había habido un signo de interrogación.

–¿Y qué es exactamente lo que espera de mí, señorita Sand?

–Esperaba que, para empezar, me autorizase a ver el archivo de...

Summers la interrumpió de inmediato.

–No podemos mostrarlo. Lo siento. Por mucho que quisiera, los archivos no están abiertos al público. A menos que, por supuesto, solicite formalmente el acceso público... O que pueda mostrar un documento del hombre del que está hablando, aunque esto último parece una posibilidad muy poco probable –dijo secamente.

Nora suspiró.

–Pero podría hacer algo aún mejor –continuó Summers.

–¿Y qué es? –preguntó Nora, esperanzada.

–Puedo concertar una cita con Dale Moss. Podrá contarle todo lo que recuerde sobre el caso. Tal vez también él esté interesado en escuchar lo que tenga usted que decir. ¿Podría estar aquí el domingo al mediodía?

Nora le dijo que sí.

–Todos los domingos almuerza en un pequeño *pub* llamado The Three Mermaids. Así lo ha hecho los últimos quince años, y llega tan puntual que puedes usarlo para poner en hora tu reloj. A las 13:15 horas. Suele quedarse al menos una hora.

–Pero ¿hay alguna garantía de que quiera hablar conmigo?

–Se lo pediré como un servicio especial, y dirá que sí.

–¿Podemos estar seguras? –preguntó Nora, pensando que era un viaje en coche muy largo para sentarse en un bar mirando a un policía retirado que tal vez no quisiera decir una palabra sobre un caso antiguo.

Summers lanzó una risa corta.

–Sí, estoy bastante segura de que lo hará si se lo pido. Es mi padre, y suelo almorzar con él los domingos cuando no estoy de servicio. Buscaré el expediente y le echaré un vistazo, de esa forma podré intervenir si hubiera... lapsos de memoria.

Nora se lo agradeció y colgó. En un par de clics, encontró una empresa de

alquiler de coches en Exeter, y reservó un coche para esa misma mañana. No tenía ningún sentido quedarse sola contemplando la plantación de manzanas de Patrick sin nadie en casa.

Cuando volvió a la casa con la taza de té, todavía no se había levantado nadie. Localizó el número de una empresa de taxis en el tablón de la cocina, y pidió uno para que la recogiera cuanto antes. Luego escribió un mensaje rápido en la parte posterior de un sobre usado, que encontró en una pila de papeles en el alféizar de la ventana.

«Gracias por el cobijo. Buena fiesta. Abrazos.»

Por suerte, el conductor que, minutos más tarde, entraba en el patio no era el mismo que la había traído desde la estación. Cuando Nora cerró la cabaña a sus espaldas y dejó la llave en su lugar, los perros ladraron sin mucha convicción.

Ya en el taxi llamó a El Cangrejo. Probablemente tendría que obtener su autorización, y lo más probable es que estuviese ya trabajando. Sin embargo, por una vez no lo estaba. Aun así, cogió el teléfono y se quejó.

–Me pillas subiendo por Valby –proclamó con orgullo.

–¿Vas en bici? –dijo Nora, sorprendida.

–Sí. Los niños me han regalado un manos libres para el móvil por mi cumpleaños, así que puedo hablar desde mi bici de montaña –explicó.

Nora lo puso al día de la situación.

–¿Qué va a costar? –quiso saber él.

–Un par de miles, tal vez tres o cuatro todo.

–¿Y estás segura de que vale la pena? ¿Crees que vas a sacar algo en limpio?

Nora respondió con vaguedad.

–Bueno, mi instinto me dice que sí. Creo que es Oluf, y creo que hay alguna conexión con el caso. Pero por ahora no puedo darte más detalles.

El Cangrejo había dejado de resoplar. Probablemente se había detenido en el arcén, o quizás en un semáforo.

–De acuerdo, adelante. Pero llámame esta noche.

–Muy bien...

–Y oye, Sand.

–¿Sí?

Lo que tenía que decir fue ahogado por unos pitidos ensordecedores.

–Sí, sí, ya voy. ¡Tranquilo, hombre! –gritó El Cangrejo fogoso. Lo oyó perjurar, antes de que volviera a dirigirse a ella–. Sand, ¿estás aún ahí?

–¿Tienes algo más que decirme?

–Sí. Cuídate. Y procura que tenga pronto algunas líneas para mi revista, ¿vale? No puedes andar por ahí, de fiesta en fiesta y de playita en playita, ¿verdad? Vaya, ahora me llama Washington. Hablamos.

Y, con un pitido, El Cangrejo desapareció de nuevo en algún lugar de la colina de Valby.

Capítulo 27

En el mostrador del aeropuerto le entregaron las llaves de un coche amarillo, pequeño y feo. La empleada, que llevaba un uniforme de poliéster color verde hierba, se encogió de hombros.

–Como era para un recorrido corto... –comentó, mientras Nora estampaba su firma en los ocho lugares en los que la mujer le había puesto pequeñas cruces.

Cuando se metió en el coche y empezó a buscar la localización exacta de Waybridge en el mapa del móvil, llegó un mensaje de texto. Número privado. Seguramente Spencer. ¿Por qué le costaba tanto a este hombre hacer una llamada?

El pulgar dudó un microsegundo sobre el mensaje, antes de pulsar para abrirlo.

«Voy a atraparte, zorra. Yo siempre consigo lo que quiero.»

Nora se sintió como si de pronto hubiese perdido toda la sangre del cuerpo. Ésas eran las palabras exactas que Hix le había susurrado al dar por finalizada la entrevista. Exactamente la misma formulación.

A Nora le temblaban las manos cuando llamó de nuevo a Spencer.

Contestador automático. Dejó un breve mensaje. De forma totalmente irracional, miró por encima del hombro y cerró todas las puertas del coche.

«Hix no está aquí», trató de explicarle a su galopante corazón. Por supuesto que no estaba ahí. Estaba pudriéndose en su celda de Wolfhall. Por supuesto que sí...

Sólo se recuperó un poco cuando sonó el teléfono. Spencer.

–Tiene que ser breve. Estoy en medio de algo –dijo cortante.

Nora le habló del mensaje de texto, y en un primer momento se mostró escéptico.

–Cualquier persona puede encontrar tu número en la web de *Globalt*. Así fue como yo te encontré... –dijo con prevención.

–Pero eran exactamente las mismas palabras –repuso ella–. Y hay más...

La voz de Spencer no parecía mostrar ninguna emoción cuando la interrumpió:

–Señorita Sand, parecías muy nerviosa cuando hablamos ayer. Y al final resultó que no había ningún motivo de preocupación.

–Sí, pero hay más. Alguien dejó un sobre con una foto de Jean Eastman en mi casa. También llevaba una amenaza en el reverso.

–Podría ser cualquiera. Esas fotografías están al alcance del público. Pueden descargarse de algunos de los sitios web más oscuros y deleznable –repuso Spencer.

Nora trató de aceptar su argumento.

–Vale, pero nadie sabe que estoy trabajando en este caso, ¿verdad?

Spencer se quedó callado unos instantes, y finalmente se decidió.

–Está bien. No preguntes cómo se puede hacer, porque no voy a contártelo, pero le voy a pedir a Millhouse que lo mire, ¿de acuerdo? Te llamará cuando sepa algo. Y para que conste: no debes dar por supuesto que tengo tiempo para devolverte las llamadas durante el fin de semana. Tengo que poner en orden todas las piezas de este asunto –concluyó.

–Pero..., ¡si es el mismo caso! –exclamó Nora.

Spencer, sin embargo, ya había colgado.

Nora le reenvió el SMS, y luego salió con el coche del aeropuerto. Las manos aún le temblaban ligeramente cuando cambiaba de marcha, pero se consoló con la idea de que, mientras estuviera de viaje, nadie podría localizarla. Ni siquiera alguien como Hix.

Aun así, todo aquello era muy extraño. ¿Cómo era posible que un hombre que estaba tan bien vigilado pudiese enviar un SMS como aquél? La verdadera dificultad, sin embargo, no estaba en conseguir su número de móvil o su dirección, sino en hacerle llegar aquel sobre...

Justo en ese momento, le llegó un nuevo mensaje. No reconocía el número, y apenas se atrevía a abrirlo.

«Soy Millhouse. Spencer me pidió que comprobara el SMS que recibiste. El número es de un tal Jimmy F. Archer. Sin condenas, pero con tres multas de aparcamiento sin pagar. ¿Te dice algo?»

Nora no sabía si debía sentirse aliviada o enojada.

Se detuvo en el arcén y pulsó llamada. Millhouse contestó de inmediato. Nora no esperó siquiera que se presentara.

–¿Explicame qué diablos está pasando en el sistema penitenciario británico? ¡Ése es el idiota que vigila a Hix! El muy payaso incluso me invitó a salir cuando me acompañó hasta el aparcamiento. ¿Es que ya no hay controles de

seguridad para el personal? –soltó de carrerilla, furibunda.

Era consciente de que nadie podía tener que ver menos con aquello que Millhouse, pero daba la casualidad de que era con él con quien estaba hablando.

–Nora. Entiendo perfectamente que esto sea molesto para ti, después de todo lo que has tenido que pasar, pero tal vez se trate sólo de un hombre despechado que ha visto su oportunidad de hacerse notar un poco –dijo Millhouse para calmarla.

Nora pensó que ése era el tipo de cosas que se aprendían en la primera media hora en el curso de negociación de rehenes de Scotland Yard: mostrar comprensión y empatía. Generar confianza. Comenzar cada oración con aquella frase sin contenido: «entiendo perfectamente...».

Con ella no tenía que recurrir a esas idioteces.

–Millhouse, escúchame: utilizó las mismas palabras, exactamente las mismas palabras que Hix. Y él no estaba en aquella sala cuando me lo dijo. ¿Cómo sabía lo que Bill Hix me había dicho? ¿Cómo podía saberlo con tanta exactitud?

Millhouse guardó silencio mientras pensaba.

–Puede haber muchas explicaciones. Tal vez tenga cierta confianza con Hix.

–Y una mierda –cortó Nora.

–Está bien. Quizás eso sea bastante difícil. Pero pudo haber escuchado detrás de la puerta.

Nora se quedó callada unos instantes.

–Vale. Es posible, pero me gustaría estar segura de que Hix está todavía en la cárcel. ¿Puedes hacer esa comprobación?

–Me parece justo. Te llamo –dijo Millhouse.

Pasó una hora atormentada, y sólo se recompuso cuando el teléfono sonó de nuevo. La voz de Millhouse era pausada y tranquilizadora.

–Llamé y hablé con el oficial de guardia en Wolfhall. Comprobó en el ordenador que Hix, al igual que el resto de internos de su galería, estaba en su celda desde las diez de la noche. El sistema es automático, y salvo que ocurra algo excepcional no visitan a ninguno de los presos antes del recuento y cambio de guardia, a las 12:30. Es fin de semana –explicó Millhouse.

–¿Y qué pasa con Archer? –preguntó ella.

–Estuve revisando con más detalle los datos sobre el mensaje de texto, y parece ser que fue enviado desde Wolfhall, por lo que todo apunta a Archer como el gran villano. Hablé con el guardia del turno de noche, y se comprometió a tener una charla con él cuando se encuentren esta tarde. Independientemente de que quieras denunciarlo o no, es un comportamiento inaceptable, pero su turno

terminó anoche a las once de la noche, así que por el momento no se puede hacer nada más.

Nora suspiró.

–Está bien, gracias.

Después de colgar, se quedó sentada en el coche un rato mirando hacia los campos. Y de pronto vio lo evidente: ¿cómo podría enviar Archer un mensaje de texto desde Wolfhall por la mañana, si no estaba en el trabajo? Algo no encajaba.

Llamó de nuevo a Millhouse, pero no contestó, así que volvió a intentarlo con Spencer. Saltó directamente el buzón de voz. Prefirió no dejar ningún mensaje.

Capítulo 28

Cuando volvió a incorporarse a la carretera, encendió la radio. No quería escuchar jazz, porque le recordaría demasiado el viaje con Andreas, y tampoco le apetecían las noticias o programas con oyentes iracundos que llaman para quejarse de que las luces de la calle se apagan demasiado pronto, o que hay demasiadas pocas plazas de aparcamiento en el centro de Stratford. En lugar de eso, encontró una emisora cuya fórmula era poner canciones de amor empalagosas, interrumpidas tan sólo por los saludos que se dirigían los oyentes entre sí. «¡Looooove radioooo!», como decía el presentador, con una voz que sonaba tipo Barry White, antes de que su legendario órgano vocal madurase y se convirtiese en un bajo con toda su fuerza.

–Aquí va una canción de Tim para Emma. «Te echo de menos cada minuto y con ganas de que llegues a casa esta noche después del trabajo» –decía adulator el presentador en nombre de Tim, antes de poner, para sorpresa de Nora, uno de los primeros temas de The Cure. Mucho mejor que la empalagosa Celine Dion, que había temido oír a continuación. Se preguntaba si debería tratar de buscar a Summers tan pronto como llegase. Aunque probablemente las opciones de que pudiese decirle algo interesante de un caso del que se había ocupado su padre y antiguo jefe varios años atrás eran limitadas.

Además, su cita era el domingo.

Quizá debería intentar localizar al pescador que había encontrado el cadáver que podía ser el de Oluf. Descubrir cómo era posible que un boxeador danés aficionado hubiera terminado en una red de pesca frente a la costa inglesa no iba a ser tarea fácil, y tal vez el pescador había visto algo que no estuviese en el breve informe que se adjuntaba a la foto del presunto Oluf. ¿Cuál era el nombre del pescador? ¿Thompson? Tampoco iba a ser fácil dar con él en la guía telefónica, pero si bajaba hasta el puerto de Waybridge quizás alguien supiese quién era y dónde podría localizarlo. Al fin y al cabo, no todos los días sacaba uno el cadáver de un hombre con la captura.

¿Habría tenido Oluf algo que ver con la desaparición de Lisbeth y Lulú...? Y ¿por qué estaba muerto también él? ¿Era una venganza? ¿Quién habría querido vengarse de la muerte de esas chicas y por qué?

Nora rumiaba aquellas preguntas, y se las replanteaba una y otra vez, añadiendo un matiz en cada ocasión. ¿Por qué? ¿Cómo? Le resultaba difícil ver a un chaval, después de todo de tan sólo dieciséis o diecisiete años, como un frío asesino capaz de hacer desaparecer no a una, sino a dos chicas jóvenes y relativamente fuertes sin dejar rastro. Después de lo que había leído sobre asesinos en serie en los últimos días, el asesinato era, en cierto modo, parecido a los demás oficios. Cuanto más se practica, más experto se vuelve uno, y tanto más arriesgado en sus técnicas. No, se habría requerido un hombre más experimentado y maduro que el adolescente Oluf para llevar a cabo un doble asesinato como aquél. Por otra parte, se las había arreglado para violar a una de sus compañeras aquella noche, sin que al parecer ese hecho hubiese afectado mucho al resto de su vida... Siempre que fuera cierto lo que le había contado Anni, por supuesto.

¿Habían visto demasiado Lulú y Lisbeth? No, tampoco eso tenía mucho sentido. Porque, si se trataba de evitar ser descubierto, ¿por qué no deshacerse también de Anni? Tal vez porque sabía que ella no lo contaría, o que nadie la creería si decía algo. Sin embargo, si había tres testigos, tres personas para reafirmar la historia de las demás, entonces Oluf estaría en un verdadero problema. Se arriesgaba a una pena de prisión, y con los hurtos y lo demás que ya llevaba a sus espaldas corría el riesgo de que fuese bastante alta.

La radio había pasado ahora a Lady Gaga, que disertó sobre su cara de póquer en honor a Jack, al que Janet de Aylesbury no había renunciado todavía y quería que él lo supiera. Junto a otros doscientos mil oyentes, por supuesto. Nora cruzó los dedos en nombre del pobre Jack, y pensó que, si realmente estaba escuchando Looove Radioooo en ese momento, se lo tenía bien merecido. Si no, ciertamente no tenía de qué preocuparse, pensó para sí misma tronchándose ella sola y sin poder dejar de tararear el pegadizo estribillo.

La música la puso de mejor humor. Probablemente todo se arreglaría. Había encontrado el extremo del ovillo, y ahora sólo se trataba de ir tirando y enrollando hasta que pudiese formar una madeja y escribir una historia que, de alguna forma, tuviera sentido. Trató de convencerse de que alguien registraría la celda de Hix, encontraría el teléfono móvil y lo confiscaría, y que con eso se habrían acabado las amenazas...

El coche tragaba kilómetros y kilómetros, y Nora encontró su propio ritmo, desenvolviéndose entre los coches. Y entonces el recuerdo apareció de repente. Apenas acababa Kevin de pedirle disculpas a Tina por algo, y Nora empezado a preguntarse qué le habría ocurrido al *Jealous Guy* de John Lennon, cuando la siguiente canción le lanzó un directo al estómago.

En cuanto oyó la deficiente señal de radio interrumpida por la débil guitarra, que ya por sí sola despertaba la melancolía, fue transportada atrás en el tiempo.

«So. So you think you can tell, Heaven from Hell», cantó Pink Floyd, y Nora ya no estaba en la carretera, a noventa y cuatro kilómetros de la siguiente salida.

Estaba con su vestido más bonito, el azul oscuro con flores de color rosa, en la primera fiesta del instituto y ligeramente borracha, después de beber ron de garrafón con cola en casa de Trine. La pista de baile estaba llena de alumnos de primero que intentaban parecer ajenos al mundo, mientras el grupo TV-2 lanzaba por el altavoz su sátira de la sociedad.

Nora se fijó en un tío alto y desgarbado que iba a la otra clase y probablemente se llamaba Jan. Trataba de ligar con Trine, y utilizaba el baile como herramienta de seducción. Un intento que Nora, con su media curda a cuestas, creía condenado al fracaso. En parte porque Jan era tan mal bailarín que, si se dejase la música fuera de la ecuación y sólo se considerasen los movimientos de su cuerpo, la mayoría de la gente se sentiría obligada a llamar al médico de inmediato, y en parte porque la esbelta Trine, con sus grandes ojos azules y su larga melena rubia, estaba claramente en otra liga.

Con cierta pereza ética, Nora los observaba mientras apostaba consigo misma sobre el momento en que la tremenda verdad se haría evidente en el cerebro del matemático en ciernes, y cuando Jan se dobló hacia atrás en un movimiento particularmente audaz, que podría haber parecido más natural si hubiera habido un palo de escoba de por medio, Nora no pudo evitar reírse...

De pronto, el espectáculo quedó tapado por un enorme tiarrón de hombros anchos. Primero ella trató de estirar el cuello para seguir el espectáculo de la pista, pero él ocupaba demasiado.

–Eh, que aquí estamos intentando ver.

Se colocó a su lado y siguió su mirada.

–Ah, Jan. Ya veo... Va a mi clase. No tiene ninguna oportunidad seria. No va a conseguir nada, ¿no crees? –se dio cuenta de que Nora apenas podía oírlo con el estruendo de la música–. ¡Desde luego que no! –gritó para hacerse oír.

–¡No! ¡Por supuesto! –Le respondió Nora gritando más que él–. La pregunta es

si tardará una o dos canciones en darse cuenta.

El tiarrón se encogió de hombros y pensó durante cinco segundos.

–Yo digo que en la siguiente canción. ¿Qué apostamos?

–¿Una birra? –sugirió Nora.

Él subió la apuesta:

–¿Café y desayuno?

En cuanto cerraron el trato con un apretón de manos, Pink Floyd empezó a sonar por los altavoces con *Wish you were here*, y la mayoría de las parejas en la pista se reunió en estrecho abrazo para seguir bailando. Roger Waters ni siquiera había llegado al verso sobre los dos peces que dan vueltas en la misma pecera año tras año, cuando Trine ya estaba junto a Nora.

–En fin, querida..., creo que me abro a casa con Kristoffer. ¿Vale? –balbuceó.

Nora sólo llegó a asentir con la cabeza, antes de que Trine desapareciese con el guitarrista *supercool* de segundo por el que la mayoría de las chicas de clase suspiraban. Jan, mientras tanto, seguía de pie en la pista de baile con los ojos cerrados y se balanceaba al ritmo de la música. Ni siquiera se había dado cuenta aún de la fuga de Trine.

El tiarrón se volvió con las cejas levantadas.

–Parece que me debes un desayuno –constató, y añadió después de una pausa–: Andreas.

–Nora –se presentó ella.

–¿Qué tal si nos largamos de aquí? Conozco una panadería que nos venderá algo por la puerta de atrás, así podrás pagar tu deuda... –sugirió tomándola del brazo.

Cuando salieron del gimnasio escasamente iluminado del instituto, ya comenzaba a clarear. Ella lo miró de soslayo mientras soltaban sus bicicletas.

Lo cierto es que era bastante guapo. Ojos marrones, cabello color maíz, buenos labios y hombros anchos... «Por Dios, que no sea uno de esos idiotas presuntuosos que corren delante de los espejos y levantan pesas», pidió ella. Pedalearon hasta una panadería conocida por vender bollitos de desayuno por la puerta trasera a la gente que salía de la ciudad camino a casa, y llamaron a la puerta. Uno de los panaderos abrió, y a cambio del pago en metálico les dio una bolsa de bollitos grasientos y dos botellitas de Cocio. El café tendrían que imaginárselo.

–¿Dónde nos montamos el fiestorro? –preguntó Nora, que ya iba recuperándose.

–Sígueme –le pidió él.

Salieron de la ciudad y bajaron hacia la playa. A Nora le pareció perfecto. Nada le apetecía más en ese momento que sentarse a mirar el mar y tomarse un par de bollos, mientras el sol se elevaba por el horizonte para un nuevo caluroso día de agosto.

Encontraron una vaguada entre las dunas con una espléndida vista, y tomaron asiento para dar cuenta del improvisado desayuno. Andreas recordó otras puestas de sol, y, antes de que Nora se diese cuenta, estaban hablando de Hemingway, de triatlones, de Pink Floyd y del transiberiano. Del miedo de Nora a los monstruos púrpuras cuando era pequeña, de si Bob Dylan estaba sobrevalorado o no, y del padre de Andreas, que había sido agente de policía y murió en un accidente de motocicleta.

Después de un par de horas, parecía que la conversación decaía. Era el momento de volver a casa, pero Andreas aún no estaba preparado para eso.

–Vamos a bañarnos. A esta hora el agua está perfecta... –dijo con una voz que no dejaba opción alguna.

Todavía era temprano, y en la playa no había nadie más cuando se lanzaron al agua. Aún no lo sabían, pero estaban estableciendo una tradición que iba a perdurar durante toda la secundaria. No servirían como excusa ni exámenes ni fiestas, ni relaciones fallidas u otros pretextos febriles. Salir a nadar al mar a primera hora de la mañana iba a ser algo sagrado para ellos.

Pero ¿por qué no llegaron a nada más aquella mañana? ¿Había estado a punto de suceder? ¿Había habido un momento en el que la miró a los ojos durante un instante que se prolongó algo más de lo esperado? ¿Había tenido ganas ella de acercarse a él?

Intentó sentir exactamente lo mismo que había sentido aquella mañana. Recordó la sensación del agua helada del mar contra la piel, la arena entre los dedos de los pies, la sal en sus labios... Estaba sola en una playa desierta con un hombre al que aún no conocía, pero que la miraba de aquella forma tan hermosa.

Cuando se levantaron, Nora empezó a temblar de frío y se puso de inmediato el vestido azul sobre la ropa interior empapada.

–Tengo que irme a casa. Necesito tomar un baño caliente y ponerme ropa seca, si no quiero morir congelada –dijo.

Y él no la detuvo.

Cuando llevó su bicicleta hasta la primera fila de dunas y miró hacia atrás, él continuaba allí de pie, siguiéndola con la mirada. Pero ya era demasiado tarde.

* * *

Nora volvió en sí como si saliera de un trance justo cuando un gran cartel color burdeos anunciaba que estaba a un kilómetro de una zona de descanso con un Costa Coffe. Se metió en el carril interior, se metió en el área de servicio, aparcó el coche y se bajó. Necesitaba un descanso y algo de comer.

* * *

Se llevó el portátil, y trató de conseguir conexión a Internet mientras devoraba un Sándwich Club deplorable, tragándolo con la ayuda de una botella en miniatura de agua mineral que le había costado casi dos libras.

Mientras comía, aprovechó el tiempo para repasar el resto de la ruta hasta Waybridge... y, de pronto, volvió a sentir un escalofrío que recorrió toda su columna vertebral. Tenía una vaga idea de que Waybridge estaba más o menos en la misma zona que Brine, pero las indicaciones de la ruta indicaban que estaba a menos de cinco kilómetros de la pequeña ciudad costera en la que había encontrado la maleta.

Luego entró en el archivo de la hemeroteca británica de periódicos, y buscó con más detenimiento en la prensa local algún artículo que dijera algo sobre el punto exacto en que encontraron al hombre que quizá fuera Oluf. Había una desesperante escasez de noticias sobre el hallazgo, y nada que no supiese de antemano.

Los periódicos regionales lo mencionaron en una simple nota, mientras que el *Waybridge Courier* se había tomado la molestia de entrevistar al pescador que decía estar «profundamente conmocionado» por lo que el periodista llamaba «su macabra captura». Al lado del artículo, que era tan vívido en su expresión como parco en detalles, había una fotografía en blanco y negro de un hombre de aspecto serio, con pantalones de peto y gorra negra, delante de un barco de pesca. El pie de foto sólo decía: «Arthur Thompson, de pie delante de su barca *Norma*».

«Norma», anotó ella en su cuaderno. Era un buen punto de partida. Después, buscó entradas sobre Arthur Thompson en Waybridge. Había catorce Thompson dentro del código postal, pero ninguno con una «A» como inicial. Habría sido demasiado fácil.

Luego tragó el trozo de sándwich que llevaba masticando hacía rato, y tiró el último tercio del emparedado a la basura. Por un momento, consideró la posibilidad de entrar en el quiosco y comprar provisiones de regaliz, pero en su lugar optó por un refresco de cola en la barra.

Una hora y media después, tomó la salida de Waybridge y se detuvo en una zona de descanso para estirar las piernas mientras pensaba en la situación. Ante ella se extendía un sinfín de ondulantes prados con grandes robles retorcidos en el centro. Era una de las cosas que amaba del campo inglés: que los grandes y orgullosos árboles no habían sido sacrificados sólo para que fuera más fácil arar con el tractor.

Al pasar por delante de aquellos grandes árboles de cuento en un paisaje plano, a menudo sentía la necesidad de detenerse en el arcén, caminar hasta ellos y apoyar la espalda y la cabeza contra el tronco para mirar el follaje, percibir un destello del azul del cielo y no pensar en ninguna otra cosa.

Pero hoy no tenía tiempo. Introdujo la Oficina del Puerto en el GPS sin mucha esperanza. Las posibilidades de encontrar nueva información allí eran probablemente mínimas, pero algo tenía que hacer mientras esperaba la cita de mañana para almorzar con Summers y su padre pensionista.

Capítulo 29

Aparcó a cierta distancia de la playa, detrás de un establecimiento de Fish & Chips que anunciaba su pescado fresco con la imagen de un simpático capitán con suéter marinero y pipa en la boca, obviamente de una época anterior a la prohibición de fumar que, con el tiempo, llegaría a todos los rincones del Reino Unido. Nora miró por la ventana. Parecía limpio y agradable, y decidió que cenaría allí cuando llegase el momento. Tomar pescado y patatas fritas por una vez no podía hacer ningún daño a nadie, y menos aún después de un almuerzo tan incompleto.

No había más que un par de minutos a pie hasta el muelle, pero ya desde la distancia Nora pudo ver que probablemente había ido hasta allí en vano. Sólo había dos barcas amarradas, y ninguna de ellas se llamaba *Norma*. La zona del puerto, sin embargo, estaba llena de turistas comiendo helado, comprando tarjetas postales y lidiando con las gaviotas para poder tomar en paz sus patatas fritas. Había una pareja de ancianos sentada en un banco, y mientras Nora los observaba el hombre pasó el brazo alrededor de los hombros de su esposa y la besó en la mejilla. Lo hizo con tal ternura que Nora sintió una punzada de dolor por todo su aparato digestivo hasta llegar al estómago, como si se hubiera comido un helado con demasiada rapidez.

Se acercó a una de las dos barcas que estaban amarradas en el puerto. En ese momento, sonó su móvil de nuevo. Ella rebuscó distraídamente en el bolsillo, y no comprobó la pantalla antes de descolgar.

–Sand, dígame.

–Soy yo –La voz de Andreas sonaba extraña. Como si estuviera resfriado... O como si hubiera llorado.

–¿Todo bien? –dijo ella, forzando un tono neutro.

–¿Dónde estás? –preguntó él.

–En la costa otra vez, no muy lejos de Brine. En un pueblecito llamado Waybridge.

–¿Por qué viajas sola? No sabemos todavía si hay un asesino suelto, y es demasiado peligroso andar por ahí jugando a *miss Marple* sin vigilancia –dijo agitado.

–Pero, Andreas... –repuso ella–. Por supuesto que serías bienvenido a acompañarme un nuevo fin de semana, aunque, ¿cómo era la cosa? ¿No era algo así como que ibas a Dinamarca a ver a tu novia?

–Quiere casarse –la interrumpió él.

Nora pensó que había oído mal.

–¿Cómo dices?

–Quiere casarse –repitió. Su voz era extrañamente débil y monótona.

La pausa entre ellos fue profunda y oscura como la Fosa de las Marianas.

Nora le oía tomar aire como si estuviera a punto de decir algo. Algo que ella de ninguna manera quería oír.

–Pero yo...

–Felicidades a los dos. Debe de ser maravilloso –dijo con una voz que no reconoció como suya.

–Nora, maldita sea.

–Sí, está bien. Lo siento, tengo que colgar –añadió abruptamente, y lo quitó de la pantalla.

Tenía ganas de lanzar el teléfono a las aguas del puerto, pero en vez de eso lo metió con desgana en el bolsillo..., justo una fracción de segundo antes de doblarse por la mitad y ofrendar a los dioses de los mares la mayor parte de aquel Sándwich Club rancio.

Un adolescente pelirrojo y engreído le gritó:

–¡Vaya, parece que alguien no soporta muy bien las merluzas!

Pero se encontró con una mirada tan cortante que cerró el pico de inmediato.

Encontró un McDonald's a dos calles del puerto, y se dirigió a los lavabos para inspeccionar los daños. El rímel corría por sus mejillas, su piel estaba pálida y sus ojos parecían salidos de un salvapantallas. Joder, sencillamente acababa de hacer un Pete: volver a ver a alguien que podría significar algo para ella, y dejar que se casara con otra persona que no es la adecuada sin luchar por él.

Justo en el momento en que Andreas quedaba definitivamente fuera de su alcance, supo que él habría sido el único hombre adecuado para ella.

Luego abrió el grifo un rato para que saliera el agua helada, y metió la cabeza debajo del chorro. Eso la ayudó un poco a recuperar el color. Recogió los pensamientos sobre Andreas en pequeños trocitos, y los puso todos juntos y con

cuidado en el cajón inferior del cerebro, aquel que no se abre muy a menudo. Se secó la cara con papel higiénico, y trató de arreglar su pelo lo mejor que pudo bajo uno de los secadores de manos.

En un bolsillo frontal del bolso, encontró un paquete arrugado de chicles con un par de unidades. Se los metió en la boca y, tras una profunda respiración, volvió de nuevo a la calle, camino del muelle y de las dos únicas barcas que albergaba.

En la cubierta de una de ellas, había un hombre de mediana edad revisando los agujeros de una red de color naranja chillón. Levantó la vista hacia Nora cuando sintió su mirada.

–Nada de fotos. No soy una puta atracción turística –espetó.

Nora negó con la cabeza.

–No, no. Busco una barca llamada *Norma*. De un tal Thompson.

Él la miró con recelo.

–¿Inspectora de pesca?

–No.

–¿La verdad es que no tienes pinta de inspectora –concedió él.

Nora esperó allí de pie. Él hizo como si no la viera y volvió a sus redes. Pasaron un par de minutos. Nora metió las manos en los bolsillos. El móvil vibraba como un loco. Ella lo ignoró.

Finalmente, el pescador pareció rendirse.

–La mayoría de las barcas vienen antes de que cambie la marea. Si estás aquí a las cinco en punto, bien puede ser que llegue *Norma* –dijo escupiendo en el agua.

–Gracias –contestó ella simplemente.

Él no respondió, y tomó un nuevo montón de redes.

Encontró una cafetería con vistas a la bahía, se sentó en el primer piso y pidió una taza de Earl Grey. Nada más mudarse a Gran Bretaña, se reía un poco de que los británicos pensarán siempre que todo podía arreglarse con una taza de té, pero ahora era más prudente con esa costumbre. El té caliente con leche y azúcar lograba calmar incluso la situación más catastrófica. Por supuesto, el simple gesto de echar unas hojas secas en agua caliente y luego verterlo en tazas de porcelana con flores no borraba los problemas del mundo, pero los hacía un poco más llevaderos y le daba a uno un poco más de perspectiva. El móvil seguía bramando con insistencia, como un hombrecillo furioso en unos dibujos animados checos. A regañadientes, lo sacó del bolsillo.

Era Andreas de nuevo. La séptima vez que llamaba desde que ella colgó.

Lo puso en silencio.

El té estaba caliente, y le añadió una buena dosis de azúcar antes de llenar la taza hasta el borde añadiendo leche. Dejó que el líquido tuviera unos instantes de calma para que reposara. Una especie de tregua, que le dio a ella la oportunidad de concentrarse en su estancia en Waybridge, y de vigilar el puerto en busca de barcos de pesca.

Después de treinta segundos, se dio por vencida y buscó el número de Trine en los contactos de la agenda del móvil. Trine sabía cómo actuar en estas situaciones. Lo que más le apetecía era meterse en el hotel más cercano y acostarse en posición fetal en la cama, pero no era lo más práctico teniendo en cuenta que estaba fuera de casa por trabajo. Si había alguna alternativa, seguro que Trine la conocería. Descolgó el teléfono después de cuatro tonos, cuando Nora ya se había arrepentido y estaba a punto de colgar.

De fondo, podía oír ladrar a un perro y voces felices.

–Hola, Nora, querida amiga –dijo Trine con prisa.

–Hola.

–Oye, acaban de volver Johannes y los chicos de Suecia. ¿Podemos hablar mejor esta noche? –preguntó. Y luego, después de una pequeña pausa, añadió–: ¿Estás bien?

–Sí. Todo bien. ¡Que os divirtáis! –dijo Nora tranquila, y colgó.

Se llevó la taza a los labios y se bebió el resto del té de un largo trago, antes de descubrir que aún estaba tan caliente que le quemaba la parte interior de los labios. Estuvo a punto de echarse a llorar.

Nora dejó que su mirada se perdiera por el puerto, en busca de algo que le permitiera dejar de pensar en Andreas y su jutlandesa policía de pueblo seleccionando la vajilla para la lista de boda en Kop & Kande.

La hora del crepúsculo estaba cerca, y las barcas buscaban el puerto para pasar la noche. Nora contó cuatro en el horizonte y dos que ya habían atracado mientras había permanecido ahí sentada lamentándose de su fortuna. «Dale a esta periodista un caramelito para complementar el té, y se burlará de sí misma», se dijo.

Se recompuso, tomó su chaqueta y volvió a recorrer el corto trayecto hasta el puerto.

El mismo hombre de antes estaba sentado en cubierta, fumando, y cuando Nora captó su mirada él señaló imperceptiblemente hacia su izquierda, donde un

pequeño barco estaba siendo amarrado por un hombre que parecía tener poco más de treinta años. Su cabello era rubio y rizado, su nariz aguileña, y la expresión de su rostro parecía estar congelada en algún lugar entre el escepticismo y la desconfianza.

Caminó hasta la barca. Las letras blancas estaban casi borradas, y el aspecto del resto de la embarcación parecía indicar que hacía mucho tiempo que alguien se había dado por vencido, y había decidido exprimir el casco en sus últimas singladuras antes del inevitable desguace.

El hombre levantó la vista hacia Nora.

–¿Puedo ayudarte en algo? –dijo en un tono que era más que una insinuación de que lo último en el mundo que quería hacer era tenderle la mano para ayudarla en cualquier cosa.

Nora se preguntó durante una fracción de segundo cuál sería la mejor forma de abordar el asunto.

–En realidad, estoy buscando a Arthur Thompson.

–¿Por qué?

Ella respondió con vaguedad.

–Es en relación con un proyecto. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

El hombre se enderezó y la miró por primera vez directamente.

–¿Un proyecto sobre qué?

–Estoy investigando algunas cosas históricas que sucedieron en Waybridge hace algunos años... –dijo haciendo verdaderos equilibrios entre lo que era del todo cierto y lo que era un poco falso.

El hombre no se dejó impresionar. Se apoyó en la cabina, buscó en su bolsillo un paquete de Marlboro, encendió un cigarrillo y dio una primera larga calada.

–¿Un proyecto para qué?

–Tal vez sea más fácil si puedo hablar con el señor Thompson y explicarle de qué se trata. ¿Sabes dónde está o cómo puedo encontrarlo?

El hombre susurró que tal vez lo supiese, y añadió:

–¿Es algo en lo que quizá pueda sacar algo de dinero?

Nora negó con la cabeza.

–Lo lamento.

El hombre se encogió de hombros.

–¿Y por qué debería ayudarte?

–¿Por qué no?

Para sorpresa de Nora, el tipo exhibió una sonrisa que pareció sorprenderle a él

mismo.

–Bien dicho. Mi padre es un gran parlanchín, y lo que más le gusta en este mundo es hablar de los viejos tiempos. ¿Eres historiadora? Si es así, lo más probable es que hayas encontrado una mina de oro. Por extraño que parezca, apenas puede recordar lo que ha sucedido la semana pasada, pero si se le pregunta por su infancia y juventud, su memoria sigue siendo espléndida.

Nora le devolvió la sonrisa.

–¿Y dónde puedo encontrar a esa mina de oro?

El joven Thompson echó un vistazo a su reloj.

–Es probable que no puedas hacerlo hoy. Vive en la Residencia Cedar, cerca de Farthington, y sé que los acuestan a las siete –dudó un momento–: Aunque creo que mañana las horas de visita comienzan a las diez. Entonces podrás hablar con él.

–¿La Residencia Cedar? –preguntó Nora sorprendida.

La última vez consiguió que la expulsaran, pero ahora, de pronto, se le presentaba una excusa para entrar e intentar averiguar si la madre de William Hickley era uno de los residentes... O de dónde pudo haber salido la maleta con las fotografías.

–Muchísimas gracias –dijo Nora cuando él asintió. Sólo entonces cayó en la cuenta de que no se habían presentado–: Por cierto, me llamo Nora Sand.

–Casi como *Norma*. Puedes saludar a mi padre de parte de Dennis, y decirle que pasaremos a recogerlo mañana para ir a comer. De todos modos, lo va a olvidar de inmediato, pero bueno, al menos quedará dicho –explicó él tirando el resto de su cigarrillo en las aguas del puerto.

Nora se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el coche. Metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono. Había dos llamadas perdidas. Una de un número británico que no conocía, y otra de El Cangrejo. Nadie más había llamado.

Así que Andreas ya se había dado por vencido. Igualito que la última vez.

Entró en el Fish & Chips del capitán, y pidió una ración pequeña de pescado con doradas y grasientas patatas fritas y un espeso puré de guisantes verde chillón.

El primer par de años que Nora pasó en las islas, simplemente no había sido capaz de comprender de dónde procedía la fascinación británica por este sencillo plato. ¿Cómo podían armar tanto revuelo con algo que era básicamente filete de pescado con patatas fritas? Si lo que uno quería era comida rápida, ¿por qué no un perrito caliente a la americana, una tortita mexicana o una jugosa

hamburguesa con queso?

Pero un día, durante un reportaje en Dover, el único lugar que estaba abierto para el almuerzo era un *chippie* local, y se vio obligada a capitular. Se enganchó a ese plato desde el primer bocado. La combinación del pescado blanco, ondulante, escondido bajo la crujiente pasta de oro, con el sabor dulce de los guisantes de verano hechos puré y los finos palitos de patata rociados con vinagre de malta y untados en una fuerte salsa tártara con alcaparras picadas, era tan maravillosa como elemental cuando la probabas por primera vez.

Nora se sentó a una mesa con las patatas fritas servidas en una cesta de plástico de color rojo y un trozo de bacalao que sabía como si hubiera sido sacado del mar aquella misma mañana.

Trató de obligarse a «disfrutar» de aquella comida, de saborearla realmente, pero no pasó mucho tiempo antes de que su mano se moviese de arriba abajo en un movimiento mecánico y masticase y tragase mirando hacia el infinito. Andreas y Birgitte La Policía. Tal vez era ella la responsable. Tal vez no debería haberlo dejado desaparecer de su vida de aquella forma. Pero ¿habría cambiado algo?

No sin esfuerzo, consiguió detener el tren de sus pensamientos. No había ninguna necesidad de hurgar más en la herida. Sacudió la cabeza, y echó un trago de su Coca-Cola Light justo cuando el teléfono vibró en su bolsillo. Contestó enseguida, contenta de tener una distracción. Era Spencer.

–Señorita Sand –dijo con algo en su voz que Nora creyó que sonaba a alivio.

–¿Sí? –preguntó expectante.

–¿Dónde estás?

–En una pequeña ciudad en el sur de Inglaterra. ¿Por qué?

–Me gustaría que regresases a Londres y te presentases aquí, en Scotland Yard.

–No puedo ir corriendo a Scotland Yard así como así. Es sábado y resulta que estoy trabajando...

Spencer la interrumpió sin más:

–Hix ha conseguido huir de Wolfhall en algún momento de esta noche. ¿Es una razón suficiente?

Nora apartó a un lado los últimos restos de la comida. Las náuseas volvieron y se esforzó por controlarlas, presa de un creciente pánico.

–Las posibilidades de que pueda o quiera encontrarte probablemente son microscópicas, pero no podemos arriesgarnos. Está huyendo, y probablemente desesperado.

–¿Por qué no se me ha notificado antes?

–La prisión lo ha descubierto apenas hace una hora. La policía lo busca por todo el país, y te he llamado varias veces desde que nos enteramos.

–La cobertura móvil es horrible. ¿Qué ha pasado?

–Aún no conocemos los detalles, pero cuando el personal abrió la puerta de la celda esta mañana, quien estaba en la cama en ropa interior era un histérico Jimmy Archer. Hix estaría ya bien lejos con el uniforme de Archer, su identificación... y, como ya habías sospechado, su teléfono móvil.

–Pero ¿cómo diablos pudo suceder algo así?

Nora notó que su propia voz subía hasta un falsete.

–Eso es algo que la compañía americana Multicorp, que gestiona Wolfhall, tendrá que explicar al Ministro de Justicia. Afortunadamente, no es mi negociado –dijo Spencer con voz acerada–. Si no puedes venir aquí, por favor, ponte en contacto con la policía de la localidad en la que te encuentras. No podría perdonarme que te sucediese algo. Creemos que... Bueno, es posible que, de algún modo, tu visita lo impulsara a huir –insistió.

Nora tragó saliva, pero no dijo nada.

–Me gustaría que entiendas a lo que nos enfrentamos ahora –continuó–, y por eso he hablado con la detective Amy Brooks, de Nueva Zelanda. Fue su investigación la que llevó hasta Malcolm y Ralph Bennett –le aclaró él–. Creo que te comenté algo de ello...

Nora recordaba vagamente el horrible caso de los hermanos Bennet, que vivían en una granja remota en algún lugar del norte de Australia. Al parecer, habían conseguido atraer a dos excursionistas a la granja familiar. Los violaron, les robaron y luego los marinaron y asaron a la parrilla en una barbacoa gigante preparada en el patio trasero. El sudor frío se iba reuniendo en algún punto en el borde de su nuca.

–¿Y qué te ha dicho?

–Ha revisado el expediente de Hickley, y también le he enviado algunas descripciones de las chicas desaparecidas. Brooks está absolutamente segura en este caso: Hix no está solo. Dice que sin duda tiene un admirador, un asistente que, o bien intenta seguir sus pasos, o bien está bajo sus órdenes directas. Este ayudante estaría reviviendo el *modus operandi* de Hix hasta el momento en que fue detenido, acabando su trabajo o..., tal vez peor aún, tratando de superar sus supuestos logros.

–Pero... –Nora no daba crédito a lo que oía.

–Espera, espera, déjame terminar. Brooks ha llegado a hablar con un par de colegas del FBI en Quantico. Son de la misma opinión, y Tom Johnson también ha echado un vistazo al expediente...

Nora se fijó en que Spencer pronunció el nombre de Tom Johnson con el mismo tono que Pete decía las palabras Lionel Messi cuando hablaba de fútbol, por lo que dio por supuesto que, si se era algo dentro de la psicología criminal, uno sabía perfectamente quién era Tom Johnson.

–Existe un amplio consenso en que Hix haya estado en contacto con esa persona. Ésa es la única conclusión que tiene sentido. Todo hace pensar que puede haberlo ayudado incluso en la fuga, e independientemente de si se trata de un amigo o un enemigo, es probable que por el momento Hix se haya escondido en su guarida. Por eso no creo que vaya a ir directamente a por ti. No sabe dónde estás y tiene otras preocupaciones en este momento: está siendo buscado por todo el país –explicó Spencer.

Nora trató de obligarse a dar por buena la lógica de Spencer, pero cuando cogió la lata de Coca-Cola, se dio cuenta de que la mano le temblaba un poco.

–Está claro que debemos revisar una vez más quién lo ha visitado en los últimos tiempos. Es probablemente uno de ellos quien, tal vez sin darse cuenta, haya pasado cartas de ida y vuelta entre Hix y su discípulo. Tal vez iban a pasarle las fotos que encontraste en la maleta a la prisión –señaló Spencer.

–Pero todo aquel que entra en esa prisión es registrado a fondo, antes de permitirle acceder a los presos –se opuso Nora.

–Señorita Sand, sabes muy bien que hay problemas con las drogas en varias prisiones del Reino Unido.

Nora confirmó que lo sabía.

–¿Y cómo entran estas sustancias en las cárceles? Siempre hay agujeros en el sistema. Siempre. Es un hecho, y son justamente esos agujeros los que, curiosamente, hacen que las prisiones funcionen como un organismo coherente. Pero bueno, eso no importa ahora.

–Sea como sea –intervino Nora–, sólo iba a visitarlo su familia, ¿no? Su madre y... su hermana. Por cierto, ¿estáis seguros de que de verdad tiene una hermana?

Por una vez, Spencer parecía sorprendido.

–Están comprobando quién lo visitaba, pero son los mismos internos quienes solicitan recibir la visita de los familiares, y, si el invitado no tiene condenas previas, las autoridades no andan necesariamente husmeando en las relaciones familiares.

–No creo que sea su hermana –dijo Nora directamente.

–Veremos. Llevará mucho tiempo llegar al fondo del asunto.

–Ya. ¿Y qué hay de su madre?

–También tratamos de enviar a alguien a la última dirección conocida de la madre, tan sólo para verificarlo. Hasta el momento, no se ha mostrado muy colaboradora, pero tal vez podamos presionarla y conseguir que nos diga quién iba de visita y qué conocidos tiene. Si es que lo sabe... –contestó Spencer.

–¿Y ese tal Archer? ¿No puede ser el cómplice? –sugirió Nora.

–Yo no lo creo, la verdad. En mi opinión, es demasiado corto de entendederas para haber atraído a Hix de algún modo. Pero Millhouse está interrogándolo en estos momentos.

Después de una breve pausa, Nora se dio cuenta de que la voz de Spencer adquiriría una gravedad adicional.

–Señorita Sand, ya sé que eres una periodista avezada y dispones de plena libertad. También sé que tienes en todo momento el derecho a investigar lo que quieras, dentro de los límites de la ley. Me merecen todo el respeto los principios que rigen tu trabajo...

–Tengo la sensación de que a continuación viene un pero... –interrumpió Nora.

–Pero... –continuó Spencer sin inmutarse– quiero incidir en que Hix y quizá su socio han demostrado de todas las formas posibles que son impredecibles y no tienen escrúpulos en absoluto. Y están preparados para atacar de nuevo. Algo ha impulsado a Hix a arriesgarlo todo y escapar de la prisión. Yo me sentiría mucho mejor sabiendo que estás protegida. ¿Qué pasa con el policía danés con el que trabajabas?

–Por desgracia, no está disponible este fin de semana –dijo ella tensa.

Spencer suspiró.

–Está bien. Sea como sea, evita los lugares solitarios y acércate a la policía local e informales del caso. Llamaré si hay alguna novedad sobre Hix –prometió.

Una vez en el coche, comprobó con cuidado que los seguros de las puertas estaban cerrados. Podía sentir que la paranoia empezaba a roer el borde de su conciencia, aunque todo aquello era de lo más absurdo. Estaba claro que Hix no podía saber dónde estaba ella. ¿Cómo podía temer siquiera que estaba en un aparcamiento detrás de un puesto de Fish & Chips? Además, probablemente tendría suficiente con preocuparse de esconderse de la policía, que lo estaba buscando al más alto nivel. Si se mantenía en lugares públicos rodeada de personas, Nora sabía que estaría fuera de peligro.

Aun así, para preservar un poco más su seguridad, sacó el teléfono y marcó el número de Summers. Sonó siete veces antes de que se rindiera y arrancara el coche. Tendría que esperar hasta más tarde.

Capítulo 30

Al salir de la zona portuaria, vio un cartel que tentaba con habitaciones baratas y «Sunday Roast», y entró en el estacionamiento perteneciente al Seahorse Hotel, cuya fachada presentaba un desgaste por encima de la media.

Las ventanas estaban descascarilladas y la puerta atascada, pero, para alivio de Nora, tenían una habitación libre.

La recepcionista era una mujer que podría tener cualquier edad entre los cincuenta y los setenta años. Llevaba su plateado cabello recogido en un moño, y los surcos de su rostro parecían haber sido tallados por los vientos salados durante muchos años.

–Ha tenido suerte –dijo con una sonrisa–. En realidad, en temporada alta no solemos tener habitaciones disponibles, pero había una pareja belga que discutía en voz tan alta que muchos de los otros huéspedes se quejaron. De hecho, estaba a punto de verme obligada a decirles algo, pero al parecer ellos mismos ya habían tenido más que suficiente, y esta mañana se han marchado. ¡Dos días antes de lo acordado! Usted no será de Bélgica, ¿verdad?

Nora confirmó que no era el caso, y le informó, hasta más allá de lo necesario, de que no iba acompañada de ningún compañero de viaje masculino con el que mantener discusiones a volumen elevado.

–Vaya, si es así todo está bien –zanjó la mujer, antes de coger la tarjeta Visa que Nora había puesto sobre el mostrador–. Señorita Sand, mi nombre es Morris, señora Morris. ¿Puedo permitirme preguntarle qué le trae por Waybridge sola? ¿Viene por negocios?

–En cierto modo –dijo Nora poniéndose en guardia.

Muchas personas se ponían a la defensiva si una les decía a las primeras de cambio que era periodista. Otras, probablemente por los tabloides de Londres, tenían ideas bastante extrañas sobre el valor de cualquier opinión, y exigían dinero para prestarse a responder a cualquier tipo de preguntas.

La señora Morris la miró expectante.

–Escribo un poco acerca de... –añadió antes de que la interrumpiera.

–¡Oh, una escritora! Qué maravilla. El señor Morris se pondrá muy contento de saber que tenemos una escritora hospedada en el hotel. Él mismo fue poeta en su juventud, antes de convertirse en jefe de correos...

–Desgraciadamente, no me dedico a la literatura... –aclaró Nora, de acuerdo con la verdad. La señora Morris, sin embargo, parecía tener dificultades para los matices.

–Llámeme Edna, por favor –canturreó interrumpiéndola, y casi bailó mientras salía a un cuarto trasero—. Acabo de poner agua para el té. ¡Pero qué emocionante! Una escritora entre nosotros.

Nora renunció a corregir el malentendido.

–¿Sobre qué escribe? –gritó Edna por encima del sonido de lo que parecía un ruidoso calentador de agua.

–Argumentos policíacos –explicó Nora.

–¡Oooh! Pues aquí en Waybridge se pueden recoger algunas historias jugosas –dijo cuando volvió con una bandeja tintineante con vasos, platos y un azucarero desportillado—. Todo el mundo piensa que los pueblecitos británicos son muy pacíficos, pero es igualito que en *Los asesinatos de Midsomer* –añadió con un guiño de complicidad.

–¿Ah sí? –susurró Nora en tono neutro.

Y no tuvo que añadir más, porque su nueva amiga se lanzó de inmediato a un recuento de la historia local que podría hacer que incluso un guía de la cámara de los horrores de las Mazmorras de Londres palideciese de envidia por su teatralidad.

Primero contó la historia de un barco pirata que arribó a tierra con una tripulación muerta y un capitán que había perdido los estribos con la cimitarra en 1654, y que estaba solo y ensangrentado en el puente, lanzando maldiciones hacia la playa.

Luego vino la historia sobre el tiempo en que la peste hacía estragos en torno a Waybridge, hasta que el pastor local decidió que la única manera de protegerse de la infección y apaciguar a Dios era quemar la iglesia... con los feligreses en su interior.

Cuando el té ya se estaba enfriando y Nora comenzaba a moverse con inquietud y a echar miradas furtivas al reloj, Edna por fin consiguió llegar a este siglo.

–... Pues sí. Entonces vino lo del caso Hix. Algo muy sangriento, puedo

asegurárselo –suspiró su anfitriona.

Nora aguzó los oídos. Edna levantó la tetera y la sacudió.

–Oh, se nos ha acabado el té. Creo que será mejor que ponga agua a calentar si queremos revisar esta historia como es debido. Es bastante larga. Tal vez deberíamos esperar a que el señor Morris regrese del club de *whist*...

Ahora era ella quien quería que siguiera contándole:

–Creo que he tenido suficiente té por esta tarde, pero la historia de Hix suena interesante. ¿No fue ése el tipo que asesinaba a mujeres jóvenes...? ¿Dónde fue?

Y no tuvo que decir más para que Edna se sentara, bajara la voz y susurrara algunos de los sangrientos detalles que Nora ya conocía por su investigación.

Le dejó contar toda la historia del descubrimiento, de la fuga de Hix y, en última instancia, de su ingreso en prisión, así como de los varios intentos de identificar de dónde procedían las lenguas encontradas en los tarros.

–El señor Morris dijo que recorrieron Underwood durante meses. Cavaron y buscaron, incluso llevaron perros, por lo que nadie pudo ir de caza durante todo el verano. Pero nunca, nunca, en ninguna parte, localizaron los restos de esas pobres chicas –dijo Edna estremeciéndose.

–¿Y qué hay de su familia? –preguntó Nora con impaciencia.

Edna se encogió de hombros.

–Una historia fea, la verdad. Yo nunca he soportado a su madre. Iba a uno de los últimos cursos cuando yo empecé en la escuela. Todos los pequeños teníamos miedo de esa tal Vanessa.

–No debió de haber sido muy agradable para ella ver a su único hijo acusado de crímenes tan brutales –intervino Nora.

–¡Ja! –resopló burlonamente Edna–. Nunca reconoció que hubiera nada contra su pequeño William. En absoluto. Un error por parte de la policía. Una encerrona judicial. Toda la vida ha estado ciega ante la maldad que la miraba fijamente a los ojos cada día, y lo defendió hasta el final –dijo dando golpes en la mesa con la mano para enfatizar sus palabras–. Él era un niño muy extraño, encerrado en sí mismo...

Nora miró a su anfitriona sobre el borde de la taza de té para animarla.

–Yo no lo conocí cuando era pequeño, pero mi vecina, la señora Ponds, que trabajaba de maestra en la escuela de la que él era alumno, decía que ya cuando era un mozalbete en pantalones cortos se podía ver que era la maldad personificada. Ella lo pilló varias veces retorciéndole el cuello a las palomas detrás del colegio. Y en una ocasión en que su clase celebraba uno de esos días

en que los chicos llevan mascotas a la escuela, una niña volvió del recreo y se encontró a su conejo degollado en la jaula. Se dijo que había sido él quien lo había hecho... –Edna movió la cabeza, como si quisiera espantar aquella atrocidad.

–¿Y qué pasó con Vanessa Hickley? –preguntó Nora con la respiración contenida.

–Parece ser que se mudó, creo que a España...

Nora notó cómo la única pista que podía darle aquella mujer se le escapaba de entre las manos, antes de que Edna se interrumpiese a ella misma.

–Sí. A la Costa Brava. Mi prima Jane la vio allí unos años más tarde. Trabajaba en un salón de belleza o algo así, y por lo visto se hacía llamar Vanessa Holmes.

–Ajá...

–Sí, aunque no duró mucho tiempo. Al parecer, perdió todo su dinero y volvió. No tenía otro sitio adonde ir, más que a la antigua casa familiar en Farthington.

Nora estuvo a punto de tirar la taza de té de la mesa.

–¿Quiere decir que la madre de Bill Hickley vive de nuevo en Farthington?

–Así es. Vive en esa oscura casona gris de la colina. La que tiene contraventanas verdes. Imposible equivocarse. Es la casa más ruinoso en millas a la redonda. Los niños le tienen miedo a la señora. Creen que es una especie de bruja, y se desafían entre sí a ver quién se atreve a escalar el muro para entrar en el jardín a robar las manzanas en otoño. En los viejos tiempos, ella corría tras ellos con un garrote, y si los alcanzaba les daba una paliza. Pero ya hace muchos años que no es capaz de perseguir a los chavales. Ahora está en una silla de ruedas, y una asistenta cuida de ella. Crían perros. Parece ser que es de eso de lo que vive. Allá arriba hay un ruido tremendo.

–Entonces ¿no vive en la residencia de ancianos?

Edna volvió a negar con la cabeza.

–No, al menos que yo sepa. Tal vez sea ya hora de que la ingresen en la Residencia Cedar. Tiene ya edad para ello, pero, por otro lado, parece que de alguna manera se puede permitir el lujo de tener servicio en la casa, así que si tiene a alguien que se ocupa de todo el trabajo diario, en realidad no veo por qué debería... –se preguntó en voz alta, ensimismándose.

Nora interrumpió su tren de pensamientos.

–¿Qué pasa con la hermana de Hix? ¿No se ocupa ella de su madre?

–¿Hermana? William nunca tuvo hermanos –dijo Edna categóricamente.

–¿Está segura?

–El padre de William se ahorcó cuando el niño tenía cuatro años. Vanessa nunca se volvió a casar y no tuvo más hijos. Es tan seguro como el amén en la iglesia. Ella mostraba una preocupación enfermiza por William.

Nora asintió. Y se preguntó si el lunes debería llamar a Foxy y a su colega jugador de Tetris para obtener una descripción detallada de la mujer a la que se le permitía visitar a Hix con privilegios de familia. ¿Acaso era ella quien hacía de mensajera entre Hix y su posible admirador? Probablemente podía llamar, pero obtener una respuesta útil ya sería otra historia.

¿Debía poner a Spencer sobre la pista? ¿Llamarlo y contarle lo que había descubierto? Decidió que podía esperar hasta el día siguiente, y comenzó el largo proceso de darle las buenas noches a la incansable Edna, que hablaba como si hubiera estado abandonada en una isla desierta durante treinta años sin nadie con quien conversar.

Al final, Nora tuvo que bostezar discretamente.

–Oh, creo que estoy entreteniéndola. Si le parece bien, le mostraré su habitación.

Edna descolgó una gran llave dorada de un tablero ubicado detrás del mostrador de recepción, y condujo a su nueva huésped por un largo pasillo con una moqueta de color rojo y grabados en las paredes. Nora ya se temía lo peor, pero, cuando la dueña de la casa abrió la puerta, apareció una habitación encantadoramente luminosa con vistas al mar y la ventana entreabierta, de forma que se podía sentir el intenso olor del agua salada y el aroma de las rosas silvestres.

Edna se despidió y cerró la puerta detrás de ella. Nora cogió el mando a distancia y dejó el primer canal de noticias que encontró. No porque necesitase realmente ver las últimas cotizaciones de la Bolsa de Nueva York o el agitado reportaje sobre la contaminación del corresponsal en Pekín, sino simplemente para rodearse de un sonido hogareño que le confirmara que no estaba totalmente sola en el mundo y en una habitación extraña de un pequeño hotel.

Entró en el baño, que era todo lo que se había atrevido a esperar: azulejos ajedrezados y una bañera grande y vieja con patas de león. El grifo crujía y gemía, pero finalmente el agua caliente salió en una cascada de vapor, de modo que tuvo que ajustar la temperatura con un poco de agua fría. En la cama localizó dos toallas blancas y esponjosas, y comenzó a desnudarse con aire ausente mientras la bañera se llenaba poco a poco.

Cuando era niña no podía tomar un baño muy a menudo. Casi nunca, de hecho.

Christian Sand estaba convencido de que la bañera era pura gula, y que a la Humanidad en general le sentaba mejor un baño matutino en el mar o en un lago y abluciones frías, así que Nora todavía tenía metido en lo más profundo de su ser que se trataba de un lujo que había que aprovechar en cuanto se encontrase en una habitación de hotel donde sí podía hacerlo.

En primer lugar metió un pie, y dejó que el agua caliente casi la escaldase antes de ir metiéndose poco a poco en el agua, hasta que finalmente se sumergió por completo y puso los pies sobre el grifo de la bañera, preparada para añadir agua caliente en cuanto el cuerpo se hubiese acostumbrado a la temperatura. El agua la envolvía, y Nora dejó que la cabeza se deslizase bajo la superficie mientras contenía la respiración, tratando de imaginarse que estaba en el mar, buceando junto a un arrecife de coral.

Sintió, más que oyó, el tono en la distancia. El sonido de su móvil llegó a través del agua, y la hizo incorporarse sobresaltada.

Al tratar de salir de la bañera, resbaló y se golpeó el codo contra el borde. El dolor casi le hizo caer de nuevo. Tomó una de las toallas al pasar, y trató de secarse el agua de las manos mientras intentaba recordar dónde había puesto el teléfono. ¡El bolsillo de la chaqueta!

Justo cuando lo alcanzó, sonó por última vez. Comprobó la pantalla, y vio un número desconocido. Tal vez El Cangrejo la llamara desde casa. Había conseguido un número oculto tras algunos desafortunados incidentes con lectores especialmente comprometidos en política que no entendían por qué *Globalt* no publicaba sus cartas o por qué no compartía su opinión... O que simplemente pensaban que no estaba de más presentarse en su casa para discutir en detalle el grado en que El Cangrejo se había equivocado en su análisis de la política exterior de Israel.

Molesta, tiró el teléfono sobre la cama y volvió hacia la bañera. La detuvo un pequeño pitido que le indicaba que había recibido un mensaje de texto.

«Tienes un nuevo mensaje en tu buzón de voz», decía.

Tecleó el PIN, y escuchó primero una profunda respiración y luego la voz de Andreas:

–¡Nora, maldita sea! No tienes derecho a hacer esto. Otra vez no...

Pausa.

–Nora, si estás junto al teléfono, cógelo.

Nueva pausa.

–Está bien. Así que no lo coges... –Sonaba raro. Triste. Y entonces, de repente,

soltó—: Vale... Joder, Sand, no me apetece tener esta conversación con un contestador automático. ¡Por dios, Nora, a ver si te serenás un poco y me llamas! Podrías haberme dejado terminar de hablar la última vez, ¿no? Estoy llamando desde el despacho en casa del tío Svend. No sé por qué mi móvil no da señal. Coge el teléfono. ¿Qué edad tienes? ¿Quince?

Tiró de nuevo el teléfono en la cama, fue al baño y se hundió en el agua. Ya se había enfriado. Independientemente del agua caliente que añadiese, ya no iba a estar bien nunca más si no la vaciaba de nuevo.

Por fin se dio por vencida, se lavó el pelo, se envolvió en una toalla de baño, se hizo un turbante con la otra y se tumbó encogida sobre la cama.

¿Qué quería decir con que no tenía derecho «a hacer esto otra vez»?

Volvió a coger el mando a distancia y pasó de canal en canal para encontrar uno de sus canales de noticias favoritos, pero pronto comprendió que el Hotel Seahorse no había utilizado su dinero en el paquete grande de canales de cable. La BBC 2 reemitía un programa de jardinería, mientras que la BBC 1 estaba enfrascada en una discusión de estudio sobre el sistema de salud británico. Por último, encontró un programa de noticias en la ITV, aunque justo en el momento en que lo puso pasaban a los deportes.

El sosiego comenzaba a extenderse por su cuerpo y estaba ya adormilándose, cuando el teléfono volvió a sonar.

Era Trine, que había llevado ya a los niños a la cama y enviado a Johannes a comprar vino a la gasolinera. Nora le contó la desgarradora historia de Birgitte La Policía y la inminente boda.

—Pero yo no estoy hecha para un modelito de Lilly. El blanco, desde luego, no es mi color.

—Nora, maldita sea. ¡Reconoce que lo lamentas! Es así.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que estoy diciendo. Que lo sientes muchísimo. Date la oportunidad de sentirlo. No como la última vez.

—¿También tú vas a venir con esa cantinela de la última vez? ¿Qué significa eso?

—Pues sí, ¿no recuerdas cómo te quedaste bloqueada después de la fiesta en casa de Hanne?

—¿Que me quedé bloqueada? Por Dios, si fue Andreas quien...

—Nora, ni siquiera quisiste hablar con él.

—Bueno, por lo que recuerdo...

–Te fuiste de Interrail dos días después sin siquiera decirle adiós. Luego volviste con aquel italiano de Florencia, Tommasino o como se llamase. Y te ofendiste porque Andreas no estaba en la estación agitando la banderita danesa cuando, tras cuatro semanas, decidiste regresar llevando a un bohemio italiano y sin haber enviado ni siquiera una postal.

Nora se sonrojó cuando cayó en la cuenta de que Trine tenía toda la razón. No fue Andreas quien la había evitado.

–Nora, tienes que aprender de esto y seguir adelante. Andreas está... perdido..., pero quizás en una próxima ocasión podrías ser un poco más...

Notó que desconectaba. Como si fuera una niña pequeña sentada con los ojos cerrados, los dedos en los oídos y canturreando. Esta conversación era lo último que necesitaba. Se despidió de Trine y valoró la posibilidad de ponerse algo e ir a buscar una tienda abierta las veinticuatro horas para comprar vino barato. Finalmente, sin embargo, se echó la manta por encima de la cabeza y cerró los ojos. Unos segundos después, dormía profundamente.

Capítulo 31

El desayuno se servía en el sótano, donde la única luz natural procedía de un par de tragaluces justo debajo del techo. Nora dio un largo paseo por el bufé, en el que vio salchichas requemadas, champiñones aguados y huevos revueltos gomosos. Decidió pedir huevos escalfados. Se los sirvieron con pan tostado ya untado con margarina, que intentó quitar mientras bebía un vaso de algo que se atrevían a llamar zumo de naranja, y que probablemente sólo tenía en común con una naranja el color.

Había conseguido un ejemplar del *Times* en recepción, y con aire ausente empezó a hojear las páginas. Leyó una entrevista a un escritor, y, siguiendo su costumbre, arrancó la página y se la guardó en el bolsillo. Tal vez no estaría mal hablar con la redactora de cultura para ver si podría estar interesada en algo parecido. La sección de negocios hablaba de nuevas grandes fusiones bancarias, y el pronóstico del tiempo prometía lluvia a última hora de la tarde. Ninguna de las páginas decía nada de la fuga de Hix.

Regresó a la habitación y conectó el teléfono para que se fuera cargando, y mientras tanto encendió el portátil para comprobar los correos electrónicos.

Había sólo un correo de El Cangrejo, en el que le pedía que lo llamara el lunes por la mañana, antes de la reunión. También miró por si acaso su cuenta de Hotmail, pero sólo había correos basura, invitaciones a conferencias de prensa y un saludo de su hermano David, que adjuntaba un archivo con tres imágenes de voluptuosas peonías en flor. Ella respondió con un emoticono sonriente. Era absolutamente incapaz de escribir algo, y estaba segura de que él lo entendería mejor que nadie.

La cobertura telefónica mostraba una sola rayita inestable; Nora supuso que ocurriría lo mismo a la inversa, y se alegró al pensar que eso la libraría de las molestas llamadas de El Cangrejo, de Andreas o del inquieto Spencer.

No tardó mucho en estar lista para salir. Nunca había sido del tipo de gente que cuelga la ropa en perchas y coloca en los estantes todos sus enseres cuando

llegaba a un hotel. Uno nunca sabe cuándo va a tener que volver a atravesar la puerta, así que sólo tuvo que volver a guardar el cepillo de dientes en la bolsa de aseo, dejar sobre la cama las toallas usadas y bajar a recepción, lista para pagar.

–Bueno, ¿y adónde se dirige hoy? –le preguntó Edna con un guiño–. ¿Hay algún asesinato que aclarar antes del almuerzo?

Nora negó con un gesto.

–No, no, qué va. Mi trabajo no es tan glamuroso como parece. Esta mañana visitaré un hogar de ancianos, y luego comeré en The Three Mermaids con un jubilado.

Edna se embarcó en una larga explicación sobre cómo el dueño del *pub* había desperdiciado la mayor parte de su fortuna, y la buena reputación de su local, por su desafortunada tendencia a apostar en carreras de caballos.

–Es medio irlandés –dijo en un tono con el que parecía dar por supuesto que eso lo explicaba todo–. Pero entonces encontró el amor en la figura de Bessie, que vino desde Yorkshire, y en una breve y muy apasionada temporada veraniega esa chica asumió el control no sólo del irlandés errante, sino también de la cocina del *pub*. Bessie es tan buena en todo lo que hace que acabó convirtiéndolo en una de las mejores casas de comida de la región. Pruebe el pudín de Yorkshire cuando vaya allí. Será sin duda el mejor pudín que probará en toda su vida –sugirió Edna.

Nora le prometió que así lo haría, recogió la bolsa y salió a buscar el pequeño utilitario amarillo que había alquilado. En cuanto giró la llave de contacto, la radio salió a su encuentro a todo volumen. Se había olvidado de apagarla cuando lo aparcó allí al llegar, y ahora, en aquel reducido habitáculo, la voz frágil de Adele, teñida de dolor, la hería asegurando que sin duda encontraría un hombre que sería tan bueno como el que acababa de perder por otra: «Never mind, I'll find some one like you».

La apagó resueltamente, e introdujo en el GPS la dirección de la Residencia Cedar. Había diez minutos de recorrido, lo suficiente para buscar otra emisora y poder oír un entusiasta reportaje sobre un partido local de rugby.

Aparcó ante la puerta de una casa de apuestas Ladbrokes de la calle principal. No había necesidad de alertar al dragón de la última vez y ponerla en alerta antes incluso de haber conseguido entrar. Si llegaba andando, podría parecer un habitante más de la zona, y deslizarse inadvertida por la puerta principal.

Mientras estaba valorándolo, sonó el teléfono. Lo sacó del bolsillo con un suspiro de alivio. Spencer.

–Señorita Sand, estoy a punto de empezar a blasfemar: ¿por qué no intentas contestar al teléfono de vez en cuando? –dijo furioso como todo preámbulo, y antes de que Nora pudiera responder, continuó–: Debo pedirte que vayas inmediatamente a la comisaría de policía de Waybridge para pedir protección a la inspectora Summers. Ella está ya avisada. Ni siquiera sé lo que estás haciendo en estos momentos, corriendo por ahí como si nada hubiera sucedido... Debo decirte que me parece completamente inaceptable.

–¡Es que ya lo he intentado...! Y además no creo que haya ningún riesgo en...

–¡Escúchame! ¿Acaso no has visto las noticias de esta mañana? Doy por hecho que no, porque de otro modo te habrías puesto a salvo de inmediato. Es posible que Hix ya haya vuelto a matar. Una mujer fue encontrada cerca de Dorchester. Todavía no hemos publicado los detalles, pero hay bastantes indicios de que Bill Hix esté involucrado. Waybridge está demasiado cerca de Dorchester como para que sea seguro para ti andar sola por la zona...

–Bueno, pero ¿no estaba siendo buscado por toda Gran Bretaña? Seguramente estará ya saliendo del país. Además, ¿cómo demonios iba a saber él dónde estoy? –preguntó Nora en cuanto pudo meter baza.

–Señorita Sand, ¿te atreves a correr ese riesgo? Yo no. No sabemos dónde está, y, hasta que no lo sepamos, debes buscar protección. No hay más que hablar.

Nora meditó por un momento.

–Está bien. Entiendo lo que quieres decir. Pongo rumbo a la comisaría de policía de Waybridge –prometió.

–Excelente. Espero tener noticias de Summers diciendo que estás a salvo dentro de media hora. Adiós...

–Sólo hay una cosita que debo hacer antes... –masculló Nora.

Pero Spencer ya había colgado.

Tras un paseo de cinco minutos, estaba delante del triste edificio cuyo nombre probablemente sería más apropiado para una blanca casa sureña con columnas en el frontis y vistas a un pantano. Tal vez deberían haberle puesto un nombre más adecuado, como Última Parada, Final de Trayecto u Objetos Perdidos.

La puerta principal estaba cerrada y disponía de un código de seguridad. Nora maldijo su suerte, pero, tras unos breves momentos de reflexión, pulsó 1-2-3-4. Se oyó un débil «clic». Solía ser así en los lugares donde el personal, los visitantes y los familiares tenían que entrar y salir más de una vez. Una clave con un código tan sencillo que cualquiera pudiese recordarlo probablemente no servía para mucho más que para poder afirmar que se ocupaban de la seguridad

de los ancianos, pero era una primera barrera.

Nora se coló en el pasillo. La recepción estaba vacía, aunque los ruidos que pudo oír en la habitación trasera parecían indicar que el personal estaba preparando el té de media mañana: tintineo de tazas, cucharillas y un leve olor a cigarrillo que sin duda alguien se estaría fumando ante una ventana abierta.

Pasó por delante con decisión. Era una de las primeras lecciones que había aprendido al entrar en lugares donde la gente, por lo general, tiende a echar a los periodistas antes de llegar a decir: «Vengo de...». El truco era que pareciese que estaba en medio de alguna tarea que debía hacerse lo antes posible.

Giró a la derecha por un largo, estrecho y oscuro corredor con puertas numeradas en cada lado. Se cansó sólo de pensar en la idea de tener que comprobar quizás unas cuarenta habitaciones, repartidas en varios pasillos, hasta dar con la del señor Thompson.

Casi al final del pasillo, vio una puerta abierta y oyó murmullos y ruido de cubiertos en una de las habitaciones. Se dirigió hacia allí con paso decidido, y cruzó los dedos para no encontrarse allí a la misma bruja de la última vez.

Una señora mayor estaba sentada sola delante de una ventana, y metía una y otra vez una cuchara en un plato de gachas. El plato estaba ya casi vacío, y Nora se dio cuenta de inmediato de que la mujer era ciega. Las voces provenían de una vieja grabadora de casete, en la que alguien estaba leyendo en voz alta *Orgullo y prejuicio*, contando las tribulaciones de Elizabeth Bennett con las escapadas de sus hermanas pequeñas.

—¿George? ¿Eres tú? —La mujer había percibido inmediatamente que alguien estaba de pie en la puerta.

Nora se aclaró la garganta.

—No. No soy George. ¿Sabe dónde puedo...?

—Pero ¿dónde está George? Prometió venir hoy. Lo sé, porque hoy es miércoles —dijo la mujer desesperada.

—Tal vez esté de camino... —dijo Nora, en un intento de conseguir que se calmara antes de que la situación empeorase.

En un primer momento, aquella sugerencia pareció llevar a la anciana a una especie de calma interior.

—Busco al señor Thompson...

La mujer se encogió de hombros.

—Oh, Thompson... Siempre está en el jardín de la cocina. Siempre. Se podría pensar que es jardinero. Pero es un buen hombre. A veces me trae flores para que

pueda olerlas –dijo la mujer.

–Gracias –alcanzó a decir Nora, antes de que la mujer cayera de nuevo presa de la desesperación.

–¡Quiero que venga George! ¡Tiene que venir ahora!

Ella se retiró de la puerta y miró a su alrededor buscando un cuidador. No apareció nadie. Abandonó a la mujer a su suerte y se dirigió hacia el final del pasillo, donde una puerta con doble cerradura conducía a un jardín dispuesto simétricamente con geométricos bancales de rosales, flanqueados por arbustos de lavanda.

El césped parecía estar cuidado para jugar al *croquet*, pero no había mucha actividad en el jardín. A lo largo de una pérgola, había bancos con mesas destinadas a las familias que venían de visita los domingos.

Nora caminó por el jardín, y llegó finalmente a un hueco en el seto que llevaba a un terreno abierto del tamaño aproximado de un campo de fútbol. Estaba dividido en pequeñas áreas separadas por vallitas, que recordaban a una versión en miniatura de las parcelas urbanas de muchas ciudades de Dinamarca. En el otro extremo del campo, pudo divisar a dos ancianos que estaban escardando con azadones, y a un tercero que se acercaba con una carretilla llena de malas hierbas.

Un poco más lejos se sentaba una mujer entrada en carnes, con el pelo teñido de negro y un cigarrillo sin filtro en la boca. Hablaba por el móvil con alguien a quien llamaba una y otra vez Darryl-darling, mientras vigilaba distraídamente a los tres hombres.

Cuando Nora se acercó, pudo ver que uno de los hombres estaba trabajando junto a una bancada de zanahorias, y que el otro esperaba pacientemente a que una vieja regadera de zinc se llenara con el agua que caía de un grifo independiente. Cuando este último levantó la mirada, no le cupo ninguna duda de que era el señor Thompson que había visto en la foto del periódico. Nora lo saludó con la mano, y el viejo le devolvió el saludo con una mirada que denotaba mala conciencia, porque quizás aquella cara era una más de las que su memoria, de un modo cruel, había borrado en los últimos años.

La mujer lanzó a Nora una mirada entre hostil e interrogante, y puso la mano en el teléfono sin interrumpir la conversación.

–¿Sí? ¿Puedo ayudarla en algo?

Nora señaló hacia el señor Thompson.

–Tengo un mensaje para el señor Thompson. De la familia –dijo Nora. En gran

parte, eso era cierto.

Por un momento, pareció como si la mujer estuviera lista para detenerla, pero entonces el tal Darryl-darling debió decir algo que requirió toda su atención, y la mujer dejó pasar a Nora con una mueca.

–No, no, *darling*. Sabes que eres el único para mí... –dijo mimosa.

Cruzó hasta donde se encontraba el señor Thompson, que la esperaba guardando el equilibrio con una regadera llena de agua en la mano y sonrió con timidez cuando Nora se acercó a él.

–Buenos días, señorita... –saludo él amablemente.

–Sand –dijo Nora–. Le traigo saludos de su hijo. Me ha encargado que le diga que vendrá más tarde a recogerlo para ir a comer –añadió, antes de que él pudiera preguntarle nada.

–Aaah, Dennis –dijo como ausente, dirigiéndose ya hacia una fila de lechugas que había detrás de las zanahorias.

Nora lo siguió.

–¿No sé si tiene un momento para hablar conmigo?

Él la miró con sorpresa.

–¿Sobre qué? ¿Sobre Dennis?

Nora sonrió, y lo condujo hacia un banco desvencijado situado junto a un pequeño cobertizo de herramientas pintado de negro. El señor Thompson se sentó justo en el borde del banco, y miró nervioso hacia la mujer que aún hablaba por teléfono.

–Sólo puedo sentarme un momentito. No les gusta que hagamos demasiados descansos –explicó.

Ella asintió y decidió ir directamente al grano:

–Señor Thompson, se trata de su barca de pesca. Sobre algo que pescó en una de sus salidas...

Thompson sacudió la cabeza, confundido.

–Es... Dennis quien tiene ahora la barca. Lo siento, pero, si es usted de la inspección de pesca, debe hablar con él...

Nora trató de mantener su atención.

–No, no. Míreme, ¿tengo pinta de inspectora de pesca?

–Entonces ¿no viene usted de parte de Dennis? –preguntó inseguro.

–Fue el día que sacó en la red el cuerpo de ese joven. ¿Recuerda ese día?

Nora pudo ver de inmediato que se trataba de un recuerdo que el cerebro del viejo pescador aún no había borrado. Se estremeció, aunque estaba sentado al

sol, y se mordió los labios.

–Sí. Fue un día feo, feo.

–¿Qué pasó, señor Thompson...? ¿Puede intentar explicarme lo que pasó ese día?

Él levantó la cabeza y miró a lo lejos.

–Albert y yo habíamos descargado unas cuantas cajas de bacalao, y se suponía que en el camino de regreso a casa echaríamos las redes una vez más. Ojalá no lo hubiésemos hecho nunca... –Tragó saliva–. Intentamos... Intentamos mirarle la cara, para ver si lo conocíamos... –Sus labios se contrajeron en una mueca de asco o de arrepentimiento. Nora no fue capaz de distinguirlo–. Pero la hélice le había destrozado el rostro...

Nora dejó que la frase flotara en el aire entre ellos.

–¿Se fijó si tenía algún tatuaje?

El señor Thompson cerró los ojos como para concentrarse un poco más.

–Un gran bisonte en uno de los antebrazos. Recuerdo que me quedé mirándolo fijamente para no volver a verle la cara... Le colgaba en jirones. Y los peces se le habían metido en los ojos... –De pronto, se volvió hacia Nora y la tomó de la parte superior del brazo–. ¿Se le habían metido en los ojos!, ¿lo entiende?

Luego movió la cabeza de un lado a otro y la miró directamente a los ojos.

–Disculpe, señorita. Me olvido de muchas cosas... ¿La conozco? ¿Por qué está usted aquí?

Nora no llegó a abrir la boca, porque la mujer del teléfono móvil apareció ante ella. La comunicación con Darryl-darling había finalizado, y no parecía haber mejorado su humor.

–¿Quién es usted y qué cree que está haciendo aquí? –preguntó con acritud.

–Sí, he venido para...

–¿Puedo ver alguna identificación? –insistió la mujer.

Nora se mantuvo firme.

–El señor Thompson es un hombre adulto y capaz. No necesito mostrar ninguna identificación para hablar con él sobre un asunto privado –dijo con decisión.

–Se encuentra usted en una propiedad privada –respondió la mujer.

–Sí, pero estoy visitando a uno de sus huéspedes por su propio deseo. ¿No es así, señor Thompson? –preguntó mientras lo miraba suplicante, con la esperanza de que la ayudara a dar por terminada aquella absurda discusión.

El señor Thompson, sin embargo, ya se había levantado.

–Voy a ver cómo están las zanahorias... –anunció mientras se marchaba arrastrando los pies hacia la esquina del jardín, sin mirar hacia atrás en ningún momento.

La enfermera seguía en sus trece.

–Bien, ahora que le he dado el mensaje al señor Thompson..., no hay ninguna razón para...

Nora se levantó bruscamente, y el movimiento fue tan repentino que su cartera cayó del bolso y aterrizó medio abierta, de forma que el carné británico de prensa con letras negras sobre fondo amarillo brillante delató a Nora como periodista. Cualquiera que pudiera tener dudas sobre la veracidad de esta información, podía llamar a Scotland Yard para que se lo confirmaran.

–¡Usted se queda aquí! –gruñó la mujer empujándola hacia atrás en el banco–. Voy a tener que hablar con nuestra directora sobre esto. Hasta donde yo sé, nadie ha autorizado a ningún periodista a andar husmeando por la residencia.

Ante aquel abuso de poder, Nora sintió que la rabia subía hacia su pecho y descendía de nuevo por sus venas en forma de cólera helada. Sabía que en menos de tres microsegundos podría dejarla tumbada en el césped con tal dolor que incluso se olvidaría de pensar en Darryl-darling... Al menos durante un buen rato. Pero Enzo no la había entrenado para tomarse la venganza por su cuenta. Desde el principio, dejó bien claro que sólo abría a sus alumnos las puertas del noble arte del *kick boxing* con la condición de que nunca se usara en otro sitio que no fuera el cuadrilátero.

«¿Qué hace un verdadero guerrero cuando se presenta una lucha inminente?», preguntaba una y otra vez, y poco a poco todos sus alumnos respondían con tal precisión que podrían hacerlo a coro: «Utiliza el cerebro y desaparece».

Nora respiró hondo y se concentró de nuevo en la mujer.

–¿Sabe qué? Realmente he venido hasta aquí para hablar con el señor Thompson de un asunto privado... –empezó a decir, antes de hacer una pausa artística–. Sin embargo, su comportamiento me lleva a pensar que en este centro se están ocultando ciertas cosas de índole muy grave. No me cabe la menor duda de que en esta residencia hay una buena historia, y estoy segura de que la gerencia estará encantada de que me haya impulsado a investigarla.

Nora pudo ver que la duda aparecía en los ojos de la mujer. Su habitual técnica de matonismo, que por lo general era eficaz contra los frágiles y medio seniles ancianos y sus asustados familiares, había dado en hueso con Nora.

Sólo le quedaba dejar marchar a la periodista, o bien hacer realidad sus

amenazas e involucrar a la directora.

Nora vio claramente que la mujer se debatía en la duda, del mismo modo que un lector inseguro necesita dar forma a las palabras que está leyendo con los labios. Finalmente, pareció ganar el impulso de la responsabilidad y el miedo de tomar una decisión por sí misma. Nora estaba acostumbrada a encontrarse con eso en la mayoría de las instituciones británicas con las que había estado en contacto.

–No me corresponde a mí decidir. Tengo que informar a la señora Rosen –dijo la mujer girando sobre sus talones. Dio tres pasos, se volvió y clavó en Nora su dura mirada–: Quédese aquí –añadió con firmeza.

Nora se encogió de hombros. Tenía tiempo de sobra. A pesar de su frágil memoria, el señor Thompson le había confirmado que el tipo al que había sacado del mar con sus redes era Oluf. La posibilidad de que se tratase de otro hombre con algo tan raro como el tatuaje de un bisonte era, a juicio de Nora, inexistente, y lo realmente importante ahora era dar respuesta a las preguntas que se abrían ante ella: ¿qué hacía el cuerpo de Oluf frente a la costa de Brine? ¿Era posible que aquello tuviese alguna conexión con Hix? ¿Y qué relación tenía aquel hallazgo con las chicas? ¿Había venido aquí a buscarlas?

No, no tenía ningún sentido. Había venido aquí a boxear. Eso parecía claro, y nada indicaba que Oluf se hubiese tomado la desaparición de las muchachas tan a pecho como para dedicar el resto de su vida a tratar de averiguar qué les había ocurrido.

Si alguien estaba marcado por su relación con las chicas, ese era, por irónico que pudiera parecer, el hombre más duro del grupo, es decir, Bjarke. Sin embargo, parecía lo suficientemente sincero en su deseo de averiguar lo que les había sucedido...

Tal vez el encuentro con la inspectora Summers y su padre, Dale Moss, podría arrojar más luz a todo aquel misterio, y proporcionarle una explicación de lo que estaba haciendo Oluf tan lejos de su planeada gira pugilística. Sí, quizás ellos pudieran explicarle por qué Oluf Mikkelsen había terminado sus días en aquella bahía...

Nora fue interrumpida en sus pensamientos por el crujido de la grava. La mujer se acercaba por el camino a un ritmo que sugería que se trataba de un caso urgente e importante.

–La señora Rosen la recibirá ahora –dijo con gesto de sorpresa, como si Nora, de forma totalmente extraordinaria, hubiera conseguido una audiencia con la Reina–. La acompaño a la oficina...

Y en un tono que, con toda seguridad, pretendía ser una amenaza, añadió:

–Espero que tenga una buena explicación. De lo contrario, podría ser necesario llamar a la policía.

Nora la midió fríamente con la mirada.

–Por mi parte, podemos llamar ahora mismo sin problemas a la inspectora de la brigada criminal Summers. No tengo nada que ocultar.

La mujer no dijo nada más, y abrió en silencio una puerta metálica del edificio principal que llevaba a un pequeño vestíbulo. La condujo hasta un despacho lateral, de cuya puerta colgaba una placa de bronce con la palabra «Dirección» grabada en ella.

La mujer llamó suavemente, como si fuera un criado de otra época, y Nora pensó fugazmente que, si fuese capaz de mostrar la misma dulzura con los ancianos, su estancia en la Residencia Cedar probablemente mejoraría mucho.

–Adelante.

La voz era firme, y Nora llegó a imaginarse a una mujer bulldócer de hombros cuadrados y tobillos gruesos vestida con un traje de chaqueta espantoso, antes de que la puerta se abriera y revelara exactamente lo contrario.

La señora Rosen era guapa y de rasgos delicados. Llevaba un vestido de color rosa apagado, que caía suelto sobre su esbelto cuerpo, su pelo rubio estaba recogido en un moño flojo, y parecía haber salido de un anuncio de suavizante o de Werther's Original; un ama de casa de ensueño que acababa de poner la tarta de manzana a enfriar en el alféizar de la ventana.

El apretón de manos fue firme y cálido, y los ojos azules observaron escrutadores a Nora a través de un par de gafas con montura dorada, que parecían diseñadas para transmitir autoridad y calma al mismo tiempo.

–Bueno, ¿no quiere sentarse, señorita...?

–Sand –dijo Nora.

–Señorita Sand –repitió la señora Rosen, e hizo un gesto con la mano señalando dos sillas de madera ondulada, colocadas delante de una mesa de madera de nogal.

La disposición de los asientos, evidentemente, indicaba que allí era donde solía mantener conversaciones con familiares insatisfechos o inquietos.

Nora se sentó en el borde de una silla y miró expectante a la señora Rosen. Había decidido dejar que la anfitriona llevase el peso de la conversación, en la medida de lo posible.

La directora se sentó en su butaca, al otro lado de la mesa, cruzó las manos

delante de ella y miró a Nora un momento.

–Sí, señorita Sand. Parece que no sólo ha incomodado bastante a los residentes de nuestro hogar, sino que también ha hecho enfadar a la señora Fletcher – comenzó.

Nora la miró con calma sin decir nada.

–Además, he podido entender que es usted periodista. ¿Tendría usted inconveniente en decirme qué es exactamente lo que hace aquí?

Nora se encogió de hombros.

–Vine a visitar al señor Thompson. Nada más.

A la señora Rosen no pareció gustarle aquella respuesta.

–¿Y le importaría decirme de qué tenía que hablar con el señor Thompson? – continuó en un tono que indicaba claramente que no creía a Nora.

–Sí, me importaría. Por lo que yo sé, el señor Thompson tiene derecho a disfrutar libremente de su vida privada, independientemente de si está en un hogar de ancianos o no. ¿O quizá me equivoco?

Nora vio que el enojo subía al rostro de la señora Rosen tan bruscamente como si alguien acabase de tirar del freno de emergencia en un tren. Luego consiguió controlar sus emociones y suavizó su gesto. La rabia se ocultó bajo la barbilla y se quedó tensa y latente en el cuello de la directora, como si se agazapara antes de saltar de nuevo.

–Por supuesto que el señor Thompson tiene derecho a la privacidad, faltaría más. Por supuesto que lo tiene –dijo la señora Rosen con calma–. Es sólo que tengo la sensación de que hay..., ¿cómo decirlo...?, otra razón detrás del hecho de que usted se encuentre ahora aquí.

Nora no respondió. En vez de eso, dejó que su mirada recorriera la estantería que se alzaba detrás de la señora Rosen. Habían hecho todo lo posible para conseguir que aquel despacho pareciese la extensión de un hogar, para desviar la atención del hecho de que aquello era una institución, una empresa que cada mes recibía una cantidad astronómica de las familias que no eran capaces de cuidar de sus ancianos padres, decrepitos, incontinentes o seniles. Meter allí a sus viejos era una forma de lavar su conciencia, endosándole al sector privado su «problema» a cambio de una buena suma.

La librería tenía libros que podían tranquilizar a cualquiera, porque aquí la máxima prioridad era que reinase un ambiente acogedor y una esmerada atención. Allí había libros con recetas de mermeladas y *chutney*, libros sobre caminatas por las tierras altas de Escocia y las atracciones de Shropshire, e

incluso un ejemplar del Nuevo Testamento relegado al estante inferior.

La señora Rosen se movió inquieta en su silla.

–Señorita Sand, lo que estoy tratando de entender es por qué cree usted que puede moverse libremente en una propiedad privada sin tener ninguna cita previa, y, en resumen, qué es lo que está usted haciendo aquí.

Nora se centró en ella de nuevo.

–Señora Rosen, no le debo ninguna explicación de por qué estoy aquí, más allá de la que ya le he dado, que por otra parte responde totalmente a la verdad. Vine a visitar al señor Thompson, eso es todo –dijo incisiva–. Soy periodista, es cierto, pero no trabajo para ningún medio de comunicación británico, sino para un semanario danés que se llama *Globalt*. Seguramente nunca habrá oído hablar de él, y no tengo ninguna intención de escribir o investigar sobre las condiciones de los hogares de ancianos británicos, si es eso lo que cree... –y tras una pausa, añadió–: A pesar de que empiezo a pensar que debería hacerlo, o bien sugerírselo a alguno de mis colegas británicos, porque lo cierto es que parece que sus empleados se comporten como si tuvieran algo que ocultar.

La señora Rosen se aclaró la garganta.

–¿Danesa? –preguntó.

–Sí –respondió Nora–. Así que puede estar usted totalmente tranquila. Lo que pueda estar pasando aquí, si su personal roba a sus clientes, manda a los ancianos a la cama a las cuatro de la tarde o los mata de hambre, no es mi guerra. Estoy aquí por un antiguo caso de asesinatos relacionados con Dinamarca. No tiene nada que ver con usted o su residencia de ancianos, pero el señor Thompson podía tener una pista. Eso es todo.

–¿Qué tipo de... pista? –preguntó la señora Rosen.

–Eso es confidencial –replicó ella.

Después de una pausa, que duró tanto tiempo que Nora pudo escuchar el tictac de un reloj de pared en la habitación contigua y el murmullo de una radio que tal vez estaba encendida en la cocina, la señora Rosen respiró y sonrió con cierta tensión.

–Señorita Sand, tengo la sensación de que nos hemos equivocado ambas. Me gustaría ayudarla, en la medida de mis posibilidades –dijo.

Nora la miró sorprendida.

–Vamos a empezar de nuevo. Tomemos una taza de té, y me cuenta lo que tiene hasta ahora... –agregó, atrapando con una mirada el gesto escéptico de Nora–. Es decir, lo que esté en condiciones de compartir conmigo. Tal vez pueda

serle de ayuda –dijo levantándose–. Disculpe. Voy un momento a la cocina y vuelvo enseguida con un par de tazas de té.

Mientras estaba fuera, Nora comprobó el móvil.

Nadie había llamado. Ni siquiera había un SMS de Andreas. La pequeña ventana indicaba que quedaba menos de un treinta por ciento de batería. Lo apagó y lo guardó de nuevo en el bolsillo de la chaqueta.

El tintineo de las tazas de té anunció la llegada de la señora Rosen antes de que entrara en la habitación. Llevaba en equilibrio una bandeja con una tetera decorada con rosas, dos tazas, un azucarero, una jarrita con crema y un platito de galletas de chocolate.

Cuando se inclinó hacia delante para dejarla en la mesa, Nora pudo percibir un débil aroma de ropa vieja pero cuidada, como si su vestido hubiese estado colgado en un armario con bolsas de lavanda para mantener alejado tanto el olor a humedad como a las polillas. Del mismo modo, aquel olor parecía responder a un intento de enmascarar el hedor de la muerte, de los ancianos y de la enfermedad, cuyo leve rastro seguía allí, impregnando la tela.

Nora tomó la taza de té. Cogió un terrón de azúcar, se tomó su tiempo para que se disolviera y se sirvió leche.

La señora Rosen la observaba con una sonrisa forzada.

–Bueno. Cuénteme todo lo que pueda contarme. ¿De qué trata ese caso?

Nora tomó un largo sorbo. El té tenía exactamente la temperatura y el dulzor que necesitaba.

–Señora Rosen, ¿cuánto tiempo lleva viviendo en la zona?

La directora se encogió de hombros.

–Desde hace muchos años. ¿Por qué lo pregunta?

Nora no tenía muy claro si debería preguntarle a la señora Rosen si conocía a Bill Hix, a William Hickley. De repente, le parecía una tarea insuperable. Todo aquello era demasiado complicado... Se sentía cansada y hambrienta, y se alegró al recordar que pronto podría volver a su apartamento en Londres. Ahora mismo, nada le gustaría más que meterse bajo su mullido edredón y acurrucarse en su cama... De hecho, en esos momentos Nora no sabía ni cómo iba a ser capaz de levantarse y regresar al coche. Estaba exhausta. Por Andreas. Por Jeff Spencer y su equipo... Por el maldito caso, por la señora Rosen, cuya cara de repente se volvió ligeramente borrosa. Sus ojos se hicieron enormes. Se separaban y juntaban de un modo que la fascinaba y asustaba a la vez...

–Lo siento... De pronto me siento tan cansada. No tendrá... –comenzó Nora,

pero en mitad de la oración ya no era capaz de recordar lo que estaba intentando decir.

–Sí, está cansada... –susurró la señora Rosen con extrema amabilidad.

Era la librería... Había algo en la librería que fallaba.

–Sólo necesito... –balbuceó Nora, sintiendo que su voz se hacía cada vez más lenta, igual que una cinta de casete justo antes de enredarse.

Luego, todo se volvió negro.

Capítulo 32

Cuando se despertó, no sabía cuánto tiempo había pasado. Durante un breve instante de pánico creyó que se había quedado ciega. Tenía los ojos abiertos, pero lo único que podía ver era la más negra oscuridad.

Era como si su cuerpo volviera en sí con un violento golpe. Sentía el cuello dolorido, y tenía un trapo en la boca y las manos atadas, pegadas al cuerpo. Olía a tierra y barro, a ropa mohosa y hierro oxidado.

Poco a poco, empezó a distinguir los contornos de las cosas, que eran más negros que el resto. Gris oscuro sobre gris oscuro...

Tenía los pies juntos y atados, y yacía en el suelo de algo que, según le parecía, podía ser el mismo cobertizo junto al que se sentó a hablar con el señor Thompson. Tenía la sensación de que llevaba muchas horas allí.

Hacía frío. Podía sentir cómo la humedad ascendía desde el suelo apisonado, y supuso que sería de noche. Se retorció de lado, dobló el cuerpo e intentó sentarse. Los músculos de sus pantorrillas gritaban por el esfuerzo. Se olvidó del dolor e intentó levantarse con cuidado, pero se vio detenida por una cadena de hierro traqueteante que estaba sujeta a su cinturón por la parte posterior. La cadena, además, estaba fijada a algo, y al tantearlo pensó que podía tratarse de un viejo tractor de jardín.

¿Cómo demonios había ido a parar allí? Estaba bebiendo té con una amable directora de un hogar de ancianos, y un segundo después se encontraba en un cuarto de herramientas atada como un ternero de engorde.

¿La señora Rosen? Nora dejó que su mente retrocediese para entender lo que había sucedido. Como en una película que alguien rebobina, las imágenes pasaron por su cabeza en un mosaico confuso. La señora Fletcher, ese Terrier enfurecido, el recorrido hasta la oficina... El té servido de una jarra con rosas, la sonrisa forzada de la señora Rosen, la radio sonando en la cocina, la librería...

Había algo en aquella estantería, estaba segura... Si tan sólo lograra saber lo que era... Cerró los ojos de nuevo, y trató de apelar a la parte fotográfica de su

memoria.

Vio ante ella el estante superior... Dos libros, sobre confituras y *chutney*. Un libro sobre senderismo en Gales. Una figura de porcelana de un búho... Cinco novelas encuadernadas en piel con letras doradas, probablemente compradas a peso a algún chamarilero para darle al despacho el ambiente adecuado... Segundo estante: una versión gastada de *Escocia a pie*, cuyo lomo estaba roto, casi irreconocible tras muchos años de uso. Un libro de fotografías de paisajes de Shropshire. Una corona de flores secas que había conocido días mejores...

Nora tiró frustrada de la cadena atada al tractor de jardín, y cayó de nuevo de costado. Aquello no llevaba a ninguna parte, y ahí estaba, en el suelo, sumida en una total oscuridad, como si fuera una ofrenda humana a la espera de un ogro que surgiera de las sombras para llevársela.

Enfurecida, tiró varias veces más de la cadena. El tractor se desplazó un par de centímetros cuando consiguió levantar del suelo dos de las ruedas, antes de que con un suspiro cayesen de nuevo en el mismo punto. Su rabia se hizo patente como algo que se hubiera asemejado al rugido de un animal herido, si no hubiese sido por el trapo de su boca, que amortiguaba cualquier sonido.

Tensó la cadena al máximo, y consiguió alcanzar la pared de madera. Tenía que golpearla, hacer ruido para pedir ayuda. Primero lo intentó con el hombro, pero el ruido era demasiado apagado. Luego, desesperada, hizo lo mismo con la cabeza, pero el sonido era muy débil y el dolor enorme.

Sintió que las lágrimas pugnaban por brotar, y con ellas un profundo temor en el que no podía permitirse el lujo de detenerse. Lo más importante era no pensar en nada de lo que podía suceder. Como quién o qué podría estar al otro lado de la puerta cuando se abriese... Si es que alguna vez se abría. Esos pensamientos eran inútiles, lo único que conseguiría con ellos sería bloquearse, convertirse en víctima. Tenía que pensar en una solución, en la forma de salir de allí...

Nora pensó en las muchas veces que había estado bajo presión. Cuando se vio atrapada en una zona de guerra y el teléfono por satélite dejó de funcionar. Cuando en una ocasión en la frontera entre Macedonia y Kosovo había sido detenida en un puesto de control por tres mercenarios de gatillo fácil y hasta el culo de coca. O cuando su ordenador se bloqueó y perdió cinco horas de trabajo en un expreso a Manchester, y se vio obligada a rehacer el artículo en veinticinco minutos porque era el tiempo que tenía disponible.

Nora Sand resuelve los problemas. Se enfrenta a ellos con mente fría y tranquila, y se distancia del peligro para tener perspectiva. Ya tendría tiempo de

maldecirse por su estupidez si tenía fuerzas para ello.

Podría escribir algo así en su lápida algún día. «En sus últimas horas, se maldijo por su estupidez...», pero ese día no iba a ser hoy.

Se obligó a pensar de nuevo en aquella librería. Tenía la sensación de que allí estaba parte de la razón por la que se encontraba aquí.

Tercer estante. Más libros comprados a peso. Un pisapapeles con un modelo en plástico de Il Duomo, la catedral de Florencia que fue financiada y construida por los Medici, que sin duda nunca imaginaron que el trabajo de su vida sería encerrado un día en una burbuja de plástico con nieve artificial. Una pila de papeles amarillentos que sobresalía de una carpeta de manila. El Nuevo Testamento... ¡El Nuevo Testamento!

Justo en ese momento, cuando Nora se dio cuenta de qué era lo que no encajaba, se abrió la puerta.

La luz de una linterna se desplazó por el cobertizo hasta que el cono aterrizó justo en el centro de su rostro y la obligó a cerrar los ojos. Entonces oyó la voz de la nueva señora Rosen, esta vez desprovista de cualquier falsa cortesía y simpatía.

–Oh, señorita Sand, por fin se ha despertado. Es una muy mala idea dormirse en el trabajo –la oyó decir con sarcasmo.

Nora trató de mirar hacia la mujer, pero no pudo ver más que su silueta por detrás del resplandor de la linterna. Sólo cuando la señora Rosen se acercó un poco más, distinguió la jeringuilla llena. Trató de protestar, dispuesta a prometer lo que fuese con tal de que no le inyectase lo que hubiese en el extremo de aquella aguja, pero las palabras no atravesaron la tela que tenía en la boca.

–Así, así... –la señora Rosen le habló como un adulto tratando de calmar a un bebé inquieto.

Nora intentó reptar fuera de su alcance.

–Pero, señorita Sand, entienda que voy a pincharla independientemente de lo que haga. He tenido que mantenerla aquí por razones prácticas, pero ahora va usted a ser trasladada. Y para eso tengo que ponerle esta inyección. Puede elegir si quiere que le duela o no. Si se queda usted quieta, no va a sentir nada más que un insignificante pinchacito.

Su voz era tranquila. Sus frases directas y concisas. Nora se dio cuenta de que, para esa mujer, capturar a una periodista y drogarla no era algo que le provocase la más mínima excitación. No se inmutó lo más mínimo. Era como si le estuviera dando instrucciones de cómo atarse los zapatos o recordándole que no se

olvidase de comprar harina de avena. Y eso fue lo que más la asustó. Se obligó a permanecer inmóvil, a la espera del momento adecuado.

Sus músculos se tensaron, y de pronto todo se precipitó: la señora Rosen estaba sobre ella, Nora coceó, se retorció y sintió el fuerte dolor de la aguja en el punto en que el hombro se encuentra con el cuello. Luego todo se volvió negro de nuevo.

Capítulo 33

Cuando volvió a despertarse, estaba atada a una silla en una habitación que parecía un sótano. Ya no tenía el trapo en la boca, pero los muros parecían ser tan gruesos que de todas formas nadie podría oír un grito de ayuda.

Justo debajo del techo, había unas pequeñas ventanas por las que la luz gris del día se filtraba en la habitación. Olía a cemento húmedo, a manzanas almacenadas y a aceite de bicicleta. En un rincón, ronroneaba un arcón congelador, con una luz verde brillante en una esquina que indicaba que todo estaba bien.

Sin embargo, nada estaba bien.

Estaba atrapada en el sótano de una loca, y, mientras volvía lentamente en sí, recordó lo que acababa de descubrir antes de ser drogada de nuevo: nadie en Gran Bretaña tenía el Nuevo Testamento en una estantería. La mayoría de los hogares británicos que disponían de una Biblia tenían la traducción normalizada del Rey Charles. La cubierta del libro era danesa.

Si hubiese tenido las manos libres, se habría golpeado la frente. Todas las pistas seguían el mismo hilo. Pero ¡cómo podía haber sido tan estúpida! ¡Cómo podía haber estado tan ciega!

Sintió que el frío le subía por las piernas. La vejiga le apretaba tanto que ya le dolía, y tenía la boca seca. Notó el teléfono en su bolsillo, presionando contra su cadera, y pensó que aquélla era la mejor noticia del día: la zorra de la señora Rosen no había sido lo suficientemente cauta como para cachearla. La mano de Nora estaba a unos centímetros de una llamada de socorro. Una sola llamada a todo un mundo de distancia, pensó mientras se miraba las manos, frías y pálidas, atadas a cada uno de los reposabrazos.

Pero mientras hubiese vida en aquel pequeño móvil, habría esperanza.

Se aclaró la garganta y trató de hablar hacia el vacío.

—¿Hola?

No hubo respuesta.

–Hola, ¿hay alguien ahí?

El sonido de la quietud de un sótano helado y vacío. Nora pensó que su voz sonaba pequeña, desesperada.

Aspiró aire profundamente y se forzó a tranquilizarse.

–¿Señora Rosen? ¿Hola? –gritó Nora.

Silencio.

Intentó percibir el más leve sonido que pudiera indicar que estaba en un edificio con otras formas de vida, más allá del zumbido del congelador. Le pareció oír ladrar a un perro en la distancia.

Entonces lo oyó. Primero como un ligero crujido. Luego un poco más alto. Alguien recorría unas escaleras. Nora oía pasos. Había alguien.

Volvió a gritar, y los pasos se detuvieron. Alguien la había oído.

–¿Hola? ¡Socorro! –gritó de nuevo, esta vez aún más alto.

Los pasos se acercaron. Nora pudo oír una puerta que se abría detrás de ella, y sintió el aire frío de una corriente húmeda.

–Cállate –ordenó la voz.

–¿Podría darme un poco de agua?

Tal vez le aflojarían las manos para beber. Y entonces tendría una oportunidad.

–Sólo pido un poco de agua. Eso es todo –pidió de nuevo.

La puerta se cerró de golpe. Silencio. Nora podía sentir el llanto presionando la garganta como un pedernal. Tenía la sensación de que no podía tragar saliva sin herirse y sangrar.

¿Acaso pretendían dejarla ahí hasta que muriese de sed? No, sin duda sería mucho peor... No quería ni siquiera permitirse el lujo de pensar en lo que querría hacer con ella la señora Rosen. Nunca debería haberse dejado atrapar de aquel modo.

La puerta se abrió de nuevo. Esta vez oyó el crujido de las escaleras de madera y sintió que alguien se había colocado detrás de ella.

–Cierra los ojos –dijo una voz femenina.

–¿Quién eres...? –preguntó Nora con más inquietud en la voz de lo que habría querido.

–Cierra la boca y los ojos. –La orden se oyó dura y afilada como un latigazo.

Nora hizo lo que le dijo. Poco después, notó un vaso de plástico presionado contra sus labios. Ella bebió con avidez. Le cayó un poco de agua por la barbilla, se atragantó ligeramente y escupió y tosió. Luego encontró un ritmo para sincronizarse con la mano, y vació el vaso de un solo trago.

–¿Puedes darme un poco más? –preguntó para ganar algo de tiempo.

La voz no respondió. En su lugar, oyó cómo crujía la escalera de nuevo, y la puerta se cerró.

–¡Por favor, ayúdame! –gritó hacia el espacio vacío, e inmediatamente se odió por ello. Poco después, la puerta se abrió una vez más.

–Cierra los ojos.

Nora los cerró casi por completo, dejando una pequeña hendidura, y percibió el contorno de un vaso de plástico blanco que le alcanzaba una mano en el extremo de un suéter verde.

La mujer la dejó beber en silencio.

–Necesito ir al baño... –dijo Nora.

La mujer no respondió.

–Quiero decir... que *realmente* necesito ir al baño –presionó–. ¿No podría...?

El ritual se repitió. El silencio, los crujidos en la escalera, la corriente de aire y la puerta que se cerraba de golpe... Esta vez, Nora estaba totalmente segura de haber oído un perro ladrando.

De nuevo, la dejaron sola durante mucho rato. ¿Cuánto tiempo habría pasado? No tenía forma de saberlo. Trató de contar los minutos mentalmente, contando hasta sesenta una y otra vez, como había aprendido de su padre en uno de sus interminables viajes en coche a sitios arqueológicos, pero se rindió poco después. El tiempo tenía poca importancia ahora. Su sentido temporal le decía que era muy probable que hubiera estado drogada durante medio día.

Sentía un leve hormigueo en las yemas de los dedos por la falta de riego sanguíneo, y trató de mover los brazos hacia atrás y hacia delante bajo la gruesa cinta americana que la sujetaba a los apoyabrazos. Tenía la sensación de que cada vez lograba moverlos un poco más, aunque apenas había conseguido desplazarlos unos milímetros. Tras un duro esfuerzo de lo que le pareció una media hora, comprobó que sólo había logrado aflojar la cinta en un inútil medio centímetro, de modo que decidió empezar a balancearse hacia delante y hacia atrás en la silla. ¿Podría tal vez golpearla para que alguno de los reposabrazos se llegase a romper? Miró desesperadamente por todo el sótano para encontrar algo, lo que fuera, que pudiese ayudarla. Al lado del arcón, había una pala. Si pudiera conseguir moverla y encajarla debajo del reposabrazos, tal vez podría hacer palanca...

Paso a paso, Nora fue acercando la silla en dirección a la pala. Era un trabajo lento, y no se atrevía a moverse mucho cada vez, por miedo a hacer demasiado

ruido. Por fin consiguió llegar a su destino.

La cosa consistía ahora en balancear la pala hacia la silla para lograr que cayera debajo del apoyabrazos, empujarla hacia arriba con el muslo y utilizarla como palanca para romper el brazo de la silla. Con infinita suavidad, acercó la silla y dio un golpe a la pala. Ésta se deslizó por el lateral del congelador, donde golpeó la tapa con un sonido metálico, y se quedó allí como un inestable palillo de Mikado. Mierda. Trató de acercarse un poco más con leves golpes de cadera, pero la pata de la silla se lo impedía.

Habría gritado de rabia contra sí misma.

La puerta se abrió de nuevo, y esta vez pudo ver que era la señora Rosen. Era inútil pretender que no había intentado escapar. Nora vio cómo sus furiosos ojos azules se clavaban en ella, aunque su mirada cambió de inmediato: parecía que aquello le resultaba de lo más divertido.

–Ay, ay, ay, señorita Sand. No se rinde fácilmente, ¿verdad?

Nora la miró entrecerrando ligeramente los ojos.

–Sé quién eres... –susurró en danés.

La señora Rosen no respondió, pero Nora pudo ver una mueca en su rostro que demostraba que había oído y comprendido la frase.

Nora insistió:

–Sé perfectamente quién eres.

La señora Rosen se encogió de hombros y respondió en su impecable inglés:

–¿A sí? No lo creo.

Ella señaló con un gesto hacia el arcón congelador.

–¿Qué intentaba hacer viniendo hasta el congelador? Puede que vea su deseo hecho realidad antes de lo que cree –dijo con calma–. ¿Realmente desea saber lo que hay ahí dentro? No sería la primera. Y probablemente no será la última. Pero sólo usted decide si va a ser la más problemática. Eso sí, eso no hará más que empeorar las cosas para usted.

Nora sintió un escalofrío en el cuerpo, y supo que aún no había conseguido controlar el miedo.

–El baño... Necesito ir al baño –dijo con voz ronca.

La señora Rosen la miró con poco interés.

–Escucha: necesito ir al baño, de verdad. Si no me dejas, voy a mearme encima. En la silla. En el suelo. No sé lo que planeas hacer conmigo después, pero imagino que no será una idea muy brillante dejar rastros de mi ADN por aquí.

La señora Rosen pareció reflexionar por un momento.

–Si yo... –llegó a decir.

El teléfono móvil en el bolsillo de Nora interrumpió sus palabras.

Ella cerró los ojos, como si con ese simple gesto pudiera hacer que el ruido desapareciera, pero la señora Rosen ya lo había localizado y metió la mano en su bolsillo con brusquedad para quitárselo.

–Me parece que debería contestar –faroleó Nora.

La señora Rosen miró el teléfono para ver de quién era el número que llamaba. Era un número oculto. Con el rabillo del ojo, Nora pudo ver que había cincuenta y dos llamadas perdidas.

–Es de mi periódico. Si no contesto, se van a inquietar y a revolver cielo y tierra...

La señora Rosen tomó una decisión rápida y lo puso en modo altavoz.

–Hola, ¿quién es? –dijo con frialdad.

–Sí, hola. Le habla Gareth, de Vodafone. Le llamo para ofrecerle una nueva modalidad de contrato particularmente ventajosa...

Ella colgó sin decir una palabra y levantó las cejas mirando a Nora, como diciendo «mala suerte». Luego apagó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo.

Nora decidió arriesgarse, y apostó su última baza a que había adivinado quién era en realidad esa tal señora Rosen. Tal vez la verdad le daría una ligera ventaja.

–Lisbeth... ¿Es así como has terminado?

La boca de la señora Rosen se convirtió en una estrecha línea.

–Escucha, Lisbeth... Todo esto no te servirá de nada. No podrás seguir ocultando tu verdadera identidad el resto de tu vida. Y mantenerme aquí lo empeorará todo. Las notas de toda mi investigación están en mi portátil, que tarde o temprano localizarán.

Por primera vez la señora Rosen se expresó también en danés.

–¿Ah, sí? ¿Te refieres al Mac que estaba en la bolsa de color turquesa en el maletero del cochecito amarillo? ¿Ese que aparcaste delante del Ladbrokes en la Church Street? Me temo que ese coche ha sufrido un pequeño accidente. Parece ser que pasó demasiado cerca del quitamiedos de los acantilados, cerca de Brine. Estas cosas ocurren si una está un poco borracha o deprimida.

–¿Es eso lo que le pasó a Oluf?

Lisbeth observó a Nora en silencio.

–¿Es eso lo que te habías imaginado que acabaría sucediéndome a mí?

Lisbeth negó con la cabeza.

–Oh, no, no, no. Eso sería demasiado fácil, querida. Tú eres un regalo. Él prefiere que sus chicas estén frescas...

Dejó que la frase flotase en el aire del sótano durante unos instantes.

–Y por supuesto que estás invitada a comprobar lo que contiene el congelador. Si tienes valor para ello.

Luego se dio la vuelta, subió las escaleras de nuevo y cerró la puerta.

Nora gritó pidiendo ayuda hasta que su voz se volvió ronca y le dolió la garganta. Luego cayó en un sopor inquieto.

Capítulo 34

Poco más tarde, la puerta se abrió de nuevo. Era la mujer del suéter verde. Esta vez no le pidió a Nora que cerrase los ojos. Su vejiga estaba a punto de estallar. Una vez más, la mujer le acercó el vaso de agua, y ella bebió obedientemente. Luego abrió un paquete de galletas digestivas, tomó una y dejó que Nora la comiese bocado a bocado.

–Ella dice que tengo que alimentarte durante los próximos dos días. No sé muy bien qué debo darte, la verdad –dijo con una voz suave y tímida, mientras se sentaba a su lado–. Es la primera vez que tenemos a alguien aquí durante tanto tiempo...

Nora se forzó a mantener la calma. Esto no era más que otra entrevista, se dijo a sí misma. Es sólo un artículo que hay que escribir, y tengo que reunir información. He entrevistado a criminales de guerra, a asesinos y dictadores. Es sólo otro trabajo más.

–¿Tienes un plátano o un poco de fruta?

La mujer se encogió de hombros.

–Puedo subir a ver.

Nora intentó poner su sonrisa más tranquilizadora.

–Eso me ayudaría a llevarlo un poco mejor, Lulú.

La mujer dio un respingo.

–¿Sabes mi nombre?

–Sí. Claro que sí. Hay personas en Dinamarca que todavía te están buscando... Después de todos estos años.

–¿Como quién?

Nora trató de ganar tiempo.

–¿Puedes traerme ese plátano?

Lulú se levantó y subió las escaleras. Esta vez dejó la puerta abierta, y Nora pudo distinguir los furiosos ladridos de los perros y algo que podía ser el tráfico de una carretera grande a cierta distancia.

Un poco más tarde, Lulú regresó con dos plátanos y un cubo de plástico rojo.

Su lenguaje corporal le recordaba a Nora a un perro acobardado. Se movía siempre cerca de las paredes, y mantenía los ojos fijos en el suelo sin mirar directamente a Nora.

–Ella dice que, si necesitas ir al baño, tendrá que ser aquí –masculló Lulú con una voz tan frágil que Nora apenas pudo entenderla.

Intentó llamar su atención para establecer algún tipo de contacto visual.

–¿Podrías darme un poco de plátano ahora? –preguntó quedamente.

Lulú se encogió de hombros, apartó el cubo y empezó a pelar uno de los plátanos. Se lo acercó a Nora, que le dio un mordisco.

–¿Qué van a hacerme? ¿Acaso terminaré como Oluf?

Lulú dio un respingo, y por primera vez miró directamente a Nora.

–Oluf volvió a Dinamarca –dijo con voz temblorosa.

–Conoces bien a Lisbeth. ¿Qué te hace creer que le permitió largarse sin más? –preguntó Nora con tranquilidad.

–Pero ella dijo que...

Nora sacudió la cabeza, como si estuviera tratando con un niño.

–Vamos, Lulú. Tú no eres como Lisbeth, lo sé porque me lo dijo Bjarke. Dime lo que pasó. Dime qué le pasó a Oluf –la última frase la susurró con voz autoritaria.

–No pasó nada con Oluf –respondió Lulú con voz temblorosa–. Ahora tengo que volver.

Se arrastró con nerviosismo hacia las escaleras, dejando a Nora junto al zumbido de aquel arcón congelador, con su malicioso ojo verde brillando ante ella.

Nora vio que su única opción desaparecía, y sacó su voz suplicante.

–Lo entiendo, tienes toda la razón, pero ¿no podrías... no querrías ayudarme a hacer pis? Estoy desesperada.

Lulú dudó por un momento en la puerta, y finalmente se volvió y bajó de nuevo al sótano. Miraba a Nora con recelo.

–En serio, necesito hacer pis... ¿No podrías aflojar un poco las ligaduras? Sólo para que pueda ponerme en el cubo –rogó Nora.

Lulú sacudió la cabeza y se mordió los labios.

–¿Sabías que tu padre todavía te está buscando?

Lulú resopló con tanto énfasis que Nora se dio cuenta inmediatamente de su error. Trató de apelar una vez más al sentido práctico de su captora.

–Mírame. No puedo hacer pis, si no me sueltas. Por favor. Me voy a hacer pis encima. Y ya sabes que a Lisbeth eso no va a gustarle. ¿Cómo esperas que mee?

Ella miró con inquietud hacia la puerta, vaciló, pero finalmente sacó del bolsillo de su chaqueta unas viejas tijeras de cocina.

–Voy a soltarte una mano y una pierna. Si intentas cualquier cosa, llamo a los perros –advirtió.

Nora asintió con gravedad.

–No intentaré nada, te lo prometo.

Sintió el frío metal contra la piel del brazo, y luego el dolor cuando la sangre volvió a su mano, que tenía completamente adormecida.

Abrió y cerró la mano, intentando mitigar el dolor. Sus dedos no respondían a sus órdenes, y consiguió que una lágrima resbalara por su mejilla. Apretó los dientes, gimió y miró a Lulú como disculpándose, tratando de parecer lo menos peligrosa posible.

–No puedo... No podré desabotonar los pantalones sin las dos manos...

Lulú se mordió el labio.

–Está bien, pero luego...

–¡Lulú, ¿qué demonios estás haciendo?!

Lisbeth estaba parada en la parte superior de la escalera, y su voz atravesó el sótano como un látigo.

–Bueno, es que para... –comenzó Lulú volviéndose hacia la voz.

En una fracción de segundo, Nora vio su oportunidad de saltar.

Si había algo que había aprendido del *kick-boxing*, era que la persona que duda antes o después morderá el polvo. Uno debe actuar sin pensárselo dos veces.

Las tijeras cayeron ruidosamente al suelo un segundo después de que su pie contactara con la mano de Lulú. Como un rayo, Nora se inclinó, se apoderó de ellas con sus dedos adormecidos y mantuvo la punta hacia arriba contra el cuello de Lulú.

–Un solo paso más hacia aquí, y se las clavo –gruñó hacia Lisbeth.

Lulú se quedó paralizada como un ciervo que se ha extraviado en una autopista por la noche.

Lisbeth vaciló unos segundos, pero luego lanzó una risa burlona.

–Adelante. Clávaselas.

Nora lanzó una rápida mirada a las escaleras.

–Lo digo en serio.

La voz de Lisbeth era tan tranquila como cuando interpretaba a la señora

Rosen.

–Y yo también. De hecho, os lo habéis ganado las dos, por idiotas. Así que creo que podéis aprovechar el tiempo para conoceros mejor, porque parece que será lo último que vais a hacer. ¡Que os divirtáis!

Luego se dio la vuelta, cerró la puerta y giró la llave dos veces.

Capítulo 35

Con la mirada fija en su prisionera, vigilando la más mínima señal de resistencia, Nora bajó muy lentamente las tijeras. Lulú se hundió un poco más entre los brazos de Nora y rompió a llorar.

Ella la soltó y se liberó de sus ligaduras. Luego se desabrochó el pantalón, se sentó en el cubo y, finalmente, pudo dejar que su vejiga se librara de aquella presión, mientras Lulú se sacudía entre convulsos sollozos a su lado. Nora la dejó llorar durante unos minutos, y luego le puso la mano en el hombro.

–Lulú. No tiene por qué ser así.

–Sí, sí que lo será –balbuceó en un sonido ahogado.

–Puedes ser libre. Puedo ayudarte.

–No. No puedes ayudarme...

–Sí. Podemos ayudarnos mutuamente.

–No sabes lo que ha sucedido... No sabes lo que ha sucedido. –Una vez más, se tapó la boca con la mano y sacudió la cabeza como si así pudiera mantener aquellas terribles palabras en su cabeza.

Nora la ayudó a sentarse en la silla y le entregó el último plátano.

–Come esto y trata de tranquilizarte. Todo va a ir bien –dijo con más convicción de la que realmente tenía.

Ella hizo lo que se le pidió. Nora tenía la sospecha de que así lo había hecho desde que conoció a Lisbeth. Y tal vez incluso antes de eso. Tal vez a lo largo de toda su vida.

–Lulú, a Lisbeth no le importas nada. Ella está dispuesta a sacrificarte. ¿Por qué la proteges? Oluf está muerto, ella lo mató, y la policía lo sabe. Ya les he dicho lo que sé. Es posible incluso que se presenten aquí en cualquier momento. Si me ayudas ahora, yo podré ayudarte después. Te aseguro que la policía ya está de camino –mintió Nora.

Parecía como si Lulú se hundiese aún más, como si retrocediera a través de los años y se convirtiera de nuevo en la tímida adolescente que tenía que confesar

una travesura al director del colegio. Su pelo oscuro tal vez fuera ahora menos brillante que entonces, y tenía algunas canas, las arrugas de su rostro dibujaban en ella una expresión triste, y sus ojos estaban enmarcados por unas ojeras ligeramente azuladas, pero era Lulú, la querida, la pequeña Lulú, como su drogadicto padre la había llamado siempre. Lulú de Vestergården.

Nora trató de atraer su mirada.

—¿Qué pasó con Oluf? ¿Cómo os encontró?

—Ocurrió algunos años después..., después de haber llegado aquí. No había nadie que nos conociera. Lisbeth y yo salimos con Bill... Fue sólo una noche... Nunca habíamos salido los tres, pero a Bill le apetecía ver un combate de boxeo y quiso que lo acompañáramos. Tenía un colega que le había dado entradas, así que nos llevó hasta Liverpool. Debería haber sido una noche de diversión.

—¿Pero al final no fue así?

—Al final no fue así —confirmó ella—. Cuando llegamos, todo iba bien. Las entradas eran de las más caras, estábamos muy cerca del cuadrilátero. Ahí estaban, dándose golpes... Eso no iba conmigo, eso no era para mí, así que empecé a observar al público. A todas esas mujeres con sus lujosos vestidos. A los hombres, que gritaban todo el tiempo.

Suspiró, como si pudiera recordar el momento perfectamente.

—Ocurrió después del tercer combate. Yo no lo había visto, pero Lisbeth lo reconoció de inmediato. Era Oluf el que estaba en el *ring*. Nuestro Oluf. Quise irme antes de que nos descubriera, pero Lisbeth se rio y dijo que no. Podríamos hablar con Oluf después, y ya se encargaría ella de que mantuviese la boca cerrada. De hecho, ella le había visto hacer algo en el ferri la noche en que..., la noche en que nos escapamos. No oí lo que decían, pero después Bill me pidió que esperara fuera en el coche. Hice lo que me dijeron. Es lo que se hacía siempre con Bill.

Entrecerró los ojos, y Nora se preguntó si sería para evocar un recuerdo más claro de la noche o para tratar de manipularlo.

—Después de media hora, vinieron al coche. Oluf estaba borracho. No sé cómo había podido emborracharse tan rápidamente. Quizá le habían echado algo en la cerveza. Bill estaba sobrio porque tenía que conducir, y Lisbeth parecía como si también hubiese tomado lo suyo. Se sentó en el asiento trasero con Oluf.

La voz de Lulú se tornó débil y asustada.

—Estuvo interrogándolo sobre la investigación que se estaba desarrollando en casa, en Dinamarca. ¿Nos habían estado buscando durante mucho tiempo?

¿Estaban siguiendo alguna pista? ¿Se había presentado algún testigo?

Tragó saliva antes de continuar.

–Oluf estaba muy borracho, y Bill se enfurecía cada vez que hablaba en danés. Se volvía hacia atrás y gritaba: «¡en inglés!». Pero Lisbeth se reía. Bill se iba cabreando cada vez más. Traté de hacerme invisible; me quedé sentada en silencio, mirando por la ventanilla, pero no sirvió de nada. No podía alcanzar a Lisbeth, así que Bill empezó a golpearme a mí en su lugar.

–¿Qué pasó entonces? –interrumpió Nora.

–Cuando estábamos casi llegando a casa, Oluf empezó a besar a Lisbeth y Bill pudo verlo por el retrovisor. Aquello lo sacó de sus casillas. Casi nunca lo he visto tan enojado. Era algo muy, muy malo. Cuando entramos en el patio, detuvo el coche sin decir una palabra. Él y yo nos quedamos sentados en silencio, mientras oíamos a Lisbeth reír entre intercambio e intercambio. No dejaban de besarse y magrearse...

Una vez más, Lulú cerró los ojos. Esta vez tardó un poco más antes de abrirlos y volver a su narración.

–No hay mucho más que decir... Bill me envió a la cama. Me dijo que lo esperara allí. Me daba miedo. Siempre era tan calmado, tan tranquilo... En cualquier situación, incluso cuando nosotros... Bueno, siempre era tranquilo, incluso juicioso. Pero esa noche ardía de rabia. Entré y fui a ver a la señora Hickey, que estaba dormida, y luego me metí en la cama. Creo que oí gritar a Lisbeth aquella noche. Recuerdo que me desperté sobresaltada sin saber muy bien qué era lo que había oído.

Su voz era ahora monótona, como si debiera recitar su explicación para no volver a sentir lo que sintió entonces.

–Bill no vino a mi cama aquella noche, así que supuse que estaría con Lisbeth. Y a la mañana siguiente vinieron a desayunar como si nada hubiera ocurrido. Oluf no estaba allí. Después le pregunté a Lisbeth, pero ella simplemente se burló de mí, y me preguntó si estaba amargada porque Oluf no estaba loco por mí. Cuando volví a preguntar por él más adelante, me dijo que Oluf había vuelto a casa a Dinamarca, y que se había comprometido a no decir a nadie que nos había visto. Me pareció que probablemente sería cierto, y lo cierto es que nunca supimos nada más.

–Lo arrojaron al mar. Se lo comieron los peces –dijo Nora con crudeza.

Lulú se llevó la mano a la boca, y en ese momento pareció de nuevo la niña de quince años que un día desapareció en un ferri, con aquellos ojos redondos e

inocentes y una expresión insegura, como si siempre estuviera haciendo una pregunta cuya respuesta sabía de antemano que iba a ser una sonora bofetada.

–¡No! ¡No es cierto!

Nora asintió con convicción.

–He visto una foto de su cuerpo. No hay duda. Fue encontrado frente a la costa de Brine.

–No –repitió Lulú automáticamente.

El silencio se extendió por el pequeño sótano, y Lulú se quedó mirando hacia el infinito como una zombi. Nora recorrió la estancia una vez más. Además de la pala y el arcón congelador que, como pudo comprobar, tenía un candado, había un armario de color marrón oscuro, también cerrado. Se estremeció al pensar en lo que había contenido en otro tiempo, pero luego se subió al congelador para ver si podía llegar a las pequeñas ventanas en lo alto de la pared.

Eran de vidrio esmerilado extragruoso, por lo que resultaba imposible ver lo que había fuera. Incluso aunque consiguiese romper la ventana, la abertura sería demasiado pequeña para que ella o Lulú pudieran escapar por allí y correr en busca de ayuda. Además, el riesgo de que Lisbeth descubriera sus intenciones antes de que pudiera llegar a romper el cristal con la pala y gritar pidiendo ayuda era muy alto.

–¿Dónde estamos, Lulú? ¿Dónde está este lugar?

No hubo respuesta.

Tendrían que salir por la puerta. Pero ¿cómo?

Nora se acercó hasta ella para examinar si era posible forzarla, pero el filo de la pala era demasiado grueso para poder meterlo por el hueco de la puerta. Tenía que abrir aquel armario como fuera y ver si contenía algo que le pudiera servir.

Nora dio un paso hacia atrás, y atacó la cerradura con una certera patada. Sintió el dolor, que empezó en la planta de su pie y se ramificó hasta la rodilla. Aquello era muy distinto a golpear a un oponente vivo, con un cuerpo que cedía al estar envuelto en protecciones acolchadas. La cerradura no cedió ni un ápice. Y la cerradura del armario permanecía intacta.

Nora intentó convencer a su compañera de prisión una vez más, para que colaborara con ella.

–Lulú, ¿estamos en el campo, dentro de la ciudad? ¿Dónde estará Lisbeth ahora? Dime algo, tenemos que salir de aquí.

Pero Lulú se había encerrado en sí misma. Estaba sentada en silencio y negaba con la cabeza.

Nora volvió a concentrarse en la cerradura del armario. Esta vez utilizó la otra pierna, y se esforzó en golpear con el talón, tal como Enzo le había enseñado. El resultado fue el mismo: la madera era mucho más rígida y oponía más resistencia que el cuerpo de una persona, pero esta vez una de las puertas pareció ceder un poco.

La luz en la habitación comenzó a cambiar. Los cuadrados grises de luz de las ventanas cambiaron lentamente del nacarado al gris oscuro. Lulú seguía sentada sin hacer nada, limitándose a observarla.

El armario se llevó otra patada, y una de las bisagras cedió lo suficiente como para que pudiese intentar meter la pala por debajo y hacer palanca. Nora cogió la pala. Lulú estaba acurrucada como si hiciese tiempo que hubiese abandonado su cuerpo en el sótano. Parecía una cáscara vacía.

Nora trató de volver a entrar en su interior, se situó frente a ella y la miró directamente a los ojos:

–Lulú, dime dónde estamos.

–Bueno..., estamos en casa –dijo sorprendida, como si hubiera sido despertada de un sueño.

–¿Dónde está la casa?

–Nos trasladamos aquí cuando ocurrió lo peor que podía ocurrir... Cuando la policía se llevó a Bill. Por aquel entonces, era la casa de su abuelo materno, y antes de que la policía registrase la casa de la señora Hickley nosotras nos trasladamos aquí porque sabíamos que no vendrían. El padre de Vanessa había muerto hacía mucho tiempo, y la casa estaba vacía. En esta propiedad sólo quedaban los perros.

Nora había seguido luchando contra la cerradura mientras escuchaba a Lulú. Finalmente, dejó la pala a un lado y le prestó toda su atención a ella.

–Háblame de Bill. ¿Cómo lo conocisteis? –preguntó con la voz más suave que pudo reunir. La mano le palpitaba, y podía sentir un dolor persistente en el tobillo, que trató de ignorar.

Lulú respiró hondo:

–Dijo que se llamaba Ian, que era fotógrafo y que le gustaría hacernos fotos. Lisbeth quería ir a Londres y convertirse en una supermodelo. Él dijo que conocía a George Michael, y que posiblemente podría sacarnos en un vídeo musical, como los de MTV. Nos lo tragamos todo. Lisbeth lo quería sólo para ella, e intentó convencerme de que yo me volviera con los demás. No sé cuántas veces he permanecido despierta por la noche deseando con todas mis fuerzas

haberle hecho caso aquella noche. Pero Bill dijo que ni hablar de eso. Que nos compenetrábamos bien y que quería fotografiarnos a las dos juntas.

Lulú rebuscó en un bolsillo y encontró el que parecía ser su último cigarrillo. Siguió revolviendo, y se vio recompensada con un mechero blanco con publicidad. Poco después, el resplandor naranja de la llama brillaba en la oscuridad del sótano.

–Nos tomó algunas fotos en cubierta. Su cámara parecía muy profesional, y decía todas las cosas que dice un fotógrafo. Que éramos increíbles, pero que la luz era mala... Que era demasiado fuerte...

Se detuvo por un momento, y se quedó mirando el resplandor del cigarrillo.

–Bajamos con él a su camarote. Pensé que, después de todo, no podía ocurrir nada si permanecíamos juntas –sonrió con amargura–. Todavía puedo recordar el número de su camarote: el 317. No sé por qué, siempre lo he recordado. Tenía una botella de ron y un poco de Coca-Cola. Nos sirvió un vaso a cada una, y empezó a hablar de la clavícula. Dijo que resaltaba los rasgos faciales, que la única forma de captar la belleza de una modelo era fotografiándola con los hombros desnudos. Pero eso, por supuesto, dependía de nosotras, si queríamos conocer a George Michael...

–¿Así conseguí que os quitaseis la ropa? –preguntó Nora.

–Lisbeth se quitó la camisa sin más, así que tuve que seguirla. ¡Qué estúpida fui! ¡Ja! –soltó con una risita dura–. Al principio me cubrí los pechos con las manos, pero empezamos a competir por su atención. Nos sirvió más ron a las dos, aunque estaba claro que aquello no era sólo ron, le había echado algo. Lo último que recuerdo después de ese segundo vaso es la risa de Lisbeth.

El cigarrillo se había consumido casi por completo, y a Lulú le temblaban las manos.

–No parece que fuera culpa tuya, Lulú... –dijo Nora en voz baja.

–Aún no lo has oído todo –la interrumpió ella–. Cuando me desperté de nuevo, estaba oscuro y me dolía todo el cuerpo, y también la cabeza. Tenía ganas de vomitar, pero no podía. Tenía un trapo en la boca... Traté de gritar, pero me era imposible. Estaba desnuda y temblaba, las piernas me dolían, pero no podía moverlas. Estaba en un pequeño habitáculo. Al principio pensé que se trataba de un ataúd, grité y grité, pero prácticamente no salió ningún sonido de mis labios. Cuando me calmé, noté enseguida que estaba en el maletero de un coche en movimiento. Ya debíamos de haber salido del ferri. Tenía tanto miedo. Estaba segura de que él había matado a Lisbeth, y que ahora me tocaría a mí.

Estuvieron un rato sentadas en silencio y en la más absoluta oscuridad, atentas a cualquier sonido, luego Lulú continuó:

–No sé cuánto tiempo estuvo el coche en marcha. Tal vez una hora, tal vez cuatro... El tiempo dejó de tener significado para mí. Lloré y lloré, pero sabía que nadie podía oírme. Por fin, noté que el coche reducía la velocidad. Llegamos a un camino más accidentado. Luego se detuvo y oí el golpe de la puerta del coche al cerrarse. Estaba convencida de que todo había terminado. Incluso me meé encima.

La cara de Lulú era como una máscara rígida.

–Al principio no podía ver nada. Alguien me enfocó con una linterna. Pero entonces pude oírlos: eran Lisbeth y Bill. Se reían de mí. Bill me llamó puta y pequeña zorra. Todavía lo hace. No entendía por qué les parecía tan gracioso. Podían ver que estaba despierta y consciente, pero hablaban de mí como si yo no estuviera allí. Lisbeth dijo que podía serles útil. De algún modo, ella me salvó la vida.

El grito de un búho en el exterior rompió de repente el silencio nocturno y asustó a Nora. Lulú parecía estar muy lejos, y no prestó atención a la interrupción.

–Llegamos a la casa, y Bill nos metió en el sótano. Más tarde conocimos a su madre. Yo no quería estar allí. Lloraba y les rogaba que me dejaran ir. Entonces Bill me encerró en una habitación pequeña, maloliente y sin ventanas. Me dejaron allí durante unos cuantos días, creo. Había un grifo, así que podía beber, pero no me trajeron comida. Encontré una sábana con la que me podía tapar.

Tembló un poco, como si su cuerpo todavía recordara el frío y el miedo.

–Lisbeth entró sola. Al principio, pensé que había venido a liberarme. Le supliqué. Le hablé de Bjarke, de la vida en casa, en Vestergården. Le dije que aún podíamos ir a Londres y encontrarnos con los otros. Lo que fuera para tenerla de mi lado. Pero su voz era dura y fría, más dura y más fría que antes. Me mostró las fotografías que me habían hecho mientras estaba drogada. En una de ellas, Bill estaba sobre mí, en otra era Lisbeth la que me metía una botella. Reconocí sus manos en la foto, aquellas uñas mordidas que sólo podían ser suyas. Lisbeth me dijo que, si no me portaba bien, enviaría todas esas imágenes a mi padre.

Una lágrima rodó por su mejilla, y Lulú se la secó enseguida.

–Mi padre. Habría hecho cualquier cosa para evitarlo. Finalmente, prometí que iba a hacer lo que se me pidiera. Además, no tenía ninguna opción. Lisbeth

estaba en la casa como la amante de Bill, y a mí me asignaron el papel de criada. Su madre lo aceptó sin más. Nunca preguntó de dónde veníamos o quiénes éramos. Nunca preguntó si estaba a gusto durmiendo en el sótano. En varios meses, no salimos a la calle. Lisbeth se tiñó el pelo de rojo y se lo cortó. A partir de ahí, discutían casi a diario. Y cuando se enfadaban, Bill bajaba al sótano conmigo. Yo le dejaba hacer lo que quisiera. No era peor que mi padre.

Lulú negó con la cabeza y continuó su relato:

–Al principio, apenas podía dejar de llorar cuando me quedaba sola. Un día, unos seis meses después, Lisbeth me prometió que me dejarían libre. Sólo tenía que ayudarles con un pequeño favor. Después de eso, me dejarían marchar y me darían las fotografías y los negativos. Acabé aceptando. Sabía perfectamente que no estaba bien...

–¿Qué tenías que hacer, Lulú?

–No puedo recordar su nombre. Creo que era... Angela... Angela o algo así. La encontramos en el muelle de Brighton. Bill se burló de ella... –dijo Lulú antes de quedarse callada.

–¿Y qué sucedió entonces? –preguntó Nora cuando vio que parecía ensimismada en el recuerdo.

Lulú suspiró profundamente.

–Angela o como se llamase salía de un carromato gitano con lágrimas en los ojos. Acababan de echarle las cartas. La seguimos hacia la ciudad, y Bill y yo nos acercamos a ella. Él me había dicho que, si lo acompañaba una chica, ella vendría con nosotros sin sospechar nada. Tenía razón. Lo ayudé a convencerla para que viniera al estudio de Bill, para una sesión de fotos. La convenció de que era tan hermosa como él le decía. Por supuesto, nos acompañó. Las jóvenes caen rendidas ante los cumplidos, y yo estaba allí para asegurarle que no había ningún peligro. En el estudio, nos estaba esperando Lisbeth. Yo sabía que, con toda probabilidad, a aquella chica le ocurriría algo malo. Después de todo, yo también había pasado por lo mismo. Pero pensé que ahora otra ocuparía mi lugar, y que yo sería libre. No tenía ni idea de que iban a... iban a...

–¿Iban a qué? –preguntó Nora.

–Le echaron algo en el agua. No sé qué exactamente. Como Lisbeth y yo estábamos allí, se relajó. No creía que pudiera pasarle nada, no sospechaba nada...

–Pero tú sabías bien que sí, ¿no es así?

–Pensé que tal vez la fotografiarían desnuda, como habían hecho conmigo. No

podía detenerlos. Lo harían de todos modos, con o sin mi ayuda, así que me dije: «mejor ella que yo». Creía que, cuando les hubiera ayudado en esto, me dejarían irme a mí. Y al menos ella estaba drogada y no sufriría...

Nora repasó mentalmente los nombres de las muchas desaparecidas, pero no pudo recordar a ninguna Angela.

—¿Qué pasó entonces?

Ella aspiró profundamente, y fue soltando el aire poco a poco.

—¿Qué pasó entonces, Lulú? —repitió Nora.

—Ella se derrumbó. Antes de que pudiera posar siquiera para una sola foto, la ataron a la silla, y luego lo hicieron.

Silencio.

—¿Lo hicieron? ¿Qué es lo que hicieron? —preguntó Nora, tratando de que el tono de su voz fuera lo más neutro posible.

—¡Le cortaron la lengua! Con un escalpelo... Le abrieron la boca y se la cortaron. Él cortaba y cortaba, pero el último trozo no cedía, así que se la arrancó. Le arrancó la lengua y se la metió en su propia boca. Yo grité y grité. Traté de correr, pero Lisbeth me retuvo. Me obligó a mirarlo. Bill se reía. Yo creo que Lisbeth también estaba asustada, pero me abrazaba con tanta fuerza que yo no podía liberarme. No podía liberarme... No podía...

Repitió la frase como un *ite missa est*, que se apagó en un aullido seco.

—Había muchísima sangre. Mucha más de lo que se podía uno imaginar. Sangraba y sangraba. Murió en el estudio. Creo que se desangró. Cuando ya estaba totalmente inerte, Bill le sacó los ojos. A mí me pusieron a limpiar. Bill y Lisbeth se llevaron a la chica y desaparecieron durante varias horas. El suelo del estudio era de linóleo. Lo lavé una y otra vez con lejía y cloro. No podía dejar de llorar. Tenía tanto miedo. Finalmente, Lisbeth volvió a recogerme. Cogimos todos los trapos y, cuando llegamos a casa, los quemamos en una hoguera en el jardín. Después pregunté qué había pasado con la chica, pero Lisbeth no quería hablar de ello. Durante las semanas siguientes, Bill no vino ni una sola vez al sótano.

—¿Por qué no huiste? —preguntó Nora.

—Lisbeth me dijo que yo era cómplice de asesinato. ¿Adónde habría podido ir? Me dijo que harían que pareciese que había sido yo quien lo había hecho. Como si fuera una asesina sin escrúpulos. Me recordó que me habían visto hablando con la chica en el muelle de Brighton. Que era yo quien lo había limpiado todo, y que mis huellas dactilares estarían por todas partes. Así que me quedé. Y

vinieron más chicas. Muchas más.

–¿Cuántas?

–No sé. Muchas.

–¿Más de diez? ¿Veinte?

El silencio se extendió de nuevo entre ellas. Lulú bajó la vista hacia el suelo.

–¿Qué hacían con... las chicas?

–Bill siempre se quedaba con las lenguas. Pero el resto... –Lanzó una mirada nerviosa hacia Nora.

–El resto... se cortaba y se les daba a los perros.

Nora sintió un sudor frío.

–¿A los perros?

–Sí. Bocado a bocado, incluso los huesos. Así no quedaba rastro de ellas. Los perros de caza de Vanessa se comen cualquier cosa que les echas. Tenemos un criadero ahí fuera. Siempre hay al menos diez perros hambrientos.

Nora apenas podía reprimir las náuseas, y Lulú se dio cuenta.

–Acabarás como las demás. Lisbeth hace todo lo que Bill le pide. Cuando menos te lo esperes, te sujetará la lengua, te la cortará y luego se la dará a Bill. Siempre le lleva una lengua cuando va a visitarlo a la cárcel. Las pone en un sándwich. Revisan su almuerzo, pero nunca levantan el pan para ver lo que hay debajo.

Lulú comenzó a reírse como una niña pequeña.

–En una de sus visitas a la cárcel, me contó que le habían preguntado qué había en el sándwich, y ella les dijo que era de lengua sin más.

Nora sacudió la cabeza.

–Lulú, ¿me ayudarás? ¿Quieres salir de aquí?

–¿Salir? ¿Adónde?

Nora se dio por vencida y volvió al armario. Golpeó la bisagra con renovada fuerza, martilleó con la pala contra la puerta una y otra vez... Y finalmente fue recompensada con el sonido de la madera astillada cuando una de las puertas del armario se quebró. Tiró del último trozo, y sintió que cedía...

Pero el armario estaba vacío, y Nora estuvo a punto estuvo de echarse a llorar. Vacío. Ninguna caja de herramientas. Nada que pudiera ser utilizado como arma. Sólo un montón de trapos viejos y dos botellas de detergente. Nora levantó la más grande. Cloro. La otra era una botella de plástico pequeña, de color azul. Alcohol de limpieza. Una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

Lulú estaba sentada, resignada, con las manos en el regazo.

–Dame tu mechero –ordenó Nora.

Ella levantó la mirada con indiferencia.

–Dame tu mechero.

Lulú buscó en su bolsillo, lo sacó y se lo entregó a Nora sin mostrar ningún interés.

Nora agitó la botella de alcohol. Había justo lo suficiente. Ahora faltaba elegir el momento con precisión.

–Lulú, escúchame. ¿Dónde crees que estará Lisbeth? ¿Sigue ahí fuera?

Ella se encogió de hombros.

Nora apretó los dientes y tuvo que contenerse para no darle un tortazo. La muchacha que había desaparecido en el ferri de Inglaterra se había ido hacía mucho tiempo. La muchacha que Bjarke recordada por su delicadeza era ahora un cascarón vacío e insensible.

Recogió los trapos y los cortó en tiras con las tijeras. Todavía le dolían las manos cuando hacía fuerza con ellas. Luego empapó las tiras en alcohol y las metió una a una en la botella. El fuerte olor le recordaba a las mañanas de invierno, cuando bajaba a la sala de estar en Bagsvaerd y encendía la estufa que durante la noche se había apagado.

Cuando lo tuvo todo listo, cogió de nuevo la pala y golpeó con ella una de las dos pequeñas ventanas. Primero se formó una grieta en el cristal, pero con el segundo golpe la grieta se ramificó en forma de estrella y, finalmente, consiguió hacer un agujero por el que entró una bocanada de aire fresco.

Nora podía oír los ladridos de los perros muy cerca de allí. Parecían histéricos, como si estuvieran muertos de hambre. El aire frío entraba silbando por el pequeño agujero. Tomó aire y gritó a pleno pulmón:

–¡Lisbeth! ¡Ven aquí o quemo toda la casa!

No hubo respuesta.

–¡Déjame salir o quemaremos todo el edificio! ¡Vendrán los bomberos! ¿¡Cómo vas a explicarles que estuviese encerrada en tu sótano!?

De pronto, oyó que los ladridos de los perros cambiaban. Como si alguien estuviera tratando de calmarlos. Sacó el encendedor y se dirigió a la puerta con su cóctel molotov casero preparado.

Se quedó ahí de pie, con el mechero encendido al oír pasos en la escalera... En ese mismo instante, vio que Lulú se levantaba.

–¡Alto! No puedes... –gritó Lulú.

La puerta se abrió.

Nora encendió el mechero, y, en el instante en que la llama se extendía por el trapo, tiró la botella hacia Lisbeth. Oyó el golpe contra la pared y vio por el rabillo del ojo el brillo de color anaranjado mientras apartaba a Lisbeth a un lado y se esforzaba por subir las escaleras. Por fin estaba en el exterior, en la parte inferior de un gran patio trasero rodeado por un alto muro. En el otro extremo del jardín, una casa grande de color gris oscuro bloqueaba el camino a la libertad.

El ladrido de los perros se intensificó, y un chucho furioso apareció de pronto y se lanzó sobre ella, haciéndola caer. El perro se aferró a la pernera de su pantalón, y, con un esfuerzo supremo, Nora le lanzó una patada y consiguió soltarse. Empezó a correr hacia la casa. A su espalda, podía oír los gritos de Lisbeth.

Nora notó que se le doblaba el tobillo, y a punto estuvo de tropezar en las escaleras traseras. Los últimos peldaños los subió trastabillando, y empujó la puerta mientras, con sus últimas fuerzas, pateaba a otros dos perros que, ladrando, le venían pisando los talones.

Luego cerró de golpe la puerta detrás de ella.

Cruzó un pequeño pasillo y llegó a una sucia cocina. El fregadero estaba lleno de platos usados, el grifo goteaba y la ventana estaba cerrada. Salió de nuevo al pasillo, y se dirigió hacia el interior de la casa en busca de un teléfono. Entró en una sala de estar con recios muebles oscuros. La estancia estaba en penumbras, y entró tanteando el espacio, arrastrando el tobillo herido y mirando hacia atrás por encima del hombro. Seguía oyendo a los perros arañar la puerta y ladrar de frustración por la presa que se les había escapado.

Sus ojos recorrieron la estancia rápidamente. En una pequeña mesa auxiliar junto a la ventana, había un anticuado teléfono de disco. Nora rezó una oración en silencio mientras cojeaba hacia él.

—¿Quién demonios eres tú? ¿Dónde está Liz?

La voz era a la vez frágil y dura como el titanio. Nora se sobresaltó y trató de localizar de dónde procedía.

En la esquina más alejada, iluminada sólo por la difusa luz de un televisor con el sonido apagado y un concurso parpadeante en la pantalla, se sentaba una anciana encorvada que la miraba a través de los gruesos cristales de sus gafas.

La señora levantó la voz.

—¿Quién eres tú y qué haces en mi casa?

Nora buscó una respuesta, mientras cojeaba hacia la mesita con el teléfono.

Tenía que ganar tiempo como fuera.

–Señora Hickley..., yo...

No pudo decir nada más, porque la mujer comenzó a gritar como una posesa:

–¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ladrones!

Nora levantó el auricular y trató de marcar el 112. No había tono de marcación. Buscó el cable, y trató de seguir la línea para ver si el teléfono estaba conectado...

Y entonces sintió el aire frío antes de ver el movimiento de la puerta.

Se incorporó lentamente, y al volverse, vio aquellos ojos negros que la observaban bajo el oscuro flequillo.

–¡Te lo advertí, zorra! –dijo Bill Hix.

Capítulo 36

Caminó lentamente hacia ella con una fría sonrisa en los labios. En una mano, sostenía un cuchillo de cocina tan usado y desgastado que la hoja era ya delgada como un estilete.

Nora no apartó la mirada de él.

—¿Bill, qué está pasando? ¿Cómo es posible que estés aquí? ¿Quién demonios es esa chica? —El confuso cloqueo de la señora Hickley no fue recompensado ni tan siquiera con una mirada de su hijo William.

Desesperada, Nora escudriñó el cuarto en busca de un arma, cualquier cosa que pudiera darle una ligera ventaja. Hix sonrió quedamente cuando vio que recorría la habitación con su mirada.

—Oh, Nora, Nora, Nora —entonó él como un obseso—. Sabes muy bien que, cuanto más te resistas, tanto más divertido será para mí. Eres una buena chica —dijo en un susurro, antes de que las comisuras de sus labios se torcieran en una imitación sombría de una sonrisa.

Se oyó un sonido metálico detrás de la puerta, pero Nora había cerrado con llave. Un segundo después, se oyó el mismo sonido junto con un tintineo de llaves, y en la lejanía el ladrido histérico de los perros. Se abrió la puerta, y vio a Lisbeth asomar la cabeza en el interior con una expresión deformada. Miró primero a Nora... Y entonces descubrió a Hix.

—¡Bill! ¡Has venido! —gritó.

Hix no se volvió para mirarla.

—Quédate al jodido margen. Ella es mía —gruñó.

Lisbeth se mantuvo indecisa en la puerta. Detrás de ella, los perros estaban como locos lanzando ladridos.

—¡Te he dicho que largo! —ordenó Hix, mirando a Lisbeth con furia.

En esa fracción de segundo, Nora vio su oportunidad. Con un veloz movimiento en tres tiempos, se lanzó hacia delante y cogió un candelabro de bronce de la mesa de centro, dio una ágil voltereta en el aire y golpeó con todas

sus fuerzas la mano con la que Hix sostenía el cuchillo.

Su maestro de *kick-boxing* siempre le decía que una de las claves para salir airoso de un enfrentamiento era asegurarse de desarmar al enemigo antes de luchar con él cuerpo a cuerpo. Contra un Hix desarmado, que además estaba distraído por una Lisbeth que dudaba en la puerta y una anciana confundida y gritando en el otro extremo de la habitación, ella tenía sus opciones.

Su contrincante perdió el cuchillo, rugió de dolor y, por puro instinto, se llevó la otra mano a la que le acababa de golpear. En ese momento, Nora le soltó un gancho de izquierda que lo envió directamente contra un florero y luego a un radiador.

El dolor le alcanzó los nudillos con dos segundos de retraso, y fue tan violento que casi tuvo que cerrar los ojos. Pero no era el momento de mostrarse débil. Se precipitó hacia el pasillo, y, al ver que la puerta de entrada estaba bloqueada por Lisbeth, saltó a la cocina, cerró la puerta detrás de ella y la bloqueó poniendo una silla bajo el picaporte, mientras trataba de hacerse una composición de lugar.

Tiró del primer cajón y encontró un tenedor de barbacoa gigante con dientes grandes y puntiagudos. El taco de los cuchillos en la encimera estaba desesperadamente vacío, y Nora supuso que el único cuchillo afilado que había en aquella cocina estaba en ese momento en manos de Hix.

Lo oía rugir en el pasillo.

—¡Maldita zorra! Espera y verás. ¡Voy a cogerte y a cortarte en pedacitos!

Sólo una frágil puerta de interior y una silla de cocina lo mantenían a distancia. Su mano estaba magullada y le dolía el tobillo, pero no era el momento de mostrar debilidad. Tenía que serenarse, pensar... Entonces vio que la puerta empezaba a ceder. Cada vez que Hix le daba una patada, retrocedía un par de milímetros. Nora rebuscó desesperadamente debajo del fregadero para encontrar algo que pudiera usar. Encontró un par de viejas botellas de plástico con etiquetas desgastadas que parecía que llevaban allí muchos años, vertió la mitad del contenido de una de ellas en un paño de cocina que encontró junto a la encimera, y esparció el resto de la otra en un pequeño charco junto a la puerta. Olía muy fuerte a productos químicos. Hix había dejado ahora de rugir y trabajaba en la puerta metódicamente y con un solo objetivo. Nora podía oír su respiración, y veía cómo la vieja silla de la cocina iba desplazándose con la presión.

Buscó en su bolsillo el encendedor de Lulú, y, al darse cuenta de que lo había perdido cuando huyó al sótano, el pánico chirrió por todo su cuerpo como una

sierra circular que se acercaba a las terminaciones nerviosas.

Pero, de pronto, al lado de la radio, en un estante encima de la mesa, vio una caja de cerillas. La abrió. Quedaban tres. La primera se rompió entre sus dedos, y Nora casi gimió de miedo. Se colocó el tenedor en el bolsillo trasero del pantalón y se subió a la encimera, lista para saltar por la ventana en el último segundo, mientras mantenía firmemente agarrada la caja de cerillas.

Le dio un golpe a la ventana, pero no se movió. Parecía que no había sido abierta en muchos años, y en las juntas de la vieja madera había crecido una capa de musgo y hiedra durante varias décadas.

Se había quedado sin opciones, no tenía tiempo: la puerta empezaba a ceder por las bisagras.

Nora se alejó un paso y, con todas sus fuerzas, lanzó una última patada desesperada y golpeó con precisión una esquina del marco de la ventana. Se quedó entreabierta con un quejido ofendido, la empujó, y, finalmente, la ventana se abrió.

Sin dudarle un instante, Nora se subió al alféizar de un salto, y dejó que sus piernas quedaran colgando fuera, cogió la penúltima cerilla y musitó una oración silenciosa antes de frotarla en la superficie rugosa de la cajetilla. La cerilla llameó, y Nora la arrojó sobre el charco de la puerta, justo cuando la silla cedía con un último crujido.

Antes de saltar, vio los ojos negros de Hix mirando hacia ella, desorbitados.

Aterrizó sobre la hierba, y alcanzó a sentir el olor a pelo quemado justo cuando uno de los perros se plantó a su lado enseñando los dientes.

Un segundo después, el perro número dos estaba al otro lado, listo y en posición de ataque, a la espera de una orden de su dueña, que aparecía ya en las escaleras que daban a la casa. Lisbeth tenía marcas rojas en la cara, allí donde las llamas del cóctel molotov de Nora la habían alcanzado. Aquellas heridas hacían que pareciera aún más furiosa.

—¡Quietos! —les ordenó a los perros, que seguían, con los ojos inyectados en sangre, el más mínimo movimiento de Nora.

Por la ventana salían llamaradas y humo negro. Lisbeth observó las llamas, alarmada, luego volvió a mirar a Nora, y de nuevo hacia la ventana.

—Si mueves un solo músculo, los perros te destrozarán —masculló entre dientes, antes de darse la vuelta y correr hacia la casa.

Lentamente, paso a paso, Nora se esforzó en lograr una posición sentada. Los dos chuchos la miraban sedientos de sangre y le lanzaban aterradores gruñidos.

Estaban tan cerca de ella que Nora casi podía oler las babas que goteaban de aquellos dientes afilados como cuchillos. Pero tenían sus órdenes.

En silencio y sin movimientos bruscos, Nora se llevó la mano a la espalda, para sacar el tenedor de barbacoa de su bolsillo.

–Muy bien, muy bien, perritos... –susurró con su voz más suave. El más grande de los dos ladeó la cabeza, confundido—. Ven aquí, aquí... –lo fue tentando mientras se acercaba a él.

Su gruñido era profundo y siniestro. Y, como si quisiera señalar con ello que de ninguna manera podía tratarlo como a un perro faldero, lanzó una dentellada con un gruñido iracundo. Nora retiró la mano. Nueva táctica. Y tenía que hacerlo rápido. No pasaría mucho tiempo antes de que Lisbeth, o tal vez Hix, volvieran a por ella.

Se puso de pie, y mantuvo el tenedor delante de ella como un escudo. El perro más grande se movió, listo para atacar, mientras su compañero más pequeño ladraba cada vez más histérico.

El más grande se lanzó entonces directamente hacia los tobillos de su víctima y trató de cerrar sus mandíbulas alrededor de su pierna, pero Nora, con una finta, logró retirar el pie en el último instante y soltarle la peor patada circular que nunca le habían dado al pobre chucho.

El perro salió volando y cayó sobre la hierba como una pesada raíz de árbol con las cuatro patas en el aire, lo que al parecer confundió a su compañero lo suficiente como para que olvidara temporalmente que su única misión aquí y ahora era la de vigilar con gruñidos a Nora. Entre leves gañidos, corrió hacia su amigo inconsciente y lo olfateó nervioso. Sus ojos miraban confundidos y tal vez con cierto reproche hacia Nora, pero ella no tenía tiempo para explicaciones. Corrió hacia el otro lado de la casa, y volvió al jardín delantero.

El humo salía por la puerta principal de la casa, y Nora pensó fugazmente que eso entretendría a Hix lo suficiente si quería salvar de las llamas a su anciana madre.

Esperaba que alguien hubiese visto ya el humo y llamado a los bomberos, porque con ellos vendría también la policía. Aunque sabía que, siendo realista, la dotación más cercana probablemente estaría a más de una veintena de kilómetros de distancia y compuesta por voluntarios, a los que primero habría que llamar a sus casas o trabajos. Y antes de que eso ocurriese, era muy probable que el loco de Hix tuviera tiempo de matar y enterrar a una periodista danesa.

Nora no tenía ningunas ganas de quedarse y ayudarle a realizar justamente ese

deseo.

Capítulo 37

Corrió veloz junto al edificio anexo donde estaba el sótano. En lo que parecía un viejo granero, vio aparcada una maltrecha camioneta roja y un BMW gris oscuro. La puerta de la camioneta estaba abierta, pero no había ninguna llave en el contacto, y tuvo que dedicar unos segundos preciosos a buscarlas debajo del asiento del conductor, de la visera del parasol y, finalmente, en la guantera. No estaban allí.

Corrió hacia la puerta del sótano y miró hacia abajo.

Lulú estaba acurrucada como una niña pequeña a los pies de la escalera, y levantó la cabeza hacia ella. Cuando vio a Nora, la miró con sus ojos grandes llenos de lágrimas:

–Ella me empujó... –dijo simplemente, como si tuviera otra vez siete años y pudiese delatarla ante un maestro.

Nora miró nerviosa hacia la casa, donde las llamas brillaban naranjas y parpadeaban en el crepúsculo. Le dolía la mano con la que había golpeado a Hix, le dolía el tobillo, pero en cualquier momento podían aparecer corriendo Hix o Lisbeth, o uno de los perros.

–¡Lulú, sube aquí y ven conmigo! ¡Ahora! –le ordenó.

Ella se levantó como una autómatas.

–¡Date prisa!

Lulú aceleró ligeramente.

–¿Dónde están las llaves de esa furgoneta?

La pequeña mujer señaló en silencio hacia la puerta del granero. Nora corrió y buscó a tientas. Se hizo un corte con un clavo oxidado, y maldijo para sus adentros.

–¿¡Dónde están esas llaves de mierda!?! –gritó frustrada.

Lulú se lamentó.

–Suelen estar ahí. Colgando del clavo...

Nora miró desesperada por todas partes. Sólo vio un solitario clavo. Ninguna

llave. Comenzó a tirar las latas que había en una estantería junto a la puerta. Nada.

–Lulú, necesitamos esa llave. ¿Dónde puede estar?

Ella no dijo nada, y Nora, exasperada, dio una patada a la furgoneta. Al hacer ese movimiento vio un destello metálico junto a la puerta, entre unos trapos tirados en el suelo. Apartó un trapo con su mano sana, y finalmente sus dedos tocaron un manojito de llaves. Tiró de ellas y las puso en el contacto.

Gracias a Dios, la camioneta arrancó al primer intento. Lulú la miró, pero se quedó totalmente quieta.

–¡Sube, maldita sea! ¡¡¡Ahora!!!

Después de lo que a Nora le pareció una eternidad, Lulú, finalmente, hizo lo que le había ordenado. Nora puso el vehículo en marcha y se alejó como alma que lleva el diablo por el camino de tierra del bosque, dejando atrás la maldita casa.

–Ahora tienes que ayudarme, Lulú. ¿Dónde estamos?

Ella no respondió.

Siguió adelante un par de kilómetros, mientras trataba desesperadamente de orientarse. Tenía que poner tierra de por medio. Debía haber muchos, muchos más kilómetros entre ella y Hix, antes de que se atreviese a detenerse para encontrar un lugar desde el que llamar a la policía y recuperarse.

Finalmente, llegaron a una carretera asfaltada.

–¡Aquí, a la izquierda! –gritó por fin Lulú.

Nora dio un volantazo tan fuerte que estuvo a punto de perder el control de la furgoneta. Finalmente consiguió enderezarla, y siguió a toda velocidad por el sinuoso camino, rezando para que no viniese nadie en sentido contrario. Había caído la noche, y Nora era dolorosamente consciente de que, si Hix o Lisbeth los estaban siguiendo, la luz de los faros gritaría a los cuatro vientos su posición. Pero no podía conducir por aquella carretera sin las luces puestas.

Recorrieron unos cinco kilómetros. Nora sentía cómo la adrenalina iba estabilizándose en su cuerpo, en algún lugar justo por debajo del pánico y bastante por encima de un nivel de alerta. No había caminos laterales, y marchaban a través de un paisaje sin casas.

Un poco más adelante, vio un camino a la derecha, y Nora se volvió hacia Lulú.

–¿Adónde va ese camino?

–A la granja de patatas de Brown. Está un kilómetro más allá.

Nora decidió aprovechar la oportunidad y condujo por un camino lateral fangoso. Después de unos minutos, llegaron a un almacén. Nora aparcó el vehículo detrás del edificio, para que no pudiera verse desde la carretera asfaltada.

Estaba todo cerrado a cal y canto.

–Lulú. ¿Vive alguien aquí...? ¿Alguien a quien pedir prestado un teléfono?

Ella negó con la cabeza.

–No, probablemente se hayan ido a casa.

Nora apagó el motor, corrió hacia el gran almacén y empujó la puerta. Estaba cerrada con llave. Se llevó las manos a la cabeza, desesperada. Varios minutos desperdiciados. Minutos que Hix podría aprovechar para alcanzarla. Tomó una decisión rápida.

Lo mejor era quedarse allí y esperar que pasase sin ver la furgoneta. Apagó el motor y las luces, y se sentó junto a Lulú, en la más absoluta oscuridad. Nora pudo oír el suave crepitar del motor, que empezaba a enfriarse. Se volvió hacia su acompañante.

–Está bien. Sólo hay que aguardar aquí y esperar que suceda lo mejor.

Lulú resopló.

–Con Bill siempre ocurre lo peor –dijo enfáticamente.

Y luego la calma de la noche se rompió por el sonido de un motor de coche potente. Como de un BMW. El sonido se acercaba cada vez más.

Lulú lloriqueaba en el asiento del pasajero.

–Tengo miedo –se lamentó.

Nora no respondió, pero giró la llave de encendido y puso el pie en el embrague, lista para arrancar en segundos.

No tuvo que esperar mucho tiempo. En la oscuridad, pudo ver, unos segundos más tarde, el resplandor amarillo de las luces de otro coche. Se acercaba, y por el brillo en los árboles oscuros que se alzaban detrás del granero, Nora podía adivinar que el coche había girado en el camino lateral. Ahora era importante que los tiempos fuesen perfectos para que aquel vehículo no bloqueara su huida.

Nora se mordía el labio mientras esperaba... esperaba... esperaba... Y entonces todo sucedió de repente. El BMW dio la vuelta al establo y vino por detrás de ellas, Nora arrancó la camioneta con un rugido y recorrió a toda velocidad la corta distancia hasta la carretera asfaltada. En cuanto sintió el asfalto firme bajo las ruedas, miró por el retrovisor y vio que el BMW gris oscuro las seguía de cerca. Llevaba puestas las luces largas, y el reflejo en el espejo le impedía ver

quién estaba al volante.

–Oh, no, no, no... Nos va a coger, nos van a atrapar –se lamentó Lulú.

A pesar de que Nora no tenía objeciones importantes a aquel análisis de la situación, le habría gustado que Lulú mantuviese la boca cerrada.

–¿A dónde va a dar este camino? ¿Podemos llegar a un lugar con tráfico? ¿Un lugar con mucha gente? ¿Un lugar donde haya un maldito teléfono? –preguntó con desesperación.

–Va a la residencia de ancianos...

Capítulo 38

U nos minutos más tarde, el camino las llevó hasta un aparcamiento situado en la parte trasera de la Residencia Cedar. Nora frenó con fuerza para que la furgoneta quedara atravesada en la estrecha entrada al aparcamiento. Aquello sin duda no detendría a Hix, pero podría darles unos segundos más.

Tomó a Lulú del brazo y corrió tan rápido como le permitía su tobillo dolorido en dirección a la residencia de ancianos. La puerta estaba cerrada. Tecleó el código 1-2-3-4, pero el esperado clic no llegó. Sintió el pulso de su corazón en su garganta. Trató desesperadamente de encontrar otras combinaciones obvias. 4-3-2-1 tampoco funcionó. Deslizó los dedos hacia el siguiente grupo de números, mientras miraba nerviosamente por encima del hombro. Lulú se lamentó en voz baja:

–Viene a por nosotras. Ya viene.

–¡Cállate! –exclamó Nora.

En su impotencia, martilleó en el número 1. 1-1-1-1... y fue recompensada con un clic seco de la cerradura, que cedió y las dejó entrar en el vestíbulo de residencia. Cerró la puerta detrás de ellas. Alcanzó a atisbar a Hix, que saltaba sobre el capó de la camioneta: en su mano brillaba el destello de un cuchillo.

Ahora, Lulú lloraba abiertamente.

–Ven conmigo –dijo Nora, y la arrastró del brazo. Pero Lulú se mantuvo quieta como una roca.

–No, es mejor que nos separemos –replicó ella.

Nora no tenía tiempo de discutir, y corrió tan rápido como pudo hasta el corredor más cercano. Unos metros más allá, cruzó una puerta y se encontró en una habitación que parecía bastante grande.

Tanteó en la oscuridad. No se atrevía a encender la luz por temor a delatarse. Superficies de acero. Muchos armarios. Sin duda estaba en la cocina.

Estimó que a Hix no le llevaría mucho tiempo encontrar un camino para entrar en la residencia de ancianos.

Siguió recorriendo la cocina con cuidado, tanteando todas las paredes y superficies para localizar un teléfono. Maldita sea, tenía que haber ido a parar a la que tal vez fuera la única habitación de todo el edificio que no tenía teléfono. Si hubiera entrado en cualquier despacho o en una de las habitaciones de los residentes, ahora estaría charlando amigablemente con el centro de emergencia más cercano. En su lugar, la corresponsal de *Globalt* estaba mirando una pila de ollas gigantescas. ¡Estupendo, Nora Sand!

Oyó un estruendo que sonó como una puerta que se estrella contra una pared con todas sus fuerzas. Estaba claro que Hix ya había conseguido entrar en el edificio.

Nora se detuvo y escuchó con todo su cuerpo. En su mente, regresó a su reciente visita y trató de calcular la ruta más fácil para llegar al despacho de Lisbeth. Allí seguro que había un teléfono. Nora creía incluso recordar haberlo visto sobre el escritorio.

Con cautela, abrió un poco la puerta... Y la línea de luz procedente del pasillo iluminó levemente un teléfono de emergencia junto a una nevera gigante. Volvió a cerrar la puerta de inmediato, y buscó a tientas el aparato, levantó el auricular y apretó el botón más grande del teclado, confiando en conseguir tono de marcación.

Pii. Pii. Pii.

—¡Mierda! —alcanzó a decir, antes de caer en la cuenta de que no se trataba de un teléfono normal.

Había activado la instalación interna, y, a través de todos los altavoces de la institución, acababa de informar de cuán atrasada estaba ella tecnológicamente hablando... Y a Hix de que todavía se encontraba en el edificio.

Se armó de valor, abrió la puerta, miró a ambos lados del pasillo y corrió de vuelta al vestíbulo, donde a punto estuvo de chocar con una silla de ruedas que algún idiota había dejado ahí en medio. Fue hacia la puerta de la oficina de recepción, y vio un teléfono tras el cristal. Estaba cerrada con llave. ¿Dónde demonios estaría el guardia de noche?

De pronto, oyó el estruendo de una puerta golpeada repetidas veces, seguido por un corto y agudo chillido. Luego todo quedó en silencio. Demasiado silencio.

Nora contuvo las náuseas y trató de evaluar de dónde había venido aquel sonido. El silencio fue desgarrado por algo que sonó como una silla que caía y un bramido contenido en el interior del despacho de Lisbeth.

Corrió por el pasillo con el corazón latiendo en su pecho, y sólo detuvo su avance al llegar junto a la puerta. Estaba entreabierta, y bajo el resplandor del pasillo pudo ver la silueta de dos personas en un estrecho abrazo. Por un instante, creyó distinguir los ojos saltones de Lulú; oyó su respiración jadeante, y se dio cuenta de que Hix estaba estrangulándola con el cable del teléfono desde el que, probablemente, había intentado pedir ayuda. Él estaba de espaldas a Nora, y ella entró en la habitación sin pensar. Tenía que distraerlo, conseguir que soltase a Lulú. Miró desesperadamente por toda la habitación buscando un arma, cogió el pisapapeles con la catedral de Florencia y se lo tiró con todas sus fuerzas a la cabeza, pero justo en el momento decisivo él se movió de pronto hacia un lado, y la bola de cristal sólo le rozó la oreja sin hacerle mucho daño. Rugió de rabia, pero no soltó a Lulú.

En un último esfuerzo desesperado, Nora asió la parte superior de la estantería y la hizo caer sobre los dos. Los libros cayeron al suelo, pero Hix se apartó en el último instante y sólo recibió un golpe, antes de salir corriendo por la otra puerta del despacho tan rápido como pudo. Nora se vio rodeada de pronto por el ruido infernal de los timbres de llamada, que parecían querer superarse los unos a los otros, y en diversos lugares se encendieron varias luces.

Sabía que sólo tendría un breve respiro antes de que él volviera a por ella, de modo que volvió al pasillo y siguió por el siguiente corredor. La cuarta puerta que intentó abrir no estaba cerrada con llave, y Nora se precipitó a la habitación.

Una anciana yacía en una cama con los ojos muy abiertos. En el techo, una luz de noche arrojaba un brillo dorado sobre toda la habitación. Nora supo de inmediato dónde estaba. El reproductor de casete, en el que sonaba Jane Austen... Aquella anciana ciega sentada en el sillón, que empezó a gritar tan desgarradoramente llamando a su George...

Revisó rápidamente la habitación. En la mesita de noche, junto a una jarra metálica con flores, había algo que parecía un antiguo modelo de Nokia negro. Se acercó de puntillas a la cama, mientras trataba de mantener bajo control su respiración jadeante. Cuando estaba a tres pasos de la mesita, tan cerca que casi podía tocar el teléfono con su mano, la anciana movió sus ojos ciegos.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí? —gritó la mujer.

Nora intentó hacerla callar.

—Shh. Ahora no puedo explicárselo. No diga nada, por favor, no grite...

—¿Quién está ahí?! —gritó la mujer. El miedo era evidente en su voz.

—Shh. Cállese. Es una cuestión de vida o muerte... —suplicó Nora de nuevo,

antes de alargar la mano hacia el teléfono móvil.

Pero la mujer fue más rápida. En un movimiento perfectamente memorizado, tomó el teléfono y lo metió debajo del edredón.

–Voy a llamar a George. ¡Ahora mismo!

Con gran vergüenza, Nora metió la mano bajo el edredón y le arrancó el teléfono a la anciana.

–Lo siento, lo siento, lo siento... Lo siento muchísimo, luego se lo explicaré.

–¡Socorro! ¡Socorrooooo! ¡Ladrones! –gritó la señora.

Nora miró la pantalla. Con grandes letras infantiles, aparecían dos palabras: Fisher Price. Allí estaba, con un inútil juguete entregado a una confundida señora mayor que «llamaba» a George varias veces al día.

Era sólo cuestión de tiempo que aquel escándalo llamase la atención de Hix. Cogió la jarra metálica y la vació de flores y agua. Parecía buena y era pesada. Apagó la luz, y se colocó detrás de la puerta. En el último instante, colocó el andador, que estaba de pie junto a la cama, frente a la puerta. Sería el primer obstáculo con el que se encontrara cuando él apareciera.

Lo oyó moverse por el pasillo. La mujer seguía gritando.

–¡Ayuda! ¡Ayuda, George! ¡Vienen a por mí!

La puerta se abrió de pronto con un estruendo, y Bill irrumpió en la habitación. Nora, que tenía la jarra lista para golpearlo, apuntó directamente a la cabeza de Hix, pero él tropezó con el andador y la jarra sólo golpeó el aire.

Se había caído cuan largo era, y ahora trataba a un tiempo de ponerse de pie y tirar de Nora. Ella trató de alejarlo con una patada, pero perdió el equilibrio cuando la golpeó con el puño directamente en las rodillas.

Un segundo después, Nora sintió las manos de Hix alrededor de su cuello. Vio aquellos penetrantes ojos negros y la sonrisa arrogante a pocos centímetros de su cara, y el efecto fue casi hipnótico: sintió que se mareaba, y en sus ojos empezaron a bailar unas manchas blancas que parecían brillar en la oscuridad. Con un esfuerzo supremo, metió las manos entre sus brazos y buscó sus ojos para apretar con los pulgares, como Enzo le había enseñado que se podía hacer *in extremis*.

La maniobra sorprendió a Hix, que no estaba acostumbrado a que sus víctimas presentaran ningún tipo de resistencia. Siempre estaban drogadas, y nunca suponían un peligro para él. Por un instante, aflojó su presa lo suficiente para que Nora pudiera soltarse, y sus manos buscaron frenéticamente por el suelo y aferraron de nuevo la jarra metálica. Sin embargo, cuando se desplazó para

cogerla él se abalanzó sobre ella, y Nora se golpeó la cabeza en el marco de la puerta. En el último momento, ella cedió ante su empuje, por lo que él encontró mucha menos resistencia de lo esperado y perdió el equilibrio. En ese breve instante, Nora utilizó lo que parecían ser sus últimas fuerzas para golpearlo con la jarra en la cara. Hix se derrumbó, inconsciente, como si alguien hubiera pulsado un botón.

–Y esto es un nocaut, amigo –susurró Nora mirando la jarra que tenía en la mano, con la inscripción «A George Ashcroft, por su Honorable Servicio en los Zapadores de Cornwall».

–Aprovechamos esta ocasión para darle las gracias a George... –susurró.

–¿George, dónde está George? –susurró la anciana, que se había quedado callada en cuanto empezó el forcejeo.

Con la adrenalina pugnando en su cuerpo, Nora se metió en el cuarto de baño y tomó el cinturón de una bata. Con él le ató las manos a Hix a la espalda. En un botiquín, encontró tres rollos de venda elástica y, sin perder un segundo, las enrolló en torno a los tobillos del asesino. Tenía que trabajar con rapidez. Podía volver en sí en cualquier momento. Regresó a la carrera al vestíbulo de recepción, cogió la silla de ruedas abandonada allí por algún inepto, y la llevó rodando hasta la habitación.

–¿Qué está pasando? ¿Quién es? ¿Dónde está mi George? –la anciana parecía profundamente triste.

–¿Señora Ashcroft? –dijo Nora con tanta suavidad como pudo.

–Sí, soy yo.

–No puedo explicárselo en estos momentos, pero pronto vendrá alguien a ocuparse de usted. Se lo prometo.

La mujer pareció calmarse al ser llamada por su nombre, y Nora rebuscó en el armario y cogió el cinturón de un abrigo de algodón un tanto apolillado, con el que sujetó a Hix en la silla. Bill emitía débiles gemidos, estaba a punto de despertarse.

Salió al pasillo con él, y corrió hacia la puerta del jardín. La llave estaba puesta. La abrió y siguió corriendo por la terraza. El aire frío de la noche hizo que Hix se reanimase un poco. Nora vio que sus párpados temblaban. Con un último esfuerzo, empujó la silla de ruedas por la grava, el césped y más allá. Notó que él comenzaba a retorcerse, y cuando finalmente abrió la boca, lamentó no haberlo amordazado también.

–Me aseguraré de que sufras hasta que me pidas por favor que te permita

morir, pero no voy a concederte ese deseo... Voy a torturarte hasta que no sepas quién eres –gimoteó.

Nora trató de no escucharlo. Cada vez se sentía más débil, pero no podía desfallecer ahora. Casi había llegado. Dejó la silla de ruedas y empujó la puerta. Estaba abierta. Con un último esfuerzo, empujó a Hix al oscuro cobertizo de las herramientas y cerró la puerta de un portazo.

Al lado de la caseta, había una escoba abandonada. Rompió el palo de madera en dos y atrancó la puerta, justo antes de sentir que sus piernas cedían bajo el peso de su cuerpo como espagueti pasado. Cuando se despertó unos segundos más tarde, estaba sentada apoyada en la puerta, y delante de ella tronaba una iracunda señora Fletcher, con ambas manos firmemente apoyadas en las caderas.

–¡Bueno, bueno, bueno! ¿Qué está pasando aquí? ¡Ha ido usted demasiado lejos, señorita periodista! No tengo ni idea de lo que se trae entre manos, pero puede guardarse cualquier tipo de explicación. No va a usted a mover su culo de aquí. He llamado a la policía y está ya de camino.

Nora la miró con una sonrisa de agradecimiento.

–Gracias. De todo corazón, gracias.

No fue capaz de entender la respuesta de la señora Fletcher, porque su mente se deslizó de nuevo en una oscura suavidad.

Capítulo 39

Se despertó oyendo un traspiego de porcelana. Probó a entreabrir los ojos. Yacía entre ropa de cama blanca. Parecía un hospital. En la mesita, había un vaso de agua y un jarrón de acero sin flores. En la pared de enfrente había una televisión apagada y un póster de una rosa amarilla, ampliada desmesuradamente, con rocío sobre los pétalos. «Es horrendo», pensó Nora antes de volver a cerrar los ojos. A lo lejos, golpeteaba una puerta. La habitación se encontraba casi en completo silencio. Intentó incorporarse, pero notó un penetrante dolor en la parte posterior de la cabeza, así que alzó la mano y se topó con un vendaje. Lo palpó con cuidado, intentando recordar qué era lo que había sucedido.

Bill Hix, aquella mirada negra, casi hipnótica, que la había traspasado... El dolor repentino en la parte posterior de la cabeza... El ladrido de los perros...

La puerta se abrió y entró una enfermera bronceada.

–Buenos días, Nora. ¿Puedo llamarte Nora? Yo me llamo Melinda.

Nora intentó afirmar con la cabeza, pero el más mínimo movimiento hizo que las náuseas la invadieran de nuevo.

–¿Dónde estoy?

–En el hospital Saint John. Has sufrido una conmoción cerebral. En media hora, el médico pasará visita. ¿Qué tal has dormido esta noche?

–Vaya... ¿Cómo he venido a parar aquí?

La enfermera le dedicó una amplia sonrisa:

–Llegaste aquí ayer, a altas horas de la noche. Has dormido estupendamente durante varias horas, y ahora te encuentras en observación debido a la conmoción cerebral. Además, se te ha puesto una vacuna antitetánica a causa de las mordeduras...

–¿Mordeduras?

–Sí, mordeduras de perro.

Nora intentaba entenderlo todo cuando fue interrumpida por Melinda de nuevo.

–¿Tienes dolor?

Escarmentada, Nora mantuvo esta vez la cabeza inmóvil, evitando afirmar con ella. Simplemente contestó que sí.

Melinda echó dos pastillas en un pequeño vaso de plástico y se lo acercó:

–Bebe agua después –ordenó.

Nora hizo lo que se le había dicho, y notó de inmediato que se deslizaba de nuevo en el sueño.

–Mi teléfono... –le dio tiempo a decir–. ¿Dónde está mi teléfono móvil?

–Pues la verdad es que no lo sé. Pero eso tampoco es demasiado importante ahora mismo. Y aquí, en este sector, no está permitido usar el móvil en absoluto. Como compensación, puedo decirte que un hombre ha llamado unas cuantas de veces para saber cómo estabas.

–¿Spencer? –preguntó Nora.

–No, no se llamaba Spencer. Se llamaba Andrew... Andreas o algo así. Es un tipo muy pertinaz.

Nora sonrió, cayendo de nuevo en la oscuridad.

Se despertó un par de veces más, mientras el médico pasaba consulta, pero no fue capaz de contestar más que con monosílabos. Tras un breve reconocimiento, el joven médico, cuyo nombre no pudo captar, se pronunció diciendo que en todo caso debía permanecer en el hospital un día más.

–Reposo absoluto –advirtió, cuando ya salía.

Nora se amodorró de nuevo. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró mirando directamente el rostro de Spencer.

–Señorita Sand –dijo con severidad–, la próxima vez que te marches a la aventura, se te ruega que por favor avises a las autoridades competentes. Todo este episodio podía haber terminado muy pero que muy mal, para ti y para nosotros.

Nora intentó decir algo, pero sólo emitió un sonido ahogado. Alargó el brazo en busca del vaso de agua, y Spencer se inclinó hacia delante para ayudarla hasta ponerlo en su mano.

–¿Qué ha pasado?

Durante un momento, Spencer se frotó la cara con las manos como un hombre que no hubiera dormido en muchas horas. Probablemente llevaba más de dos noches sin dormir. Su camisa estaba en un estado aceptable; con toda probabilidad la había traído consigo y se había cambiado por la mañana. Aun así, tenía un aspecto bastante deplorable.

–Hix está regresando a Wolfhall. A Lisbeth la tenemos en Scotland Yard. La encontramos junto a la casa con la madre de Hix, que ha sufrido una conmoción. Lisbeth aún no ha dicho nada, pero lo hará. Y Lulú... Lulú no sobrevivió.

Nora sintió una punzada de compasión por Lulú. Una vida que se torció prácticamente desde el primer día... y ahora se había apagado para siempre.

–Hallamos a Bill Hix en el cobertizo, luchando por liberarse de una silla de ruedas. Un misterio cuyo esclarecimiento quizás esté en tus manos –dijo Spencer arqueando las cejas.

–¿Cómo disteis conmigo?

Él meneó la cabeza:

–Bueno, desde luego no nos los pusiste muy fácil...

Nora lo miraba con expresión interrogadora.

–Cuando transcurrieron un par de horas sin que Summers me hubiera confirmado que estabas bien, no me quedó más remedio que tomar la iniciativa. Si he de serte totalmente sincero, el hecho de tener que utilizar cualquier recurso para investigar una cosa tan trivial me enfureció bastante...

–Pero... –intentó interrumpirlo Nora.

–Considero que en este momento debes dejarme hablar a mí, Nora Sand –repuso Spencer–. Ya tendrás ocasión de explicarte más tarde.

Llamaron suavemente a la puerta con tres rápidos golpes.

Spencer se volvió.

–Ah, la inspectora de la brigada criminal Summers. Pase, ya está despierta.

Summers entró en la habitación. Era una mujer alta y angulosa, morena. Llevaba el pelo corto, y su mirada grave, bajo un par de cejas asilvestradas, hacía pensar en Frida Kahlo.

–Señorita Sand, yo creía que teníamos una cita para comer, ¿no? –dijo con una sonrisa.

Nora también sonrió:

–Lo lamento, me hubiera gustado llamarla, pero...

Spencer le explicó que la inspectora Summers recibió la llamada de dos galeses aficionados a la ornitología que paseaban a lo largo de la costa. Desde el camino, habían visto el coche de alquiler amarillo en los acantilados, y anotaron la matrícula con ayuda de sus prismáticos. Summers tuvo el tiempo justo de rastrear el número de registro y comprobar con la empresa de alquiler de coches el nombre que aparecía en el contrato, antes de recibir la llamada de Spencer acerca de una periodista danesa desaparecida que tenía el mismo nombre.

Mientras Summers esperaba al equipo de rescate, Spencer encargó al departamento técnico el rastreo del móvil de Nora.

–Intentamos llamar varias veces, sin obtener respuesta. Sin embargo, pudimos constatar que el teléfono estaba encendido y que no se hallaba en el coche. Cuando finalmente alguien cogió la llamada y nos dimos cuenta de que era otra persona la que contestaba al teléfono, supimos con seguridad que algo iba mal.

–Sí, pero no volvisteis a llamar...

Spencer sonrió de un modo extraño:

–Bueno, no somos totalmente idiotas. Enseguida me di cuenta de que no eras tú la que había cogido el teléfono. ¿Gareth de Vodafone? Era yo.

–Gracias –dijo Nora en voz baja.

Summers acercó una silla a la cama y se sentó:

–Señorita Sand, ¿qué recuerda de lo que ocurrió antes?

–Creo que todo, desgraciadamente.

Spencer acercó otra silla, sacó del bolsillo un dictáfono de los de antes, y lo encendió. Nora lo miró interrogativamente.

–Esto es un hospital. No se nos permite el uso de móviles... –dijo encogiéndose de hombros.

Durante la siguiente media hora, Nora contó todo lo que podía recordar. Spencer intentó aclarar algunos aspectos, y Summers bajó al quiosco a por una cola fría cuando la voz de Nora estuvo a punto de desfallecer.

Ella intentaba concentrarse, pero un pensamiento de fondo se lo ponía difícil: Andreas había llamado.

Lo último que percibió fue la voz de Melinda que, desde algún lugar del otro lado del globo terrestre, dijo:

–Señores, ya es suficiente por hoy...

Capítulo 40

Spencer había solicitado un coche oficial medianamente confortable, y había conseguido que le enviaran a un aspirante a oficial para que condujera durante todo el camino de vuelta a Londres. El aspirante se sentaba al volante, con la vista fija en la carretera, mientras que Spencer estaba sentado a su lado, en el asiento del copiloto.

El detective se volvía de vez en cuando para continuar con el interrogatorio de Nora, quien había obtenido el permiso de acurrucarse en el asiento trasero con una almohada y una manta de viaje echada por encima. Sólo habían pasado dos días desde que se encontrara sentada en un sótano esperando a que le arrancaran la lengua, y apenas había logrado que su alma saliera de ese macabro espacio con aquel enorme y terrorífico congelador.

El paisaje pasaba por la ventanilla. Cada vez que intentaba encontrar un punto fijo para vencer las náuseas, éste desaparecía de nuevo a un ritmo vertiginoso. Intentó concentrarse en su teléfono móvil, que ahora permanecía callado, recargándose en aquello que en tiempos había estado destinado a un encendedor de coche.

En el momento de ser dada de alta, Summers le entregó solemnemente tanto el portátil como el teléfono. El ordenador había sido hallado en el despacho de la directora del geriátrico.

—Lisbeth va a ser trasladada a una cárcel de alta seguridad. Aunque no diga nada, hay demasiadas pruebas contra ella como para que jamás vuelva a ser puesta en libertad. Además, está todo lo que te contó Lulú. No sé si podremos utilizarlo en los tribunales, pero será la base de nuestras investigaciones. Todo indica que Hickley manejaba los hilos desde su celda —explicó Summers, que no parecía dispuesta a contar mucho más.

Nora preguntó por algunos detalles, pero Summers conocía la jurisprudencia y se remitía al hecho de que «cualquier información podría perjudicar a un futuro juicio». Repetió aquella frase varias veces, y Nora tenía el presentimiento de que

todos los agentes de policía debían recitarla de memoria, incluso mientras dormían, antes de permitírseles poner siquiera una multa de aparcamiento.

Tampoco Spencer parecía dispuesto a contar mucho más. En el coche, le dio muy poca información, a pesar del empeño con el que Nora intentaba presionarlo entre uno y otro acceso de náuseas.

–¿Qué va a ser de Vanessa Hickley? –preguntó en una de las pausas, en la que las náuseas se habían retirado.

Spencer se encogió de hombros:

–Bueno, puede que, finalmente, acabe en la Residencia Cedar. Es mayor y lo cierto es que no sabe muy bien qué es lo que ha pasado. Cree que Lisbeth es su hija, y no comprende adónde se ha ido. Lo más probable es que fuera ella la que tirara la maleta, sin saber que contenía fotografías.

–Pero ¿cómo pudo ir a parar a la parte trasera de la residencia? –preguntó Nora.

–Señorita Sand, por decimoquinta vez: deja ya de hacerme preguntas –la amonestó Spencer con una sonrisa forzada.

–Si simplemente pudiera saber si Hannelore o Helmuth han logrado un poco de paz... –dijo finalmente, pensando en el matrimonio alemán que cada año peregrinaba a Londres para rogar encarecidamente a Scotland Yard que mantuviera abierto el caso sobre lo ocurrido con su hija Gertrud.

La pregunta pareció calar en el analista.

Spencer se acomodó en su asiento y se quedó mirando hacia la carretera durante un buen rato.

–Sí, creo que ahora tendrán un poco de paz, o al menos alguna clase de paz. Aún tenemos a los técnicos inspeccionando la zona, pero ahora sabemos que es en esa casa donde acabaron las chicas. Y es allí donde estuvieron todo el tiempo. Vanessa se hizo cargo de los perros de caza cuando su padre murió, pero durante la primera investigación no hubo nadie que tuviera conocimiento de esta circunstancia. Estamos desguazando el criadero para cavar en la zona. Tenemos que hacerlo con minuciosidad, y nos llevará meses. Pero creo que Hannelore y Helmuth por fin podrán saber qué fue de su hija, después de todos estos años... – su voz pareció apagarse en un susurro, y tras una breve pausa, añadió–: Todas esas excursiones a Underwood orquestadas por Hickley para buscar a las chicas... Debió de divertirse de lo lindo, un paseo por el campo a costa del Estado. Nunca pensó en todo el sufrimiento que provocaba en las familias esa incertidumbre...

Se sobrepuso y prosiguió con su voz habitual:

–Le he dado permiso a James McCormey para que intente interrogar a Hickley. Creo que el hombre se lo ha ganado. A lo mejor te hace una visita en algún momento.

–¿Cuánto de todo esto puedo publicar? –preguntó Nora.

–Pues la práctica totalidad –contestó Spencer–. Lo mejor es que afrontes cuanto antes el hecho de que parte de la historia ya está en todos lados. A cambio, tienes a Hix para ti sola. Es la noticia criminal del año en la prensa sensacionalista. Pararemos en un quiosco de periódicos antes de dejarte en casa. Aunque por el momento yo te aconsejaría que no hicieras ninguna declaración –dijo Spencer cortante.

Nora volvió a amodorrarse. El agotamiento la venció, y tuvo tiempo de desaparecer en una negrura abisal, antes de que el sonido del Big Ben la hiciera estremecerse. Por fin habían entrado en una zona con cobertura, y seguro que el primero en darse cuenta no había sido otro que el propio Cangrejo.

–¡Demonios, Sand, ¿qué está ocurriendo?! No llamas a casa en varios días, ¿y de pronto apareces en medio de la mayor historia desde el destripador de Yorkshire?

Nunca había sido el estilo de El Cangrejo perder tiempo hablando de nimiedades cuando se puede ir directamente al grano.

Nora casi pudo percibir el leve chasquido cuando la periodista que era volvió a caer en su lugar, ya fuera con o sin conmoción cerebral. Presentó el asunto en líneas generales, y explicó brevemente cuál había sido su papel.

En contra de lo habitual, El Cangrejo permanecía callado al otro lado. Eso, o la cobertura había caído de nuevo mientras circulaban por la autovía. Nora comprobó la pantalla: había cuatro rayas.

–Vaya, ¡ahí es nada! Conmoción cerebral y todo, ¿no es cierto? –exclamó finalmente su jefe–. Pero ahora ya estás mejor, ¿no?

–Psh... Puedo escribir, si te refieres a eso.

El Cangrejo permaneció discretamente en silencio, lo cual revelaba que era justo eso en lo que estaba pensando.

–Bueno, tampoco hay una urgencia desmesurada. No tenemos fecha tope hasta el viernes, así que...

–Hummm –dijo Nora.

–Quizás algo así como poco después del mediodía, ¿no? Y para terminar resalta algo tu papel en todo ello. Eso es lo único diferente que podemos

ofrecerles a nuestros lectores, si no va a ser la misma noticia que ya tienen en todas las portadas.

Fue invadida por el irrefrenable impulso de bajar la ventanilla y dejar que el móvil saliera disparado, para abandonarlo ahí en el arcén entre cajas de *pizza* reblandecidas, latas de cerveza vacías y condones flácidos. Pero entonces se acordó de que se hallaba en el asiento trasero de un coche de policía, y de que no merecía mucho la pena empezar a buscar un modo de abrir la ventanilla.

Tal como había prometido, Spencer hizo que su hermético ayudante se detuviera en una estación de servicio en cuanto estuvieron dentro del área metropolitana. Regresó con el *Daily Telegraph*, el *Guardian*, el *Daily Mail*, el *Times* y el *Sun*. Los dos tabloides habían dado bombo a los asesinatos poniéndolos en primera página, con fotos desleídas en blanco y negro de un siniestro Hix.

«La *groupie* del asesino en serie», clamaba el *Sun* en grandes letras, mientras que el fotógrafo del *Daily Mail* se había pegado al cordón amarillo de la Policía para tomar una foto del criadero de perros por el que pululaban los técnicos vestidos con monos blancos. Así, el periódico podía servirles a sus lectores los macabros detalles acerca del modo en que las chicas habían acabado sus días, mediante un titular bastante falto de sensibilidad: «Chicas desaparecidas desolladas por furiosos perros asesinos».

El coche se desvió para llegar a su apartamento en Belsize Park. En la calle se había congregado un pequeño grupo de fotógrafos. Nora sintió que aquello sobrepasaba sus fuerzas. ¿Qué partido esperaban sacarle a una foto de una periodista extenuada saliendo de un coche? Ella no había ejercido jamás esa modalidad de periodismo, y en su fuero interno siempre había meneado la cabeza ante el modo en que el cine lo representaba: todo aquel histerismo era sólo para dar color a la ficción, nunca se daba en la realidad... Sin embargo, ahora era ella quien se encontraba al final de diez teleobjetivos y un montón de tipos vociferantes que intentaban tener contacto visual con ella a través de la lente: «¡Nora, mira aquí!», «¡No, Nora, aquí, aquí!», «¿Es cierto que has apresado al asesino?», «Nora Sand, ¿conocías a las chicas?».

La suma de todo ello se convirtió en una inmensa y estruendosa ola que la succionaba hacia el suelo. Si Spencer no la hubiera sujetado del brazo, se habría desplomado en el sitio. Y en cuanto empezó a tambalearse, pudo oír cómo arreciaban los clics de las numerosas cámaras.

Spencer hizo gala de su autoridad:

–Ya es suficiente, señores. Debería ser obvio para ustedes que la señorita Sand no se encuentra bien. Si precisan de algún comentario, pueden contactar con su periódico.

Los clics menguaron, pero sólo por unos instantes. Nora buscó a tientas las llaves en el bolsillo de la chaqueta, y se las alargó a Spencer, que la ayudó a entrar y a subir la escalera hasta su apartamento. Olía a cerrado. Nora se inclinó sobre el fregadero y abrió el grifo de agua fría para beber más y más, pero el vértigo no se le pasaba.

Spencer abrió un par de armarios de cocina e inspeccionó el frigorífico:

–Aquí apenas tienes comida. Esto no puede ser. Aún estás enferma.

–Ya me las arreglaré –dijo Nora con un hilo de voz–. No tengo hambre...

–Así no te pondrás bien –dijo Spencer con determinación.

Nora empujó un montón de ropa que había en el único sillón del apartamento hasta dejarlo caer, y se sentó pesadamente.

–Voy a mandar a mi ayudante a comprar lo más necesario. Has de tener lo mínimo. Tienes que poder prepararte una taza de té con leche, en caso contrario se acaba la civilización. Y pan, y algo de beicon, y plátanos, fruta... Seguro que prefieres no tener que bajar de nuevo y enfrentarte una vez más con esos fotografías. En diez minutos estará de vuelta –anunció Spencer en un tono que no admitía réplica.

En cuanto hubo conseguido que le prometiera que se personaría en Scotland Yard tres días después, se despidió y cerró la puerta tras él. Nora se desnudó, fue arrastrando los pies hasta el baño y se acurrucó en el viejo albornoz azul claro de Marks & Spencer, blandito como el abrazo de un peluche. Sintió cómo el agotamiento se apoderaba de ella cuando puso a hervir agua para el té y empezó a buscar al azar un paquete de galletas de queso que creía haber guardado en algún rincón de un armario. Abandonó la búsqueda cuando el agua hirvió y el calentador de agua se desconectó con un clic, poniéndose a buscar té en lugar de galletas. Encontró una bolsita arrugada de té con vainilla y camomila –una muestra gratuita que en una ocasión había venido junto con alguna revista–, y la introdujo en la primera taza que encontró.

Regresó al sillón con el té en equilibrio, sopló sobre él, puso la taza en el suelo mientras adquiría la temperatura idónea y cerró un instante los ojos. Se despertó sobresaltada por tres fuertes golpes en la puerta.

Su corazón empezó a martillar en su pecho, porque Hix fue la primera persona en la que pensó. Pero no, estaba en casa y a salvo. Entonces se acordó

de los fotógrafos. «¡Oh, no, no se atreverán a tanto!» Se incorporó, le dolía la cabeza y se notaba la cara totalmente hinchada. Por primera vez desde que se instalara aquí, le habría gustado tener una mirilla. ¡Claro, era el chófer con la leche, los plátanos, el pan...! De pronto, notó retumbar el hambre en algún lugar de su estómago. Se recogió el pelo, reunió fuerzas, se anudó el cinturón del albornoz y abrió la puerta.

Capítulo 41

Él no dijo nada. Simplemente estaba ahí de pie. Ella también permanecía en silencio, como si alguien hubiera apagado la conexión entre sus conductos nerviosos y, abandonando el trabajo, se hubiera marchado a casa.

–¿No ibas a casarte? –dijo ella por fin.

–Nunca he dicho eso. Dije que ella quería casarse. Para ser periodista, no prestas mucha atención a lo que dice la gente –contestó él dando un paso hacia ella.

Nora parecía pegada al suelo.

–Bueno, yo...

–Sólo quédate callada, aunque sea por una vez –tuvo tiempo de decir él.

Porque entonces fueron sus labios quienes hablaron, y para Nora fue como caer en la ingravidez a un mismo tiempo. Desde algún lugar en un apartado rincón de su cerebro, percibía que todavía seguía en pie, aunque no lo sintiera así. Sentía como si descansara en los brazos de él cual bolita de mantequilla.

Y entonces fue la camisa blanca la que desapareció rápidamente, fue la cama, su alborboz, fueron sus brazos, sus ojos en los de ella y esa indescifrable sonrisa que había visto millares de veces antes, pero nunca de aquel modo.

* * *

A la mañana siguiente, encontraron en la puerta una bolsa con pan pasado y leche, así que Andreas decidió bajar a por provisiones frescas.

Mientras él estaba fuera, Nora pescó su teléfono móvil y entró en las noticias de la BBC News. Era el único medio informativo que, hasta ese momento, había desentrañado la verdadera relación entre las dos danesas desaparecidas y los estragos de Hix. Tenían una entrevista con McCormey, el detective que prácticamente se había dejado su carrera en el caso, y que ahora podía atisbar una conclusión. Copió el enlace, se metió en su lista de contactos, buscó a

Bjarke y le envió el enlace en un SMS sin otro texto que «slds Nora» al final. Un minuto después, llegó la respuesta:

«Gracias. Te escribiré dentro de poco.»

Se adormeció un momento, y de pronto apareció Andreas en la puerta, con pan y una sonrisa tan completamente estúpida que no le quedó más remedio que besarla para que desapareciera lo antes posible.

Capítulo 42

Antes de liarse a escribir, telefoneó a la joyería de Lyngby. Benita Svaneholm contestó enseguida, y Nora le explicó lo que había sucedido con Oluf. –Vaya, gracias por... contármelo. Así dejaré de hojear la sección de deportes buscándolo...

Entonces sonó la campanilla de la entrada, y Benita colgó sin más.

* * *

Tres días más tarde, cuando Nora había dado por fin el último retoque a la historia y estaba casi a punto de entregarla a las garras de El Cangrejo, aterrizó un SMS. Era un enlace a la agencia de noticias Reuters. El teletipo era breve.

Contaba que el Ministerio del Interior británico tenía previsto nombrar una comisión especial de investigación para profundizar en la seguridad de las prisiones británicas, tras haber hallado a un preso al borde de la muerte, brutalmente golpeado en uno de los baños de la prisión de Wolfhall. El teletipo aclaraba que se trataba del asesino en serie William Hickley, más conocido como Bill Hix, cuyo caso había vuelto recientemente a la actualidad debido a nuevos y macabros descubrimientos acerca de las dimensiones de sus crímenes.

Nora reflexionó durante unos instantes, y añadió una sola frase a la conclusión de su historia: «William Hickley ha regresado a la prisión de Wolfhall, donde sin duda pasará el resto de su vida».

Entonces pulsó «enviar».

Una voz carraspeó detrás de ella:

–¿Has terminado ya?

–Ehh..., no, he de revisar una cosa. No tengo más remedio que hacer mi trabajo.

–¿Te atreves a venir aquí y a decirlo otra vez? –preguntó Andreas desde la cama, echando a un lado el edredón.

Claro que se atrevía. De pronto, no recordaba exactamente qué era lo que tenía que hacer. Ni por qué.

AGRADECIMIENTOS

Millones de gracias a Søren y Sune, que acudieron a Londres y convidaron a *chaihitos* porque creían en Nora. También un especial agradecimiento a los encantadores y perspicaces redactores de L&R, que tuvieron en sus manos el manuscrito y evitaron que cometiera los más graves errores y disparates. Si aun así hubiera algunos, no es culpa suya.

Gracias a los amigos más entrañables, que han ido leyendo y en ocasiones me han acompañado o que, simplemente y por lo general, me han soportado y animado mientras yo escribía en casas de veraneo, en cafés, en la cima de una montaña cerca de Amalfi y en los comedores de otras personas.

Viv, hay millares de cosas por las que darte las gracias, la menor de ellas es haber puesto las comas en su lugar.

Muchas gracias también a John Stead, el bombero más amable y experto, por ayudarme a resolver pequeños detalles técnicos sobre cómo empezar un fuego. Su gentileza no la podré olvidar.

Gracias por otra parte al fotógrafo lector Hazel por sus divertidas fotos y su amistad.

Finalmente, quiero destacar mi gratitud a Alex y Errol por mantenerme cuerda durante el proceso de edición, dejándome darles puñetazos o patadas (más o menos fuertes) dos veces a la semana. Eso marcó la diferencia.

* * *

Las chicas del ferry de Inglaterra es una obra ficticia en su totalidad. Los personajes, argumento y lugares como Wolfhall y Brine son exclusivamente producto de la fantasía de la autora.